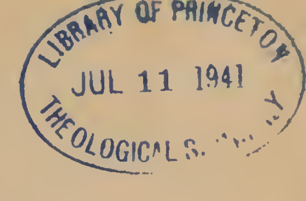


HISTORIA

DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS

Y

NARRACION DE LOS PROGRESOS DE LA GEOGRAFIA EN EL ORIENTE DEL PERU

RELATOS ORIGINALES Y PRODUCCIONES EN LENGUAS INDIGENAS DE VARIOS MISIONEROS

POR EL

PADRE FRAY BERNARDINO IZAGUIRRE ISPIZUA

De la Provincia de San Francisco Solano en el Perú, Misionero Franciscano, Lector general de la Orden, Ministro Provincial y Miembro de la Sociedad Geográfica de Lima

1619--1921

CAJAMARCA

TIPOGRAFIA «SAN ANTONIO»

1925

HISTORIA

DE LAS

Misiones Franciscanas y narración de los progresos de la geografía en el Oriente del Perú



LICENCIA

Nihil obstat

Fr. B. Aurre

Nihil obstat

Fr. Baldomero Amenabar

IMPRIMASE

† **Francisco de Paula Grozo**

OBISPO DE CAJAMARCA

Héctor G. Alegría

Ofl. de la Curia



TOMO TERCERO

1755--1810

HISTORIA

DE LAS

MISIONES FRANCISCANAS



PRIMERA PARTE

El Padre José Amich y sus compañeros
EN LA OCEANIA
1772–1776

SEGUNDA PARTE

Fray Francisco del Pilar
y sus cooperadores
EN BOLIVIA
1755–1810

PRIMERA PARTE

EXPEDICIONES DESDE EL CALLAO

a las islas de

TAHITI O DE LA SOCIEDAD

en la Polinesia (OCEANIA),

En que intervienen los Misioneros de Ocopa

Fr. Joseph Amich *Fr. Juan Bonamó.*

Fray Jerónimo Clota y Fray Narciso González

1772--1776





PROLOGO

A LA PRIMERA PARTE

DEDICAMOS este volumen a la memoria de dos varones esclarecidos, como son el padre Amich y el santo lego y prodigioso misionero Fray Francisco del Pilar.

Lo referente a Fray Francisco prolongaremos en el comienzo de la segunda parte.

Por lo que hace al padre Amich, su labor profesional, como antiguo piloto de la real armada española, fué contemplada por el Virrey Amat, para agregarlo a la expedición del capitán Bonechea, enviado a reconocer la isla y el archipiélago de Tahití.

Consignaremos por vía de prólogo algunos puntos que ilustren y orienten al lector en la materia.

I—LAS EMPRESAS DEL VIRREY AMAT

Don Manuel de Amat y Junient Planella y Santa Pau era el caballero quizás mejor preparado para alentar y promover la serie de expediciones de que vamos a dar cuenta en el presente tomo y varios más que contribuirán a formar la presente colección: expediciones que no se limitaron al territorio peruano, sino que se extendieron a las comarcas chilenas y aún a las soledades marítimas de la Oceanía.

Hallándose España en guerra con la Gran Bretaña y Portugal, correspondía al virrey, no solo el resguardo de los territorios del Virreynato propiamente dicho, sino también,

a ser posible, la defensa y la extensión de la soberanía española en las aguas del Océano, que se hallaban más próximas a las costas occidentales de Sud-América.

Para lograr estos fines, pocos hombres se habrían podido hallar tan hábiles como el virrey Amat, quien, aunque pertenecía a la alta nobleza catalana, siguió la carrera militar desde los once años, concurrió a siete batallas campales, cinco sitios, dos bloqueos y a numerosas acciones de guerra.

Desde el año 1755 hasta 1761 fué presidente de Chile: en cuyo tiempo fundó pueblos, organizó milicias, sosegó la indiada y levantó fortificaciones.

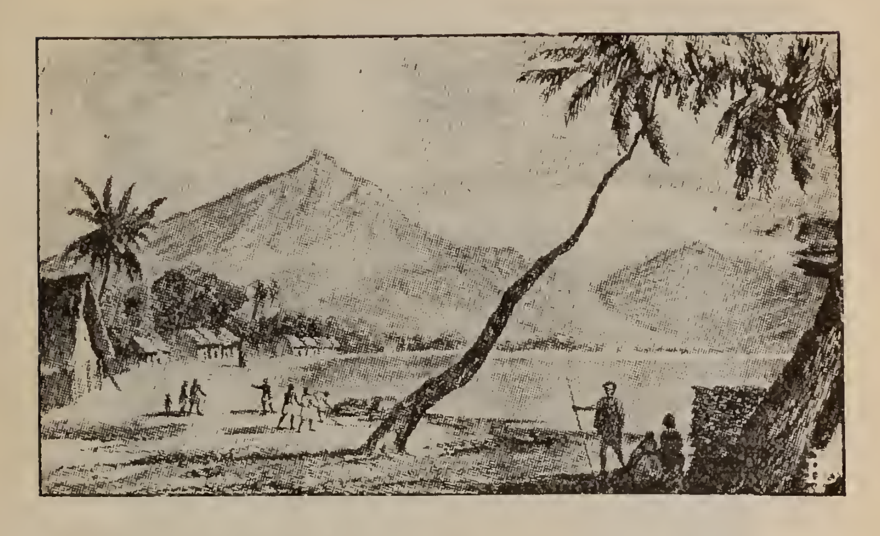
Nombrado Virrey del Perú en 1761, militarizó el virreynato y aseguró debidamente su extenso litoral, remitiendo dotación de artillería y dinero a Chiloé, Valdivia, Valparaíso, Guayaquil, Panamá, Portobelo y Cartajena. En el Callao construyó almacenes a prueba de bomba bajo las rampas y concluyó su castillo, trabajando de mampostería la contraescarpa. En levantar torreones, casasmatas y cuarteles invirtió dos millones de pesos.

Y no embarazado con estos cuidados, en 1770 envió la nave de guerra San Lorenzo y la fragata Rosalía para reconocer algunas islas de la Oceanía, que se decían invadidas por exploradores ingleses; y en 1772 recibió una real orden para que mandara fuerzas a Tahití, para impedir que se organizara una colonia inglesa en aquella isla.

II—LAS ISLAS DE TAHITI O DE LA SOCIEDAD

Con el nombre de islas de Tahití se designa un grupo conocido de la Polinesia, situado al Oeste de las islas de Pomotú o Tuamotú y al Norte del archipiélago de Tubuay, grupo que hoy en los atlas de origen español lleva el nombre de Islas de la Sociedad.

La isla principal del grupo es Tahití, que con el artículo de la lengua indígena se dice Otahití; que parece suena en el idioma de la isla, Otaguetí.



Playas habitadas de Otahití.—Isla Huaine.

Estas islas fueron conocidas por Quirós y visitadas en diversas fechas por exploradores ingleses y franceses por cuya causa Tahití ha llevado varios nombres, como isla de Jorge de Amat, etc.

III—LOS MISIONEROS DE OCOPA QUE INTERVINIERON EN LAS EXPEDICIONES

Los misioneros de Ocopa que tuvieron parte activa en las expediciones organizadas por el Virrey Amat a Tahití fueron cuatro: en la expedición de 1772 los padres fray José Amich y fray Juan Bonamó y en 1774 los padres fray Jerónimo Clota y fray Narciso González.

Al padre Amich ya conocen los lectores de nuestra historia, y lo conocía también el virrey Amat, a quien daba cuenta el Comisario General de la Orden de San Francisco, fray Bernardo de Peón y Valdés, de que entre los conversores de la Montaña se hallaba "fray José Amich, matemático

perfecto encargado de observar alturas, demarcar derroteros, y levantar mapas..." [1]. Y lo dice más ampliamente dando cuenta del mismo asunto al rey, a petición del mismo monarca, que en 1773 decía al virrey: «Y visto en mi Consejo de Indias con lo que dijo mi fiscal, he resuelto que en su inteligencia y con exacto reconocimiento del plan que se enuncia, formó de su comunicación de ambos ríos y sus inmediaciones fray José Amichi, por la copia que se asegura habérseos entregado, pidiéndola en su defecto al mismo religioso, me informéis como os lo mando, acompañando copia del propio mapa......».

A lo que informa el padre Peón y Valdés: «Proyecté al instante una nueva expedición, así para explorar el ánimo de los pueblos sublevados, como para hacer accesible la penetración de las montañas, y con aprobación de don Manuel Amat, virrey del Perú, hice fabricar en el embarcadero del Pozuzo algunas canoas y balsas y reponer los demás aparatos necesarios para reconocer el curso del río y de otros hasta el Ucayali. Para resguardo de los religiosos destinados a la expedición franqueó con generosidad 25 soldados el Virrey; para delinear el derrotero, curso de los ríos, demarcaciones de riberas y demás que se estimase digno y diera materia a un mapa de aquellos países desconocidos, dí el comando de la expedición al P. Fr. José Amich, sujeto facultativo, que lo formó muy arreglado, después de haber penetrado el Ucayali, y reconocido el curso del de Pozuzo y de otros que entran en él. Con esta ocasión tiró líneas desde Tarma a Huánuco, de Huánuco a Cajamarquilla, de los Lamas y misiones de Mainas hasta el Marañón, de suerte que nos dió un mapa el más instructivo de Ríos, Montañas y Misiones».

«De este mapa verdadero y no imaginario, ni apócrifo..... dará razón don Manuel de Amat Virrey del Perú, a

---

(1) *Archivo Gen. de Indias, 115, 7, 22*—Sig. *Audiencia de Lima.*



DESCRIPCION
GEOGRAPHICA
MAR PACIFICO

quien entregué uno o más ejemplares...... y cuando se le haya traspapelado al Virrey, puede V. M. mandar orden a Fr. José Amich, que estará en Lima, que remitan cuantos ejemplares sean necesarios (1)».

De este mismo punto habla con más extensión una Real Orden de 15 de febrero de 1779, que da razón de la idea que se tenía en la corte del padre Amich; la Real Orden es como sigue:

«Promovióse por el P. Fr. Bernardo de Peon del Orden de S. Francisco y Comisario General de este reino del Perú la importancia de la comunicación del río Pozuzo con el Ucayali para facilitar de este modo la internación a las montañas con corto dispendio de la real hacienda. Con este objeto excetó a los misioneros de Ocopa para que desde los Manoitas, nación catequizada en el año de 1760 en las montañas de Cajamarquilla, se adelantasen a otras naciones, y en efecto aparece se logró lo que se deseaba con los indios Sipibos, y después con los Conibos, respetables estos últimos por su crecido número y distinguido valor.

Eran pocos los misioneros de Ocopa, y determinó pasasen a ayudarles algunos del colegio de Chillan; y cuando se esperaban nuevas noticias con este auxilio, se supo que sublevados los Manoitas, Sipibos y Conibos, habían martirizado a todos los misioneros. Con este motivo y el de hacer explorar los ánimos de los sublevados, dispuso una expedición desde el embarcadero del río Pozuzo, con el fin tambien de reconocer el curso de este río, y el de otros hasta el Uca-

(1) El 14 de Setiembre de 1777 el padre fray Francisco Alvarez de Villanueva, procurador de las misiones de Ocopa en Madrid, escribe dirigiéndose a los personeros del gobierno: «Por el plan que formó el Padre Predicador Apostólico de mi Colegio Seminario de *propaganda Fide* de Santa Rosa de Ocopa, se manifiesta el origen del Marañon, etc.; y por ahora me consuelo *con dejar el plan* y documentos referidos».

Palabras que prueban que el mapa del padre Amich en esta fecha ya obraba en manos de los altos empleados de la corte.

yali, y de esta demarcación se encargó el P. Fr. José Amich, como más a propósito por su instrucción; y en efecto penetró todos estos ríos, y formó mapas tirando líneas desde Tarma a Huánuco, Cajamarquilla y Lamas, y Mainas hasta el Marañón, de los ríos, montañas y misiones que se encuentran en sus territorios. Dícese que por medio de esta descubierta navegación podrán los misioneros en 15 días entrar en la reconquista de las tres naciones sublevadas, siendo así que por el camino antiguo apenas bastarán tres meses, llegando despeados y llenos de miseria. Que conseguido esto no es difícil de reconquistar la nación del cerro de la Sal, donde se sublevó y permanece el falso inga; que la navegación del Pozuzo y Ucayali abre entrada a la gran Pampa del Sacramento y a todo el centro del Perú que hasta hoy no se reconoce: que como estos ríos tienen su origen en cerros minerales de oro pueden ofrecer mucha riqueza en sus arenas, y conseguirse por este medio algunas ventajas, y que esta navegación facilita conducir desde el Perú hasta el gran Pará armas u otras cosas, para impedir que las naciones europeas pasen del río Marañón al Ucayali y de este al Pozuzo, y a otros ríos penetren hasta el mar del Sur. Enterado el rey de todo lo expuesto y en vista de lo que ha manifestado el Consejo de Indias en consulta de 27 de Abril del año próximo pasado comprende por muy útil el hallazgo de la comunicación del río Pozuzo con el Ucayali; pues en efecto tendrán los misioneros más fácil entrada para sus conquistas y estarán más libres del furor de los indios infieles, por cuya razón no solo conviene su Majestad en permitir la comunicación del río Pozuzo con el Pachitea y Ucayali, sino que en el centro de aquellas montañas y que por la confluencia de sus ríos ofrezca fácil entrada a las misiones, se forme un pueblo fortificado con una estacada, y que lo defiendan los soldados de la frontera de Jauja o Tarma haciendo el número de soldados que parezca bástante sus destacamentos por meses, el que no solo servirá de común refugio, sino de freno a los indios para no inquietarse, lográndose por este medio que el

yali, y de esta demarcación se encargó el P. Fr. José Amich, como más a propósito por su instrucción; y en efecto penetró todos estos ríos, y formó mapas tirando líneas desde Tarma a Huánuco, Cajamarquilla y Lamas, y Mainas hasta el Marañón, de los ríos, montañas y misiones que se encuentran en sus territorios. Dícese que por medio de esta descubierta navegación podrán los misioneros en 15 días entrar en la reconquista de las tres naciones sublevadas, siendo así que por el camino antiguo apenas bastarán tres meses, llegando despeados y llenos de miseria. Que conseguido esto no es difícil de reconquistar la nación del cerro de la Sal, donde se sublevó y permanece el falso inga; que la navegación del Pozuzo y Ucayali abre entrada a la gran Pampa del Sacramento y a todo el centro del Perú que hasta hoy no se reconoce: que como estos ríos tienen su origen en cerros minerales de oro pueden ofrecer mucha riqueza en sus arenas, y conseguirse por este medio algunas ventajas, y que esta navegación facilita conducir desde el Perú hasta el gran Pará armas u otras cosas, para impedir que las naciones europeas pasen del río Marañón al Ucayali y de este al Pozuzo, y a otros ríos penetren hasta el mar del Sur. Enterado el rey de todo lo expuesto y en vista de lo que ha manifestado el Consejo de Indias en consulta de 27 de Abril del año próximo pasado comprende por muy útil el hallazgo de la comunicación del río Pozuzo con el Ucayali; pues en efecto tendrán los misioneros más fácil entrada para sus conquistas y estarán más libres del furor de los indios infieles, por cuya razón no solo conviene su Majestad en permitir la comunicación del río Pozuzo con el Pachitea y Ucayali, sino que en el centro de aquellas montañas y que por la confluencia de sus ríos ofrezca fácil entrada a las misiones, se forme un pueblo fortificado con una estacada, y que lo defiendan los soldados de la frontera de Jauja o Tarma haciendo el número de soldados que parezca bástante sus destacamentos por meses, el que no solo servirá de común refugio, sino de freno a los indios para no inquietarse, lográndose por este medio que el



Guayaquil
Zamora
Loxa
Valladolid
Loyola
Borja
Pongo
Colan
Payta
Piura
Sechura
I. de Lobos
Caxamarca
Truxillo
Chachapoyas
Moyobamba
Laguna
R. de Guallaga
R. Ucayale
R. del Marañon
Santa
Guarmey
Lima
Callao
Lurin
Pareno
R. Enne
R. de Apurima
Sierra de Sn. Carlos
Convenciones.

tráfico de los soldados los dé a conocer aquellos bosques, se acostumbren a su temperamento y que acaso la curiosidad de algunos los hará navegar por aquellos ríos, y si como es factible encontrasen en su orillas algunas pepitas de oro, su busca les hará penetrar y descubrir sus comunicaciones. Esto supuesto y que el P. Amich designa en sus mapas un pueblo con el nombre de San Miguel de Cunibos sobre el río Ucayali, quiere S. M. que V. E. con precedente reconocimiento de estos terrenos y audiencia del P. Amich proceda al establecimiento del referido pueblo en los parajes que van señalados o donde considerase más conveniente a los fines propuestos tomando para ello los arbitrios que juzgase oportunos y dando V. E. aviso de lo que ejecutare para noticia de S. M.–Dios Gue. a V. E. M. A. El Pardo 15 de febrero de 1773.

JOSE DE GALVEZ, Sr. Virrey del Perú

De lo dicho se deduce que el *Plan del curso a los ríos Huallaga y Ucayali, y de la Pampa del Sacramento: Levantado por el Padre Fr. Manuel Sobreviela, guardián del Colegio de Ocopa, en 1790, corregido y añadido en 1830, según las noticias, apuntes y diarios más nuevos: Por Dn. Amadeo Chaumette Des Fossés, indivíduo de varias Academias y Sociedades Literarias; Comendador y Caballero de varias Ordenes, Consul general de Francia en el Perú, etc;* se basaba originariamente en los pacientes y acertados trabajos de medición del padre Amich.

De este misionero consigna el mencionado padre fray Pedro González de Agüeros al final de su obra. *Descripción Historial de la Provincia y Archipiélago de Chiloé en el Reyno de Chile*, que «había sido Píloto de la Real Armada, antes de tomar el estado religioso».

El padre Amich era catalán, natural de Barcelona, y tomó el hábito franciscano en la provincia de los Doce Apóstoles del Perú. Se incorporó al convento de misio. neros de Ocopa en 1765 y ejerció en las misiones por

dos veces el cargo de visitador general de las mismas. En Lima pudo haber entablado amistad con su compatriota el virrey Amat, cuyas espectativas llenó cumplidamente en la expedición a Otahití, escribiendo el *Diario* del viaje y estudiando las condiciones de aquella isla.

El compañero del padre Amich, el padre Juan Bonamó, ya había tenido parte con el mismo padre Amich en los acontecimientos de las misiones de Cajamarquilla, en viajes al Ucayali por el Palcazu, etc. Era natural de Lieja en Flandes, y como religioso, era hijo de la provincia de Castilla. En las misiones contrajo enfermedades que dieron materia a su paciencia y resignación, que al fin le llevaron a su provincia madre en España.

El padre fray Jerónimo Clota era catalán como el padre Amich, natural de la villa de Olot, que tomó el hábito de nuestro padre San Francisco en la provincia de su patria. Venido al Perú recorrió algunos puntos de su costa; y en 1770 pasó a las conversiones de Cajamarquilla. En 1774 pasó a Otahití con carácter de presidente de la isla y con esperanzas de una misión de infieles en la misma. Vuelto de aquella isla ejercitó laudablemente delicadados cargos en las misiones del Oriente, y al fin tornó a su provincia seráfica de Cataluña.

Compañero del padre Clota en Otahití fué por un año el padre fray Narciso González, natural de la villa de Montemolín en Extremadura y de la provincia de San Miguel en España. Por el año 1768 lo tenemos trabajando en las misiones de Cajamarquilla, y en 1774 en Otahití. Si hemos de creer al *Libro de Incorporaciones* de Ocopa, estuvo en la mencionada isla «entre innumerables infieles un año entero, con el peligro que se puede considerar; y no enviándoles socorro el Superior Gobierno, se retiraron los padres con bastante sentimiento.

En 1777 el padre Narciso González pasó a la provincia de los Charcas.

IV—MOTIVO DE LA CONQUISTA DE TAHITI

Como regla casi general, el carácter más saliente de las empresas españolas ha sido siempre el religioso, y lo era todavía en la época algo agitada y no poco adulterada a que nos referimos. Mayormente que para lograr con felicidad los fines de la grandeza del imperio nacional, era las más de las veces el medio más seguro y acertado, el religioso y el espiritual.

Este criterio gobernó en el asunto de la conquista y posesión del grupo de islas, que acompañando a la principal llamada Otahití, forman una sección de la Polinesia no despreciable. Se pensó que allí, como en otras partes, la mejor manera de ganar la voluntad a los naturales, era hacerles el beneficio incomparable de transformarlos de idólatras en cristianos.

Por lo demás, tampoco faltaban motivos de interés temporal y material. Los habitantes de las islas eran bien formados, y las mujeres hermosas. Se alimentaban de cerdos, aves, peces, fruta, cereales, etc. Sus anzuelos eran de nácar, muy artísticos, sus redes como las europeas. Poseían embarcaciones adecuadas para entrar mar adentro. Sus armas mazas, palos, piedras que arrojaban con hondas, arcos y flechas. El clima de Otahití es sano y agradable, sus montañas relativamente muy altas, donde crecen árboles corpulentos; sus valles se hallan vestidos de hierba. El aire es allí puro; existen pocas enfermedades, y aun las personas que desembarcan enfermas sanan en el espacio de pocos días a beneficio del buen clima.

Todo esto consta minuciosamente por las observaciones de Wallis, que llamó a Otahití isla de Jorje, de Bouganville y de Cook, cuyos expedicionarios pasaron algunos días en la isla, en amigable consorcio con los indígenas [1].

(1) La Biblioteca Ilustrada de Gaspar y Roig ha publicado en su *Nuevo Viajero Universal*, T. IV, *Oceanía*, una descripción cabal de Tahití, donde van estudiados su posición geográfica, superficie, madréporas, geología de la isla, orografía, temperatura, aguas minerales, valles, playas, vegetación, botánica, zoología, teogonía, dinastía, gobierno y producciones.

Ahora ofrecemos al lector la serie de documentos relativos a las expediciones a dichas islas salidas del Callao desde 1772.



INSTRUCCION

DADA POR EL VIRREY AMAT

a los RR. PP. Predicadores Apostólicos

Fray José Amich y fray Juan Bonamó

destinados a la expedición que se va a hacer a la

ISLA DE O'TAETI

por mandato de Su Majestad: los que se han de conducir en la embarcación de guerra, nombrada LA AGUILA, que va a este fin al comando del capitán de fragata de la Real Armada

Dn. Domingo de Boenechea

POR DISPOSICION DE ESTE SUPERIOR GOBIERNO
LIMA

(Archivo Gen. de Ind., Sevilla, T. 112, c. 4. L. 11)

-1772-



POR VIA DE ACLARACION

Esta instrucción tan atinada que el virrey del Perú don Manuel Amat y Junient da a los padres misioneros Amich y Bonamó, para el buen éxito de la expedición exploradora a las islas de Tahití, deja ver desde luego el talento del Virrey, y que España aún se hallaba en condición de conquistadora, y que ella no había perdido todavía los hábitos adquiridos en muy largos y prósperos siglos, de buscar el ensanche de los dominios sujetos a su esplendente corona.

Se deja ver además la forma sagaz con que la católica nación española sabía hermanar la acción de sus capitanes con la intervención combinada de los ministros del Evangelio.

En el caso presente, a estos ministros prescribe el virrey normas acertadas y prudentes, derivadas de las que una sabia experiencia había ido dictando en la serie gloriosa de tantas exploraciones y conquistas, realizadas en los mares y y en los continentes de América y Oceanía.

Recuerda a los misioneros que no dejen de formar un diario concienzudo de la expedición, que comparado con los diarios de los oficiales, arroje la luz necesaria para las resoluciones prácticas que deberán tomarse.

Que no dejen de intervenir en las observaciones técnicas y en el levantamiento del plano correspondiente; lo mismo que en la elección del sitio para fundar el pueblo, tomando nota con madura deliberación de las costas, aguadas, lla-

nuras, montes, puertos y desfiladeros; estudiando el espíritu y las pasiones de los naturales, como también las condiciones del clima, la productibilidad de los terrenos, la existencia de animales benéficos y útiles, la ausencia de los dañinos y ponzoñosos.

Que además deberá pensarse en levantar una fortificación para la defensa de la población y tenerla a cubierto de invasiones enemigas.

No olvida el Virrey recomendar a los misioneros que induzcan al elemento expedicionario a que se porte con los insulares civil y cristianamente; que estos sean tratados con benignidad y dulzura, que se eviten los modos incorrectos y menos cultos, de suerte, que en armonía con la moralidad intachable, enseñada por la Religión cristiana, se descubra en los conquistadores la cultura correspondiente.

Creyó el virrey oportuno sugerir a los directores de la expedición, que al volver de las islas trajeran a Lima algunos naturales, de preferencia niños de corta edad, que instruídos en la Religión cristiana y colmados de favores por altas personalidades en la capital del virreynato, tornaran a sus tierras nativas como elementos evangelizadores y medios eficaces para ganar la voluntad de sus conterráneos a la cultura cristiana.

Así lo realizaron en efecto, pero por desgracia sin que de ello se siguieran los beneficios esperados, como tendremos ocasión de ver, y mas bien con un ruidoso fracaso, por cierto, muy lamentable.

Por lo demás, ni el digno capitán de la expedición, ni sus oficiales y marinería, ni los padres misioneros Amich y Bonamó, defraudaron en esta empresa las esperanzas del Virrey y del augusto monarca de la nación española.

La Instrucción a que nos referimos es como sigue:

INSTRUCCION

1.—Siendo el principal objeto de la real piedad de N.

Soberano, respecto de la enunciada isla, más que con la posesión efectiva, lograr que ninguna otra nación extrangera, se apodere de ella, el sacar a aquellos naturales de su desgraciada idolatría, atrayéndolos con los medios discretos al conocimiento del verdadero Dios y profesión de N. S. Fé católica; quiere resueltamente que se forme un establecimiento al mando de un oficial de juicio, y que a su abrigo se promueva aquel loable y deseado fin por unos religiosos Misioneros, entre los cuales han sido VV. PP. elegidos para el desempeño de este sagrado ministerio, al que espero que han de dedicarse, y contribuir con el esmero que hace esperar su apostólica carrera.

2.—No es posible por lo presente y del primer golpe poner esta obra tan recomendable en toda su perfección, ni aun tirar las primeras líneas de su material de ella, a causa de la falta de luces que padecemos de la figura, situación y circunstancias de aquel terreno, no menos que del género, número y gobierno de sus habitantes, de que no hay hasta ahora más que un embrión, ó masa confusa de especies indigestas, en cuya hipótesis sería imprudente, cualquiera deliberación positiva, que solo servirá de dar materia al arrepentimiento, en caso de un éxito funesto, o contrario a estos santos designios.

3.—Por eso, usando del arbitrio que S. M. me deja para la ejecución de este proyecto, variando en el mas o menos y valiéndome de los medios que discurra más oportunos, he resuelto que en la ocasión, se repita o por hablar con mas propiedad, se haga de nuevo un prolijo y exacto reconocimiento de aquel puesto, para que según lo sugiera la noción de sus cualidades se camine con la dirección de este importante asunto, sobre más sólidos y seguros fundamentos.

4.—Con esta mira se le ordena e instruye al capitán, del registro y escrutinio que debe practicar, de las observaciones que debe hacer y del exacto plan que se ha de levantar, previniéndole expresamente, que en todas estas operaciones intervengan VV. PP. como principalmente interesa-

dos en la resolución que con sus resultas se ha de tomar; por eso les encargo que con conocimiento de la isla, con reflexión a sus costas, aguadas, llanuras, montes, puertos, desfiladeros, y lo que es más, con precedente trato de los naturales del país, y tal cual experiencia de su espíritu, y pasiones dominantes elijan un sitio el más proporcionado en que se pueda eregir la población, capaz de contener 50 personas mas o menos, aunque sean la mayor parte casadas, habiendo de subsistir éstas al abrigo de algun reducto, o especie de fortificación, que la cubra en cualquier lance, no solo de los enemigos domésticos, sino de cualquier insulto extrangero, con cuyos respectos la materia es grave, e interesante, y pide meditarse por los juicios a conducta de VV. PP. si deberá preferirse la inmediación al mar, o a lo interior de la tierra, o al contrario, sin perder de vista que se debe construir una capilla y vivienda en que habiten los PP. Misioneros separados aunque no distante de los pobladores.

5.—Las demás calidades que advierten nuestras leyes, previniéndonos que se reconozca para poblaciones si el terreno es saludable, si se conservan en él hombres de mucha edad, y mozos de buena complexión; si los animales son sanos, y los frutos y mantenimientos buenos y abundantes; y de tierras a propósito para sembrar y coger; si se crían cosas ponzoñosas o nocivas, si el cielo es de buena y feliz constelación, claro y benigno y el aire puro y suave, sin impedimento y alteraciones, el temple sin exceso de calor ni frío, si hay pastos para criar ganados, árboles para leña, materiales de casa y edificios, muchas y buenas aguas para beber. Bien se podrán estos cuidados y observaciones, partir con el resto de oficiales, tropa y marinería, y apuntarse en el *Diario* que debe llevarse: pero no será extraño que VV. PP. por su parte hagan tambien colección coordinada de estas particularidades, para que segun lo que de ellas abunde, ó se carezca, se haya de suplir o transportar cuando ya resueltamente se haya de poner en obra la plantificación que el Rey ordena.

6.—El principal cuidado de la celosa atención de VV. PP. ha de ser el de inducir a los nuestros a que se porten con los insulares civil y cristianamente, esto es, que no solo los traten con benignidad y con aquella dulzura que dicta la razón humana; sino que les den positivo buen ejemplo en sus conversaciones, ademanes y encuentros, de modo que se consiga atraerlos mediante la suavidad a la vida política y a la cristiana por medio de las buenas costumbres, que noten en los huéspedes sobre que es menester velar sin interrupción, hasta conseguir que se destierren los modos bruscos, y desapacibles y cuanto pueda conducir a escandecer a aquellos miserables, inspirando en la guarnición y marinería las máximas opuestas en cuantas ocasiones se presenten y ocurriendo en caso necesario al Capitán y oficiales para que los refrenen y contengan, quienes así por esto como para lo demás que se ofrezca, van encargados de auxiliar a VV. PP.

7.—Una vez contraídos con el halago y los agasajos que se les ha de repetir, siguiendo en lo posible las reglas de la justicia distributiva para evitar emulaciones, será fácil instruirse por mayor en su idioma, formando para ello un diccionario de vocablos a manera del que se halla estampado a 1470 del primer tomo de la Historia de Navegaciones a las tierras australes que se les puso a VV. PP. por delante con esta idea, que no se duda que es una de las providencias con las que se facilitan los fines deseados, y la instrucción de asuntos a que se aspira; principalmente si en su práctica se procura impedir, que al comunicar sus voces a los nuestros no entren los naturales en desconfianza que se les burla, y ellos ganen por la mano diciendo unas cosas por otras, para lo cual se deben separar aquellos idiotas u hombres juglares que con las expresiones que creen festivas, ridiculizan estos y otros actos más serios, con lo que se han malogrado empresas muy importantes para los habitadores de unos paises en que prevalece por lo común la puerilidad.

8.—No debo tocar el punto del Bautismo de algunos

infantes fuera del artículo de la muerte, resistiendo o consintiendo sus padres, porque sobre este negocio VV. PP. saben muy bien lo que hay escrito, y el estado que en el sistema presente tienen de probabilidad tales proposiciones. Y lo que yo desearía y espero es que no se valgan de estos medios, ni otros que en vez de aprovechar, han introducido en varias ocasiones la turbación, y falta de armonía con malogro de muy católicos proyectos.

9.—Y para afianzar el que por ahora se anhela, hago juicio que influiría mucho traerse consigo algunos niños hábiles al parecer que envíen especies de ceder a la cultura y enseñanza, escitándoles con maña y sagacidad a que se dejen trasladar de su expontánea voluntad, como ya se le advierte al capitán, haciéndoles ver la ventajosa condición que se les espera, y que no se les agravia, antes se les mejora de suerte, vida y temperamento, sin inducirles violencia ni temor. Y aun podría ser que manejados estos arbitrios y el de los dones, y regalitos a tiempo despertasen en otros mancebos o varones formados el deseo de viajar, como ha sucedido muchas veces, prefiriendo siempre aquellos que por su semblante, y porte se reputan más instruídos, y versados en sus historias y tradiciones.

10.—Otros muchos incidentes que naturalmente sobrevendrán a una nueva derrota, por una ruta irregular, así como no todos pueden ser previstos de la más perspicaz advertencia, se deja a la de VV. PP. y a su dirección resolver en el *Hic et Nunc* de las cosas, lo que juzgaren más conveniente a beneficio de la expedición conforme a los fines que S. M. desea, de que se les ha cerciorado, y se espera que el desempeño corresponda a la confianza, y mucho mas al singular favor de haberlos Dios escogido, para que en esta conquista espiritual, sean los que plantifiquen el Sagrado estandarte de N. Católica Religión en aquellos incultos y remotos países.

Lima, 22 de Setbre. de 1772.—*Dn. Manuel de Amat.*—Por mandato de S. E. *Pedro Juan Sanz.*—Es copia de la Instrucción.—Lima, 30 de marzo de 1773.—*Joseph de Garmendia.*

INSTRUCCION

QUE EL MISMO VIRREY

DA AL CAPITAN DE FRAGATA

Dn. Domingo de Boenechea

para el viaje que en la de su comando nombrada EL AGUILA va a hacer desde el puerto DEL CALLAO

de orden del Rey N. Sr., en demanda de las islas del mar del Sur, conocida la una de ellas antes por la de la Tierra de Davis, denominada hoy Sn. Carlos, y la otra, a quien los viajeros ingleses llamaron de Jorge y los naturales DE OTAHITI,

con arreglo a las facultades y arbitrio comunicados a este Superior Gobierno con fecha de 9 de Octubre y 11 de Noviembre de 1771.

LIMA

(Arch. gen. de Ind., id.)

-1772-

INSTRUCCION

1.—Abierto que sea el pliego, como en Decreto separado se le previene que lo ejecute a 10 leguas de distancia mar afuera, se impondrá menndamente en estos capítulos de los cuales todos, ó los que juzgare mas necesarios y convenientes, comunique a sus oficiales y personas prácticas e inteligentes que ha de formar según ordenanza para resolver con su dictamen el punto ó puntos que se dirán en adelante.

2.—Los previos y más principales de ellos se reducen a la elección de derrota que debe hacer la embarcación, acomodándose a las circunstancias del tiempo y la estación en que se hace a la vela, que es reputada por la más benigna, y ajustándose a la provisión de víveres que se ha procurado hacer la mas completa, como también a la calidad dominante en que le debe haber instruído su observación, y pericia náutica.

3.—Dos son los puestos que el rey manda que se reconozcan, y registren aunque con fines diversos, como ya se explicará, el uno es la citada isla de S. Carlos, situada en 27 grados y minutos de latitud meridional. Y el otro la llamada Jorge o de S. Jorge y por los naturales Otaheite, que se cree por 17 grados 28 minutos, 55 leguas de latitud Sur y 10 horas 7 minutos al occidente del meridiano de París, si damos fe a las noticias publicadas en Gacetas y otros papeles.

4.—Entre ambas aunque por lo respectivo a la altura del Polo o latitud no se contemple una enorme distancia que exceda de 10 grados; pero, siendo tan considerable la longi-

tud, bien se comprende que cada una de estas expediciones necesitaba de distinta embarcación, y de diferentes comisionados que de ellas se encargasen para aprovechar el tiempo oportuno de perfeccionarlas; mas no presentándose por ahora otro arbitrio que el que ofrece esta única fragata de guerra, ella sola es la que las debe consumar.

5.—Y la destreza del capitán consiste en disponer esta derrota, de modo que quepa en el tiempo de 5 o 6 meses el logro de uno y otro descubrimiento, confiriendo para esto con la Junta, a cuyo arbitrio y elección se deja enteramente este punto, si convendrá comenzando por la de S. Carlos pasar a la de Jorge, o al contrario, si deberá primero solicitarse la invención de esta última, y practicadas allí las diligencias que se dirán, subir a la de S. Carlos, o conforme a los vientos, corrientes de las aguas y otras circunstancias que se encuentren en una derrota hasta hoy no practicada, si será más útil desde cualquiera de los dichos puntos el que se eligiere subir hasta Vaparaiso a refrescar, y de allí volver al otro que quede por reconocer desde donde últimamente haya de regresar y volver a este puerto del Callao.

6.—Para esta resolución conviene tener presente la idea o fines con que se promueven estas dos visitas; en la de la isla de Otaheití quiere S. M. que se ratifique la noticia de su existencia dada por los astrónomos ingleses en el viaje hecho útimamente al rededor del mundo con el pretexto de observar el tránsito de Venus sobre el disco solar. Que se examine su consistencia, su fertilidad y proporciones de ser habitadas, su figura de longitud y latitud y principalmente si está poblada de naturales del país o si en ella, se ha plantificado alguna colonia extranjera, como se recela que se haya verificado esto por la nación Británica.

7.—En la isla de S. Carlos ordena el Rey que no solo se repita el más prolijo examen y observación de aquel terreno, acabando de instruirse de todas las circunstancias que se omitieron en el primer viaje, sobre que se dirá en su lugar; sino que inflamado su Real y católico celo, en sacar a aque-

llos naturales de su desgraciada idolatría, atrayéndolos con los medios discretos y suaves que se practican al conocimiento del verdadero Dios, y profesión de N. Religión se tiren en cuanto a este primero y más importante asunto todas las líneas que convengan a recabar de los habitadores permiso para formar un reducido establecimiento a cuya sombra puedan los Misioneros dar principio a la siembra de la semilla evangélica.

8.—De esta diferencia notable de proyectos se comprende también la diversidad de tiempos que necesitan para su ejecución, y que este último pide mas días para entablarse, que el primero que en lo que aparece es mas transitorio, y fácil de evacuar, aunque a mayor distancia y apartamiento sobre cuyos supuestos deberá dicho capitán y Junta de oficiales pesar las congruencias, contrapesándolas con las dificultades para abrazar el partido que tenga mas cuenta a la derrota, y que esta se practique con toda aquella perfección que corresponde a llenar los deseos del Soberano.

9.—Elegido cualquiera de los dos medios cuando llegue a su vez, el reconocimiento de la isla de Otaheti, no sea tan transitorio, y momentaneo, que nos deje con las mismas ideas confusas con que nos dejó el que hicieron las dos embarcaciones que descubrieron las tierras de Davis; y cerciorado el Capitán y gente de haberla encontrado, procurará bojearla, e instruyéndose de su verdadera altura y situación, hará levantar un plan y la figure con la posible propiedad, practicando esto último con las isletas, o semblantes de tierra que se vayan descubriendo, y observando a cualquiera de los lados de la derrota que llevase: entendiéndose esto después de estar cerciorados, y sin la menor duda que lo son para evitar la nota de los que con facilidad han colocado en sus mapas muchos de estos objetos imaginarios.

10.—En el caso de estar dicha isla de Otaheti ocupada por los ingleses o por otra nación extranjera, que será muy fácil de comprender por las embarcaciones que estuvieren ancladas en su puerto, o por las que acaso puedan avistarse en

el camino, que segun el rumbo que llevaren parezcan que van en demanda de ella: A la prudencia del Capitán y Junta toca resolver si deberán o podrán acercarse tanto que se exponga la fragata a ser sorprendida, y obligada a ceder a la mayor fuerza de un atentado, o si libre de este recelo pueda con seguridad aportar, a fin de instruirse a fondo de este importante asunto, pretextando aquellos designios que juzgue mas oportunos en el lance.

11.—En el evento de no tener la isla huéspedes extraños, y estar habitada de solo aquellos naturales que la pueblan, deberá acercarse con menos recelo la fragata, y asegurada de ser sus puertos accesibles y que en estos no hay resistencia de parte de los habitadores, para un cómodo desembarco, lo tanteará el capitán, eligiendo para esto sugetos de valor, juicio y conducta, a quienes pueda confiar la práctica de las advertencias que manda el Rey, y que se les hicieron, aunque en el todo no las ejecutaron los descubridores de la tierra de Davis en el Cap. 5 de la instrucción que se les dió con fecha 5 de Octubre de 1770, cuyo tenor se les repite ahora y es el siguiente:

«En el primer supuesto de existir en el territorio pobladores o estar plantificadas algunas colonias, si esas fuesen de naturales del país, esforzarán su sagacidad, a fin de tratarlos con la mayor dulzura y humanidad, instruyendose de sus costumbres, ritos y gobierno, así en tiempo de paz como en guerra; inquirirán en el modo que les fuere mas asequible, si los insulares mantienen comunicación o comercio con algunas naciones europeas, o de otro continente del mundo conocido, o si conservan alguna tradición de otros que hayan aportado sin omitir la noticia que pueden tener de su origen y primer establecimiento, y dándoles a entender la precisión, e incontestables derechos de N. Rey católico sobre todas las islas adyacentes a estos vastos dominios que posee, no omitirán diligencia con que recabar por medio de la suavidad la indución de aquellos naturales a un racional acomodo y que acepten el tráfico de la nación española, ofreciéndoles de par-

te de esta y de su benignísimo Monarca, aquellas ventajas que para subsistir, y ponerse a cubierto de extranjeras ambiciones, se les pinta en el auxilio de tan poderoso brazo, con otras reflexiones que ofrece la situación para ser más cómodamente abastecidos con preferencia a todos los del Orbe de estos vasallos del Rey de España, formalizando por escrito y en la mejor forma todo cuanto sobre el asunto estipularen, para el cual y sus incidencias, se les autoriza en nombre de S. M. que Dios Guarde.

12.—Todo esto debe entenderse que se podrá ejecutar en suposición de que el tiempo, la sazón y todos los demás comprincipios que se han de meditar con juicio, brinden a una muy segura tentativa, sin aventurar en ella ni una filástica si puede ser, por lo que el objeto principal y único de esta jornada, será el exámen de la consistencia de la isla de Otahetí y demás circunstancias a cuyo mas perfecto conocimiento pueda conducir el desembarco de ella, o el trato y comunicación desde a bordo con los naturales que se acerquen a la embarcación, o entren en ella, indagando del modo posible, si los salvajes que habitan las islas inmediatas hablan la misma lengua, y viven como los de ella, bajo una especie de gobierno feudal, según se refiere en el «Mercurio» de Octubre de 1771, en el capítulo de las noticias de Inglaterra, con otras particularidades que nos den alguna clara idea de su manejo y luces para conjeturar con acierto el de otros isleños de aquella parte del mundo, de quienes se escribe con tanta variedad por los viajeros, conviniendo todos únicamente en la multitud de lugares habitados de que da noticia el citado Mercurio y los anteriores, y ya se comprendía del viaje de Birón, y de los muchos que comprendía la Historia de las navegaciones a tierras australes impresa en dos tomos el año 1756.

13.—Por el contrario el desembarco en el puerto de S. Carlos, en cualquiera de los medios que se elija ha de ser inevitable y preciso por ser orden cerrada del Rey, que se pueble y fortifique y que a esta sombra seintroduzca Misioneros

apostólicos que planten y promuevan la Religión católica entre aquellos habitadores. Y aunque por ahora según prudente arbitrio, no tienen todavía sazón las cosas para comenzar desde luego estas operaciones, sin que precedan otras que las aseguren y pongan a cubierto de ser notadas de ligeras, y menos oportunas; pero viendo ya tiempo de darles su debido curso a estas últimas que deben ser preparatorias de las primeras; deberá dicho capitán y demás oficiales esmerarse en estos reconocimientos como que de ellos pende su total resolución en que se verifique, y tenga éxito el beneplácito de S. M.

14.—En cuanto a las seguridades que deben tomarse de puerto, o sitio, en que dé fondo la embarcación con otras precauciones pertenecientes a su profesión, y arte militar, no ocurre ni cabe cosa particular que advertir, y desde luego se confía, en que velarán todo lo posible, a que el vaso no se exponga a padecer el menor quebranto, eligiendo el punto que sea menos malo de lo que se presenta aquella playa, cuyos grados acaso se minorarán a beneficio de la observación que harán con mas sosiego que los anteriores, sondeando tranquilamente todo el bojeo, y apostándose en el rumbo mas ventajoso a practicar el desembarco y evitar los vientos contrarios que reinarán en aquella altura.

15.—Hecha esta diligencia antes de amarrarse la fragata si fuese posible, ha de explorarse como se puede desde las inmediaciones, si acaso en el intervalo que ha mediado desde la posesión que se tomó de la isla, á este acto, se ha ocupado aunque no es regular, por alguna otra nación, en cuyo evento muda el sistema de semblante, porque ni será obra de cordura el desembarco, ni menos proceder á ulteriores resoluciones, sino que examinando la causa, fines y motivos de esta novedad; el destino, las fuerzas y la calidad de los intrusos, se les requerirá en nombre del Rey, poniendoles delante el atentado que han cometido, con transgresion no solo de los incontrastables derechos de la corona a las islas y tierras adyacentes a este continente que quedan dentro de la

línea de la demarcación, robustecidos por los mas solemnes tratados hasta el de la última paz, sino con atropellamiento de la posesion real corporal y efectiva, que aprendieron en nombre de S. M. Católica los oficiales del navío nombrado «San Lorenzo», y la fragata nombrada «Sta. Rosalía» el día 15 de Noviembre de 1770: sobre que se les harán las protextas necesarias por escrito y de palabra, valiéndose para esto último de uno de los Misioneros que conducen y tienen las instrucciones y competente inteligencia de los idiomas de Europa.

16.—Allí mismo con este motivo no será dificultoso instruirse en si se halla poblada, y poseida la isla de Otaheití ó otra alguna de las de aquel vasto archipielago, imponiéndose en los designios de unos y otros detentadores, y si el proyecto es de un establecimiento perpetuo ó solamente provisionalmente con otras miras. Y en fin con la respuesta que estos dieren y que procurarán sacarles por escrito con todo lo demas que se observare cerca de la disposición, y ánimo de aquellos naturales, retornará la fragata en diligencia á este del Callao, á dar una estrecha y extensa cuenta de los sucesos.

17.—Parece ocioso repetir en este lugar lo mismo que queda advertido en el numero 10 de esta instrucción, mas como en materia de precauciones apenas basta lo que sobra, tendrá entendido el Capitan y la oficialidad, que aquella es una regla general que se ha de tener frente en todo evento, en que se determine algun desembarque de gente, ó acercarse con este ú otro fin á qualquiera isla, tierra o puerto que comprenda en que reconocer; como queda dicho no se ha de aventurar la embarcación, ni menos se ha de exponer el honor de las armas, á una sorpresa u otra violencia que pudiera fraguarse á favor de la distancia.

18.—Lo mismo con la debida proporción ha de practicarse en caso de declarada resistencia de los naturales del pais, como de los mas feroces nos refieren á cada paso los viajeros, de los cuales raro es el que no cuentan alguna de estas aventuras, en que no todos se han portado con aque-

lla moderación que dicta la humanidad cuyo ejercicio tanto recomienda S. M. en las leyes de los descubrimientos y en las órdenes novísimas expedidas sobre este de que se trata; y así deberá evitarse la mas mínima efusión de sangre inocente, o hacer fuego contra estos miserables salvajes, cuya sumisión y condescendencia, ha de ser obra de las caricias y halagos y no del rigor y severidad.

19.—Amarrada que sea la fragata en el puerto ó caleta que se elija en la isla de S. Carlos, desde ese momento, o cuando el capitán lo tenga por mas oportuno (en suposición de hallarla evacuada) impondrá a cuantos la guarnecen y tripulan la obligación que les corre de observar el trato mas afable y benigno dentro de los límites de la cristiandad modesta en aquellos naturales, que desde luego se les presentarán á bordo, viniendo a nado como lo tienen de costumbre, encargandoles que disimulen cualquiera torpeza y descomedimiento, de unas gentes incultas y sin crianza, sin intimidarlos con aquella rústica severidad, bajo de cuyo celo suele encubrirse la verdadera cobardía. Y previniéndoles que el fin de esta expedición es atraer nuevas almas a la Religión católica, y nuevos vasallos al Rey y que a tan loables intentos pueden cooperar entre otras cosas procurando instruirse en el idioma de aquellas voces necesarias a la comunicación racional, omitiendo otras que importa muy poco su ignorancia.

20.—Este cuidado que ha de tenerse desde a bordo debe crecer para cuando se determinen ir á tierra en la que es menester portarse con mayor juicio, sagacidad y miramiento. Y para ello prohibirá el Capitán bajo las más severas penas, promulgándolo si fuese necesario por bando, que ninguno sea osado a tratar mal de obra ni de palabra, a los habitantes del pais, con apercibimiento que se le hará experimentar todo el rigor de las leyes que lo previenen; y a este fin bajo las mismas vedará que persona alguna se desembarque sin su positivo permiso, ni que puestos en tierra los que hayan de ir a ella, se desordenen ni separen, castigando por lo

pronto y conteniendo, á los que sin su licencia se desgaritaren, é introdujeren por las chozas o desfiladeros, disponiendo que los que se hayan de internar, marchen siempre en conserva y con arreglo, como también los que se destinaren á la guardia de algun puesto, de suerte que jamas puedan ser sorprendidos de unas naciones que tienen por caracter la traición, segun fama común de cuantos las describen. Y que la falta de armas con que se les cree solo puede contarse sobre la palabra de los descubridores, que los trataron muy superficial u momentáneamente.

21.—No sería importuno para fomento de esta precaucion que antes del desembarque se averiguara con suavidad y disimulo en el modo posible, la verdad del hecho que entonces se refirió, de que apenas levantaron las anclas nuestras embarcaciones observaron que los habitantes echaron por tierra con algazara las tres cruces que se habían fijado en un lugar eminente en señal de posesión, por si puede rastrarse la causa impulsiva de este inesperado efecto, y si fue signo de su arrepentimiento de habernos recibido, cediendo no mas que aparentemente á la mayor fuerza que conocieron, o si fue pura obra de la simplicidad y del acaso á que materialmence procedieron, porque segun estos dos diferentes semblantes, será consiguiente también proceder en las operaciones sucesivas.

22.—Lo primero que ha de tratarse en Junta plena de Oficiales á que concurrirán las dos PP. Misioneros, es si será conveniente hacer mansión permanente, y contínua, dentro de la fragata, o formar algun Real ó habitacion interina en la playa, ó ensenada donde pueda desembarcar la gente, y mantenerse con seguridad la lancha, y bote en sus inmediaciones de donde puedan ir y venir á bordo en los casos ocurrentes.

23.—Desde dicho Real en el evento de construirse, ó desde la fragata en suposición de lo primero, se harán los reconocimientos por tierra, señalando una parte cada día, y regulando la jornada de modo que se pueda regresar al Real

ó á bordo antes de anochecer.

24.—A estas diligencias deberá ir competente número de soldados y marineros armados, y mandados por sus respectivos oficiales con nuevo encargo que se les repetirá cada vez en orden al trato, y a que no se desvien con motivo ni pretexto alguno, y que practiquen aquel examen, marchando siempre formados, y con la debida observacion de que darán cuenta con toda individualidad al Capitan, expresando cuanto notaren y advirtieren, para que asi se incluya en el diario exacto y uniforme que se debe llevar.

25.—Entre estas observaciones será la primera acerca del lugar ó sitio que sea mas á proposito para la construcción de un fuerte, ó reducto en que pueda comodamente alojarse una compañia de soldados y unas pocas familias, donde vivan á cubierto de todo trance y en que quepa en lo sucesivo una moderada capilla, haciendose cargo de los materiales que ofrece el terreno, y de los que sean menester llevarse desde acá, con respecto a la escasez ó esterilidad que se experimentase.

26.—Como estos reconocimientos han de poner la isla en descubierto, no se omitirá ensenada ni caleta que deje de notarse en el plan que se haga y que para mayor claridad se procurará levantar en punto mayor. Ni en la relacion diaria dejen de especificarse las calidades del terreno, si es fertil á proporcion de lo que promete el clima: si tiene abundancia ó penuria de agua, si es buena ó de mala calidad, si abunda de leña ó carece de ella, si tiene alguna cosa extraordinaria digna de especial atencion. Y que todas estas y las demas observaciones que se hicieren y escriban en el Diario se confieran antes y califiquen por los oficiales y hombres de juicio, como se manda en nuestras leyes, asi para la mayor seguridad de las noticias que se han de comunicar á S. M. como para evitar la nota que hace despreciable la disconformidad con que unos afirman una cosa, que otros niegan, y cada cual refiere por punto general lo que notó en un solo individuo, y experimentó por un puro accidente y casualidad.

27.—Uno de los asuntos de mayor cuidado, como que de él depende el facilitarse los demas, es instruirse lo mejor que se pueda en el idioma á lo que principalmente sobre todo se dedicará alguno de los de la comitiva que se juzgue con mas proporción, y entonces entran las conversaciones que quedan apuntadas en el Número II. Y a mas de que los PP. Misioneros se espera que trabajen, dispondrá el capitan que alguno ó algunos de los oficiales hábiles o soldados formen un diccionario exacto, en que tampoco pongan voces de significado voluntario, ni de las que quedan notadas al Nº 19.

28.—Al tiempo de practicarse el reconocimiento ó cuando se crea que es tiempo sazonado (que esto mas bien se resuelve a presencia de las cosas) comenzará a hacerse la distribución de agasajos y bujerías que se llevan con este fin, procurando observar en cuanto sea posible la justicia y proporcion segun la clase y calidad de personas, para exitar la emulacion á que ha de concurrir como principales interventores los PP. Misioneros, formándose una lista que contenga los nombres de los sujetos y cantidad de dádivas que á cada uno se reparte, cuyas reglas seguirán tambien en las semillas, probando en algunas su cultivo por si prenden, y anuncian fruto, enseñándoles a los naturales la maniobra y haciendoles ver las ventajas de la labor, cultura y aplicación.

29.—Con estas mismas esperanzas manejadas con maña, y aplicación no sería dificil enganchar quatro o cinco muchachos de los que aparezcan mas hábiles, con el fin de conducirlos á esta capital é instruirlos no solo en la lengua española, sino principalmente en los rudimentos de N. S. Religion, por lo mucho que esto podrá importar en lo sucesivo á catequizar aquellos infelices.

30.—Una de las particularidades que nuestros descubridores contaron con uniformidad a su regreso fue que entre los de la turba sobresalían ciertos individuos que por las largas harengas que vertian en su idioma, los ademanes vehementes acompañados de particulares demostraciones daban margen para sospechar que eran algunos sacerdotes,

ó sabios de sus ritos y sus leyes; de los cuales siendo cierto se sacaría la mayor ventaja en su aprensión por medios suaves, y en trasladarlos á esta capital como lo han hecho los ingleses á mayor distancia y refieren las noticias públicas. Porque estos hombres con preferencia á todos nos darían muchas de las luces que se desean sobre estos obscuros, y desconocidos asuntos, que por tradiciones no pueden dejar de haber venido á sus conocimientos.

31.—En ningun caso se permita que con este ni con ningun otro pretexto se conduzca mujer alguna á esta ciudad, ni á bordo de la embarcación bajo las penas establecidas en las Leyes reales de Indias. Y aun respecto de aquellas cuyo trato político sea inevitable, se dedicará el capitán y oficiales á que la gente de su mando, no practique el menor descomedimiento ni asomo de desenvoltura, para que el mal ejemplo no sirva de rémora á aquellos naturales, que dificulte o retarde su reduccion: y siendo este el punto en que recargan todas las naciones cultas del mundo, en la instrucción que dan a sus subalternos, para iguales expediciones, se comprende con cuanta mayor eficacia deberán arreglarse á ella los vasallos de un príncipe católico.

32.—Tengo por excusado prevenir la veneración y respeto con que deban ser tratados los PP. Misioneros, no solo escuchando sus consejos espirituales, sino atendiéndolos y auxiliándolos en todas sus necesidades temporales: y principalmente cuando hayan de salir á alguna escursión ó reconocimiento se les dará cuanta escolta sea menester para resguardo de sus personas, y para que viéndolas autorizadas aquellos gentiles, comiencen por la reverencia á deferir á su predicación. Y este es el motivo porque entre otras cosas deberá dar buen ejemplo nuestra tropa y equipage.

33.—Así mismo al Alferez de Fragata Dn. Juan Herbé que va en calidad de piloto practico, se le dará todo el lugar que le da la ordenanza, incluyéndolo siempre en las Juntas por el conocimiento que le asiste de estas costas, y el experimental que adquirió en el viaje que hizo hacia este rumbo en

los navíos de guerra, que descubrieron dicha isla de Davis.

34.—No se puede desde aquí ni aun poco menos fijar el tiempo que se necesita de mansión contínua en ella, para instruirse perfectamente en todos los asuntos que van mencionados. Y así se deja al regulado arbitrio del capitán y Junta prefinir el que sea bastante a conseguir el proyecto: Y solo se les encarga que a menos de sobrevenir algun caso insólito en que sea inevitable una pronta retirada, no ejecuten esta tan rapidamente que dejen menos perfecto y por concluir el reconocimiento y que las dudas y falta de noticias con que retornen sea causa de que se retarde un establecimiento a que S. M. propende tan de veras y que yo en su consecuencia deseo promover.

35.—Siempre que pueda evitarse alargar la expedición, porque tal vez la isla que se desea descubrir está situada a menos apartamiento o longitud o porque tercien mejor y más favorablemente los vientos generales, se habrá conseguido el fin de un modo el más glorioso y satisfactorio y habrá tiempo para todo, dándole cuenta a S. M. Pero si contra toda esperanza el viaje se prolongase, o el método que se elija en la derrota obliga a tomar tanta altura que sea menester recalar a alguno de los puertos de Chile para de allí hacer el retorno, o segunda tentativa; se procurará elegir con preferencia el de Valparaiso en que no permanecerá la fragata mas que aquel tiempo muy preciso e inevitable a refrescar, y reponerse de víveres que es de lo que allí puede surtirse, sin permitir frecuentes desembarcos, ni que con motivo alguno el más especioso, se traslade ni pase á la ciudad de Santiago, Capital de aquel reino, oficial alguno ni subalterno, sobre cuyo asunto y el de la demora se le reencarga al capitán que vele y esté á la mira de la observancia de este capítulo con la responsabilidad correspondiente.

Lima 22 de Setiembre de 1772 —*Don Manuel de Amat.* Por mandato de S. Excia.—*Pedro Juan Sanz.*

Es copia sacada de la Instrucción.—Lima 30 de Marzo De 1773.—*Joseph de Garmendia.*—Rúbrica.



Relación del viaje a la isla de OTAHETI en la embarcación de guerra LA AGUILA, al comando del Capitán de Fragata Dn. Domingo Boenechea por el padre Fray José Amich.

(Del Viajero Universal, T. 17, pags. 229—256).

-1772-

RELACION (1)

Con motivo de haber arribado al puerto del Callao el año de 1769 un navío Francés que venía de la India Oriental, se tuvo noticia de haber avistado una isla que está a los veinte y siete grados y treinta minutos de latitud meridional, apartada de la costa de Chile poco mas de seiscientas leguas. Esta isla fué vista el año de 1685 por un navío Inglés, cuyo Capitán se llamaba Davis, y la apellidó de su nombre. El Virrey del Perú Don Manuel de Amat, despachó al reconocimiento de dicha isla un navío de guerra, llamado San Lorenzo, y una fragata llamada Santa Rosalía. Salieron del puerto del Callao el día 10 de Octubre de 1770, y avistaron la expresada isla el día 15 de Noviembre del mismo año.

---

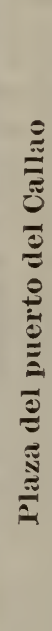
(1) Insertamos aquí esta narración del padre Amich con los preámbulos consignados en la citada hoja *Viajero Universal*, y que contribuyen a establecer los motivos de este viaje. Por lo demás, esta relación resulta paralela con la que consignaron los oficiales Boenechea y Gayangos, comandantes del Aguila, sin contradecirse las dos, aunque con las variantes naturales de los que escriben por cuenta propia.

Sondearon con mucho cuidado todo el circuito de ella, y en todas partes era el fondo malo, pedregoso con arena: solo en la parte del Norte se halló una rada con fondo de arena gruesa, distante de tierra cosa de una milla, en treinta y cinco brazas de fondo. En todo el circuito de la isla, que es de doce leguas, no se halló parage en donde poder saltar en tierra con alguna comodidad, sino en una pequeña caleta de arena, porque todo lo demás es peñolería y mar brava. La isla está habitada de Indios Salvages de buen cuerpo, tostados de la inclemencia, porque andan desnudos, ocultando sus verguenzas con un ceñidor hecho de tela de platano. Mostraron ser de buena índole: son idólatras, y tienen muchos ídolos de piedra de extremada grandeza. El Comandante del navío Don Francisco Gonzalez mandó poner tres cruces en tres cerritos que están en la parte Oriental; pero los Indios las quitaron al otro día. Los habitantes de la isla parece llegarán a mil de todas las edades y sexos: tienen sus habitaciones subterraneas, porque la isla no tiene madera para fabricar. La isla es de mediana altura: el terreno pedregoso, pero en partes produce yucas, caña dulce, ñames, platanos calabazas. No tiene monte, sino algunos matorrales: carece asimismo de agua, y la sacan de pozos que hacen en las playas. Tiene tambien algunas gallinas pequeñas, y muy poco pescado. (1)

(Un sugeto fidedigno que ha tratado con personas que estuvieron en esta isla, me ha asegurado que el número de sus habitantes jamas pasa de novecientos porque los Isleños aseguran que la tierra no puede mantener mas que aquel número de habitantes. Quando este número está completo, matan al que pase de sesenta años, y no habiéndolo, matan al recién nacido).

---

(1) El lector no debe confundir esta isla Davis con la Otahití o Jorge, donde realizan su viaje nuestros exploradores, aunque con ánimo también de ir a la Davis o San Carlos.



Plaza del puerto del Callao

Habiendo vuelto los dichos navíos al puerto del Callao, con los planos de la isla de Davis, a la qual se dió el nombre de San Carlos, el Virrey participó esta noticia a S M., quien mandó arbitrar medios para formar establecimiento en dicha isla, así para impedir que ninguna otra nación la ocupase, como para que se predicase el Santo Evangelio á sus moradores. Para poner en execucion este mandato de S. M. a principios de Mayo del año de 1772 se dispuso la fragata de guerra nombrada Santa María Magdalena, alias la Aguila, con su Capitan Don Domingo Boenechea: y habiendo pedido el Virrey al Colegio de Ocopa dos Religiosos Misioneros para que fuesen en dicha fragata, fueron nombrados el P. Fr. Juan Bonamó, Italiano (1) y Fr. Joseph Amich, Catalan, quien en el siglo había sido Piloto de los navíos del Rey. Como no se tenía exacta noticia de la isla de San Carlos, ni de sus moradores, no se intentaba al presente formar establecimiento sino el reconocimiento perfecto, y noticia de todo lo que podía conducir á la permanencia de lo que en adelante se ofreciese. Para esto se embarcaron algunos regalos y ropa para los Indios, para ganarles la voluntad con el agasajo.

SETIEMBRE 26 DE 1772

Estando ya para salir la fragata, recibió el Virrey aviso del Gobierno de España en que se le participaba haber llegado á la Corte noticia de haber estado los Ingleses en una Isla del Océano Pacífico, llamada por ellos la isla del Rey Jorge, y por los naturales Otahetí, que se halla á los diez y siete grados, veinte y nueve minutos de latitud Meridional, y á los ciento y cincuenta grados, quarenta minutos, diez y siete segundos al Occidente del Meridiano de París: y le ordenaba mandase reconocer la dicha isla. El Virrey tuvo secreta esta expedición, y prosiguió la habilitación de la fragata,

---

(1) El *Libro de Incorporaciones* del archivo de Ocopa le llama natural de la ciudad de Lieja en Flandes.

corriendo la voz de que solamente se iba al reconocimiento de la isla de San Carlos: y habiéndose equipado la fragata con la tripulación y guarnición correspondiente y metido seis meses de víveres, salieron del puerto del Callao el día 26 de Septiembre de 1772 á las dos de la tarde.

El Virrey había entregado al Capitan de la fragata D. Domingo Boenechea un pliego ó instrucción cerrada para que se abriese en estando desviados diez leguas del Callao; y habiéndose verificado dicha distancia, abierto el pliego, se halló contenía dos expediciones en un viaje: conviene á saber, el reconocimiento de la isla de Otaheti, y el de la de San Carlos, dejando al arbitrio del Capitan el executar primero qualquiera de las dos expediciones, y aun arribar al puerto de Valparaiso, despues de haber executado la primera, para tomar refresco, y salir á la segunda. Despues de consideradas las dos expediciones por el Capitan y Oficiales, se determinó pasar primeramente al reconocimiento de la isla de Otaheti, y á este fin se hizo derrota al oeste-sur-oeste (1) hasta ponerse en latitud de dicha isla. (2)

OCTUBRE 28

Despues de habernos apartado de la costa, siguiendo

---

(1) Para facilitar la lectura se ponen con todas sus letras las orientaciones.

(2) «La tarde del 26 de Setiembre del año próximo pasado de 1772 me hice á la vela del puerto del Callao con viento por el Sur fresco, siguiendo derrota á desatracarme de la costa, hasta las 10 de la noche, que hallándome distante de 10 leguas de él, junté mis oficiales y contador, y en su presencia abrí un pliego cerrado, y sellado del dho Exmo Sr. Virrey, el cual contenía la instrucción de lo que había de ejecutar; y enterado de su contenido, el día siguiente á las 9 y media de la mañana, junté á los citados oficiales y contador, les hice presente dha instrucción y enterados, quedamos acordes en seguir la derrota al reconocimiento de la isla de Otaheite (así llamada por sus naturales), por reflexionar que por este modo era más pronta la comisión, y reconocida dha isla venir a Valparaiso á tomar víveres, y seguir á la de San Carlos. (Relación del cápitán Boenechea).

nuestro destino, tuvimos los movimientos de brisas ó generales desde el Sur-sur-este hasta el este-nord-este favorables con algunos aguaceros, y despues de haber completado la latitud, se gobernó al oeste en busca de nuestra isla. El día 28 de Octubre al amanecer se vió al este-nord-este una pequeña isla de arboleda: distaría como quatro leguas, y según el rumbo a que demoraba, habiamos pasado á las dos de la madrugada cosa de media legua distante de ella. Metimos de bolina para reconocerla. Lo contrario del viento no dió lugar á ponernos á barlovento de ella hasta el día 30. El día 29 por la tarde habiendo llegado cerca de la punta occidental, hicieron en la isla una fogata: discurrimos naturalmente que había alguna gente, reliquias de algun naufragio; porque la isla es pequeña, compuesta de tres isletas que se unen por unas restringas (1), formando dentro una gran laguna, en la qual había algunas canoas: la tierra es baxa, con arboleda pequeña, y algunas palmas de cocos.

OCTUBRE 30

El día 30 habiendo amanecido a barlovento de la isla, enviamos el bote a ella para reconocerla; apenas el bote se acerco o la costa salieron del monte unos veinte Indios armados con lanzas ó palos largos, y unas mazas; estaban desnudos y con unos paños al parecer de algodon tapaban sus vergüenzas. Eran corpulentos y muy morenos; tenían el pelo corto, y al parecer muy grueso. Fueron siguiendo el bote y pegando fuego al monte, á cuya señal salían algunos Indios asimismo armados, y quando les parecía que el bote quería llegar á tierra se ponían formados con ademanes de estorbar el desembarco (2). Toda la costa de la isla es de

(1) 6 lenguas de arena.—Coincide con la descripción del capitán Boenechea. Al reconocimiento de la isla San Simón fué el teniente de fragata D. Tomás Gayangos.—Véase la isla referida en el mapa del padre Amich.

(2) El capitán da entender que más bien hacían ademanes de que desembarcasen los nuestros.

piedra blanca y colorada, y muy hondable. El bote no pudo atracar por la mucha resaca, ni hallar surgidero para la fragata, ni entrada para la laguna; y viendo ser imposible atracar á la costa sin evidente peligro de perder el bote, se vino á bordo, y habiéndole metido dentro seguimos nuestra derrota. Llamamos a esta isla de San Simón, y pudiera llamarse de las Moscas por las muchas que vinieron con el bote. Está dicha isla en diez y siete grados veinte y cinco minutos de latitud meridional, y en doscientos quarenta y un grados diez minutos de longitud del meridiano de la isla de Tenerife. Dista del puerto del Callao mil ciento diez y ocho leguas de marina.

Prosiguiendo nuestro viage, día 31 de Octubre a las nueve del día descubrimos al Oeste-nor-oeste una isla baxa con arboleda pequeña y algunas palmas; seguimos el rumbo sobre ella, y la costeamos por la parte del Norte; salieron algunos Indios bien feos, armados con varas largas. Por no haber en toda la costa parage oportuno para reconocer (por estar toda llena de arrecifes) no echamos el bote para ello. Llamamos á esta isla de San Quintín (1), y se halla en diez y siete grados treinta minutos de latitud meridional, y en doscientos treinta y nueve grados diez y seis minutos de longitud del meridiano de Tenerife. Dista de la isla de San Simón treinta y ocho leguas de marina.

NOVIEMBRE 3

Considerando las islas que se encontraban, las quales no están en los mapas, y que podía haber otras semejantes, se determinó hacer reparo todas las noches y navegar solamente de día (2). El día primero de Noviembre a las cinco de la tarde se descubrió al Oeste una isla baxa, que manifesta-

(1) Es la segunda cita que figura en el mapa del padre Amich.

(2) «Seguimos derrota paireando de noche por dar resguardo á alguna isla, por ser todas tan rasas que para verlas de día, se necesita estar cerca de ellas, segun experimenté con las pasadas. (*Relación del capitán*).»

ba bastante extension. La cortedad del día no dió lugar a reconocerla: reparamos toda la noche, en la que hubo grandes aguaceros, y al día siguiente calma, por lo qual no pudimos acercarnos a la isla. El día 3 de Noviembre habiendonos arrimado a la isla por la parte del noroeste a las nueve de la mañana fue el bote a ver si hallaría parage que poder reconocer; pero la costa es tan llena de arrecifes, que no fue posible llegar á ella en parte alguna. Salieron á las playas mas de cien Indios de todas edades y sexos, con ademanes de alegría; pero no pudiendo conseguir el desembarco, á la una de la tarde, se vino el bote á bordo, á cuyo tiempo quedamos casi en calma, pegados á la costa que es muy hondable, y fue preciso que el bote nos remolcara casi toda la tarde para librarnos del peligro (1). De noche procuramos mantenernos á distancia mediana.

NOVIEMBRE 4

El día 4 de Noviembre habiendonos arrimado a la parte del Sureste de la isla con viento Nordeste algo fresco, a las ocho del día fue el bote a reconocerla, y la fragata a su vista

(1) «Me informó el oficial Comisionario, [Dn. Raimundo Monacorsi], no haber hallado en los que anduvo en el bote, parage á donde bajar á tie. rra, aunque lo había intentado varias veces, y no halló á donde dar fondo con la fragata, pues ademas de ser esta piedra mucara, es de mas de 100 brazas á distancia de dos cables de tierra, y á la de uno y medio halló 60 varas. Tambien me dijo haber visto mas de 100 indios entre hombres y mujeres y chicos los que le hacian señas con unos ramos verdes, que atracase á tierra: eran de estatura regular: tenian taparrabo blanco, brazos y pechos pintados ó picados de azul, color mulato, el pelo lacio, la mayor parte de ellos traian unas varas largas especie de lanza con punta aguda y unos 4 ó 5 de ellos plumas negras. En dichas varas señalaban tambien sus habitaciones, que son unas barracas de paja, y habiendoles hecho señas de que si tenian agua, correspondieron con señales una quebrada que hay á la parte del S. del palmar distante de un cuarto de cable, siguieron siempre por tierra toda la distancia que andaba el bote por agua con muestras de alegría [*Relación del capitán*].»

con poca vela. Costeó el bote toda la isla por la parte del Sũroeste sin hallar parage oportuno para saltar en tierra por estar toda la costa llena de peñolería. Viendo la imposibilidad, a la una de la tarde le llamamos a bordo, y habiendole metido dentro seguimos viage. Esta isla es mucho mas grande que las otras dos, y se compone de muchas islas, unidas por las restringas de arrecifes, formando en medio una grande laguna: tendra de largo seis leguas del Sureste al noroeste, su terreno es algo elevado; el monte muy frondoso de arboleda bastante crecida, y con muchas palmas. Llamamos a esta isla de «Todos los Santos»: su punta oriental está en diez y siete grados treinta y cinco minutos de latitud meridional, y en doscientos treinta y seis minutos de longitud del meridiano de Tenerife; dista de la isla de San Quintín treinta y dos leguas marinas.

NOVIEMBRE 6

Siguiendo uuestra derrota, el día 6 de Noviembre a las nueve del día descubrimos al Oeste-sur-oeste, un cerro bien alto: navegamos sobre él, y se reconoció ser isla bien pequeña aunque muy alta y poblada de arboleda. A las quatro de la tarde habiendo llegado cerca, despachamos el bote para que reconociese la isla por la parte del S. y con la fragata fuimos por la parte del Norte. Vino á bordo una pequeña canoa de la isla con dos Indios en ella, con grandes muestras de alegría; traían algunos cocos, que trocaron por cuchillos y otras bujerías. A las siete de la noche vino el bote, y por él supimos estaba habitada como de ciento y cincuenta personas de todas edades y sexos. La isla está llena de arboleda y de palmas de cocos. Toda la noche bordeamos para mantenernos a barlovento y reconocer si había surgidero para la fragata para hacer alguna aguada.

NOVIEMBRE 7

El día 7 a las ocho del día, fue el bote a la isla al reconocimiento, y luego vinieron a bordo seis canoas con tres In-

dios en cada una, y trageron cocos, algun pescado, y varias curiosidades que trocaron por cuchillos, camisas y diges. Los Indios de esta isla son bien formados, corpulentos, el color claro, y tienen barbas aunque pocas: el pelo algo crespo, y algunos le tienen lacio. Ordinariamente van desnudos y algunos traen un ponchito de estera muy fina: son muy alegres y joviales. A esta isla llaman los naturales Omaetu, y le dimos el nombre de San Christobal, por la semejanza que su cerro tiene con el de San Christobal de Lima. Está en diez y siete grados, quarenta y cinco minutos de latitud meridional, y en doscientos treinta y cinco grados de longitud del meridiano de Tenerife. Dista de la isla de Todos Santos cincuenta leguas. A las tres de la tarde vino el bote que no pudo hallar surgidero, ni aun parage seguro para desembarcar sino mediante las canoas de los Indios, y habiéndole metido dentro, seguimos nuestro viage. Deseaba el Capitan sacar algun Indio de la isla, pero hallados bien en su infelicidad ninguno quiso voluntariamente dexar su patrio suelo. Un Indio muy jovial se pagó del segundo carpintero y se vino con él a bordo, donde se quedó voluntariamente. (1)

ISLA OMAETU O SAN CRISTOBAL.—EPISODIOS NARRADOS POR LOS COMISIONADOS DEL CAPITAN

DIA 7 DE NOVIEMBRE DE 1772

Suspendamos por un momento la relación del padre Amich, para oir la amena relación que hacen los comisionados del comandante para el reconocimiento de la isla de San Cristobal, que contiene pormenores muy interesantes.

El oficial comisionado a dicho reconocimiento en tierra dió la lección siguiente: Me recibieron en tierra como hasta 100 indios entre hombres, mujeres y niños y haciéndo-

---

[1] Estas islas van descritas en el mapa del padre Amich.

les señas a dónde había agua, señalaban hacia la punta de S. E. que es donde tienen sus habitaciones y lo mas llana de la isla, que puede ser habitada, su largo de parte a parte será como tres cuartos de legua, determiné seguir al reconocimiento con mi gente, y nos acompañaron los indios enseñándome una única vereda, que había para seguir al llano distancia de una milla, en cuyos intermedios había parajes que subía agarrándome y las ramas y raíces, a corta distancia encontré cinco ranchos de tijera tegido de palma y muy bien empalmados sus palos. Su mayor altura es de tres varas y media de largo de 8 a 10 y el ancho de 4 a 5. No están abrigadas del todo con las palmas, pues dejan descubierto como dos varas y media de alto. El suelo lo tienen compuesto con yerva seca que le hace agradable. En el segundo rancho noté que tenían una quijada de muerto colgada, en otro un pescado fresco de media vara de largo, el cual quisieron cambalachar, siendo asi que lo ejecutaron con otras clases de pejes chicos, y pargos de buen tamaño, y aun los regalaban. Tambien noté que guardan el fuego tapado con unas piedras esponjosas, de que abunda todo el camino, y por señas me dijeron que para sacar fuego cuando lo necesitan, lo hacían refregando dos palos uno con otro. En otro rancho hallé un un banquillo con el asiento cóncabo, muy bien trabajado, y de los demas trastes solo cestillos, esteras de palma y otro género que parece junquillo. Al rededor de cada rancho tienen una estacada, mas adelante se encontraron algunas indias a quienes seguía un perrito de un tamaño regular con las orejas puntiagudas, su color colorado y negro. Desde este paraje comienza la tierra cultivada en algunas partes palma de coco en otro de unosárboles pequeños que hechan 5 ó 6 bainitas pequeñas y en ellas unos frejolitos de color encarnado y negro que llaman los naturales peonia, en otro una especie de piñas que chupan sus granos por los pezones, otra fruta grande que comen asada, tres géneros de plátanos guineos, largos u otros amarillos como los guineos, que tienen una cuarta de largo y cuasi tres pulgadas de diámetro, estos

llaman mella, y los comen asados. Se les enseñó el modo de preparar la tierra para sembrar dándoles semillas de maíz, trigo, calabaza, melon, sandilla, camotes, papas y ajos estaban con mucha atención como lo hacían los nuestros. Seguí mas adelante y hallé un chiquero con varios cerdos bien gordos y del tamaño de los mayores de Lima. Mas adelante encontré un cerro de piedras de una vara de ancho, y 20 a 25 en cuadro con una gran ramada y dentro había en alto algunos sepulcros, unos sobre otros adornados de unos palos labrados, o caracteres a los que prefería la figura de un perrito cada uno: a este paraje no quisieron los indios llegar: poco más adelante se hallaron 7 ranchos como los pasados, aquí llegó un indio con dos calabazos de agua dulce que hicieron mas de medio barril: la situación por donde los trajo es por la parte del S. de la isla donde rompe mucho la mar, y viendo lo posible de su condución, por lo mucho que había de subir y bajar determiné volverme por el propio camino. Todo lo demas del cerro a la playa, es muy fértil con variedad de arbolitos y muchas yervas silvestres que le adornan; el terreno tiene bastante pendiente con algunos derrumbaderos y la tierra es negra. Llegué al paraje donde desembarqué acompañado de los habitantes de esta isla que sería como 200 de todos ellos o sexos y un anciano. Me regaló una cuerda sin mayor interes, y determinando embarcarme con los nuestros en las canoas para venir al bote que estaba esperando, ninguno de los indios hacía movimiento alguno para conducirnos en ellas, conociéndoles en los semblantes, tener sentimiento de que nos fuéramos. Mandé a los nuestros echasen al agua las canoas y con ellas nos venimos al bote siendo yo el último. Viendo los indios que en el bote se venían tres de ellos voluntariamente vinieron algunos siguiéndonos en sus canoas hasta la fragata, donde haciendo muestras de sentimiento llevaron para tierra dos de ellos, diciendo por señas no querían que fuesen a Otaeite, el uno se quedó haciendo la seña de que quería ir señalando que Otaeite estaba donde se pone el sol.

Esta isla está en Latitud de 17 grados 50 minutos S.

y en longitud 234 grados 55 minutos dista de la de Todos Santos 40 leguas al O. S. O. tendrá de circunferencia 1 legua y cuarto y le puse el nombre de San Cristobal.

CONTINUA LA RELACION DEL PADRE AMICH

DIA 8 DE NOVIEMBRE DE 1772

El día 8 de Noviembre a las nueve del día se descubrió al Oeste una tierra alta tendida al Noroeste, y al instante que el indio la vió dixo a grandes voces: Otaheti, Otaheti,



O'Tahití (Oceanía) Aldea de Batcia

señalando la dicha tierra, dando a entender que la tierra que veíamos se llamaba así. Tantas veces repitió el indio Otaheti que el Capitán hizo memoria de lo que prevenía la instrucción, y vista con atención con la conveniencia del nombre, se congeturó que la tierra que estaba a la vista; era la isla de Otahetí que buscábamos, aunque según nuestro cómputo, nos faltaban cien leguas, para completar su longitud. Dista esta isla de la de San Christoval diez y nueve leguas. Como el viento estaba casi en calma, no se atrevió el Capitán a em-

peñarse en la costa, cuya calidad se ignoraba Los días 9, 10 y 11, todo fue calmas y turbonadas. Como el Indio daba a entender que en la isla de Otaheti había puerto y aguada, el día doce habiéndose entablado el viento por el Este se envió el bote a tierra con un oficial, y tambien fue el Indio de San Christóbal. A las ocho de la noche vino el bote, y trajo noticia de haber hallado puerto bastante bueno con aguada, lastre y leña.

El día 13 amaneció el viento al Nordeste, y en vista de las noticias que traxo el bote, y lo que el Indio indicaba, se determinó en consejo tomar puerto para hacer aguada y refrescos, y como el viento era bonancible se difirió para el día siguiente.

NOVIEMBRE 14

El día 14 amaneció el viento por el Sureste y nos hallamos sotaventados a la parte del Norte de la isla. Habiendo despachado el bote a registrar la costa, tomamos el borde a tierra, y estando a dos millas de distancia de la costa encontramos fondo de veinte brazas de arenilla y conchuela; y pareciéndonos que sería mejor bahía que el puerto que había reconocido el bote, se determinó dar fondo allí: mientras se desembarazaban los cabos, se viró para fuera cosa de una hora, y viramos sobre tierra llevando el bote sondeando por la proa. A las diez del día estando a dos millas de tierra, repentinamente nos hallamos sobre una restringa de peñas de poca agua; varó la fragata cerca de la popa, y aunque no hacía marejada alguna, al tocar el timón se rompió la caña en pedazos. Dios fue servido que no hubiese marejada, y como el viento era costero, y la fragata solo tocaba en la popa, el mismo viento la hizo tomar la dirección al Noroeste y con lo poco que andaba arrastrando dió un encontron con una peña por la banda de babor, que la hizo tomar la dirección al Norte y mareando el trinquete, luego salió totalmenmente a nado. Quando tocó la fragata se hallaba el bote una milla mas a tierra en veinte brazas de agua. Estando ya la

fragata a flote se reconocieron las bombas, y se halló no haber novedad alguna en quanto al agua; forzamos de vela para apartarnos de la costa, y se cambió la caña del timón, poniendo la que se traía de repuesto.

NOVIEMBRE 15, 16, 17, 18,

Los días 15, 16 y 17 todo fue ventolinas y aguaceros, y procuramos mantenernos cerca de la costa. El día 18 por la mañana se envió el bote a tierra con el Piloto mayor para reconocer bien el puerto. Al anochecer volvió el bote con Cacique de aquel partido, y el Piloto aseguró que el surgidero era bueno y seguro, por lo qual se determinó dar fondo en dicho puerto para reconocer la fragata.

NOVIEMBRE 19

El día 19 de Noviembre el viento amaneció por el Nordeste y aunque hubo algunas turbonadas, fuimos con el bote por la proa sondeando, y a las once del día dimos fondo en diez y seis brazas, fondo de arenilla fina en el puerto que llamamos del Aguila, sito en la del Sureste de la isla; y en el partido de Tallarabu (que en el viage de Coock se llama Tiarrabu) distante del puerto del Callao mil doscientas cincuenta y siete leguas marítimas. Aquí reconoció el buzo los fondos de la fragata, y segun dixo, un pedazo de forro de la quilla en la parte de popa estaba quitado cosa de dos brazas, y junto a la roda de proa estaba quitado el forro por mas de una braza; pero como el navío no hacía agua, se discurrió con fundamento que no estaba lastimado el fondo de la fragata. Las muchas corrientes que se experimentan en este puerto (aunque apenas crece y mengua cosa de dos pies verticalmente) obligaron a amarrar la fragata con quatro amarras.

Como Su Magestad prevenía que se sacase una exacta descripción de la isla de Otahetí, y el Virrey en su instrucción encargaba lo mismo, el Comandante de la fragata determinó que fuese la lancha a esta diligencia al rededor de la isla

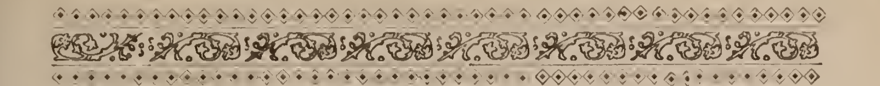
para cumplir con el Real mandato. A esta comisión fué el primer Teniente de la fragata, y también yo (1) con un pilotín, un sargento, tres soldados y la tripulación completa: estuvimos seis días en este viage, y saqué la siguiente descripción (2).



(1) El P. Amich.

(2) Antes de la descripción a que se refiere el padre Amich, consignaremos el Diario del viaje que el mismo padre hizo al rededor de la isla con el teniente Tomás Gayangos, y que sirvió de base para levantar el plano de la misma.





DIARIO DE GAYANGOS Y AMICH

Hallándose el Capitán Boenechca el tres de diciembre de 1772 pronto para la salida del puerto de Otahití, hizo que la lancha recorriese las amarras, para que con más satisfacción pudiese ésta dar vuelta a la isla con la brevedad posible por ser muy precisa a este bordo, para las ocurrencias que pudieran ofrecerse. El día 5 destinó para esta comisión al Teniente de Fragata Dn. Tomás Gayangos, acompañado del Rmo. Padre Fr. José Amich y del segundo piloto Dn. Ramón Rosales, un sargento, dos soldados y un artillero de brigada, y la tripulación de la lancha armada. Salieron dicho día por la mañana y regresaron el 10 por la tarde, y dicho oficial comisionado le entregó la relación siguiente:

RELACION

diaria del viaje que por disposición del capitan de Fragata Dn. Domingo Boenechea, comandante de la de Su Majestad, nombrada Santa María Magdalena, alias Aguila, surta en el puerto de Fallalahu, en la isla nombrada Amat, y por sus naturales Otaeití, descubierta el día 8 de noviembre de 1772, por dicho comandante en la latitud de 17 grados y 29 minutos, y en longitud de 233 y 32 minutos, hizo en la lancha al rededor de la isla el teniente de fragata Dn. Tomás Gayangos, acompañado del Rvmo. Padre Fr. José Amich y el segundo piloto de la real armada Dn. Ramón Rosales, con el fin de recorrer todas sus puntas, marcarlas, imponerse de sus puertos que hay en dicha isla, anotando las distancias que hay de unas a otras, y para poder formar un plan que con la mayor exactitud manifieste la extensión y figura de ella.

DIARIO

DICIEMBRE 5 DE 1772

Día 5 de Diciembre de 1772, a las 5 y media de la mañana salimos de a bordo de la fragata, para dentro del arrecife, al remo, costeando hasta la punta de un palmar, donde se reconoció una boca en dicho arrecife al Norte y Nordeste, del ancho de un cable, su fondo de 30 á 40 brazas: de la parte de adentro forma un buen puerto, pero su entrada y salida es muy peligrosa, por su angustura y corren mucho las aguas.

Desde dicha vuelta fuimos en busca del Norte, hasta desatracarnos del arrecife, y hallándonos a regular distancia, dimos la vela en vuelta de Noroeste, con ventolina al Este, y a distancia de una legua de este-sur-oeste se descubrió una ensenada que internaba bastante a la costa, sin arrecife, hasta de llegar a una y media milla, que empieza el arrecife y sigue para el Oeste, de una a dos millas, donde termina formando una boca de tres cables de ancho y de mucho fondo, y de la parte de adentro una espaciosa ensenada con 19 brazas de agua, arena fina negra, que va en disminución hasta tres, en que fondeó la lancha, proa en tierra y de media ensenada para el Sur; su fondo es de piedra muear: corre dicha boca Este-oeste: a la entrada de dicha ensenada encontramos una canoa de las grandes, en que venía el hijo del Heri (1), que mandaba en ellas y que había estado a bordo de la fragata muchas veces, y manifestando mucha alegría se atracó a la lancha, trasbordó a ella con su mujer, mandó a su canoa siguiese por nuestra proa hasta el fondeadero, que fué en frente de su misma casa, en donde nos rodeó una multitud de canoas, que ocurrieron a la novedad. El Heri de di-

(1) Nombre común en Otahití de las autoridades regionales, semejantes a nuestros caciques. Había ocho heris de ocho partidos en Otahití.

cha ensenada, luego que dimos fondo, vino a la playa acompañado de muchos indios, y nos obsequió con plátanos, cocos y otras frutas de gran tamaño, parecidas a la sidra que llaman curo, de la que usan en lugar de pan, asada y haciéndonos instancias a que saltásemos a tierra: lo ejecuté acompañado del Rmo. P. Fr. José Amich, escoltados de un sargento y dos soldados armados.

Manifestó dicho Heri gran placer de vernos en tierra, y nos abrazó con muchas demostraciones de amistad, y habiéndole regalado un machete, dos cuchillos y un espejo, una sarta de abalorios y algunos cascabeles, nos condujo a su rancho o casa pajiza de muy buena construcción, donde descansamos: frente al mismo había otro igual, donde estaban todas las mujeres sin mezcla de hombre alguno: después de un rato de conversación por señas y demostraciones, pidió que los soldados que nos escoltaban disparasen sus armas al aire, lo que ejecutaron de mi orden con grande espanto y admiración de los circunstantes, tanto que algunos de ellos, queriendo huir precipitadamente, se encontraron unos con otros y caían en tierra. Dijimos por señas a dicho Heri que nos queriamos retirar y nos acompañó hasta la playa donde nos despedimos con muchos abrazos. Se llama dicho Heri Pagairiro y se le puso a la ensenada el nombre de la Virgen. Habiéndonos embarcado, nos levamos a continuar nuestra comisión, siguiendo por dentro del arrecife que sale por este paraje una milla de tierra, acompañado de muchas canoas, que vinieron en nuestro seguimiento más de una legua, en donde hallamos otra boca como de dos cables de ancho y mucho fondo, por la que salimos, y costeando dicho arrecife, seguimos hasta las 5 y media de la tarde, que intentamos dar fondo al abrigo de una isletilla que está una milla y media de tierra, y forma con el arrecife dos bocas bastante capaces de mucho fondo y bueno, por donde se puede entrar dentro de la ensenada, que hace la costa rasa. Está a dos leguas al Oeste de la de la Virgen, y se le puso San Nicolás. No hallamos abrigo en dicha isleta, por ser mal fondo, y atra-

cándonos a la costa, le ejecutamos en 20 brazas, arena negra. A una milla de distancia del fondo de dicha ensenada, a la parte del norte y a un tercio de cable del arrecife que hay en tierra, vinieron muchas canoas con plátanos, cocos y otras frutas, y se mantuvieron a las inmediaciones de las lanchas, hasta la oración, que se retiraron a la playa: pasamos la noche con muchos chubascos del primero y cuarto cuadrante. Esta ensenada la llaman los naturales Oidia, y manda en ella el Heri Oreti.

DICIEMBRE 6

Día 6 de dicho mes amaneció con mucha lluvia, y truenos con viento Nordeste fresco: a las seis de la mañana aclaró un poco: levamos el rezón, y al remo seguimos la costa hasta las siete y media, que viendo no podíamos ir nada para avante, y cerrarse el tiempo con mucha agua, truenos y viento fresco, dimos fondo en 20 brazas de arena fresca negra, poco más al norte de donde habíamos pasado la noche, y a la una de la tarde aclaró el tiempo. Nos levamos con el viento bonancible por el Nordeste y seguimos a la vela por dentro del arrecife. A las 2 refrescó el viento y se remedió el palo, arriando inmediatamenre su vela, volvimos a remo al fondeadero, en donde se reconoció estar enteramente rendido por un codo más arriba de la mecha: determiné el cortarlo por la falla con el fin de ver si practicada esta diligencia, y la de tomar el rizo a la vela, quedaba en disposición de servir y continuar la comisión, la que salió a medida del intento: pero aun no lo habíamos arbolado, cuando se reconoció estar la entena rendida por dos partes, y siendo preciso acudir a su remedio, lo hice con tres chuzos, y unas reatas: por ser tarde cuando se acabó la faena, determiné el pasar la noche en dicho paraje, mandando en este tiempo los tres hombres de mar a tierra, con el fin de que subiesen a lo alto de un cerro, por ver si se descubría la mar por la otra parte de la isla, lo que no consiguieron por tener dicho cerro por delante otros elevadísimos, y solo avistaron una espaciosa llanura

como de una y media a dos leguas que salía desde el fondo de la ensenada para el Sur. Luego que los tres hombres de mar saltaron a tierra, se arrimó a ellos un indio de los principales, diciéndoles por señas: a los que iban los acompañó, enseñándoles la vereda y poniéndose por delante; al bajar los sostenía para que no cayesen. En una de las muchas canoas que en este paraje vieron a bordo, con las frutas referidas, vino un indio como de 18 a 20 años, de buen aspecto, que nos dijo ser Heri de aquel partido, y atracándose a la lancha, entró en ella, haciéndonos instancias a que saltásemos a tierra, y fuésemos a su casa, señalando por donde la tenía. Se le dieron algunas bujerías de las que para este fin se llevaban y quedó muy complacido. Mandó su canoa a tierra, y volvió prontamente con cocos y plátanos, con lo que correspondió a nuestro agasajo, y continuando con una grande conversación por señas y demostraciones, vino a preguntarnos a donde íbamos, y diciéndole que nuestro intento era dar la vuelta a la isla, se ofreció voluntariamente acompañarnos, cuya proposición admití gustoso por parecerme ventajosa. Luego que anocheció determinó de volver a tierra, diciendo que por la mañana volvería temprano para seguir con nosotros: pasamos la noche sin novedad alguna.

DICIEMBRE 7

Amaneció claro y viento a la tierra: a las 5 de la mañana nos levamos, y siguiendo al remo por el arrecife, avistamos a distancia de una legua, una canoa en que venía dicho Heri Teinui, que así dijo se llamaba, a cumplir lo prometido con una grande provisión de frutas y pescado para el viaje. A las 6 dimos la vela, y mandando a tierra dicho Heri su canoa, se quedó gustoso en nuestra compañía. Se descubrieron como a una y media legua por nuestra proa, grande número de canoas que estaban pescando, y hallándonos inmediatos a ellas, nos dijo nuestro Heri, que allí estaba su padre que era el heri principal del partido, y se llamaba Horeto. Dejaron todos la pesca con la novedad de habernos

avistado y se vinieron a las inmediaciones de la lancha. Díjole Teinue a su padre por mi mandato, que trasbordase a ella, y le obsequié con un machete y un cuchillo, y él me correspondió con el pescado que tenía en su canoa, y pareciéndole ser poco, recojió él de todos los que nos circundaban. Hízole saber Teinue a su padre el fin de nuestro viaje y que él se había ofrecido a acompañarnos; a lo que asintió gustoso, ofreciéndose también a lo mismo, pidiendo por otro indio llamado Tariru, que según se explicaba era hermano de su mujer, vióse alguna repugnancia en el tercero, diciéndole por señas, que no tenía que darle de comer de lo que ellos acostumbraban: pidióme dicho heri que atracase a tierra, y ejecutándolo a corta distancia, se embarcó en su canoa, y volvió con una grande provisión de comida. Le pedimos que nos hiciesen 4 barriles de agua: lo ejecutaron prontísimo, de un copioso arroyo que estaba a la vista. En este intermedio vino una canoa con tres mujeres, que a larga distancia gritaron a nuestros indios con muchas demostraciones de sentimientos, pues sin duda eran sus interesadas. Los indios correspondieron a las voces, y después de un largo rato de conversación, en la que según comprendí, les dijeron éramos buena gente, les mandó el Heri Oreti en una canoa el machete y el cuchillo que se les había obsequiado, y más dos espejos, dos sartas de abalorios y algunos cascabeles que yo le contribuí nuevamente con el fin de aquietarlos, y sin duda causó buen efecto, pues inmediatamente se retiraron consoladas. Seguimos nuestro viaje por dentro del arrecife de distancia de dos leguas, de cuyo paraje salimos a la vela por fuera del canal, en demanda de la punta de la isla del Norte, por ser todo este terreno costa brava y romper mucho la mar en este paraje: está cubierto de agua y sale para afuera a milla y media A la una de la tarde estábamos en dicha punta, que está rodeada de arrecifes y tira al Suroeste más de una milla, y por la parte de tierra es la costa brava. A la banda del Oeste tiene una boca, en donde no se halló fondo en 24 brazas y continúa hasta 4 millas de distancia, donde

haee una ensenada, donde reside el Heri Etu que es el principal de la isla, y según la relaeión de nuestros indios, manda a todos los Heries. Aquí principia el arreeife, y forma una punta de la tierra firme una espaciosa boca con 17 brazas de fondo; pero de la parte de adentro de dieha ensenada es muy desigual, poco y de mucha mala ealidad: sobre la punta de la tierra firme, que eon la del arreeife forma la boca, hay una especie de muelle de piedra suelta, sin mezcla, eon ocho o diez escalones, sobre los que se presentó un grande número de indios, que con mueha alegría y algazara nos llamaban. Mandé se gobernase a dieha punta, pues deseaba eonocer, y tratar a dicho Heri Etu, según yo tenía algún antecedente, por un indio del partido de Tallalau, eon quien eontraje amistad y dió algunas noticias: a las dos dimos fondo en tres brazas, fondo arena fina, y eoneluída a distaneia de un eable de tierra. Luego que se largó la bandera, vinieron a bordo gran eantidad de eanoas; poco después de haber fondeado, se vió una gran multitud de indios, a lo menos de 500, que en pelotones salían de una hermosa arboleda y se dirigían a la playa. Entre ellos se distinguían 6 ú 8 que marchaban al frente con varas largas, y preguntándoles a nuestros indios que gente era aquella, nos dijeron venía allí el Heri Itu, que vivía a inmediaciones de una casa que estaba junto a la playa: determiné obsequiarle por medio del principal de los indios que traía en la laneha, y haciéndole embarear en una de las eanoas que estaban al costado; le dí una gallina bien asada y pan freseo para que en mi nombre regalase a dicho Heri, y lo ejeeutó como yo deseaba; volvió inmediatamente eon una arenga muy larga de la que no comprendí mas que saltase a tierra, trayendo para este fin varias eanoas pareadas. Lo ejeeuté prontamente, eseoltado del sargento y un soldado: luego que llegué a la playa, no pudiendo saltar en tierra sin mojarme, se atraeó voluntariamente un indio de las eanoas y eargándome en hombros me desembareó. Fueron innumerables los que se aeercaron inmediatamente eon mucha algazara a la novedad de vernos en tierra, tanto que no podía-

mos adelantar paso, hasta que dos que avistamos de los de las varas largas, empezaron a abrir calle por delante de nosotros, y acompañándonos en esta disposición, nos guiaron a la casa de dicho Heri, donde nos recibió sentado en el suelo con tres mujeres, y cuatro indios de varas largas, que los custodiaban y 400 ó 500 en pie. Luego que llegué a él, me saludó con la voz de *taio*, de la que generalmente usan para expresar su amistad. Correspondile con la misma, e inmediatamente me abrazó y besó las sienes, y quitándose una manta por una cara encarnada y por otra anteada, con que estaba cubierto, me la puso sobre los hombros. Las mujeres que tenía a su lado hicieron la misma demostración de cariño, a quien correspondí igualmente. Se quitaron igualmente sus mantas con que estaban cubiertas, y me las regalaron, y sacando ya las bujerías que llevaba para este efecto, las repartí a él y a ellas, de las que hicieron mucho aprecio, particularmente de los espejos: quitáronse algunos indios de delante, que se habían puesto á mirarme con gran cuidado por mandado del Heri y a mí me dijo por demostraciones y por señas, que dos de las mujeres eran sus hermanas, y la otra su madre. En este tiempo vino otra india que también me dijo era su hermana, la que me abrazó por su mandato; regalome su manta a la que correspondí con un pañuelo por no tener otra cosa que regalarle: pidióme el Heri pañuelo y tuve que regalarle el blanco que tenía en la mano. Noté que dicho Heri estaba con un temblor continuo, sin quitar la vista de una carabina que traía terciada, y largándola al sargento que estaba por mi espalda, me volvió a saludar con la voz de *Taio*, mudando de semblante. Continué en conversación con él, sirviéndome de intérprete el principal de los indios que traía en la lancha, con quien me hacía entender en algún modo. Parecióme deseaba saber o inquirir de donde había venido, y díjele por señas que de una tierra muy grande, que había tardado dos lunas, que para ellos es lo mismo que dos meses. Preguntóme qué tiempo estaría en su isla: y le dije que una luna; que cumplida me iría a mi tierra para volver a

Oteite, y que les traería hachas, cuchillos y otras muchas cosas de las que apetecen. Todo el concurso manifestó gran placer y se les hizo también ver por medio de un punto muy grande la extensión de la tierra de donde yo había venido; y por el de uno muy diminuto, lo chica que era su isla, y así como él mandaba a todos los Heris de su isla, el Heri de esta tierra muy grande lo mandaba a él y a todos los demás. Armaron entre ellos una larga conversación de resultas de mi explicación, la que estoy en duda si la entendieron ó no, pues no me contestaron a ella. En este tiempo llegó una india muy anciana, que por su aspecto era octogenaria ó nonagenaria, la que me hizo muchas expresiones de cariño, y me regaló una manta; que mirando para el sargento y soldados que estaban a mi espalda armados, me dijo por señas expresándolas con la voz de *pupugia* que ellos eran amigos. Quise persuadirla que era para matar los pájaros que había por el aire, y no queriéndolo creer me hizo ver por demostraciones cerrando los ojos y haciendo ver que caían en tierra para matar gente: Púseme en pie para irme para bordo, y dicha india me instaba mucho, a que me quedase, que ella me daría de comer con su mano según y como lo practica con el Heri, y las cuatro indias me abrazaron nuevamente, y se retiraron con la mayor parte de la gente ó de la comitiva para la playa a un pequeño rancho en la orilla del agua; y yo fuí al paraje en donde había saltado en tierra, escoltado de los indios de varas largas, y estando ya para embarcarme, se destacó un indio de los de la comitiva del Heri, y mirando para donde él estaba, me dijo por su parte que disparase el arma por lo alto, lo que ejecuté con general admiración de los circunstantes. Pidió por tres veces que practicara lo mismo, y lo hice causándole la misma admiración, y embarcándome en una canoa que me tenían pronta, me retiré a bordo de la lancha, sin haber observado en dicho Heri diferencia alguna de los demás de la isla, más que la custodia de los indios de varas largas, y ser su casa ó rancho circular, y más capaz que los otros, pero pajizo y sin mueble alguno más que tal ó

cual banco cóncavo, y unos canastos de cuello angosto, colgados del techo. Es el Heri Etu un joven de 20 á 22 años, de estatura más que regular, bien proporcionado, color trigueño, nariz aguileña y ojos negros. Hice levar el rezon y a remos con el foque seguimos la costa marcando sus puntas y sondeando por dentro del arrecife, acompañados de infinitas canoas; y a las 5 y media de la tarde dimos fondo en una ensenada en 14 brazas de arena fina negra, a una y media legua de donde salimos, jurisdicción del otro Heri; pues entre las muchas canoas que vinieron a bordo, luego que dejamos caer el rezon, llegaron dos que nos dijeron ser el uno el Heri que mandaba dicha ensenada, llamado Tomegeni y el otro de la isla Morea (1) que estaba a la vista, distancia de 4 leguas llamado Auri. Entrambos traían sus mujeres, y nos obsequiaron con dos mantas, plátanos y cocos. Se les correspondió a cada uno con un machete y un cuchillo y a sus mujeres con espejos y abalorios: es de advertir que desde el instante que los tres indios de nuestra compañía emprendieron el viaje, nos hicieron saber que el Heri Titorea, que lo es del partido donde estaba la fragata, tenía guerra con el de Morea, y que ellos eran partidarios de Titorea. Nos hacían instancias que fuéramos con los de la isla de Morea; pero que luego que vieron el Heri de aquella isla dentro de la lancha le hablaron con muchas demostraciones de amistad, y mirándome con ahinco el principal de los indios, y volviendo la espalda al de Morea, me ponía la mano en la boca diciendo que callase: lo que me puso en deseo de descifrar este enigma, y sacando la conversación de partido a donde estaba fondeada la fragata, que en él mandaba el Heri Titorea, no fué menester más para que el de Morea con el mayor esfuerzo y vivas demostraciones me dijese que dicho Titorea y los de su partido eran grandes ladrones, que venían a robar en su isla, y que por esto tenían guerra. El Heri Tomegueni, apoyaba

(1) Consignado en el mapa en la inmediación de Otahití.

lo que decía el de Morea. Manifestéle que estaba de su parte la razón, y con esto quedaron satisfechos: sin embargo el de Morea debió quedar con alguna desconfianza, pues pasó toda la noche a distancia nuestra, como cosa de una milla, en dos canoas parcadas con tres luces, y algunos indios hasta el amanecer, que viendo que nos levamos se vino a bordo. También le pregunté por señas si en su isla había alguna embarcación, o gente como nosotros; a lo que me dejó entender que había estado en su isla, señalando una ensenada que tiene a la parte del sur una embarcación: pero que ésta se había ido luego, y que no dejó gente ninguna. Poco después vino también el Heri de la ensenada, con una multitud de canoas que nos acompañaron hasta salir del arrecife.

DICIEMBRE 8

Al amanecer de este día se oyeron cantar gallos en tierra y seguimos costeando por dentro del arrecife, como a dos leguas de distancia; hasta que avistamos en él una boca, por donde salimos a la vela con viento flojo del sur–sureste: seguimos la vuelta de fuera hasta la punta del Sur de Morea, para encontrar más el viento, con el fin de adelantar la comisión todo lo posible; pero habiendo quedado en calma enteramente, viramos para tierra y al remo seguimos para ella, hasta la una de la tarde, que por estar a larga distancia la punta demarcada, entramos en una ensenada por dentro del arrecife; y de ella nos salió al encuentro el Heri que la mandaba, con muchas canoas, y trasbordándose a la lancha, mandó a su canoa que le siguiese por delante para señalar el paraje donde habíamos de fondear, lo que ejecutamos en una y media braza, fondo mucara, distancia de tierra un cuarto de cable. Esta ensenada es de poco fondo y malo; y solo a su entrada hay fondeadero, pero desabrigado y la costa es brava; vinieron a bordo muchas canoas y entre ellas una con tres mujeres, por las que pidió el Heri que las dejasen entrar en la lancha, diciéndonos que dos de ellas eran suyas: permitióseles la entrada y nos regalaron con tres

mantas, plátanos, cocos, curos asados, camotes de color de yema de huevo; y pidiéndoles cuatro barriles de agua, mandaron a los indios de las canoas que tomasen los barriles, los que obedecieron inmediatamente, y a porfía, sobre cual los había de cargar: se despidió de nosotros dicho Heri, dejándonos las mujeres en la lancha con una arenga muy larga, a la que comprendí iba a pescar. Volvió como de allí a dos horas en su canoa y nos trajo un bonito como de una arroba, con muchas muestras de sentimiento nos decía que otro le había llevado el aparejo, y dió por señas unos anzuelos: y habiéndole dado de los que teníamos, los despreció por chicos, enseñando para muestra de los que quería uno de los suyos, hecho por él, de fierro y sin lengüeta: le dije que no tenía de aquellos, pero saqué 4 clavos y se los di, lo que apreció mucho, dándome a entender que de allí los haría, como había hecho el que me acababa de mostrar. Preguntéle de quién había adquirido el fierro para hacer aquel anzuelo, y me dijo con demostraciones clarísimas que de una embarcación que había estado fondeada en la parte opuesta, y que esta había estado dando vuelta a la isla por la lancha o bote. Vió también el dicho Heri en unas espuertas las balas de los pedreros, y tomando una en la mano la llevó a la boca de uno de ellos, diciendo por señas que servían para matar gente. Vino un indio al costado de la lancha con una hoja de una navaja, pidiendo por señas que le pusiesen cabo, y dándole por ella un cuchillo, la dejó muy gustoso. Tiene por marca dicha hoja una columna coronada y un letrero que no se puede leer por estar muy gastado. Se llama dicho Heri Potatau y sus mujeres una Purituifara y la otra Etaina. Se le obsequió con un machete, tres cuchillos, tres espejos y algunos abalorios. A la oración me dijo dicho Heri que si quería ir con una de sus mujeres, que él se quedaría en la lancha con la otra, celebramos su oferta y él se admiró más de que no quisiese admitirle su propuesta, y se fué a tierra con ellas y nuestros tres indios. Pasamos la noche en calma sin novedad.

DICIEMBRE 9

Amaneció claro y el viento de la tierra bonancible y se oyeron cantar gallos: a las 4 y media nos levamos y al remo salimos del arrecife, acompañados de varias canoas, y en una de ellas vinieron nuestros indios y corrimos la costa hasta descubrir una grande ensenada donde empieza el partido que llaman de Papala, el que manda el Heri Taitoala, que dista del paraje de donde salimos 4 leguas y media, en cuyo espacio manda otro Heri llamado Oamo. A la una de la tarde entramos por una boca que descubrimos en el arrecife y corre norte–sur con la punta de Papala: tendrá de ancho tres cables, y treinta brazas de fondo; dista de dicha punta dos millas, y desde este paraje demora la punta del sur de Marea al oeste-nor oeste. Habiéndose aturbonado el tiempo, seguimos por dentro del arrecife, acompañados de muchas canoas, hasta los 5 y media, que dimos fondo al abrigo de una isleta en 7 brazas conchuela. Vinieron a bordo multitud de canoas, con plátanos y cocos. Entre las canoas que nos acompañaron este día, vinieron dos indios con dos cometas de gran tamaño y buena figura; su armazón de caña y género que usan en sus mantas y la cola de plumas. Antes de anochecer se fueron nuestros indios a dormir en tierra, instados de un conocido o amigo que encontraron, diciéndonos por señas que al amanecer vendrían a bordo, y pasamos la noche sin novedad. Las casas que hay en este partido son las más grandes de la isla, y sus habitantes trabajan muchas mantas.

DICIEMBRE 10

Amaneció claro por primero, y cuarto cuadrante, y por la restante aturbonado con el viento Norte fresco. A las 5 nos levamos y al remo seguimos la costa en demanda del fondo de la ensenada, acompañados de muchas canoas: pero nuestros indios no parecieron en ninguna de ellas, y habiéndose llamado al viento nor-noroeste, salimos del arrecife por una boca que corre nor noroeste sur-sureste, en la que no ha-

llamos fondo. Su marca en tierra son dos quebradas grandes y largas que forman en medio un ataud. Luego que salimos de dicha boca se fueron las canoas y dimos las velas proa este-sur-este en demanda de la punta del sur de la isla. Se llamó el viento al Este y se arrió la vela, y al remo nos atracamos a la costa, donde encontramos el viento al Norte y a la vela gobernamos al Este. A las 8 y media se llamó al Sureste y seguimos al remo hasta acercarnos al Arrecife. Desde este paraje descubrimos bien el fondo de la ensenada, que es de tierra baja, y se vé su montecillo como pan de azúcar, que también se avistó por la parte opuesta, esto es en la ensenada de Oydia; y habría de mar a mar 21 leguas. Seguimos costeando hasta la punta de Palmas que corre noroeste sureste con dicho fondo de la ensenada, distancia de tres leguas: a las 9 y tres cuartos entramos en el arrecife, por una boca de poco fondo, que está inmediata a dicha isla punta, distancia de la costa una legua. Continuamos por dentro de él, acompañados de muchas canoas; y a distancia de 5 á 6 millas al Sureste de dicha boca, hay otra que tendrá de ancho dos cables: es de mucho fondo, y de la parte de adentro hay 12 brazas, arena negra; corre noroeste suroeste: es puerto de bastante abrigo y se le puso el nombre de S. Dámaso. A distancia de dicho puerto dos leguas al Este termina el arrecife, y siguiendo otras dos escasas, de costa brava, las que anduvimos al remo, atracados a la costa, hasta encontrar con el arrecife que sigue al norte, distanciados dos leguas, hasta el punto de Tayalabu, y al montar una punta gorda de las Palmas, descubrimos la fragata, que eran las 4 de la tarde, habiendo llovido desde medio día incesantemente. A las 5 y tres cuartos llegamos a bordo, habiendo dado vuelta a toda la isla y reconocido sus puertos, con plena satisfacción de no estar habitada más que de sus naturales.





DESCRIPCION DE LA ISLA DE OTAHITI

POR EL PADRE AMICH

La isla de Otahetí (a quien pusimos por nombre la isla de Amat en obsequio del Señor Virrey) tiene de circuito mas de quarenta leguas. Su figura es casi redonda, aunque irregular, por que una quebrada (1) de tierra baxa la divide en dos penínsulas desiguales, dexando una garganta de dos leguas del Nordeste al Suroeste, entre dos mares. La península mayor está de la parte del Noroeste, y la menor al rumbo opuesto. Su largo del Noroeste al Sureste es de catorce leguas: su punto céntrico está en diez y siete grados, treinta minutos de latitud meridional, y en doscientos treinta y tres grados, quarenta minutos de longitud del Meridiano de Tenerife. Su terreno es alto y montuoso, sin mas tierra baxa que la garganta que une las dos penínsulas: sus montes son escabrosos, especialmente en la parte del Sueste, y en la parte del Norte, formando muchas quebradas, por las cuales se precipitan arroyos de buena agua. Por la parte del Occidente los cerros van tendidos con declive muy apacible, cuya vista hace dicha costa muy agradable, por las muchas arboledas que pueblan sus riberas y quebradas. Aunque la isla es muy alta, en las orillas del mar tiene muchos espacios de tie-

---

(1) Se ve que el padre Amich da la palabra *quebrada*, sustantivo, el significado corriente en el Perú, de cuenca de río, o terreno que guarda semejanza con dicha cuenca.

rra baxa y llana, poblada de innumerables palmas de cocos, platanares y otras frutas.

Casi toda la isla está cerrada de arrecifes de piedras, que en la baxa mar descubren una lengüeta de terreno orizontal, donde quiebra el mar sus olas. Este cordon de arrecifes en varias partes está apartado de la costa tres millas en otras dos millas, en otra una, y aun menos. Tiene este cordon distintas entradas o canales por donde pueden entrar navíos, y forman muy buenos puertos; porque de la parte de adentro casi todo el fondo es de arena fina negra, desde diez y seis a veinte brazas, pero es necesario reconocer los cables, porque en partes hay algunas piedras. Por dentro de este cordon hay algunos canales de bastante agua, donde pueden invernar millares de embarcaciones, porque aunque haya grande viento, siempre está la mar muy llana.

Esta isla no tiene pueblo alguno formado ordenadamente; sus moradores habitan en las riberas del mar en casas formadas de pies derechos, y cubiertas de palmas, ordinariamente expuestas a quatro vientos, y situadas a lo largo de las costas entre los palmares de cocos. Los parajes mas poblados son el partido de Papala, el de Tallarabu y la parte del O. donde reside el Eri Otu: Coock dice Bobala y Tiarrabu. Los moradores de esta isla no baxan de ocho mil almas de todas edades y sexos; tiene diez a doce Caciques, que ellos llaman Eries, y cada qual gobierna la gente de su partido, pero todos reconocen por superior al Eri Otu, al qual todos profesan vasallage.

Los hombres son generalmente corpulentos y bien plantados; los más son amulatados; son amigos de criar pelo, que le tienen algo crespo, y se le untan con aceyte de cocos. Algunos Caciques viejos tienen barba larga venerable, los demas también la usan traer, aunque rara. Ordinariamente van desnudos, y ocultan sus vergüenzas con un ceñidor que hacen de corteza de arbol, y pasando un remate por entre los muslos, lo amarran a la cintura, con lo qual quedan decentes y sin ropa. Los adultos tienen las nalgas y parte de

los muslos pintados de negro con varias labores, y algunos se pintan las manos y piernas con igual simetría, especialmente las mujeres, que sin embargo de andar expuestas a la inclemencia, son bastante blancas. En dos ocasiones vinieron a bordo de la fragata dos naturales muy blancos, con el pelo rubio, las barbas y cejas rubias y los ojos azules: el Cacique de Tallarabu, donde estaba surta la fragata, era muy blanco y rojo, sin embargo de estar quemado del sol. Las mujeres no son de tan buen parecer como los hombres, y así éstas como los varones gustan de traer pendientes en una oreja que todos tienen agujereada, y quando no tienen otra cosa, se ponen una flor o un huesecito de pescado.

Son los moradores de esta isla muy pacíficos y alegres; los más saben tocar una especie de flauta como travesera de quatro agujeros, a la qual dan viento por una ventana de las narices, tapando con el dedo la otra ventana, y siempre tocan una tonada muy lúgubre, a cuyo son cantan del mismo modo. Sus bayles son muy ridículos, formando mil ademanes de meneos de cuerpo, manos, pies, ojos, labios y lengua, guardando bellísimo orden en el compás: algunos se ponen por gala coronas de flores o de plumas negras. Sus armas (1) son unas lanzas cortas de madera fuerte, sin mas arma defensiva, aunque tienen guerra con los moradores de otras islas por causa de los robos que unos a otros se hacen de sus frutos. Para cazar los pájaros usan de unas flechitas de ca-

(1) "Parece no tienen nada de pusilánimes, sin embargo del terror y miedo que tienen a nuestras armas; lo que no se debe extrañar, pues consideran la superioridad de éstas a las suyas, y el estrago que causan; pero a sus luchas de cuerpo a cuerpo desafían a cualquiera de nosotros. Las armas de que usan estos naturales son honda, macana y lanza, la que juegan con destreza y particular acierto, pues poniendo por blanco un tronco de plátano a distancia de 30 o más pasos, es rarísimo el tiro que yerren. Sus peleas son dignas de reirse, pues hacen mil escaramuzas, acompañadas de infinitos gestos; de suerte que mas parece patominas de guerreros. (*Descripción del capitán Bonechea*)".

rrizo muy delgadas, con la punta de palo fuerte, y tambien usan de liga.

Los exercicios en que se ocupan los hombres son la pesca y sus sementeras. Para la pesca, siempre que baxa la mar están los arrecifes llenos de naturales pescando mariscos. En toda la costa hay un crecido número de canoas: éstas son muy largas y angostas, porque en la isla no hay árboles que tengan una vara de diámetro, y así las canoas más grandes solo tienen dos tercias de ancho: y para su seguridad ponen a un lado un palo de madera ligera, apartado de la canoa seis palmos, paralelo a su quilla, y unido a la canoa con dos palos delgados bien atados a sus bordes. En sus navegaciones y para pescar fuera de los arrecifes, juntan las dos canoas grandes de dos en dos, atadas fuertemente con unos palos que atraviesan por encima de las dos canoas, dexando entre ellas un espacio de tres quartas, así para bogar como para poner un gran canasto en que llevan sus aparejos e instrumentos de pescar. Los anzuelos que usan son de raíces de árboles, y los pequeños hacen de concha de nacar. Los cordeles finos son de cabellos humanos trenzados ligeramente, y los grandes de hebras de palmas, y de lo mismo son las sogas de sus maniobras.

Los Caciques y principales usan de estas canoas apareadas para su vivienda, porque sobre las dos proas ponen un tablado de mas de dos varas de ancho y tres de longitud, y sobre él forman una carroza muy bien cubierta, de suerte que aunque llueva mucho no les pasa el agua: en estas carrozas duermen aun estando en tierra, pues sus casas ó enramadas más parece que las hacen para abrigo de las canoas, que para su propia comodidad. Algunas canoas llevan una vela de estera fina de siete varas de alto, sobre dos y media de ancho, puesta a modo de cangreja. Para asegurar dichas canoas de vela, atraviesan al pie del palo sobre la canoa un palo largo, y a los extremos de él ponen dos sogas que les sirven de obenques, y en la proa y popa de la canoa otras dos sogas que sirven de estais. Quando el viento es algo recio se

pone un Indio al extremo del palo atravesado a la parte del barlovento, que con su peso equilibra al de la vela y fuerza del viento. Todas las canoas son muy ligeras, porque son muy delgadas, y las proas cortadas en figura de cabeza de dorado: como los palos de que las fabrican son de pequeña magnitud, las levantan en los lados con tablas tan bien ajustadas, que no parecen obras de indios que carecen de herramientas, sino de muy buenos carpinteros. Lo mismo executan por la proa y popa. Las herramientas con que fabrican las canoas, son unas azuelas de piedra de laxa negra, muy dura y fácil de amolar con otras piedras, y las ajustan tan perfectamente en sus cabos de palo, que parecen herramientas de buen carpintero. Estas canoas no tienen clavo alguno; los empalmes de las piezas añadidas están cosidos con trenzas de hebra de palma, y calafateadas con estopa coco, y las costuras embreadas con una especie de liga que sacan de la resina de cierto árbol.

Las mujeres se ocupan de texer esteras de palma muy finas y ponchitos de lo mismo, y en fabricar de la corteza interior de ciertos árboles unas telas blancas tan finas como la bretaña o tafetan sencillo (1); algunas de estas telas tienen de ancho quatro varas, y de largo ocho o diez varas. Algunas son pintadas de amarillo y encarnado con colores sacados de ciertas raices, yerbas y frutillas, con dibuxos bien ridículos; estas telas se las suelen rodear al cuerpo o a la cabeza a modo de turbante. Algunas estan teñidas de musgo, y son las que ordinariamente les sirven de abrigo en la cama. Algunas de estas doblada en quatro o cinco dobleces, y pegadas con cierta goma sirven de sobrecama. Todas estas telas, mantas y esteras traían a bordo de la fragata a trocar por

---

(1) «Las ropas que visten son de estera muy fina, unas mantas o paños del tamaño de una sábana bien cumplida: estas son de varios colores, blancas, encarnadas, anteadas, color de rosa seca, y alguna de café más subido, imitando con tanta propiedad a nuestros tejidos, que al principio nos hicieron dudar si serían o no hechos en telar [Id]».

cuchillos y otras frioleras de yerro, y por lo mismo traían a bordo abundancia dc plátanos, cocos y otras cosas.

Los alimentos de que se mantienen estos Isleños, son plátanos, cocos, pescado, y una masa compuesta de ñames, plátanos y otras frutas: éstas las muelen muy bien, y mezclados los simples hacen de ella unas bolas de seis u ocho pulgadas de diámetro, y las cuecen del modo siguiente. Hacen una gran fogata en un hoyo, en el qual ponen muchas piedras; mientras estas se caldean, envuelven las bolas de masa y todo lo que quieren cocer, en muchas grandes hojas, y despues las meten en unos seroncillos de palma; quando las piedras estan bien calientes las sacan del hoyo, y echan los seroncillos sobre aquella fogata, y encima de ellos las piedras calientes; luego lo cubren todo con tierra, de suerte que no tenga respiradero alguno; al otro día lo descubren y tienen echa la comida para muchos días. (1) Sírveles de pan una fruta redonda de seis pulgadas de diámetro que llaman Euru; esta la cuecen de la misma suerte, y tiene el gusto de patata desabrida. Hay tambien en la isla una especie de castañas muy sabrosas, y unas a modo de nueces muy oleosas. Críanse también algunos cerdos pequeños y algunas gallinas. Las palmas producen muy ricos palmitos, pero los naturales los comen solamente crudos, porque no tienen vasijas en que sazonar su comida. El pescado lo comen crudo o asado, o cocido de la suerte que he referido, y de él no desperdician nada, pues comen las tripas, agallas y menudencia con mucha ansia. No produce la isla sal absolutamente, ni los naturales saben comer cosa salada ni picante, sino forzados de la necesidad.

No se les ha conocido a estos Isleños inclinación a la

(1) Procedimiento análogo al que en el Perú se conoce con el nombre de *pachamanca* en lengua indígena, que como impide la libre exhalación de los vapores del comestible que se va cociendo, tiene la ventaja de saturar las viandas de su propio vaho y darles un sabor especial.

embriaguez: su vicio dominante es la lascivia. No se casan mas que con una mujer, y parece que no son nada zelosos, pues convidan con sus mujeres a los forasteros. No se vieron en esta isla animales nocivos ni venenosos, sino una gran muchedumbre de ratones muy domésticos, que les incomodan bastante, y los obligan a discurrir medios para defender sus comidas de la voracidad de estos animalejos. Aunque el temperamento es cálido y húmedo, no se crían mosquitos, murciélagos ni cucarachas; los más de los días llueve algunas turbonadas y luego calma, y viene el viento a la mar.

No pudimos averiguar si tienen alguna religión (1): no

(1) «Les es permitido a estos habitantes la pluralidad de mujeres; y habiéndoles preguntado a muchos, se ha notado que ninguno pasa de tres; hay muchos de a dos, y muchos mas de una sola, y segun daban a entender los cuatro indios que hay a bordo, les es permitido repudiarlas pues dicen que la que es hoy mujer del Heri Titorea, lo fué del Heri Taitoa: No fue posible durante la mansión en la isla ni en el viaje que hizo la lancha al rededor de ella saber en quien idolatraban: pero en el discurso de la navegación supimos por dichos cuatro indios todos contextes, que hacían sacrificio cada seis lunas, que equivalen a dos veces en el año en un paraje destinado para el efecto en que se deben juntar todos los indios del partido desnudos sin mas que el taparabo a ecepción de las mujeres que asisten con sus mantas ceñidas a la cintura. El sacerdote o ministro a quien llaman Puri, se pone dicha parjuaya sobre los hombros añudando al cuello. Congregados todos en la forma referida les hace una larga disertación y acabada ésta presentan sobre un tabladito un cochinito tierno amarrado de pies y manos y inmediatamente se ponen en oración en alta voz, y mirando al cielo. Finalizada esta ceremonia el sacerdote enciende una hoguera, mata al cochinito y lo chamusca en ella para poderlo limpiar y poniéndolo a asarse van todos en el intermedio a bañarse; a la vuelta del baño saca la víctima de la hoguera y presentándole sobre dicho tabladito la divide el sacerdote en partes muy diminutas, y comiendo primeramente de ella, distribuya lo restante a todos los circunstantes empezando por el Heri al que da mas proporción que a ningun otro. Esto es sobre el alcazar nos demostraran nuestros indios practicamente.

Luego que ellos mismos acabaron de mostrar sus sacrificios, se les preguntó a quien lo ofrecían, y dijeron mirando al cielo que a Teutua. Preguntándoles tambien que si lo veían, dijeron que no, que bajaba a sobre ellos durante el sacrificio a manera de un torbellino haciendo mucho ruido. [Boenechea]».

tenían templo alguno, aunque parece que tienen alguna especie de idolatría, pues en sus canoas traen unos figurones de madera toscamente labrados, que representan formas humanas, pero no les dan culto alguno, ni sienten que los forasteros los ultrajen. Sus cementerios son hechos a modo de plazuelas quadradas, cercados con dos o tres gradas altas formadas de piedra, y estan adornados de muchos grandes figurones de madera, los mas de obscena figuras. Despues (por medio de los Indios que sacamos de la isla de Otahetí) supimos que usan la circuncisión los varones quando se quieren casar, y tienen sus Sacerdotes que son los curanderos.

No pudimos adquirir noticias ciertas de que hayan estado en esta isla navíos estrangeros, pues no se hallaron vestigios de mercerías, ni herramientas que naturalmente hubiesen dexado. Solo se encontró una hacha inglesa vieja, y una hoja de navaja fracesa de las muy ordinarias, y un pedazo de jerga muy vieja; pero se dexa entender que han llegado algunos navíos a esta isla, pues los naturales tenían noticia de las maniobras proporcionadas para dar fondo; y de los efectos de los cañones y fusiles.

En este puerto del Aguila estuvimos treinta y un días, en los cuales se hizo para el timón una caña de respeto de una madera fuerte a modo de guayacan. Hízose también un mastelero para la sobremesa, y una verga de gabia. Se embarcaron cinco lanchadas de lastre, se reemplazó la aguada, y se hizo provisión de leña. Estos dos efectos hay con abundancia en toda la isla. Los más de los días que estuvimos en este puerto vinieron a bordo muchísimas canoas de toda la isla y de otras con muchos Indios de todas edades y sexos, trayendo a vender sus telas, esteras y otras curiosidades, como también plátanos y cocos, a trueque de cuchillos, espejos, tijeras, clavos, camisas, y otras bagatelas. El Comandante del navío les hacía mucho agasajo; eran tantos los que venían, que siempre estaba llena la cámara, y hubo día que fué preciso al Comandante y oficiales bajarse a comer en la Santa Bárbara para dexar libre a los Indios la Cámara.

Después de haber estado muchos días aguardando tiempo oportuno, el día 20 de Diciembre de dicho año de 1772 a las diez del día salimos del puerto de la Magdalena o del Aguila con viento nor-nordeste algo fresco, y después de estar una legua desviados de la costa, nos pusimos al payro para aguardar la lancha que había quedado en el puerto para levar el anclote que nos sirvió de fiador para hacernos a la vela; después que hubo venido, y que hubimos metido dentro las embarcaciones, siendo ya de noche, marchamos costeando la isla por la parte del Sur.

De la isla de Amat sacamos quatro Indios, los dos grandes como de edad de treinta años, otro mozetón de edad de diez y ocho años vino voluntario, y un muchacho de trece años con beneplácito de su padre. Quando estos supieron explicarse, nos dieron varias noticias de las que he referido en la descripción.

A VALPARAISO

Como teníamos noticia (aunque confusa) de las muchas islas que hay en este Océano (1), todas las noches ca-

---

(1) «Este mismo dió a entender por señas haber 20 islas inclusa la de Otaeti señalando con la mano a qué rumbo demoraban, y con los dedos los días que se necesitaban para poder ir a cada uno, así mismo hacía con los brazos y manos la demostración, de si eran chicas, grandes, largas, redondas o montuosas a las cuales nombró como se sigue.

Otaeite, que es la que le puse el nombre de S. Cristobal, señalando al Este un día de navegación y que es alta; Morea al Oeste un día y es alta; Genua al Oeste dos días y es alta; Tapuamanu al Oeste tres días, chiquita y alta; Oaguine al Oeste tres días, redonda; Oyotea, 4 días, grande; Tagaa al Oeste, 5 días, baja; Porapora, al Noroeste, 6 días, chiquita y alta; Tupai. al Oeste, 4 días, redonda y baja; Maurua, al Oeste, 7 días, larga; Atiut, al Suroeste, 10 días, chiquita; Aguagu al Suroeste, no señaló días, solo que es muy alta; Auriu al Suroeste, 5 días, chiquita; Jautipa al Suroeste, 10 días, tendida y sobre una de sus puntas un cerro; Matitil-turoa, al Noroeste, 5 días, larga; Tira, al Oeste, 4 días, tendida; Gualop al Oeste, 5 días, mediana, creo no incluía en este número San Simón y Judas, San Quintín y Todos Santos, pues no señalaba para aquella parte más que la de S. Cristobal. (*Bonechea*).»



Valparaíso

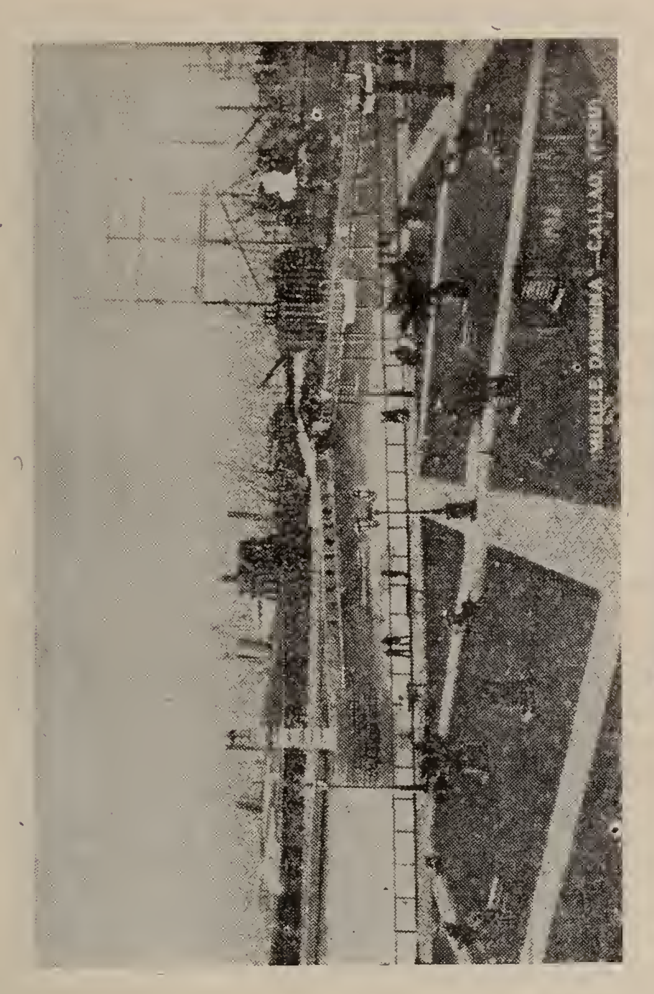
peábamos hasta que llegábamos a la latitud de veinte y seis grados meridional, y después seguimos nuestro viage con variedad de tiempos sin desgracia ninguna, y el día 21 de Febrero de 1773 habiéndose descubierto a medio día la costa de Chile a las seis de la tarde dimos fondo en el puerto de Valparaiso.

EN VALPARAISO

En este puerto hicimos tres meses de víveres, y la aguada y leña correspondiente. Se echaron en tierra los enfermos, y de ellos se murieron dos de calenturas malignas. También se murió en este puerto uno de los Indios de la isla de Amat de indigestión, a que sobrevino calentura maligna.

A LA ISLA DAVIS O SAN CARLOS
(Abril de 1773)

Habiendo estado algunos días aguardando tiempo



Muelle dársena del Callao

oportuno, el día 2 de Abril del mismo año de 1773, a las dos de la tarde nos hicimos a la vela del puerto de Valparaíso para executar la segunda expedición que encargaba el Virrey, esto es el exacto reconocimiento de la isla de Davis o de

San Carlos. Salimos con viento del Oeste, que después que estuvimos fuera del puerto se llamó al Suroeste y Sur, y gobernamos al Noroeste a completar la altura de dicha isla.

El día 7 de dicho mes al amanecer se vió una de las islas de San Felix al Norte y distaba cosa de ocho leguas; es pequeña, y bien alta: según el cómputo que hice se halla dicha isla en veinte y seis grados, treinta y tres minutos de latitud meridional, y en doscientos noventa y cinco grados, veinte minutos de longitud del meridiano de Tenerife, demorando desde el puerto de Valparaíso al Noroeste cinco grados Occidente, distancia de doscientas tres leguas.

El día 15 de dicho mes al amanecer se vió un navío al noroeste que hacía derrota al Sur y habiendo hecho la maniobra correspondiente le hablamos, y era el navío marchante la «Valvaneda» que iba para el puerto de Valparaíso, y había salido del Callao el día 29 de Marzo próximo pasado.

SE ABANDONA LA EXPEDICION A SAN CARLOS

Habiendo tenido los vientos variables con marejada de Suroeste, que casi siempre nos molestó, el día 22 de Abril (habiendo precedido seis días de viento Norte recio a veces) nos hallamos con la novedad de que la fragata hacía agua considerable, lo que no habíamos experimentado en todo el viage, y habiéndose reconocido por lo interior lo que permite el buque, no se halló indicio por donde poder conjeturar la parte del daño. El día 23 por la mañana el Capitán consultó los oficiales de guerra sobre el estado de la fragata, y a esta consulta fueron llamados los carpinteros y calafates; de ella resultó que respecto que en la isla de San Carlos no había abrigo alguno para el viento norte, y que habiéndole experimentado tan permanente en su inmediación (nos considerábamos ciento ochenta y ocho leguas al E. ¼ S. E. de ella) se debía atender a lo adelantado del invierno, y que íbamos muy expuestos a perecer por ser malo y de ninguna seguridad el surgidero de dicha isla, se determinó arribar al Callao



Iglesia matriz del Callao

donde el Virrey podía disponer el reconocimiento en tiempo oportuno. Así se executó arribando o gobernando al Este para arrimarnos a la costa.

Navegamos con variedad de vientos y tiempos, y el día

28 de Mayo al salir el sol se vieron los altos de Atico (1) seguimos nuestro camino para el puerto del Callao, en el qual dimos fondo el día 31 de Mayo a las tres de la tarde (2).

---

(1) La punta de Atico, cerca de la boca del río Atico, corresponde a la provincia de Camaná en el departamento de Arequipa.

(2) Aquí termina el primer viaje de exploración a las islas de Otahití del capitán don Domingo Bonechea, cuyos propósitos secundaron los misioneros Amich y Bonamó. Los hechos y pormenores de esta expedición vieron la luz pública en el *Diario de Lima* en aquella época (*Véase Mendiburu art. Boenechea*).

El capitán Boenechea expone en su *diario de viaje*, que antes de abandonar Otahití, «hice junta de guerra con mis oficiales y contador, haciéndoles presente los eficaces medios que se practicaron con los naturales de dicha isla, por medio de dádivas, comidas, ofertas y demostraciones de amor, con el fin de ver si voluntariamente se querían embarcar algunos de ellos, para presentarlos en la capital de Lima al Exmo. Sr. Virrey; pues aunque algunos daban muestras de quererlo ejecutar, se retiraron, así mismo como el de San Cristobal. Acordamos todos en tomar la providencia de sacar de este puerto hasta cuatro, que se nombran Pautiu, Titipitipia, Ogeillau y Teitianui: el primero será de edad de 30 años, el segundo de 26, el tercero de 18 el cuarto de 10 a 12.»

Al fin solo dos de ellos se trajeron a Lima, fueron presentados al virrey, vestidos, mantenidos y asistidos en su palacio; y hallándose suficientemente instruídos en los misterios de nuestra Religión, se les administró con solemnidad el Bautismo, poniendo por nombre al uno Manuel Amat y al otro Tomás Panto.

Se creyó que estos dos noveles cristianos de Otahiti servirían de eslabón entre los misioneros que irían a aquella isla y sus moradores, para convertirlos a la Religión cristiana; pero ya veremos que no, y que apenas se vieron en su país natal, se escurrieron ambos y se alejaron del trato de los conversores, dejando a estos en la situarión desesperante de no entender la lengua de sus naturales, de no tomar intérprete para comunicarse con ellos en debida forma para la instrucción catequistica, ni con quien aprender el idioma del país.

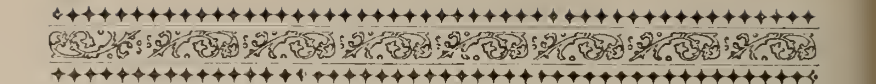
Así en el Perú como entre los indígenas de la Oceanía, los asuntos de la conversión de infieles son muy análogos y no discrepan entre sí.

Para últimos del año 1774, hallándose bautizados los dos tahitianos, comprometidos para ir a la isla con el cargo de conversores los padres de Ocopa fray Jerónimo Clota y fray Narciso González, se fabricó en el Callao una casa de madera para ser trasportada en piezas numeradas a Otahití, para habitación de los padres; se alistó así mismo la fragata que ya conocemos con el nombre de Aguila, y el paquebot del comercio de Lima denominado Júpiter, con su correspondiente equipo y tripulución, para ir a la isla mencionada al comando del mismo capitán don Domingo Boenechea.

A este viaje del año 1774 se refieren los documentos que publicamos a continuación.



Sección de la isla de San Lorenzo en el Callao



Relación de los principales acaecimientos durante el viaje y permanencia en Otahití escrita de común acuerdo por el Piloto Dn. José Barela y los Misioneros Clota y González

1774-1775

RELACION (1)

SETIEMBRE 20

Día 20 de Septiembre de 1774 salimos del puerto del Callao para establecer Misioneros en la isla de Otaheti, lle-

---

(1) Esta relación hasta el día 27 de noviembre del *Diario*, corre parejas con el *Diario* de Gayangos, cuyo título completo, según existe en el *Archivo de Indias*, es como sigue: *Diario de la navegación que de orden de Su Majestad; comunicada por el Exmo. Sr. Virrey Dn. Manuel de Amat y Junient, caballero de la real orden de San Jenaro y del de San Juan, Virrey, Gobernador y Capitán general de los reinos del Perú y Chile, hizo a la isla de Amat y sus adyacentes, el capitán de fragata Dn. Domingo de Bonechea, comandante de la Santa María Magdalena, alias Aguila, y el paquebot Júpiter, con el fin de restituir a su patria, pertrechados de muchos útiles, los dos naturales Pautu y Tenambi, trasportar los dos Padres Misioneros del Orden Seráfico fray Jerónimo Clota y fray Narciso Gonzalez, para que diesen principio a predicar el S. Evangelio y una casa de madera para su establecimiento, ganado, semillas de varias especies, con muchas herramientas propias para el cultivo.—Dado a luz por el Teniente de navío Dn. Tomás Gayangos, destinado en la propia fragata. 1774.*

vando dos Religiosos de San Francisco. A 28 de Octubre se descubrió a las tres de la tarde una isla muy llana como de quatro leguas de largo, sin cerro alguno, y ancha una milla: tiene a la punta del Este arboleda y palma de cocos, pero pocas; a la punta del Oeste lo mismo.

Al otro día por la mañana pasamos delante de la isla descubierta por la parte del Sur, y tan cerca, que se veía sin anteojo correr los hombres de color prieto por la orilla del mar con un palo largo cada uno en el hombro. A esta isla no conocida la llamamos de San Narciso, porque el día de este Santo se descubrió: está cercada de arrecife.

SETIEMBRE 31

A las doce del día 31 se descubrió tierra al Oeste; reconocida se halló ser la isla de San Simón, la qual el año de 72, día de San Simón fué la primera tierra que descubrió la fragata la Aguila en el primer viage.

NOVIEMBRE 1

El día 1 de Noviembre se descubrió tierra por babor y estribor, esto es, por el Norte y Sur; y por no pasar por en medio tomó la fragata por la parte del Norte, y se vió ser isla de muy poca tierra, con solo un mogote de arboleda, y lo demás de arrecifes, los quales dentro forman una grande laguna; esta isla es muy peligrosa para los navegantes que van de noche a ella: se le puso el nombre de las Animas. El día 2 a las nueve de la mañana se descubrió tierra, por la proa, y fué la isla de San Quintín que descubrió la misma fragata el año de 72. El día 3 a las once del día se descubrió tierra por la proa, y fué la isla de Todos los Santos, llamada así porque la misma fragata la descubrió día de Todos los Santos el año de 72.

Se vió mucha gente con palos que corrían por la orilla del mar en parage que no rompía el mar, de lo qual infirieron los Pilotos que tenía la isla en aquel lugar desembarcadero

para saltar en tierra, y se detuvo la fragata delante de ella dando bordos.

El día 6 a las nueve de la mañana se echó el bote al agua y se embarcaron en él el segundo Capitán Don Tomás Guayangos, un sargento, quatro soldados y doce marineros armados, un piloto y el Indio Christiano llamado Tomás, natural de Otaheti. Se puso la proa del bote ácia la orilla del mar, y al ver los Indios que el bote iba a tierra, gran multitud de ellos armados con palos largos, otros con sus hondas, y otros sin ellas iban siguiendo, y llegando al aparente desembarcadero, no pudieron atracar. Los Indios que eran muy corpulentos y de color prieto, les dispararon piedras hasta llegar algunas al bordo del bote: les disparamos un fusil, y no por eso huyeron, antes bien siguiendo tenaces el bote, se volvió a bordo la gente, después de haber dado vuelta a la punta de la isla, y se continuaron los bordos delante de la misma.

NOVIEMBRE 13

El día 13 a las nueve de la mañana se descubrió la isla de San Christoval, que los naturales llaman Maitu. Estuvimos muy cerca, y vinieron a bordo, luego que nos vieron, algunas canoas; se bordeó hasta la mañana, que por ser el viento contrario no pudieron esperar las canoas que traían yerba para el ganado. Esta isla es pequeña: está sujeta a la isla de Otaheti; es gente pacífica, pero viva y belicosa; y se bordeó hasta el día siguiente, en que a las quatro de la tarde se descubrió la isla de Otaheti, y se continuó la navegación.

A las ocho de la mañana descubrieron el paquebot que estaba cerca del puerto de Tallarapu: luego se le puso gallardete Maltés y bandera azul en la proa, y al mismo tiempo se le disparó un cañón, y correspondió con la bandera y gallardete, puso la proa a la fragata, y llegó por la tarde. Echó el bote al agua por mandato del Comandante, y vino a tomar las órdenes. Salió el bote de la fragata para registrar y buscar el puerto mayor: se mantuvo la fragata bordeando de-

lante de Tallarapu (1).

Vinieron canoas a la fragata, y entre otras la del Capitán llamado Titorea, cuya muger es la madre del Eri Vegiatua, y ambos subieron a la fragata con sus criados, y, fueron recibidos con abrazos por ser ya conocidos del viaje y antecedentes del 72, y durmieron a bordo. Al día siguiente se fueron Titorea y Opo su mujer: ésta y aquél mostraron ser muy codiciosos. A las dos de la tarde del día 19 llegó el bote, y con él el Eri Otu, el Eri Vegiatua, el Capitán Titorea, padrastro de Vegiatua, y Ginoy, hermano del Eri Otu.

No pudo la fragata tomar el puerto que se encontró bueno en el partido de Ojaitura, en donde reside el Eri Vegiatua, porque el viento Norte que picaba bien, no se lo permitió, y fuimos a parar delante de la isla llamada Maitu.

El Capitán y Comandante de la fragata en nombre del Rey dió una hacha grande al Eri Vegiatua, al Eri Otu, y también al Capitán Titorea: recibiéronlas con mucho agrado, y asimismo les prometió el Comandante darles otra de su parte estando en el puerto. Por la tarde vino a la fragata Opo, muger del Capitán Titorea, y madre del Eri Vegiatua,

(1) Gayangos describe el recibimiento que hicieron los indígenas de Otahití a sus paisanos: «Y se echó el buque al agua, armado, a las órdenes del teniente de Fragata Dn. Raimundo Bonacorsi, encargado de hacer un prolijo reconocimiento del mejor puerto que hubiese desde la ensenada de Oydia hasta la de Papala, por la parte del Este; y habiéndose cargado de abordo con el segundo piloto Román Rosales, el soldado intérprete, y el natural Pautu, fueron en demanda del puerto de Tayarabu, de donde era dicho Pautu; y antes de entrar en él, los rodearon innumerables canoas que acudieron a la novedad de ver a sus compatriotas, de quien tenían ya noticia por el paquebot: desembarcaron en frente de su casa, manifestando todos los circunstantes mucha alegría de verlo tan bien vestido. Los suyos le hicieron un recibimiento muy tierno, llorando amargamente, besándole y abrazándole. con tantos extremos de gozo, que no le dejaban articular palabra: pasado este primero y natural impulso, lo escucharon con mucha admiración y silencio, como a un oráculo, y dando a los nuestros muchas gracias por el buen trato que le habíamos dado y haberlo vuelto a la isla, les hicieron un grande obsequio de todas las frutas de su uso y pescado.»

con trece criados, en dos canoas apareadas, las quales se subieron al navío, y llegaban desde el palo mayor hasta el palo de proa o trinquete. Apenas Opo vió a Titorea, empezaron los dos a llorar a gritos.

NOVIEMBRE 23

El día 23 se echaron al mar las dos canoas apareadas de Opo, y se fueron sus criados: se echó al mar también el bote, en el qual se embarcaron los dos Eries principales, el Capitán Titorea y su muger, el Oficial D. Juan de Manterola, quatro soldados, y los marineros correspondientes; los llevaron a tierra de Tallarapú. Poco después de haber salido el bote, llegaron a la fragata dos canoas con su vela, con tres Isleños en cada canoa; la una era del Eri Otu, y la otra del Eri Vegiatua, las quales traían su regalo, es a saber, un cochino, plátanos y curos, y después de haber dexado el regalo se volvieron.

NOVIEMBRE 27

El día 27 tomó puerto en el Ojatiutura la fragata a las dos de la tarde. Más de cien canoas se juntaron al rededor de la fragata en poco tiempo, y en ellas muchísima gente. Tomó también el paquebot puerto.

Luego que fondearon, fué a bordo el Eri de aquel partido Vegiatu, con el Eri Otu, a quien llaman Eri Raje, que equivale a Señor Grande, acompañado de la mayor parte de su familia, y obsequiaron al Comandante y Oficiales con mantas de su uso, esteritas, taumis, puercos y variedad de frutas, los que les recompensaron con hachas, cuchillos, camisas, y ropa de su uso, todo lo cual recibieron gozosos aquellos Indios, y permanecieron en una larga conversación por medio del intérprete y los neófitos que se conduxeron de Lima.

A la novedad de la llegada de las embarcaciones acudieron en multitud de canoas los Indios a ver nuestra gente, y les llevaron plátanos, curos y cocos en tanta abundancia,

que abastecidas las tripulaciones sobró tanto, que fué necesario echárselo al ganado. El Comandante llevó a la Cámara a los dos Eries y a varios de los más principales de su comitiva: hízoles saber por medio del intérprete el fin de su venida, que era formar una casa en su isla para que habitasen en ella dos Misioneros, que eran Fr. Gerónimo Clota y Fr. Narciso González, y el soldado intérprete, los quales iban a establecerse alli para instruirlos en la verdadera Religión. Preguntóles si eran gustosos de que se hiciese la casa, si daban el terreno necesario para su fundación, y si ofrecían dar buen trato a los dos Religiosos y al intérprete. Respondieron los Eries con inexplicable alegría que sí, y que darían gente y todo lo necesario para fabricar la casa y disponer el terreno que eligieron más proporcionado. Visto este voluntario consentimiento, se acordó que al día siguiente fuese el Piloto de la fragata con los Misioneros e intérprete a elegir el sitio para el establecimiento.

Finalizada esta junta, subieron todos los Otahetinos al alcázar, y tuvieron una larga conversación entre sí con aspectos muy placenteros, dando muestras de proceder su alegría de la proposición que se les había hecho. Al anochecer mandaron aprontar sus canoas, y despidiéndose de los nuestros con repetidos abrazos mutuos, se embarcaron para tierra, y en su comboy todas las otras canoas, que estaban a los costados de la fragata.

NOVIEMBRE 28

Al día siguiente concurrieron con muchas canoas: a las ochó de la mañana mandó el Comandante aprontar el bote para pasar a tierra el segundo Capitán, los dos Misioneros, el soldado Máximo y Tomás Pautu, Indio, natural de Otaheti, a fin de reconocer el terreno.

Luego que se desembarcaron los conduxo el Eri Vegiatua a un rancho fabricado de paja, pero de buena construcción, en el qual estuvieron algún rato, hasta que llegaron dos Indios principales, que estaban convidados por el Eri.

Salieron al reconocimiento de los terrenos circunvecinos, acompañados de gran multitud de Indios. Fueron conducidos a una punta dominante desde donde se descubría una espaciosa llanura, toda cubierta de árboles frutales, que tendría de ancho como una milla, y poco más de media de largo, y habiéndola reconocido, hallaron ser pantanosa. Se retiraron a las playas, donde ellos tienen su habitación, y viendo que aquel era el mejor terreno, propusieron al Eri les cediese un corto espacio como de treinta varas de frente y ciento de fondo: él respondió, que aquel pedazo de tierra era de su madre, y que no podía disponer de él sin su beneplácito; pero que le hablaría, y no dudaba lo cedería. En efecto, habiéndola encontrado en la playa, al tiempo de retirarse a bordo, la habló, y ella cedió el terreno con mucho gusto, advirtiendo a su hijo que separasen la casa como unas diez varas más de un moral que estaba inmediato.

El sitio carece de agua y de leña, distante una quadra de la orilla del puerto, y como media quadra de un río que baxa de una quebrada que hay enfrente distante una milla. El puerto estaba al Oeste de la casa, y la quebrada al Sur. El río estaba tan cerca del mar, que quando había mareada, se le comunicaba su agua en la entrada, por lo que no se podía usar de aquel agua para beber, proveyéndose para esto de un arroyo cercano. La leña también estaba lexos. Al lado de la casa estaba la de Eri Vegiatua.

Se presentó al costado de la fragata igual número de Indios que el día antecedente, en canoas cargadas de frutas, mantas, esteras, puercos, palomas torcaces, periquitos, pollos, caracoles y hasta lo más despreciable que tenían, para cambiar con nuestra gente. Estuvimos todo el día muy divertidos viendo las acciones de los Indios, y admirados de la sutileza con que disponían sus cambios engañando a muchos con esteras y mantas viejas que vendían por nuevas, y luego se hallaban llenas de remiendos. Fué a bordo el padre del menor de los Indios, que en la expedición antecedente se llevaron a Lima, y apenas vió a su hijo, se abrazó con él tier-

namente, sin querer desprenderse. La misma demostración hizo con varios de los nuestros, a quienes le habían recomendado cuando le sacaron de Otaheti. Se mantuvo algunos días en la fragata en compañía de su hijo, admirado de lo que le contaba de Lima, y del buen trato que se les había dado.

NOVIEMBRE 30

El Comandante, segundo Capitán y dos carpinteros fueron el día 30 a tierra a amojonar el terreno que el Eri Vegiatua dió para la casa y huerta; y los carpinteros, habiendo primero pedido permiso al Eri, quien lo dió gustoso, empezaron a cortar palmas y Eurus, árboles frutales de los cuales se sustentan aquellos Indios. Retiráronse a medio día a bordo, muy molestados de las moscas y del calor.

Vegiatua se incorporó con los nuestros y los conduxo al parage donde estaba la lancha haciendo agua, y advirtió que se cogiese más arriba, pues allí era algo salobre. Al despedirse de los nuestros, dixo que le había gustado mucho nuestra comida el día anterior; el Comandante le dixo fuese a comer a bordo quando quisiese, y lo ejecutó así por espacio de algunos días. Aprendió a hacer uso de la cuchara, tenedor y cuchillo, observando con atención todas las acciones de los nuestros, y quando hallaba dificultad de la execución de alguna, rogaba al que tenía al lado se la enseñase. Ninguna de nuestras salsas le era repugnante: pedía a su tiempo, y lo alababa mucho; bien que no es de estrañar le gustase, pues se embriagaba los mas días con el brebaje amargo que le hacían sus criados de la raiz llamada Eava. A la tarde volvió el Comandante a tierra con el Eri, y determinó que la casa tuviese veinte varas de frente y quince de fondo, y lo restante hasta cien varas para huerta.

DICIEMBRE 1

El día siguiente al amanecer fue la lancha a hacer agua con un oficial, un cabo y dos soldados armados para custo-

dia, encargados de no permitir que ninguno de los nuestros se apartase del trabajo, a fin de evitar execesos. El soldado intérprete vino a bordo a las diez de la mañana participando al Comandante que los Eries Otu y Vegiatua con toda su gente estaban aprontando sus canoas para irse a otro partido, atemorizados de las amenazas de un marino de la lancha. Habiendo robado los Indios a este una camisa que tenía puesta a secar, les amenazó con un cuchillo, sino le restituían la camisa, lo qual los intimidó tanto que intentaban huirse todos. El Comandante mandó al piloto Don Joseph Varela (1) fuese a sosegarlos; pasó éste al parage donde los Eries estaban preparándose a la fuga, y al punto se acercaron a él preguntándole si nuestra gente les haría daño. Varela les aseguró que no, y que solo iba a saber quien había sido el amenazador para castigarle; no fue menester mas para que se sosegasen. Mandó venir a la gente de la lancha, y habiéndole ellos señalado al marinero, hizo que le atasen y le metiesen en el bote. Al ver los Eries que lo ataban, se arrojaron a Varela, y con muchos abrazos le rogaron le soltase: respondióles que no podía hacerlo, porque tenía orden del Comandante, y que solo éste podía dispensarle el castigo. Oyendo esto, suplicaron los llevase a la fragata para interceder por el marinero; y pasando a bordo con los Eries el preso, informó de todo al Comandante. Este mandó al punto largar bandera de castigo con un cañonazo, y que se castigase al marinero sobre un cañón; pero fueron tantos los ruegos de los Eries, que cedió a ellos el Comandante, y mandó que se le pusiese un grillete y que no volviese mas a tierra. Los Eries dieron muchas muestras de agradecimiento, diciendo que los nuestros eran verdaderos amigos. (Sin duda tenían muy presente la conducta tan contraria de los Ingleses, que por qualquier vagatela los insultaban, prendían y atropellaban, como he dicho en su lugar). Aquel día comieron los dos Eries a bordo, y se mantuvieron con los nuestros hasta

[1] Autor de la descripción.

anochecer, que se fueron en el bote, siguiéndolos las canoas del tráfico que estaban a los costados de la fragata.

DICIEMBRE 2

El día 2 vino a bordo el Eri de la ensenada con toda su familia, llamado Oreti, el mismo que voluntariamente acompañó a los nuestros en el viage anterior a dar vuelta a la isla. Al acercarse, llamó por su nobre y apellido al piloto, y subiendo a bordo, le abrazó con muchas demostraciones de alegría. Mandó a su gente mandase a bordo gran cantidad de frutas, mantas, esteras y un puerco de buen tamaño, todo lo cual se regaló correspondiendo el piloto agradecido con dos hachas, seis cuchillos y otras vagatelas Tuvieron una larga conversación, en la que el Eri le mostró mucho sentimiento de que no hubiese ido la fragata a fondear en su partido; a lo que el piloto satisfizo, diciéndole que el puerto dela ensenada era de muy mal fondo; que de todos modos era muy su amigo, y le estaba muy agradecido a lós favores que le hizo en el primer viage. Este Eri tendría a la sazón unos cuarenticinco años; era de buen aspecto, muy jocoso y vivo, y se hacía entender de los nuestros con más facilidad que ningún otro.

DICIEMBRE 4

El día 4 se avistaron al amanecer por dentro y fuera del arrecife como cien canoas entre grandes y pequeñas, unas al remo y otras a la vela, capitaneadas de los pagies o canoas grandes, de que usan para la guerra; y preguntando a los Indios que vinieron a bordo, a donde iban tantas canoas juntas, respondieron que venían del partido de Oparé con comestibles para Eri Otu: sin embargo a prevención se cargó la artillería con bala rasa y metralla y se aprontaron las armas de chispa: estando el comboy como media legua de distancia, se unieron todas las canoas, y dirigiendo todas sus proas a el puerto, entraron en él y embistieron en la playa,

A cosa de dos horas de haber entrado en el puerto estas canoas, se oyeron en tierra grandes gritos, y vimos con los anteojos que se abordaban unas a otras y se daban fuertes garrotazos, observándose en tierra el mismo alboroto. Temiendo no intentasen algo contra nuestros trabajadores que estaban en tierra, se envió el vote armado: al verle marchar los indios que estaban al costado, dijeron con mucha risa que no tuviésemos cuidado, que había Erabé entre los partido de Oparé y Tallarabú. Preguntándoles qué era Erabé, respondieron que era costumbre entre ellos, quando un Eri estaba en el partido del otro, y le llevaban comestibles, tomar algo de lo mejor, y lo restante dexarlo a discreción de la plebe; y que por no haberlo hecho entonces así, porque los canoeros lo querían todo para sí, se había suscitado aquella riña. Los del partido de Tallarabú juntos con los de Ojatitura se habían armado contra los canoeros, y envistiéndolos por mar y tierra les habían quitado quanto llevaban. Volvió el bote de tierra e hizo la misma relación, añadiendo había bastantes Indios maltrados de la refriega, y que a no haber abandonado precipitadamente sus canoas los de Oparé, hubiera sido sangrienta. El Eri del partido no castigó a los autores de este desorden, ni el Eri grande se mostró quejoso, pues uno y otro nos contaron el lance con risa y con la mayor indiferencia (1).

DICIEMBRE 5

Fueron los carpintenros el día 5 a cortar madera con algunos Isleños criados de Ginoy, hermano del Eri Otu. El día 5 se dieron azotes a un marinero del paquebot, porque habiendo dado un pañuelo a una muger por una torpeza, después de cometida se lo quitó, de donde se originó alboroto en tierra; lo supo el Comandante, y le castigó.

---

(1) Se nota gran divergencia en los Textos que hay del *Diario* de Varela, así como omisiones caprichosas.

DICIEMBRE 6

El día 6, quando más divertidos estábamos en los cambios con los Indios, todos ellos a un tiempo y atropelladamente se fueron en sus canoas a tierra, dexándonos muy confusos por no saber el motivo. Mirando con atención a la playa, vimos multitud de Indios correr, que nuestro bote se dirigía en diligencia a nuestro bordo: llegó trayendo el cadáver de uno de los seis marineros destinados para el trabajo de la casa, que habiéndole caído encima una palma, le dexó allí muerto. Esta desgracia espantó de tal suerte a los Indios y al Eri Otu, que se disponían a la fuga, temiendo que por esta causa les habíamos de hacer daño. Hicímosles entender con mucho agrado que no tenían que temer, pues ellos no tenían la culpa de aquella desgracia, con lo qual se sosegaron. Al día siguiente se dió sepultura al cadáver en las inmediaciones de la casa con todas las ceremonias de la Iglesia, colocando una cruz sobre el sepulcro. Los Indios tuvieron mucho que admirar en el entierro, y les pareció muy el mal el modo de enterrar los difuntos, diciendo que el echarles tierra encima, y después apisonarla, era hacer desprecio de ellos.

DICIEMBRE 8

En este día se empavesó y engalanó la fragata en honor de la Purísima Concepción de Nuestra Señora la Virgen María, y no se trabajó: al ponerse el sol se dió el *Viva el Rey*, y no se saludó al cañón por no atemorizar los Indios, que fueron infinitos los que acudieron al rededor de la fragata con la novedad del empavesado, admirados de la variedad de colores tan bien ordenados (*Del texto del padre Agüeros*).

Se recobró un pito que un Indio robó en el bote juntamente con una chupa. Reconviniendo al Eri Vegiatua que se restituyese lo hurtado, nombrándole al ladrón, respondió que no podía, siendo así que el partido en donde habita el ladrón es tributario de este Eri. Son muy dados al hurto, sin exceptuar la madre del Eri Vegiatua, pues en la otra expedi-

ción de 72 robó del armero la vigornia, y en esta de 74 se recobró dándole dos hachas. También se recobró el rezón del bote que robaron en la otra expedición. Tuvo noticia el Comandante que Opo, madre de Vegiatua le hizo robar, pero que ya estaba en poder del Eri su hijo Vegiatua: le reconvino a éste, y lo restituyó con la condición que le habían de dar dos hachas, y se las dió. Conociendo el Comandante que a bordo no había cosa segura, siendo preciso dexarlos subir a la fragata, dió orden que estando la madre o el hijo en ella los siguiese un soldado con disimulo. La primera noche que aquella durmió a bordo de la fragata en esta expedición, pidió colchón y sábanas, y por la mañana no quería entregarlas.

DICIEMBRE 11

El día 11 hubo un levantamiento en el partido de Ojatitura; habiendo el Eri Vegiatua hecho pasar algunos a la otra parte del río a una quebrada honda que hay en la parte del Sur, como a destierro por no haberle traído de los frutos que da la tierra, se levantó toda la quebrada, y encendieron una hoguera, que entre ellos es señal de guerra. Juntó Vegiatua su gente con el auxilio del Eri Otu y de los suyos: fueron en seguimiento de los levantados: viendo éstos que aquéllos eran tantos, se fueron retirando y huyeron. Prendieron dos de los amotinados pero nada les hicieron, ni los castigaron; solo los desterraron de aquel partido después de haberles quemado algunas casas y desbaratado otras, cargando con los tejados y casas enteras, cortándoles los árboles frutales, los plátanos y curus, de suerte que quedó la quebrada desierta. Por la madrugada, mientras estaban en guerra, vino a bordo un hermano del Eri Otu, llamado Jinoy, que era Eri del partido de Matabay, pidiendo al Comandante auxilio por lo que podía suceder. A las ocho de la mañana salió la lancha para tierra con un oficial, sargento y doce soldados armados; fueron a la casa de Vegiatua, y de allí no se movieron. Se acabó el combate, se retiraron Vegiatua y Otu, de-

xando en el campo los Capitanes con alguna gente, y vinieron a las doce a comer a bordo. Toda la mañana iban al campo y venían las gentes cargadas de los despojos de la guerra: son belicosos y atrevidos cuerpo a cuerpo.

DICIEMBRE 13

El día 13 murió en tierra un solo asno que había quedado con vida en el viage, y los Indios se lo comieron.

DICIEMBRE 15

El día 15 vino una canoa, entre otras, con dos hombres, una muger con un niño en los brazos y un muchacho de edad de diez años. El niño de pecho era muy bonito, de color muy blanco y pelo rubio: al verle exclamaron los marineros: he aquí un Inglesito; y es muy probable que lo fuese por su trato con los Ingleses. Hicieron señal a los de la canoa que se acercasen al lado dc la fragata cn donde estaba el bote. Baxó al bote el segundo Capitán y tomando el niño en sus brazos, al punto éste se abrazó con él sin miedo. Subieron a la madre y al padre en la fragata con su hijito, que al parecer tendría quince meses, y sin conocerle mutación, unos y otros lo iban tomando en sus brazos, y se volvieron sus padres a su canoa.

El Capitán del paquebot puso parte de la casa de madera en tierra; por la seguridad de ella se depositó en casa del Eri Vegiatua, y no pasó mucho tiempo que ya los Indios robaron algún hierro. A las siete de la noche vino a bordo un recado, que el Eri no salía por fiador de la madera de la casa por el hierro que tenía; y determinó el Comandante enviar un sargento y tres soldados armados para guardarla. De aquí puede inferirse quan ladrones son, y la falta de subordinación y justicia que tienen estos isleños.

DICIEMBRE 20

El día 20 fueron enviados a tierra soldados a mudar la

guardia, y vinieron los que estuvieron por la noche: el sargento dió noticia al Comandante, que quando reconoció la madera de la casa, la habían quitado dos aldabas. El día siguiente pasamos a registrar el Imaray de Vegiatua, esto es, el lugar en donde se entierran los de su familia. Cerca del Imaray tiene su casa el Indio llamado Epuré: delante de esta casa hay un empedrado que llega hasta el Imaray, y en medio de éste hay un palo plantado, y encima una tabla quadrilonga en donde pone el Epuré plátanos, comidas y otras ramas de plantas y árboles, y reza no sé qué a Teatua, que es su dios, para desenojarle. También vimos en otro lado del Imaray tres palos bastante altos y, bien labrados, uno más ancho que otro: en el más ancho había cinco mugeres toscamente esculpidas, desnudas y obscenas: en los otros dos palos estaban esculpidas cabezas y parte del cuerpo al parecer de hombres. Al lado de nuestra casa por la parte del Norte había otro Imaray, y por la parte del Sur a distancia de una quadra otro, y en ambos hay también casa del Epuré; en éstos se ven unas barbacoas en donde ponen racimos de plátanos.

En este mismo día vino a bordo el Eri del partido a quejarse de que los marineros destinados al corte de yerba para el ganado, la segaban en la inmediación de un Imaray, y se comían las frutas consagradas a Teatua, por lo que esta divinidad estaba muy enojada contra ellos: que esta era la causa de que hubiese tantas enfermedades en el partido, y de la muerte de tres o quatro de los principales, y entre ellos del Eri Pajairizo. He aquí el origen de la superstición entre bárbaros: un suceso muy natural se atribuye a causas sobrenaturales: los impostores se aprovechan de esta ignorancia, y les infunden la idolatría y las ideas más absurdas. En efecto, a la sazón había en aquel partido una epidemia de fiebres catarrales, de que murieron muchos, procedidas de la inconsideración con que venían a bordo de la fragata a todas las horas del día, sin hacer caso del sol ni de la lluvia, siendo esto tan contrario a lo que estos Isleños acostumbran, los

quales en días de lluvia o neblina no salen de sus casas ni aun para buscar de comer. A esto se añadía el bañarse indispensablemente al ponerse el sol, según su eostumbre. aunque estuviesen gravemente enfermos, de cuyas resultas murieron muchos. Sin embargo de ser natural esta epidemia, no les pudimos persuadir que provenía de sus desórdenes, y no de estar enojado Teatua, como pensaban. El Comandante compadeeido de su preocupación supersticiosa, mandó que no se segase más yerba en aquel parage, ni comiesen la fruta del Imaray.

Los Eries Otu, Vegiatua, Jinoy, y la mayor parte de los Indios del partido fueron a la entrada del puerto de la Virgen al duelo del Eri Pajairizo: el Comandante mandó al intérprete que se mezclase en la eomitiva para observar las ceremonias del entierro. Hízolo así, y al día siguiente nos hizo una relaeión conforme con la que haeen los Ingleses en sus viages.

DICIEMBRE 22

Nuestros carpinteros continuaron en la armazón de la easa, y los Indios dieron principio eon mueha actividad a techarla, cubriéndola con una especie de enea perfectamente texida a imitación de sus habitaeiones. El Eri del partido hizo empeño para quedarse a dormir en la casa en eompañía del intérprete y tropa de guardia; y habiéndoselo permitido, los obsequió con abundancia de pescado para la cena manifestándoles continuamente el sumo gusto que tenía en verse en su compañía. Acabada la cena, le dispuso nuestra gente la cama, y les mandó mudasen la cabecera, porque dixo era irreverencia que los pies mirasen al Imaray que estaba en la inmediación. Hieiéronlo así, y durmió sosegadamente.

DICIEMBRE 26

Sucedieron el día 26 dos cosas dignas de notarse, y que pueden servir para conocer a estos Isleños. El Comandante

conociendo su propensión al hurto, mandó que se pusiese un piquete de soldados en la casa para que no robasen los hierros. Algunos de ellos sin respeto al centinela querían entrar por fuerza, y habiéndoles hecho el centinela alguna demostración sin daño alguno, se volvieron contra él, tirándole piedras. El otro caso fué que a un marinero que lavaba su ropa en compañía de otros, le robaron su ropa y calzoncillos; y queriendo recobrarlo, sacó de su pretensión una pedrada en la cabeza sobre la oreja izquierda que le hizo caer en tierra como muerto. A las cinco de la tarde le llevaron a bordo de la fragata: el cirujano después de haber visto la herida, dixo que estaba en peligro de morir, y que le debían sacramentar, y de hecho se executó. Teniendo el Comandante noticia del alboroto que había en tierra, y viendo que toda la gente iba huyendo en las canoas de tal modo, que en un quarto de hora desapareció la gente, envió el bote a tierra, y en él al segundo Capitán y otros Oficiales para averiguar lo sucedido; y además le dixo que el Eri Vegiatua estaba para huirse también con todos sus criados; pero que el segundo Capitán y los demás Oficiales le entretenían hasta saber de él lo que habían de hacer. Dudando el Capitán qué partido tomar, dixo D. Nicolás, que se debía llevar al Eri Vegiatua a bordo, y tenerle en custodia hasta que entregase al delinquente para darle el castigo merecido: que esto ya no les cogería de nuevo, porque el Inglés Coock en el partido de Oparé tuvo presos a tres de los principales a bordo, hasta que le entregaron un marinero que se había quedado en tierra; y que estando preso Vegiatua, entregarían al malhechor y le castigarían para escarmiento de los demás. A esto se opusieron los Misioneros, alegando que si así lo hacían, quedarían muy irritados los Otahetinos, y quando se hubiese marchado la fragata, vengarían su saña en los Misioneros y en los demás que habían de quedarse en la isla.

Estando un criado de un Oficial paseándose en tierra por la orilla del río, quando iba huyendo la gente, salieron de entre los árboles una porción de Indios, y entre ellos uno

que tenía una espada en la mano; acometiéronle, y el que tenía el espadín tomó de la mano al dicho criado, y mezclando los dedos entre los suyos le aseguró de modo que no pudo escaparse. Entonces con voz imperiosa le dixo: *Arimay, arimay*, que quiere decir ven acá, ven acá; y le llevaron dentro del monte. Estando en esto salió un Capitán de Vegiatua que vió la acción, y les quitó el preso. El mismo Capitán estando a bordo otro día, viendo al criado, para explicarse como le había libertado, se dió a entender por señas. Propuso el Capitán Español a Vegiatua que entregara al que había herido al marinero: lo prometió, pero no lo cumplió.

Al día siguiente se tuvo noticia que Vegiatua ya se había mudado al partido de Tallarapú con sus pagias, o canoas apareadas, por un recado que le dió el Eri Otu, y luego que oyó el alboroto se fué al dicho partido con toda su gente. Sabido esto, dispuso el Comandante que algunos Oficiales con los dos Indios Christianos y el soldado Máximo fuesen a averiguar si era verdad la huida de Vegiatua; y hallando que así era, determinaron los Oficiales que luego al punto pasasen a Tallarapú el Indio Tomás y el soldado Máximo a buscar a Vegiatua, y persuadirle que se viniese, porque el Indio Tomás había imbuído a Vegiatua que no fuese, diciéndole le querían poner preso y llevarle a Lima. Viendo Máximo que no surtía efecto ninguno, propuso a Tomás que se volviesen los dos a la fragata; pero él no quiso volver, por lo que Máximo hubo de volverse solo.

A la mañana siguiente llegó Máximo con el Indio llamado Taytoa, muy fiel, y Capitán de Vegiatua, con la noticia de que venía Vegiatua y Otu, y que saliesen algunos Oficiales a recibirlos porque tenían miedo. Sabido esto, luego al punto se embarcaron en el bote y fueron hasta Tallarapú a la casa de Vegiatua, quien dixo a los Oficiales que no había venido, porque el Eri Otu se había ido muy lejos con Tomás Pautu, que al día siguiente vendrían. Salieron a tierra los dos Misioneros y quatro Oficiales, y observaron que la gente que se huyó iba compareciendo; y preguntándoles por su Eri

Vegiatua respondieron que al día siguiente vendrían. Estaban guardando nuestra casa un cabo y tres soldados, y temiendo algún asalto, pidió el cabo al Comandante más soldados. Mandó el Comandante se aprontasen ocho soldados y un sargento que pasasen a la casa.

DICIEMBRE 29

A las cinco de la tarde del día 29 llegó Vegiatua con la familia de Otu, lleno de temor, y no vino a bordo. Algunos Oficiales y otras personas que habían salido a tierra, tuvieron noticia que Vegiatua llegaba a orilla del mar, por lo que fueron a recibirle con abrazos; fueron acompañándole a su casa, y estuvieron con él hasta las oraciones, persuadiéndole que no tuviese temor alguno, que fuese a la fragata porque era falso, todo lo que le había dicho, ni pensaba hacerle daño, ni menos llevarle a Lima; pero aun quedaba con algún miedo. Se vinieron los Oficiales y demás Españoles a la fragata.

Quando no se esperaba de Vegiatua que viniese a la fragata, a las nueve de la mañana vimos que venía una canoa apareada, y conocimos por la carroza que venía en ella que era de Vegiatua; le recibimos en el portalón con abrazos, manifestándole el contento que teníamos de su venida a bordo. Antes de irse pidió un farol y una vela, y se le dió. Tomó también chocolate, y a las doce se fué para Ayuatea.

Al día siguiente se empezó a desembarcar víveres y ponerlos en la casa: pasaron los dos Misioneros a ella para guardarlos, y se quedaron en ella por la noche. Se había acelerado mucho la obra, porque el Capitán Taytoa se había encargado de contribuir con sus Indios para techarla, y para los demás trabajos necesarios. Al principio se empezó a fabricar de tapias, pero éstas se abrieron y fué preciso abandonar este método, adoptando el modo de construir de los Isleños.

ENERO 1 DE 1775

El día primero de Enero de 1775 se plantó la Santa

Cruz en tierra, se enarboló la bandera de España y se proclamó tres veces a nuestro Monarca. Fueron infinitos los Indios que concurrieron así del partido como de las inmediaciones: estuvieron con la mayor modestia y comedimiento observando todo quanto se hacía, subidos muchos de ellos sobre los árboles para verlo mejor. Quedaron muy admirados, y nos hicieron muchas preguntas agudas y graciosas sobre el asunto.

A las nueve de la noche cogieron en la fragata a dos ladrones que se habían escondido baxo la mesa de guarnición. Cuando se vieron descubiertos se echaron al mar: costó mucho trabajo cogerlos, porque se zabullían baxo de la fragata, y pasaban de babor a estribor: por último los cogieron, y pusieron en el cepo.

ENERO 2

Al día siguiente azotaron a los ladrones con cincuenta azotes a cada uno, amarrados sobre un cañón, estando presentes el Capitán Titorea, el Capitán Taytoa y la madre de Vegiatua, los quales se mostraron muy irritados contra los ladrones, de suerte que Titorea iba con un palo grande a maltratarlos; le detuvieron. La madre del Eri muy irritada dió a uno un fuerte puntapie, pidiendo que les diesen más castigo. Luego que los castigaron los llevaron a tierra.

El soldado Máximo fué a Tallarapú a buscar un toro bravo que se huyó de Ojatutira, pero no pudo cogerle y se volvió a nuestro hospicio.

Llegaron de Tallarapú a Ojatutira el Eri Vegiatua, el Eri Otu, y vinieron a la fragata pero todavía con recelo: comieron y se volvieron a tierra.

ENERO 5

Nos robaron una estola y un librito de la preparación de la Misa; pero habiéndolo visto un criado de Vegiatua, se fué en seguimiento del ladrón, se lo quitó y lo llevó al hospi-

cio. Sin número fueron los Isleños que el día 5 acudieron a nuestra casa sin poderlos contener, porque era imposible moderar su extremada curiosidad.

A las quatro de la tarde del mismo día, juntos todos los Oficiales y los Misioneros en la casa por disposición del Comandante, convocaron a ella por medio del intérprete a los Eries principales e Indios de más suposición para formalizar el establecimiento. Preguntáronles si eran gustosos de que los Misioneros y el intérprete quedasen en su isla; y respondieron todos unánimes que sí, prometiendo voluntariamente los dos Caciques principales Otu y Vegiatua favorecerlos y defenderlos de todo insulto de parte de los habitantes de su isla, ayudar a su subsistencia, y en caso de faltarles víveres, proveerles de todos los comestibles de la isla. Al mismo tiempo hicieron la discreta prevención, de que en el caso de hacer a los nuestros alguna extorsión los habitantes de la isla de Morea, con quienes no estaban en amistad, o alguna embarcación extrangera, a quien ellos no pudiesen resistir, no se les había de hacer cargo alguno. Se les hizo saber por medio del intérprete la grandeza de nuestro Soberano, sus deseos de favorecerlos e instruirlos, para que sean superiores a todos los demás Isleños de aquellos mares: les ofrecieron en su Real nombre, según se hallaban autorizados por la instrucción, proveerlos de herramientas, defenderlos de sus enemigos, y que serían visitados frequentemente por las embarcaciones de Su Majestad si cumplían con fidelidad lo prometido. Manifestaron todos mucha complacencia, y en alta voz dixeron que admitían a Su Majestad por Rey de Otaheti y de todas sus tierras, siéndoles muy agradable la forma de este convenio. Consta todo esto de instrumento formal, legalizado por el Contador de la fragata Don Pedro Freyre y Andrade.

ENERO 6

Vinieron el día 6 algunos Indios de Tallarapú cargados de cañas, y cercaron un pedazo de la huerta. Innumerables

de ellos concurrieron a ver la casa, y la efigie de nuestro Rey de España, la qual en este día se fijó en el umbral de la puerta de la casa para que todos la pudiesen ver a satisfacción quando quisiesen.

A las diez del día salió del puerto de Ojatutira la fragata y el paquebot para ir a la isla de Orayatea, y al punto vinieron a nuestro hospicio los Indios principales, y tras de ellos mucho gentío (1).

Por la mañana vino al hospicio el Capitán Titorea y su muger Opo; y le diximos que acabase de mandar cercar la parte de la casa que faltaba; y al instante mandó a sus criados que nos trajeran las cañas que él tenía no muy lejos del hospicio para una obra suya, y las pusieron para cerrar lo que faltaba de la casa. La sobredicba obra del cerco nos sirvió de mucho alivio, porque por la tarde llegaron tantos gentiles de la isla de Orayatea y de esta isla para celebrar sus heybas o diversiones acostumbradas, que fué conveniente cerrarnos dentro de la casa, porque nos tenían tan atolondrados con el ruido y algazara de tanta gente, que no nos pudimos ver libres hasta la noche.

ENERO 9

El día 9 cercaron los Isleños un pedazo de la huerta con cañas: dimos de regalo en este día a los principales de la isla una hacha a cada uno, que fueron seis de las diez que teníamos.

Perseveró la multitud de la gente de Orayatea con gran incomodidad nuestra, porque no teníamos donde podernos esconder de su vista, pues el cerco es de cañas, y por la puerta del cerco de la casa se descubre muy de cerca todo lo que hay en ella. Este día fué para nosotros muy alegre en medio de tanta incomidad de la gritería de la gente, porque Tomás el Indio christiano volvió a nosotros después de ha-

(1) Aquí se vé que la narración pasa a la pluma de los misioneros.

bernos dexado. Le recibimos con los brazos abiertos, y abrazados los dos Misioneros con él le entramos en el hospicio, llorando nosotros de alegría y él de confuso, le dimos luego de comer. Como otro hijo pródigo, vino desnudo con solo el taparrabo, desfigurado y abrasadas las espaldas del ardor del sol. Preguntámosle por qué se había huído, y respondió que fué de miedo; le reconvenimos que estuviese con nosotros, que no le faltaría nada, que mirase el beneficio tan grande que Dios le había hecho, de que fuese christiano para poderse salvar; así mismo que se acordase de los favores que había recibido del Señor Virrey: dió señales de arrepentimiento, pero todo fué fingido.

ENERO 11

A las diez de la mañana del día 11 volvió Tomás acompañado del Eri Vegiatua, del Capitán Titorea. El fin de su venida no fué otro que para tomar la llave de su caxa y dar todo lo que tenía en ella a Vegiatua. Viendo esto hicimos inventario de todo lo que era suyo, le quitamos las espadas, y lo que el Virrey le había dado de armas, y también los rosarios, medallas y otras cositas, las quales apartándose del christianismo no convenía dexárselas. Entregó la llave de la caxa al Eri, se fué, y hasta ahora no ha vuelto. Al instante mandamos que sacaran la caxa fuera del hospicio, y la pusiesen dentro del cerco de la casa. El sentimiento que tuvimos se deja considerar viendo que se perdía una alma tan favorecida de Dios y de los hombres, y que teníamos una pérdida grandísima de tanto número de gentiles como hay en estas islas, porque le consideramos ya enemigo nuestro.

ENERO 12 Y 13

Permanecieron en los dos días siguientes los de la isla de Orayatea, que nos obligaban a estar en centinela desde las quatro de la mañana hasta las ocho de la noche. Era

tanta la gritería de los gentiles que nos tenían aturdidos. Por la tarde vinieron todos los de la casa del Eri Otu; fué preciso darles entrada y cortejarlos.

Robó un gentil a uno de nosotros quatro navajas de afeytar, la piedra de asentar con su bolsa, un pañuelo, una toalla, y un paño de manos; llamamos al Eri Vegiatua, y se tomó información de los que poco antes habíamos dexado entrar dentro del cerco, y ya se habían salido. Se supo del ladrón, pero no le hicieron comparecer: trajéronlo todo, menos la toalla, y el paño de manos. A las once del dia llegó un crecido número de canoas cargadas de comida para Otu y su gente, y con esto creció el número de los Indios, los quales al punto vinieron al hospicio, y comimos en presencia de tanto gentío teniendo de huesped al Eri Vegiatna. La vocería era tanta que no nos entendíamos, y perseveró la multitud de la gente sin dexar el cerco de la casa hasta las tres de la tarde que se empezó la heyba, y no por eso nos faltaba gente para molestarnos.

ENERO 15

A las quatro de la mañana del día 15 nos levantamos para decir Misa, y apenas se concluyó ésta, quando tuvimos dentro del hospicio al Capitán Taytoa, y rodeado de gente el cerco. Vino poco después el Eri Vegiatua con otros, y entraron. A las nueve de la mañana vino Opo, madre de Vegiatua, con un hijo de edad de ocho años, muy vivo y travieso, a quien su madre amaba en extremo, y para complacerle en todo, dixo a Manuel le diese los calzones largos del vestido de Ungaro, la faxa colorada, unas medias y unos zapatos, y Manuel se lo dió todo. Viendo esto nosotros, diximos a la madre que Manuel no traía mas que aquellos calzones, ni otros zapatos que calzarse, ni otra faxa con que ceñirse, y así que no saldría el muchacho del hospicio sin dexarlo todo: a lo que respondió, que aquella ropa era de su hijo, porque éste era Eri de Manuel. Por último la madre misma le despojó de la ropa, y queriéndosela llevar, uno de los Misioneros

se la quitó por fuerza, menos la faxa de seda colorada que el hijo se la puso de taparrabo, de lo que su madre formó gran sentimiento. No contenta con haber quitado la ropa a Manuel, quería la caxa también, pues su codicia era excesiva. Más de quinientos Indios se juntaron en el hospicio de mañana, de suerte que no nos dieron lugar de tomar desayuno.

Comieron con nosotros el Eri Otu, su hermano Ginoy y su padre, y aunque estaba también la madre no comió, porque las mugeres no comen delante de los hombres, aunque sean hijos o maridos, ni duermen en una misma casa. Todo el día duró la gritería de los Indios queriendo entrar dentro de nuestra casa.

ENERO 18

Por la mañana del 18 pasó el soldado Máximo al partido de Tallarapú a traer el toro bravo que se había huído de Ojatitura. Quando pensamos que las diversiones de los Indios se habían acabado, y que tendríamos algún alivio en los afanes y centinelas, que en todos estos días habíamos tenido, a las siete de la mañana nos vimos rodeados de un crecido número que venían a la heyba. En este día también se fué el Heri Vegiatua, y solo quedó de los principales Otu, para venir al hospicio a molestarnos por la mañana y tarde, pidiéndonos plátanos de unos pocos que teníamos. Aunque delante de él nos injuriaban los Indios con palabras y acciones, no hacía movimiento alguno para reprenderlos; por más que nosotros le decíamos que apartase la gente que nos tenía sin sosiego, no hacía caso, solo que cogiendo una piedra del suelo nos la daba para que les tirásemos: respondímosle que nosotros no hacíamos mal a ninguno: dexó la piedra y se fué. Estos pasages sucedieron varias veces estando presentes Vegiatua y sus Capitanes, de suerte que parece que los principales no tienen acción alguna contra ellos, solo quando no les traen víveres, que entonces los destierran a otro partido, y para poder volver a él les cuesta muy caro, porque al Eri le han de traer un regalo, ya sea una canoa, ya

otras cosas que ellos tienen establecidas. A las seis de la tarde cuando se volvían de la heyba a sus casas, vino grande número de ellos de todos sexos y edades a nuestro hospicio a provocarnos. Desde el cerco de la casa unos nos decían *guariro*, que quiere decir ladrones; *neneva*, que quiere decir locos; *porejo*, que significa caracol; pero entre ellos se toma por las partes vergonzosas, haciéndonos mofas muy obscenas: otros nos decían *jarimiri*, que quiere decir viejo. Estos términos entendíamos nosotros; los demás que sin duda serían otros oprobios, no entendíamos. Las mugeres con grande risa; los muchachos seguían a los demás: nosotros no les contestamos: esto duró más de media hora, y se fueron a sus casas.

ENERO 19

El día siguiente calmó la concurrencia de los Indios al hospicio, pero no faltó porción de ellos hasta las siete de la noche, en que volvió el Eri Vegiatua, Titorea y Opo, y el Capitán Taytoa con sus gentes.

ENERO 20

Fué tal el concurso que hubo de Indios en nuestro hospicio el día 20, que no baxaban de dos mil entre chicos y grandes de todos sexos. Antes de juntarse tanta gente nos traxeron unos pescaditos llamados toreles, los quales guisamos y comimos delante de todos. Estando solos con Manuel sin acordarnos de rondar la casa, vinieron los principales queriendo entrar dentro con la comitiva; se les dió entrada, y lo que sacamos fué que no solo la plebe se reía de nosotros, sino también los que estaban dentro de la casa, remedando nuestro modo de hablar y nuestras acciones. Se fueron éstos, y poco después llegaron la madre de Vegiatua y la de Otu, y estando conversando con ellas por medio del intérprete Manuel llegó Máximo, el qual con grande tropel, gritería, y un crecido número de Indios, traxeron el toro bravo;juntáronse

con éstos muchísimos que estaban en la diversión de la heyba, que distaba una quadra, y con ellos vino Vegiatua. Pidió *aba* de Lima, que así llaman al aguardiente, y se la negamos: nos pidió pescado de un poco que teníamos: se preparó la mesa y comimos juntos: tres peces nos tocaron, y no había otra cosa; pero Vegiatua no llegó a comerse uno. Se levantó de la mesa, y se puso en la puerta de la casa sentado con sus criados a comer plátanos, y juntamente a beber el zumo de la yerba *aba*, que es lo que los embriaga. Fuese tras de la casa con ellos, y quedándose privado encima del colchón del Indio Christiano, los criados le hacían ayre con hojas de árboles. Salimos los dos Misioneros, y mandamos que le llevasen a su casa: cogiéronle en brazos, y sacáronle afuera. Este día a las quatro de la tarde entró en el puerto la fragata ya de vuelta de la isla de Orayatea. Pasó Fray Narciso a bordo para dar la bienvenida al Capitán y demás Oficiales, y encontró la novedad de que el Capitán estaba muy enfermo; de suerte que el cirujano había mandado que recibiese el Viático, como lo hizo el día siguiente.

ENERO 21

El día 21 mandó el Piloto al Alférez de navío Don Nicolás de Toledo fuese con el bote armado al reconocimiento del puerto de Matabay, en donde aseguraron los Isleños había estado anclada en tres distintas ocasiones una fragata Inglesa, que fué la del Capitán Coock. Los Eries Otu, Vegiatua y Ginoy le acompañaron voluntariamente hasta el parage en que dicha fragata había estado amarrada. El mencionado Alférez hizo un exacto y prolixo reconocimiento del puerto, y levantó su plano; y al siguiente día a las diez de la noche regresó con los Eries, a quienes se dieron gracias por su buen servicio.

ENERO 26

El día 26 a las quatro y media de la tarde murió

mandante D. Domingo Boenechca. Al día siguiente se llevó el cadáver a tierra, y se le enterró con solemnidad enfrente de la casa al pie de la cruz que se colocó en señal de posesión. Fueron innumerables los Indios que acudieron a la novedad del entierro, y les agradó que antes de enterrar el cadáver se le encerrase en el atahud. Acabado el entierro se retiraron los nuestros a bordo con la ropa, y se dió orden al paquebot, que estuviese pronto para hacerse el día siguiente a la vela, luego que la fragata lo executase. Por la tarde traxo la lancha el complemento de agua, yerba, y plátanos para el viage, y quedaron prontos para hacerse a la vela el día siguiente luego que el viento lo permitiese.

Eran muchos los Isleños que querían emaarcarse con nosotros para Lima, valiéndose de todos los medios posibles, hasta ocultarse en los parages más escondidos, lo que precisó a hacer un exacto reconocimiento, echando fuera a todos, escepto dos que habían sido escogidos, el uno por ser muy práctico de todas las islas que están al Este, llamado Paloro, y el otro llamado Barbarua, por ser de los más principales de la isla de Orayatea, y cuñado del Eri Otu, por cuyo empeño se le admitió.

ENERO 28

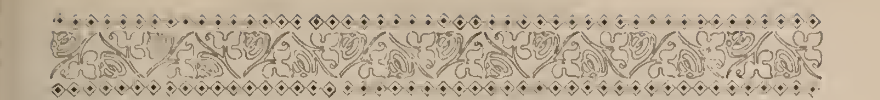
A las diez del día 28 llegó el bote con los Eries y con dos grumetes que se habían huído con ánimo de quedarse en la isla; y queriendo nosotros recompensar a los Eries su servicio con dos camisas, no quisieron admitirlas por más esfuerzos que hicimos. Se mantuvieron en nuestra compañía todos los Eries e Isleños de primera distinción, dando muchas muestras de sentimiento por nuestra ausencia, y haciéndonos muchos encargos para quando volviésemos. A las once y media nos hicimos a la vela con toda felicidad, y los Isleños se marcharon en sus canoas, llorando muchos de ellos amargamente.

Dexamos a estos naturales provisión de todas las semillas y plantas más útiles que produce el Perú, y algunas

herramientas propias para el cultivo; y asimismo les dexamos ganado de varias especies para la procreación.

Quedaron en Otaheti los dos Misioneros con los dos Indios neófitos, Tomás Pauto y Manuel Amat, el soldado intérprete y un marinero.





Relación de lo sucedido en Otahití a los misioneros Fray Jerónimo Clota y Fray Narciso Gonzalez que quedaron en dicha isla con los dos indios neófitos Tomás Pauto y Manuel Amat, con el soldado intérprete y un marinero, escrita por los mismos Padres.

-1775-

RELACION

FEBRERO 1 DE 1775

El día primero de febrero de 1775 vino al hospicio la madre del Eri Vegiatua, acompañada de su marido Titorea para darnos la noticia que aquella noche los Indios que dormían dentro de casa nos habían robado, dándonos a entender que habían sido los parientes del Isleño Manuel. Por entonces no lo creímos; pero al día siguiente Fray Gerónimo oyó ruido, y conoció que por el texado de la casa pasaba alguno, y levantándose, halló un muchacho donde teníamos la ropa y almacen de todo. Visto esto llamamos a la madre del Eri y a su marido. Luego que vinieron les diximos lo que pasaba, y respondieron que Manuel y su padre sabían de ello, y que estuviésemos con cuidado.

La madre del Eri Vegiatua con toda su familia y trastos se fué de este partido, y se pasó al de Tallarapú en donde

estaba su hijo. Al día siguiente se marchó también la madre del Eri Otu, juntamente con su padre y toda su familia, y se pasaron a Tallarapú en donde los esperaba Otu. Quedó entonces este partido de Ojatutira sin gente vecina a nuestro hospicio hasta que volvió el Eri Vegiatua.

FEBRERO 25

El día 25 vino Taitoa del partido de Orayatea con la noticia de que el Eri Vegiatua estaba muy enfermo, y que por esta causa pedía un lechoncillo, galleta, tocino salado de Lima y miel, todo lo qual le dimos gustosos y se fué. Pasó el intérprete a Tallarapú a persuadir a Manuel que viniese a vivir con nosotros, porque se había huído; pero no quiso absolutamente volver.

MARZO 11

En 11 de Marzo salió el intérprete para Tallarapú a ver a Vegiatua, y pedirle que mandase a Manuel viniese a Ojatutira y habitase con nosotros: dixo el Eri que él mismo le traería para que viviese en nuestra casa. A las doce del día llegó el intérprete, y a las dos de la tarde el Eri acompañado de Taitoa, y con ellos vino Manuel. Preguntámosle si quería estar con nosotros: resueltamente respondió (aunque llorando) que no quería. Fueron vanas todas las reconvenciones que le hicimos, pues se obstinó en no querer estar con nosotros, y por último se fue Vegiatua y Taytoa a su casa, y Manuel con ellos.

MARZO 12

El día siguiente comió con nosotros el Eri Vegiatua, y se fueron a Tallarapú por la tarde despues de haberse despedido de nosotros. Pasados pocos días supimos que Manuel y su padre estaban desterrados, y que iban prófugos por la isla.

Robaron al intérprete dos sábanas y una camisa; se su-

po quien fué el ladrón, y restituyó una sábana solamente.

Salió Fr. Gerónimo por la tarde con el intérprete, y pasaron al partido de Aragero. Encontraron un número crecido de Indios y una muger que estaba derramando sangre de la cabeza, llorando la muerte de un hijo suyo.

Nos robaron un puerco; tuvimos noticia del ladrón que estaba en la quebrada de Ojatutira, y conocido nuestro llamado Taruro, Capitán del partido.

MARZO 19

Fr. Gerónimo con el intérprete salieron el día 19 y pasaron a la quebrada a fin de recobrar el puerco robado. Encontraron en su casa al Capitán Taruro, y diciéndole que nos habían llevado un puerco, y que nos hiciese el favor de buscarlo, nos respondió que haría la diligencia. Pero lo que hizo fue regalárselo al Eri, diciéndole que los Misioneros se lo habían dado; mas sabiendo Vegiatua que él nos lo había robado, lo remitió a nuestro hospicio, y a él le desterró de la quebrada. Pasó Fr. Gerónimo con el intérprete, al partido de Ajui a visitar a un Isleño muy racional y hombre de bien de quien habíamos recibido algunos favores.

Por la noticia que se tuvo de que el Eri Vegiatua se hallaba muy enfermo en una isla pequeña que está delante de Tallarapú, Fr. Narciso y el intérprete se fueron a visitarle y persuadirle que se viniese a Ojatutira, y que despidiese a los embusteros Tajúas que le hacían andar los Imarais, comiéndole los puercos, y no hallaba remedio para sus males. A esto respondió que lo haría después de haber estado en otro Imaray que le faltaba para hacer el Epuré en él, con los Tajúas. En este día sucedió que caminando Fr. Narciso por una quebrada le salió un Tajúa con una piedra en ademán de tirársela, y a no haber acudido a defenderlo Taytoa, se la hubiera arrojado (1).

(1) En Otahití, *tajua* o *tayua* es lo mismo que maestro y falso sacer

Volviéronse al hospicio habiendo dexado al Eri y a los Tajúas en aquella isla haciendo el Epuré, esto es, rezando a su falso dios Teatua por la salud del enfermo Vegiatua.

JUNIO 5

El día 5 de Junio llegó el Eri, su madre, su padrastro y su hermanito, y todos los que componen su famllia. Se hallaba el Eri enfermo con calentura fuerte, catarro y sin poder valerse de sus manos y pies, de modo que estaba enteramente valdado: pidiónos remedio, y que le curásemos, y conociendo que su enfermedad provenía de frialdad, se le dió aquella misma hora un sudorífico con el qual logró el enfermo el efecto que deseaba. Sirvióle de enfermero el intérprete.

Amaneció el enfermo algo aliviado de sus dolores, con lo que se prosiguió curando, y quedó sin calentura, sin dolores y con alguna agilidad en los brazos y pies. Corrió la voz de la mejoría del Eri en toda la isla, y vinieron movidos del regocijo con musica y tambores, entremeses y bayles.

Fue tal el número de Indios que concurrió para festejar a su Eri, que según el terreno que ocupaban juzgamos podría haber tres mil almas. La vocería que se oía causaba temor. Concluído el festín o heyba se fueron a sus casas.

JUNIO 17

El día 17 vino un gran número de mancebos bien com-

---

dote, a cuyo cargo y cuidado están los adoratorios, y por ellos corren los sacrificios que hacen de seres humanos a sus falsos dioses.

Imarae o imarai es el adoratorio dedicado al ídolo, fabricado en una plazuela cuadrada, en el centro una meseta de piedras de dos y tres gradas altas y espaciosas, y encima varias figuras ridículas de madera, llamadas *eti*,

El adoratorio destinado al sacrificio de seres racionales se llama *Etajuri*.

Epuré equivale a rezo, embuste con que los tajuas engañan a aquegente (*Véase nuestro padre Agüeros en el Apéndice a la descripción historial*), (1791).

puestos a presentarse al Eri según el uso y costumbre que tienen, despues de haber estado por espacio de una luna hechados en sus camas comiendo y durmiendo todo lo que pueden, a fin de ponerse gordos. Concluída la luna se levantan de sus camas, y con aceyte que sacan de los cocos se untan todo el cuerpo para tener bastante lustre en su carne, con un texido pequeño de palma que puesto sobre sus cabezas les hace sombra a la cara, y por ceñidor encima del paño de honestidad un pedazo de manta blanca con listas de varios colores pegadas a ella. De este modo caminan a la casa del Eri, y estando cerca, uno de ellos que hace de Capitán se pone delante de ellos dando fuertes gritos, hasta que entra a dar cuenta, y a hacer relación al Eri de todos los que llegan a presentársele, nombrándolos por sus nombres. Al mismo tiempo le entregan las mantas que de regalo le ofrecen los engordados, a los quales en aquel mismo tiempo los demas Indios que los acompañan, los acometen, les quitan aquellas mantas listadas, y se quedan con solo los paños de honestidad, unos y otros haciendo gran bulla. Por último despues de una grande heyba ruidosa de tambores, representaron un entremes de un Indio, cuya muger era muy zelosa, que duró hora y media.

JUNIO 18

El día siguiente nos robaron una gallina: habiendo nosotros sentido al ladrón dimos voces, y oyéndolas los criados del Eri al punto corrieron tras del ladrón, y aunque le alcanzaron, viendo que era criado de Opo no le dixeron palabra, sino fueron a darle parte a su ama. Esta en el mismo día le desterró a otro partido lejos de Ojatutira. Este día hubo heyba con mucha gente y música de tambores, que prosiguieron los tres días siguientes con mucho concurso, en celebridad del restablecimiento de la salud de Vegiatua.

JULIO 2 Y 3

El día 2 de Julio se fue el intérprete a Oparé, territorio

que es del Eri Otu. Volvió el Eri Vegiatua a enfermar: se le envió comida de nuestro hospicio. Hubo heyba; lo mismo se hizo el día siguiente.

JULIO 4

Repitióse el heyba el día 4 con música de tambores, grande concurso y razonamiento largo que hizo un Tajua en presencia de aquel numeroso concurso, que con mucha atención y silencio le escuchaba. En dicho sermón fuimos nombrados los quatro por nuestros propios nombres, como también Titorea padrastro del Eri, y Taytoa su confidente. Lo demás de lo que peroraba el Tajua, no lo entendimos. Los Tajuas volvieron otra vez. Hubo heyba con tambores y gran concurso de Indios.

JULIO 5

Repitióse la heyba el día siguiente con un crecido número de Indios por mañana y tarde. Se iba agravando más la enfermedad del Eri.

Por consejo de los Tajuas se hizo llevar Vegiatua al partido de Tallarapú, persuadiéndole que allí sanaría, pero no sucedió así porque se agravó más.

JULIO 10

El día 10 trajeron a Vegiatua de Tallarapú al partido de Ojatutira, y le pusieron en una casa distinta de la que habitaba antes de ir a Tallarapú, pero cerca de la nuestra una quadra. Apenas hubo llegado el enfermo, llamó a Fr. Gerónimo: fué inmediatamente allá, y Vegiatua le pidió de lo que el día antecedente habíamos muerto. Fr. Gerónimo le dixo que no podía ser entonces porque era ya tarde, pero que el siguiente día temprano se la enviaría aderezada. Pidió también galleta y plátanos, lo que le remitimos por mano de un criado suyo. Cada día le iba creciendo más la enfermedad, pues estaba ya tan postrado que para estar sentado en la

cama era necesario que un criado le sostuviese por detrás de la cama. Al día siguiente enviamos al enfermo la comida que nos había pedido, pero no hizo más que probarla.

JULIO 22

Muy ocupados estuvieron el día 22 los Tajuas rezando o haciendo el Epuré por su enfermo el Eri, empleando en esto la mayor parte del día. Venida la noche formaron una junta y ruidosa música de tambores y flautas. De tanto en tanto paraban los músicos, y uno de los Tajuas hacía su sermón. Duró esto mucho tiempo, porque dixeron muchos sermones. Concluídos estos razonamientos prosiguieron los músicos tocando, y los Tajuas rezando, ya cantando y otras veces sin canto con voz severa, hasta pasada la media noche, y en adelante hubo mucho silencio.

JULIO 23

A las siete de la noche del día 23 oímos llorar fuertemente a las mugeres que estaban dentro de la casa del Eri, y a los Tajuas que estaban a fuera haciendo su Epuré muy de prisa con unos gritos no acostumbrados, indicios todos evidentes de que el Eri estaba muy malo. Salimos de la casa, y vimos venir un número crecido de mozos y muchachos cada uno con un tallo de plátano en el hombro, gritando a Teatua, y uno tras otro caminaban al Imaray en donde dexaron los tallos, ofreciéndolos por la salud del enfermo a Teatua. Hecho esto se volvieron gritando ellos, y los cerdos pequeños que traían chillando hasta llegar a la casa del Eri. Pidiónos comida el enfermo, y se la dimos: dixeron los Tajuas que Teatua había entrado en el cuerpo del Eri, y que a los diez días estaría con entera salud.

JULIO 25

El día 25 llegó uno a visitar al Eri, fingiéndose poseído de su falso dios Teatua dándose furiosos golpes en los pe-

chos con ambos puños, moviendo la cabeza como loco, y haciendo con los ojos y boca espantosos visages. Prorrumpió después y dixo: que la alma del difunto Taytoa (Eri que fué antes de Vegiatua) había entrado en el cuerpo de éste, siendo la causa de esto el haberle robado los mismos parientes del difunto, antes que muriese, un petate y dos limas, y que no sanaría el enfermo hasta que le entregasen a él las limas y el petate. Diéronle todas estas cosas inmediatamente, y entonces dixo que en término de tres días sanaría el enfermo, y que a los quince días estaría sin riesgo alguno. Llevaron el enfermo al Imaray para que Vegiatua volviese el alma a su cuerpo; y después de haber hecho los Tajúas el Epuré, volvieron el enfermo a su casa, y el impostor se fué, y no volvió a parecer más.

JULIO 27

El día 27 vino al hospicio un criado del Eri Vegiatua, el qual con palabras, acciones, y manifestando una reciente herida que tenía en la cabeza sobre la oreja del lado izquierdo, nos dió a entender que había tenido una riña con otro, que le había arrastrado y herido. No comprendiendo bien Fr. Gerónimo lo que quería decir este criado, llamó al intérprete para cerciorarse de ello. Preguntado por éste, dixo que uno a quien él quería quitar la vida por la salud de su amo el Eri, le había arrastrado y herido, y que se le había huído: que aquella noche habían salido cinco criados con él para el mismo efecto, y que no habían podido matar a ninguno en aquella salida. Con esta noticia tan verídica de la crueldad de estos bárbaros, y que según juicio prudente y bien fundado podíamos temer que estábamos en peligro de perder nuestras vidas, quando inhumanos intentaban quitarla a sus paisanos, siendo nosotros forasteros, determinamos sacar las armas, que hasta entonces teníamos ocultas, y ponerlas pronto y cargadas todas a vista de ellos. Después de haber comido empezó el intérprete a descargar una por una hasta diez y siete. Fué terrible el miedo que les causó el trueno de los fusi-

les, pues algunos se echaron al río, metiéndose debaxo del agua. Algunos de los más familiares nuestros se acercaron junto a la cerca de nuestra casa, preguntando temerosos por qué hacíamos aquello; y les respondimos que no tuviesen cuidado, y que estábamos limpiando las armas porque estaban sucias; les abrimos la puerta, y entraron a verlas. Supimos después que poco antes de dispararlas habían salido de la casa del Eri seis hombres, y entre ellos había un Tajúa llamado Naeva, a fin de coger a uno para quitarle la vida, y éstos fueron los que oyendo los tiros se arrojaron al río, y se volvieron a la casa del Eri.

JULIO 28

El día 28 tuvimos noticia cierta de que habían muerto a un hombre los criados del Eri en este partido de Ojatutira. Preguntamos donde estaba el cadáver, y nos dijeron que en el partido de Atajuru, donde había un Imaray, en el qual sacrificaban estos cuerpos a Teatua. Aquella mañana vimos un crecido número de Indios de varios partidos de esta isla para llorar a su Eri que estaba próximo a morir: componíase de hombres y mugeres, los quales dando furiosos gritos, manifestaban grande sentimiento: el orden que llevaban era el siguiente: iban las mugeres delante de los hombres, aquellas con buen orden, y éstos dispersos: las primeras caminaban de quatro en quatro. Con este orden se pararon delante de la puerta de la casa del enfermo, y una de ellas que hacía de capitana, empezó a dar voces muy lastimosas, como penetrada de un grave dolor, pero sin lágrimas, y juntamente a picarse la cabeza con un diente bien afilado de tiburón, que en breve se la bañó en sangre. A imitación de ésta hicieron lo mismo las demás, y unas y otras con la mano izquierda extendían la sangre que las caía de la cabeza por todo el cuerpo, que tenían descubierto hasta la cintura: en la mano derecha tenían un pedazo de manta blanca en que recogían la sangre que caía de la cabeza, la qual tenían inclinada: las voces que se pronuncian en estos lances son *agué, agué,* que

quiere decir ay, y otras. Duró esta ceremonia hasta que el cuerpo les quedó bien teñido con la sangre; mientras ellas explicaban su sentimiento de este modo, los hombres que vinieron con ellas ofrecieron a Teatua un tallo de plátano, y al enfermo le regalaron algunos puercos: las mugeres después le ofrecieron una cantidad de mantas: acabado esto se fueron al río, lavaron sus cuerpos, y se fueron a sus casas.

A las ocho de la mañana llevaron al Eri enfermo a la otra banda del río, y le dexaron dentro de una casa que media entre el río y el mar. A las quatro de la tarde un muchacho llamado Mayoro, que era uno de los que nos servían, nos dixo que había oído decir a unos Isleños, que si Vegiatua moría, vendrían los del partido de Tallarapú, y se echarían sobre nosotros para robarnos lo que teníamos.

A las ocho de la noche oímos que los Tajúas que estaban en la casa del Eri haciendo el Epuré, daban gritos no acostumbrados, y corriendo por la orilla del mar pedían a su falso dios Teatua que curase a su Eri Vegiatua: esto duró mucho tiempo. Oyendo nosotros que se acercaban las voces a nuestro hospicio, preparamos las armas temiendo algún acontecimiento de estos bárbaros. No llegaron al hospicio, pues ni aun pasaron el río. Cesaron las voces de los Tajúas, pero no se aquietó nuestro cuidado, y así uno de nosotros estuvo de centinela con el farol encendido hasta que amaneció.

Por la mañana supimos que el motivo que tuvieron los Tajúas para haber gritado tanto fué porque le dió al Eri un accidente que juzgaron mortal. Por la noche repetimos la centinela hasta media noche; pero viendo que no había movimiento alguno, y que todos estaban en silencio, se retiró la centinela, dexando el farol encendido.

JULIO 31

A las doce día 31 llegó a nuestro hospicio el Eri Vegiatua con quatro criados, los quales le traían en andas puesto en su misma cama, acompañado de un Capitán viejo. Le re-

cibimos con caricias y demostraciones de benevolencia. El referido Capitán preguntó a Fray Gerónimo, si estábamos enfadados contra Vegiatua? Respondímosle que no, y que Vegiatua era nuestro buen amigo: y volviéndose al Eri, le tomó de la mano, y le dixo en su lengua, que éramos sus amigos, eon con lo que Vegiatua se dió por contento. Después de esto le habló el intérprete diciendo: «Que ya sabíamos que «habían muerto a un hombre de la quebrada de Ojatutira, y «que le habían llevado al Imaray del Etajúru: que nos ha«bían dicho que habían de quitar la vida a otros; y que final«mente teníamos noticia cierta de que los de Tallarapú in«tentaban robarnos y quitarnos todo lo que teníamos, en «caso de que él muriese. Esto, prosiguió el intérprete, nos pre«cisa a no salir de nuestra casa, y tener bien prevenidas las «armas para defendernos en caso que venga tu gente a da«ñarnos. Sabe que es muy malo matar a los inocentes: los de «Lima no lo hacen &c.» Después de haberle afeado sus malas costumbres, Vegiatua, sin contestar a nada de lo que le había dicho el intérprete, dixo: «Que no nos fuésemos a Lima «quando viniese el navío, y que nos quedásemos en Ojatuti«ra.» A esto se le respondió: «que si ellos perseveraban en «matar gente, nos volveríamos a Lima; pero que si se enmen«daban, y no quitaban la vida a inocente alguno, nos queda«ríamos en Ojatutira según nos pedía» No respondió nada a esto: luego le cargaron sus criados y le llevaron a su casa, que está en la otra parte del río, que fué de dónde había venido.

DIA 1 DE AGOSTO

El día primero de Agosto a las quatro de la tarde salió del hospicio Fray Gerónimo con el intérprete a visitar al enenfermo, y a ver en el Imaray de Vegiatua dos cadáveres de dos hombres que habían sido sacrificados en el partido de Ojitia. Pasamos el río con dos canoas, y hallamos al enfermo bajo la sombra de unos árboles delante de su casa, tomando el fresco y acompañado del Capitán Titorea y de algunos

criados, y estuvimos con él bastante rato: hallábase con una fuerte calentura y muy decaído de fuerzas.

Hecha la visita del enfermo volvimos a pasar el río, y nos fuimos al Imaray por ver los cadáveres de los dos sacrificados a Teatua por la salud del enfermo: anduvimos por caminos los más ocultos por no ser vistos, porque se cautelaban de nosotros: pero no dexamos de saber que al medio día habían llevado las canoas del partido de Ojitia con mucha gente, conduciendo en ellas los cadáveres dichos, que eran padre e hijo, y cada uno en distinta canoa con sus Tajúas. Llegamos cerca del Imaray, y hallamos un serón o espuerta de palma bien texida, colgada de un palo largo, dentro de la qual estaba el cadáver entero del hijo, que según su aspecto, tendría unos diez años o doce. Pasamos más adelante, y nos encontramos con los tres Tajúas que le traxeron, y sin detenernos llegamos cerca de la orilla del mar, y vimos la canoa que venía a desembarcar el cadáver del padre del muchacho sacrificado. No nos acercamos a la canoa porque venía gran multitud de Isleños al desembarcadero; y como sabíamos que se cautelaban de nosotros, nos hicimos desentendidos, y tomamos el mismo camino por donde ellos venían. Taytoa que iba delante y el primero de todos, me preguntó de donde veníamos? Respondíle que del partido de Aragero; y sin detenernos pasamos por enmedio de todos, y nos fuimos al hospicio, siendo ya cerca de la oración.

AGOSTO 2

En la mañana siguiente llevaron los cadáveres al partido de Etajuru, y los sacrificaron a Teatua en aquel Imaray donde paran los sacrificados, y por eso, según dixeron, está lleno de huesos aquel puesto.

AGOSTO 6

El día 6 antes de amanecer oímos un grito muy levantado de los Tajúas que velaban al enfermo, el qual nos dis-

pertó. Estuvimos atentos, y juzgando con fundamento que el Eri estaba muriéndose, nos levantamos. Poco después de estar en pie llegó a nuestro hospicio un Indio, diciendo que Vegiatua había ya muerto, y que la madre del difunto decía que fuese el intérprete a su casa que le estaba esperando. Salió inmediatamente, y llegando a la presencia del que juzgaban ya difunto, le percibió algún movimiento de vida, pero fué el último con que murió. Poco después nos avisaron que un ladrón había roto la cerca del corral de las gallinas para robarlas. Salió corriendo el intérprete tras él, y le quitó una que había hurtado, y prosiguió su camino el ladrón huyendo. Este fué el que con una piedra hirió al marinero del paquebot en el viage antecedente, de lo que ya hicimos mención en otra parte.

Supo Opu madre de Vegiatua el atrevimiento del Indio, y acordándose en medio de su natural sentimiento de las amenazas de sus vasallos de Tallarapú, que habían de dar sobre nosotros luego que muriese el Eri, envió a nuestro hospicio al otro hijo menor que había de ser Eri, para que en caso que viniera la gente de Tallarapú se contuviesen con su vista. También mandó la afligida muger a todos sus criados, y a otros que se subiesen en los árboles más cercanos a nuestra casa para que estuviesen en centinela por si acaso intentaban venir; pero no comparecieron.

A las nueve del día fuimos con el intérprete a ver al difunto y dar el pésame a su desconsolada madre; llegamos al sitio en donde estaba el cuerpo puesto dentro de la carroza de dos canoas apareadas, y una gran multitud de gente que formaba un espacioso cerco dentro del que estaba el cadaver y su madre llorando amargamente, bañado su rostro y el medio cuerpo con la sangre que derramaba de la cabeza, en fuerza de los golpes que se daba con un diente de tiburón. Entramos dentro del cerco, y pasando sin hablar a la inconsolable muger, nos acercamos al cadaver, y vimos que tenía la cabeza adornada de unas plumas negras puestas encima de la frente a modo de corona, los brazos puestos sobre el pecho, desnudo el cuerpo hasta la cintura, y lo demás de él

estaba cubierto con una manta blanca. Quatro criados estaban a la cabecera del difunto haciéndole compañía, y uno de ellos con un ramo de gengibre haciéndole ayre. Estaba todo el concurso con mucho silencio, y solo se oía el llanto de la afligida y ensangrentada madre que iba caminando por dentro del cerco. Visto esto nos salimos para volvernos al hospicio. Viendo la viuda que nos íbamos sin decirle nada, nos salió al encuentro por detrás de su casa, diciéndonos que iba a nuestro hospicio a consolarse; diximosla que se volviese y no abandonase a la gente que allí estaba, que presto enviaríamos al intérprete para su consuelo. Así lo executamos: fué allá, y la hizo lavar la cabeza y el cuerpo de la sangre que había derramado, y también la quitó el diente con que se había lastimado la cabeza en señal de sentimiento.

A mediodía vinieron los Indios del partido de Ajui armados, dando espantosos gritos publicando guerra contra los de Ojatutira, corriendo aceleradamente a donde estaba su difunto Eri. Oyendo la algazara y gritería los que estaban dentro del cerco guardando el cuerpo de su Eri, y viendo que venían corriendo, desampararon el puesto, y se pasaron a la otra banda del río, menos el Capitán de los que allí se hallaban, el qual viendo a los suyos que venían para tener guerra con los de Ojatutira, les salió al encuentro con un tallo de plátano en la mano que es señal de paz. Con esto se pararon un poco oyendo a su Capitán que les dixo que no querían guerra los de Ojatutira: con esto se sosegaron algo, y corrieron con muchos gritos hasta llegar al sitio en donde estaba el cadáver del Eri, y después que se pararon pronunciaron tres veces una misma palabra que no entendimos, pero juzgamos que sería señal de paz, porque los de Ojatutira volvieron a pasar el río, y se juntaron con ellos sin novedad alguna. El motivo que tuvieron aquellos para publicar guerra contra éstos, no lo pudimos saber.

AGOSTO 7

El día 7, sabiendo los de Ojatutira que los de Tallara-

pú venían por el mar en sus canoas, y temiendo que viniesen de guerra, se previnieron armados, y se pusieron en el desembarcadero y boca del río aguardándolos. A las nueve del día llegaron aquellos, pero de paz, y con esto los de Ojatutira dexaron las armas, se unieron con ellos, y juntos caminaron al lugar en donde estaba el difunto.

AGOSTO 10

El día 10 los del partido de Guayautea vinieron a ver al difunto. Los del partido de Mataore vinieron el día 13 a traer comida para su Eri que había venido a este partido luego que supo que había muerto Vegiatua. Lo mismo hicieron los de Matabay para su Eri.

AGOSTO 18

El día 18 en el partido de Guayari quitaron la vida a un hombre, y le llevaron a Atajuru para sacrificarle a Teatua en aquel Imaray; y con este fueron quatro los que sacrificaron estos bárbaros, tres antes de su muerte y uno después de ella.

SETIEMBRE 11

El día 11 de Septiembre Fr. Narciso con el intérprete, el Eri nuevo Natapua, Titorea y algunos Indios subieron a un cerro que está delante del puerto por la parte del Sur a fin de preparar una de las palmas que allí están para poner a su tiempo una bandera que fuese señal del puerto quando viniese el navío.

OCTUBRE 16 A 2 DE NOVIEMBRE

El día 16 de Octubre fué la proclamación del Eri Natapua, muchacho de nueve a diez años, hermano del difunto Vegiatua, y el día 30 del mismo descubrimos la fragata el Aguila, la qual dió fondo en el puerto de Ojatutira el 2 de Noviembre.

NOVIEMBRE 8

Al amanecer del día 8 llegaron los de Tallarapú con palos para guerrear con los de Ojatutira, y el motivo fué por la variedad de pareceres que había sobre el lugar en donde había de habitar el nuevo Eri.

Luego que llegó la fragata, su Capitán Don Cayetano Lángara participó a los Misioneros su arribo, diciéndoles traía víveres para las personas que habían quedado en Otahetí, y que dispusiesen quando habían de recibirlos, a lo qual respondieron los Misioneros con la siguiente: Señor Capitán y Comandante del Aguila Don Cayetano de Lángara»—Muy Señor mío: recibimos la apreciable de Vm., en cuya vista habiéndonos hecho cargo de su contenido, decimos: que estamos en ánimo resuelto de regresarnos a Lima, y por consiguiente de no recibir los víveres y demás utensilios que vienen abordo de la fragata. Lo primero porque el año pasado quando nos despedimos de Su Excelencia, le pedimos auxilio de gente para nuestro resguardo conociendo el peligro próximo de perecer que habíamos de tener, y hemos tenido entre gente bárbara como es esta. Y nos respondió que el Rey nuestro Señor no se lo mandaba, y que por un año habíamos de estar apostólicamente. En cuyo supuesto no viniendo, como no viene, gente de milicia para quedarse con nosotros, y habiéndonos faltado los dos naturales bautizados llamados Tomás Pautú y Manuel de Amat, quedamos en un manifiesto desamparo, y peligro próximo de perder la vida por la experiencia que tenemos de otros Misioneros que murieron en la conversión de Manoa por mano de los infieles. Que estas gentes sean inhumanas y crueles se prueba; pues quitan la vida a los inocentes sacrificándolos a su falso dios, quando dicen los Tajúas que está enojado contra el Eri. Físicamente hemos visto esta crueldad, pues en la enfermedad de la que murió el Eri, sacrificaron quatro, y de estos uno solo fué de sus partidos, y los tres forasteros, pero de la misma isla; y siendo nosotros de tierras estrañas para ellos, corre la pariedad. Y quando esto no bastára para nuestro regreso

a Lima, debe ser suficiente motivo el haberse hallado en este peligro el P. Fr. Narciso en ocasión que fué a visitar al Eri Vegiatua que estaba en una isla pequeña delante de Tallarapú. Uno de aquellos Tajúas que dicen se les mete en el cuerpo Teatua, su dios, le salió con una piedra de buen tamaño en la mano, y a no haberle ocurrido un natural llamado Taytoa criado del Eri, le hubiera quitado la vida, o a lo menos lo hubiera pasado muy mal.

Para confirmación de su fiereza sirva la especie de secta que hay entre los naturales de la isla que llaman Ariois. Esta especie de gente o Ariois se auxilian unos a otros, ya con mantas, ya con cerdudos, y ya con canoas, de suerte que manifestando que necesita de alguna cosa se la dan; pero es constitutivo o condicional preciso que no han de tener hijos, y así si alguna muger de estas da a luz alguna criatura, luego que nace la quitan la vida. El decir que parecen mansos, familiares, de buen genio y muy amigos, no prueba; porque son mansos, amigos y familiares en quanto se les da, pero en dexando de recibir se acabó toda la amistad, y se estrañan diciendo que somos malos amigos como lo tenemos experimentado.

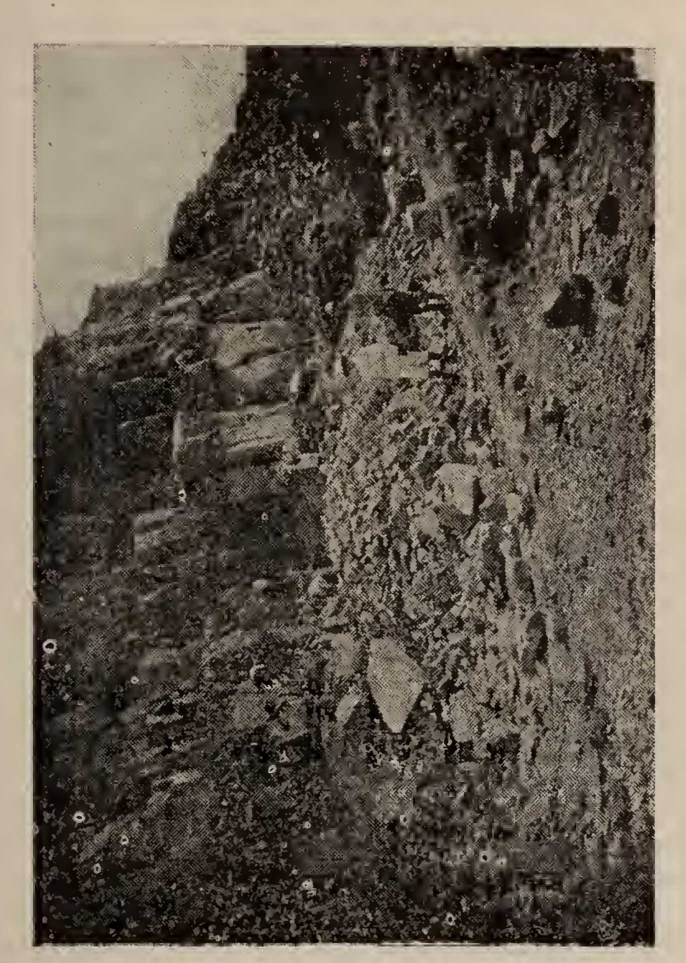
El segundo motivo que nos asiste y favorece para no quedar en esta isla es la ninguna esperanza de hacer fruto; pues para esto se requiere que estén estos bárbaros reducidos a pueblos, y esto nos parece imposible el conseguirlo por bien, porque es una gente altiva, soberbia, belicosa y sin subordinación ni administración de justicia, pues no la conocen, y así cada uno toma por su mano la satisfacción de algún agravio que recibe, no siendo el Eri capaz, ni tener aliento de castigar a alguno, porque luego se alzan contra él como más largamente hemos informado a Su Excelencia.

Para conocer que estamos en peligro próximo de perecer, sirva el caso que sucedió en el día que murió el Eri. Un muchacho llamado Mayoro que estaba de asiento en nuestra casa y nos servía, ya por voluntad, o ya por interés que es lo más cierto, nos dió aviso por dos veces que los de Tallarapú y Aragero habían dicho que luego que muriese Ve-

giatua habían de caer sobre nosotros a matarnos, y robarnos lo que había en casa. Con este aviso nos preparamos, no dexando entrar más naturales que aquellos que regularmente acostumbraban venir a hacer alguna cosa que se les mandaba. Y sabiendo la madre del Eri esta noticia, nos dió a entender que preparásemos las armas para que con el temor de ellas no se atreviesen a hacer tal atentado. Y al mismo tiempo mandó a su hijito (que ahora es el Eri) que se estuviese con nosotros: mandó también a sus criados que subiesen a los árboles que estaban más inmediatos a nuestra casa para que sirviesen de vigías, y nos avisasen si oían algún rumor. Esto se vió cumplido en parte, pues aunque no nos quitaron la vida, nos quitaron las gallinas que quisieron, desbaratando la cerca para sacarlas. Creo que ningún desapasionado y corazón christiano y piadoso dexará de conocer que estamos en peligro próximo de perder la vida. Por lo que suplicamos a V. retenga a bordo los víveres y demás utensilios que vienen en el embarque general, y nos haga la caridad de regresarnos a Lima, donde con más sosiego podremos informar más largamente a Su Excelencia según el diario que tenemos formado de todo lo que nos ha acaecido en este tiempo. *Hospicio del puerto de Ojatutira, Noviembre 4 de 1775.* Sus afectos rendidos CAPELLANES FR. GERÓNIMO CLOTA. FR. NARCISO GONZÁLEZ.

En efecto, en vista de esta representación, y de haber manifestado los Padres Misioneros en otra segunda carta la poca esperanza de que los Otahetinos abrazasen el Christianismo, resolvió el Capitán que todos se volviesen a Lima, haciendo antes varios regalos a los principales Isleños que se habían esmerado en obsequiarlos: y el día 12 de Noviembre se hizo la fragata a la vela para el puerto del Callao.

Para completar esta *relación*, añadiré las noticias que los nuestros adquirieron de las principales islas de este *Archipiélago*, conocido con el nombre de *La Sociedad*, las quales servirán para rectificar la pronunciación de los nombres de todas estas islas que se hallan corrompidos en los viages de Cooek (*tomado del Diario de Barela*).



Cantera en la Isla de San Lorenzo—Callao



Empezando por las islas que hay al Este de Otahetí, la de *Joau* es pequeña y baxa, con laguna y arrecife, y abunda en cocos y ñames. Las canoas de Otahetí tardan nueve días en llegar a ella. Tiene también algunas perlas.

Opatay es pequeña y baxa con arrecife: está inhabitada. Las canoas de Joau tardan un día en llegar a ella.

Tabau es pequeña y rasa, con arrecife, inhabitada, estéril de frutos, pero abundante de pescados y perlas. Las canoas de Joau van allí a pescar, y tardan un día.

Tayaruru es pequeña y rasa, con arrecifes: es lo mismo en todo que la antecedente.

Auroa es grande, pero menor que la de Otaheti; es baxa, y abunda en cocos, ñames, perros con buena lana, y perlas. Tiene muchos arrecifes, y está muy poblada: sus canoas tardan un día desde Tayaruru.

Oerutua es muy pequeña y rasa, con arrecifes, abundante de pescado y perlas. Es muy corto el número de sus habitantes, y está muy inmediata a la antecedente.

Tapujoe es la que llamamos Todos Santos, y se reconoció creyendo que era *Matea*. Abunda en cocos, ñames, y tiene algunas perlas. Los de Otaheti dicen que sus habitantes son mala gente.

Guaraba es del tamaño de Tapujoe, e idéntica en todo: tardan las canoas dos días desde Tapujoe.

Maemo es pequeña y baxa, abunda en cocos, ñames, perros, pescado y perlas. Está cercada de arrecifes: sus habitantes son dóciles: de Guaraba a Maemo tardan las canoas tres días.

Maropua es pequeña y baxa, con arrecifes, abundante en cocos, ñames y perros: su gente es mala: tardan desde Maemo a Maropua dos días.

Oaña chica y baxa, con arrecifes, abundante en cocos, ñames, perros, pescado y algunas perlas: está habitada, y desde la antecedente tardan las canoas dos días.

Orairoa grande y baxa, con arrecifes: tiene tres ensenadas para embarcaciones pequeñas, pero mal fondo: es abun-

dante de cocos, ñames, perros, pescado y perlas, y su gente muy tratable.

Oteijoo chica, rasa, y con arrecifes: tiene cocos, ñames, perros, y mucho pescado. Sus habitantes son buenos, y hacen excelentes esteras; está a la vista de la anterior.

Matayba chica y baxa, con arrecifes: hay gallinas, perros, ñames, mucho pescado y algunas perlas. Es buena su gente, y está a la vista de la anterior.

Matea alta como Morea, con arrecifes, abundante de eurus, cocos, plátanos, pescado y buenas perlas: sus canoas tardan dos días a *Maitu*. La vió nuestro paquebot el Júpiter, y la encontró en diez y siete grados de latitud al Nordeste ocho grados Norte de Maitu.

Los Eries de Otahetí dicen que todas estas islas son tributarias suyas.

Ninguna de las islas antecedentes tiene agua, y sus habitantes se valen de cacimbas para proveerse. El Otahetino, llamado Pujoro, que se llevaron los nuestros en la fragata, era muy práctico de todas estas islas, y decía se había exercitado en buscar perlas.

Al Oeste de Otaheti se hallan las siguientes islas:

Teturoa chica y baxa, con arrecifes, abundante en cocos, cerdos, perros y pescado: tiene muchas perlas, pero de mala calidad. Pertenece al Eri Otu, y está a la vista de Otaheti.

Tupuaemanu chica y baxa, con arrecifes, abundante en cocos, plátanos, curus, perros, cerdos y gallinas, buena agua, y sus habitantes son muy tratables. Su Eri se llama Oajau: la vieron los nuestros.

Ojaime, a la qual llaman los Ingleses Huaheine, es como Morea, abundante en eurus, plátanos, cocos, perros, cerdos y gallinas. Está muy poblada, y tiene dos ensenadas muy buenas para navíos grandes, y en una de ellas un río. Sus habitantes son muy tratables, y tienen muy buenas canoas. Dicen que estuvo diez días fondeado en una de dichas ensenadas un navío Inglés, y por lo que nos dixeron se infiere que fué en la más al Norte que tiene un islote en la boca,

pero ambas están a la parte del Oriente de la isla. Su Eri se llama Taguaoja, y es tributario del Eri Opuni, que manda a Orayatea: fué avistada por los nuestros.

Orayatea y Tajaá: estas dos islas están unidas por un pequeño arrecife que por donde más tiene media vara de agua. En la parte del Oeste de Tajaá hay una buena herradura formada de arrecifes, donde puede fondear un navío. Las dos son igualmente abundantes en eurus, cocos, plátanos, cerdos, gallinas, y buena agua. La manda el Eri Opuni, que tiene buena correspondencia con los de Otaheti: fué reconocida por los nuestros el 9 de Enero de 1775.

Porapora (que en los viages de Coock se llama Bolabola o Borabora) es pequeña y alta, cercada de arrecife, con una ensenada a la parte del Sur, donde dicen pueden entrar navíos. Abunda en eurus, cocos, plátanos, perros, cerdos, y algunas perlas: está bien poblada, y dicen pertenece al Eri de Orayatea: fué avistada por los nuestros.

Maurua, baxa, con tres montes altos: está cercada de arrecifes: es abundante de cocos, eurus, plátanos, cerdos, perros, y algunas perlas: tiene agua y está poblada: pertenece al Eri de Orayatea: está al Oeste de Porapora, y fué avistada por nuestra gente.

Mapijá, baxa y con arrecife: no tiene más que cocos y perlas: no está habitada, y dicen hay en ella abundancia de páxaros de gran tamaño, que no vuelan y van de las islas adyacentes a cogerlos para comer, por ser de muy buen gusto. Tardan las canoas desde Maurua dos días.

Genuavrá, mediana, rasa y con arrecife: tiene cocos: no está poblada, pero hay la misma abundancia de páxaros que en la antecedente.

Ori Matará, poblada y abundante en cocos, plátanos y cerdos: *Oaiyu*, *Vajuaju* son lo mismo que la antecedente. De *Rarotoa* no supieron decirnos más sino que está poblada; y lo mismo de *Tupuai* y de *Puatireaura*. *Temiromiro y Joaituputapu* están inhabitadas, y hay en ellas muchos páxaros. *Marere* está poblada.

Ponamu está poblada y tiene unos cerros elevadísimos:

es muy estéril de frutos, pero abundante de pescado, que es el único sustento de sus habitantes, de quienes dixeron que son valerosos, y que habiendo en una ocasión arribado a ella unas canoas con gente de otra isla, fué devirada por estos Isleños de Ponamu. Habitan en cuevas.

Genuateatea está habitada de gente blanca, que habla la misma lengua que los de Otaheti, y visten lo mismo: es abundante y grande.

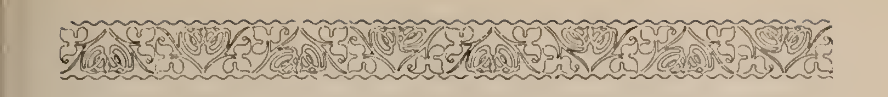
Uritete es grande y abundante, y su gente muy buena.

(Todo esto consta del *Diario* que formó el Piloto del Aguila don Joseph Varela).





Reloj de la dársena del Callao



DOCUMENTOS

relacionados con los acaecimientos que se han referido.—Los Padres Clota y González desisten de la misión del archipiélago de Otahití

1773-1784

CARTA

de Juan Lángara y Duarte al Virrey sobre la conveniencia de enviar Misioneros a Otahití.—1773.

Excelentísimo Señor:

En cumplimiento de la orden de V. E. he examinado el *diario* de navegación ejecutada para reconocimiento de la isla de Otaeyti por el capitán de Fragata D. Domingo de Bonechea, en que advierto que la distancia de 1300 leguas a que encontró esta isla y sus inmediatas de Lima, es a corta diferencia la misma que navegó Alfaro Avendaño Mendaña en 1567, hasta encontrar las que llamó islas de Salomón, que no reconoció enteramente, y así aunque aquellas las situa de 6 a 12 grados Sur respecto de que a la parte de Noroeste declaran los naturales de ésta, haber otras, se infiere que este Archipiélago puede extenderse a los paralelos en que aquellas estan comprendidas. Pero sean o no las de Salomón, no encuentro en la descripción y *diario* noticia que las haga recomendables, porque en el país solo encontraron limitados

alimentos a la miseria de sus habitantes. Los montes no tienen maderas estimables a ninguna mira, de las entrañas de la tierra parece no advirtieron riqueza alguna: en piedras y metales de las orillas del mar solo podían esperarse la pesca de perlas, cuando hubieran visto abundancia de ellas, pero notaron ser pocas, pequeñas y de mal oriente, bien que el color pende muchas veces del modo de sacarlas. Los fondeaderos aunque no son cómodos, son pasables para un paralelo como aquel de tiempos benignos.

Nuestras comunes navegaciones no necesitan de aquella escala que solo puede servir a los que van de oriente a occidente, por razón de los vientos costantes del 1 y 2 cuadrante, los cuales dan vuelta entre los trópicos a todo el Orbe. El único navío que hace su navegación en aquellos mares es el que regresa de Acapulco para Manila, pero no tiene necesidad de cortar la línea y a favor de los mismos vientos la práctica en el hemisferio del norte en poco tiempo.

No sospecho sea útil a nación alguna, por lo distante de sus establecimientos, de los nuestros por lo costoso, por lo difícil o imposible de sostener, y porque no se puede suponer otro objeto que el del comercio lícito, el cual solo subsiste o se entabla cuando se puede hacer a precios más bajos y con superior abundancia a la del comercio directo.

El examen de los viajes hechos al rededor del mundo por la mar del sur y los hechos expresamente a descubrimientos de tierras australes todos manifiestan la multitud de islas, chicas y grandes pobladas que hay en aquella parte del hemisferio del Sur, desde el cabo de Hornos hasta las isla Pfilipinas y la dificultad de ocupar tanto obliga a solo hacer aprecio de aquellos países que por los frutos y sustancias que brindan pueden contribuir a la felicidad de los descubridores, haciendo también felices a sus propios habitantes si logran la fortuna de ser dominados por los que profesan la religión católica.

Estas razones y otras semejantes que V. E. conoce mejor que yo, y por no molestar su atención no refiero, obligan a juzgar no necesario el establecimiento de dichas islas, y

aun me atrevo a decir sería perjudicial, atendiendo a los grandes gastos que ocasionan al Real tesoro.

Pero como al mismo tiempo impulsan las razones que alegarían aquellos infelices habitadores si conocieran que en manos del rey católico estaba el que ellos supiesen la senda de su salvación, y que harían patente el mismo derecho que a los demás vasallos de S. M. asiste para gozar de sus liberalidades en beneficio de sus almas, y propagación del Evangelio. Convinando unas y otras reflexiones, soy de sentir que se les envíen Misioneros acompañados de algunos españoles armados, y que fortificándose en la isla de Otaeyti para vivir seguros de sus moradores, radiquen en ellos la verdadera Religión y en adelante la comuniquen a las demás islas de aquel Archipiélago a favor de las pequeñas embarcaciones que allí se puede fabricar.

San Lorenzo 13 de Noviembre de 1773.—*Excelentísimo Señor.*—Juan de Langara y Duarte.

CARTA

de Pedro Freire de Andrade sobre el asentimiento que dieron los naturales de Otahití para que quedasen con ellos los Misioneros.—Año de 1775.

Dn. Pedro Freire de Andrade, contador de navío de la real armada con destino en la fragata de S. M. Santa María Magdalena alias Aguila. Certifico que el día 5 de Enero del presente año, a las 4 de la tarde, por disposición del comandante de este buque Dn. Domingo Boenechea, los oficiales de guerra Tomás Gayangos, teniente de navío Dn. Raymundo Bonacorso, idem de Fragata Dn. Nicolás Toledo, Alferez de Navío Dn. Juan de Apodaca, Alferez de fragata Dn. Juan de Herve, idem y primer piloto, los PP. Misioneros Fr. Jerónimo Clota y Fr. Narciso Gonzalez, juntos todos en la casa del establecimiento, conbocamos a ella por medio del intérprete a los Heries principales e indios de mas disposición del partido para formar nuestro establecimiento. Y habiéndoles pre-

guntado si eran o no gustosos de que dichos PP. y el intérprete quedasen en su isla, respondieron todos unánimes que sí, prometiendo voluntariamente los dos Eries principales Bejiatua y Hotu favorecerlos y defenderlos de todo insulto de parte de los habitantes de la isla, ayudarlos a su subsistencia y en el caso de faltarles los alimentos de su uso, proveerlos de cuanto ellos disfruten. Haciéndose al mismo tiempo la discreta prevención de que en caso de hacer a los nuestros alguna extorsión los habitantes de la isla de Morea con quienes no estaban en amistad o alguna embarcación extranjera a quien ellos no pudiesen resistir, no se les había de hacer cargo alguno.

Se les hizo saber por medio del intérprete, la grandeza de nuestro soberano, el incontescable derecho que tiene a todas las islas adyacentes, a sus bastos dominios, sus deseos de favorecerlos e instruirlos para que sean superiores a todos los que viven en la misma ignorancia, y les ofrecimos en su real nombre mediante las facultades con que se ha dignado autorizarnos en el capítulo II de la instrucción, proveerlos de muchos útiles, defenderlos de su enemigos, y que serían visitados con frecuencia por las embarcaciones de S. M., si cumplían con fidelidad lo prometido. Demostrando todos una gran complacencia y en alta voz dijeron que lo admitían por Rey de Otaeyte y de todas sus tierras.

Siéndoles muy agradable la formalidad de este convenio y para que conste a los fines que convenga expido esta a bordo de la propia fragata el Ancla en este puerto de Ojatutira de la isla oriental de Amat alias Hotaheyti, en cinco de Enero de mil setecientos setenta y cinco.—Pedro Freyre de Andrade. (Rubrica).

Cartas en que los misioneros exponen su situación en Otahití.—Año de 1775

Señor Dn. Tomás Gayangos:

Fray Gerónimo Clota y Fray Narciso González Predi-

cadores Apostólicos del Colegio de Sta. Rosa de Ocopa, ante S. S. con todo rendimiento. Dicen que habiendo experimentado en los días, que la fragata tardó en volver a este puerto de Atutira muchos quebrantos de los moradores naturales en esta isla, no solo de la plebe de este partido, sino tambien de innumerables que habían concurrido a celebrar sus Geibas, no pudiéndonos evadir del concurso, que de la dicha Geiba venía a cada instante, por no saber ni entender su lengua, a causa de haber estado el intérprete algunos días de estos ausente y juntamente por haberse apartado de nuestra compañía el natural de esta isla, con mucho sentimiento de nuestro corazón, pues creíamos tener en él algún consuelo, no solo para nuestra defensa en caso necesario, sino también para algun servicio que regularmente se ofrece en esta casa de nuestro hospicio; mas conociendo que el dicho Tomás, le podemos tener por enemigo declarado, por estar reconocido por apóstata de nuestra S. Fé católica, habiendo sido aquí reboltoso, no solo en los días de la ausencia de la fragata, sino tambien estando fondeada en este puerto, como es notorio y no siendo suficiente el intérprete por las muchas ocupaciones que regularmente está ejercitando, por estar solo, y que como tal puede estar molestado del sumo trabajo, para nuestra defensa en caso necesario, ni menos el otro natural llamado Manuel por su corta edad, viéndonos precisados a hacer los oficios que no son regulares a nuestro ministerio: por cuyas causas y no tener tiempo suficiente para el cumplimiento del estado sacerdotal, y encomendar a Dios la reducción de estos infieles se nos hace preciso poner en la alta consideración de su S. S. para que en su vista se nos conceda queden en nuestra compañía dos hombres para que de este modo podamos hacer segun la voluntad de Su Magestad.

Por tanto A. V. S. S. pedimos y suplicamos se sirva juntando su consejo de hacer como llevamos insinuado o aquello que sea de su mayor agrado que es favor y caridad que esperamos de su alta justificación y caridad eterna.— Fray Gerónimo Clota—Fray Narciso Gonzalez.

En atención a hallarse el Comandante de este bajel Dn.

Domingo Boenechea en los últimos periodos de su vida y ajeno de los sentidos y yo próximo a sucederle en el mando, como primer teniente el más antiguo y de mayor graduación, por real ordenanza general de marina. Y atendiendo a las justas y verdaderas urgencias que expresan los RR. PP. Misioneros y evitar sus penosas ocupaciones en cocinar, cargar barriles de agua a distancia, con otras incomodidades que han experimentado en mi ausencia a la isla Orayatea, (sin recurso). He nombrado a Francisco Perez grumete de la tripulación del referido Buque, para que se ejercite en el servicio de los suplicantes sin perjuicio de los sueldos, que tiene vencidos y venciere en sus correspondientes raciones por ser inteligente en la agricultura, cuidar ganado y otros fines conducentes a este destino. A bordo de la Fragata Sta. María Magdalena Alias Aguila, al ancla en el puerto de la isla de Amat, Alias Otaheyti a veintiseis de Henero de Mil setecientos setente y cinco. Es tanto a la letra de su original que queda en mi poder.—Tomás Gayangos.

Excelentísimo Señor.

Habiendo sido conducidos a esta isla de Amat en la fragata nombrada Aguila de orden de V. E. con el fin de la reducción de estos idólatras y al mismo tiempo hacer relación de lo notable que se experimenta en esta isla: Decimos que habiendo tomado puerto en el nombrado por los naturales Ojatitura el 27 de Noviembre del año pasado de 74, a las dos de la tarde, el día siguiente determinó el capitán de dicha fragata que su teniente Dn. Tomás Gayangos en nuestra compañía y el soldado Máximo intérprete y el indio natural de esta llamado Tomás, saltasen en tierra a reconocer sitio acomodado para asentar la casa de nuestra habitación y no habiendo hallado situación conveniente por los muchos pantanos y atolladeros que hay en el término de una milla de tierra que forma una punta en cuya circunferencia viven los de este partido con su Heri Oritumu, conocido con el nombre de su padre Vejiatua, nos vimos precisados a señalar el terreno que había de servir y al presente sirve de asiento de casa, y para huerta cerca de la casa del dicho Heri, con la

molestia de tener que buscar el agua para beber mas de tres cuadras y juntamente la leña para cocinar, aunque el agua del gasto de cocina está como cosa de una cuadra, que es el río que por la parte del Este percibe la resaca del mar, por lo bajo de la tierra y por esta causa desabridas sus aguas.

Acabada de techar la casa el 31 de Diciembre, en este mismo día se pusieron los víveres en tierra y se acomodaron en la Almagasen, siendo la primera noche que dormimos en tierra dentro de la casa y el día siguiente primero de Enero de 75. A las 8 de la mañana se trajo la Santa Cruz que se colocó delante de la casa, como cosa de 12 pasos en el tronco de la Paloma que al tiempo de caer la quitó la vida al marinero Basques, viniendo procesionalmente cantando la Letanía de los Santos, correspondiendo a las voces, lágrimas de alegría en contemplar, alabamos a Dios Trino y Uno, en tierra en que tantos años no ha sido conocida; sonando el parche y el estruendo militar, victoreando. *Viva el Rey*; despues se rezó la primera misa con la salve que rezó y cantó el P. Misionero Fr. Gerónimo Clota y después de haber dado Gracias nos restituímos a la fragata, dejando izada la bandera que para este efecto se trajo de a bordo, y quedándose guardando la casa Máximo el intérprete.

En lo perteneciente a la calidad y inclinación de los naturales de esta isla hemos conceptuado que son naturalmente inclinados al hurto y a todo género de vicios, tomando por su propia mano la satisfacción de qualquiera injusticia que reciben, sea o no justa, porque no tienen subordinación ninguna al Heri y sólo le reconocen por tal en traerle comida y no siendo asi los destierra de su partido y para volver a este van a otros partidos a robar ya sean canoas, ya algunos cerdudos o mantas que hacen de ciertos arbolillos que ellos procuran cultivar; y con esto quedan en su amistad: mas los que no quieren pagarles esta especie de tributo, se alzan contra el Heri, haciéndole señal de guerra que es grande humareda, juntándose con sus parientes y amigos para este efecto: por lo que hacemos juicio ser altivos y soberbios: para prueba de lo inclinados que son a robar y al mismo

tiempo de su altivez nos remitimos al caso sucedido en la fragata el primero de enero a las 9 de la noche, como tambien a los dos casos sucedidos uno el día once de Diciembre del año pasado, que se levantaron contra el Heri Orituno, y este pidió ausilio al Heri Manajune, conocido con el nombre de Otu; quien envió a un hermano suyo reforzando de auxilio al capitan de la fragata, y el otro con el patron del bote del paquebot que por recobrar éste no sé qué ropa que le habían hurtado, le dieron una fuerte pedrada como mas largamente podrá informar el físico principal de la fragata. Por cuya causa el día 28 de Diciembre mandó el capitán de la Fragata un piquete a guardar la casa por temer robarían algo de ella: mas viendo el cabo del piquete iba concurriendo gran número de naturales, pidió más refuerzo de gente por lo que determinó el capitán se aprontasen 8 soldados con el teniente de la compañía y el sargento Martinez, y además hizo aprontar la lancha con dos pedreros y los fusiles correspondientes a la gente de mar, con orden de fondear lo mas cerca de la casa, para que en caso necesario tuviesen donde refugiarse y evadirse del peligro. Y asi mismo nos quisieron asaltar mas tarde que nos hallábamos solos, por haber ido Máximo Rodríguez a buscar unas cañas, para ir cercando la casa llenándonos de oprobios, que aunque no podíamos percibir todo lo que nos decían, no dejábamos de entender algunas cosas por las acciones y ademanes que hacían.

En lo que el terreno da de si y hemos experimentado, no hay otra cosa que árboles frutales como son palmas, Euros, Ebi y otros que no conocemos por su nombre. De la fruta de los primeros, como tambien de los Ratanes, se mantienen y de los mas; sus frutas las unas parecen especie de castañas y las otras de nuez, aunque de distinta figura, no siendo algunos de ellos de notoria magnitud, para poder fabricar alguna embarcación, como nos informamos de persona inteligente en esta materia, habiendo visto que en la primera campaña solo una caña de timón y en esta un botalon que le vimos llena de hoyos por los renuevos, y de Rantas, una especie de papa desabrida que llaman Ñame que tambien le

sirve de alimento.

Conociendo la calidad y muchedumbre de los naturales que a nuestro juicio pasan de doce mil personas de todos sexos y edades, y que el indio bautizado llamado Tomás le tenemos y consideramos por apóstata de Nuestra Santa Fé, y por consiguiente enemigo declarado en cuanto es de su parte, pues se ha huído de nuestra compañía el día 27 de Diciembre, diciéndole a Máximo Rodríguez no quería cosa alguna de la fragata y que solo quería vivir a su libertad, temiendo que Manuel hará otro tanto porque lo vemos muy inclinado hacia los suyos; determinamos presentarnos como nos presentamos en forma al capitán pidiéndole dos hombres para que quedasen en nuestra compañía y solo se nos ha concedido uno sin embargo de confesar el capitán comandante en su decreto que adjunto con el memorial, remitimos a V. E. para que si sus continuas ocupaciones le diese lugar pase la vista por él.

Esto es, Exmo. Señor, un diseño de lo que según nuestra corta capacidad hemos conceptuado y que al presente no podemos tener esperanza de sacar algún fruto, atendidas las circunstancias que ponemos en la alta comprensión de V. E. atendiendo a la orfandad y peligro próximo en que quedamos de perder la vida, por ser nuestro número tan corto y la codicia de los naturales tan grande.

N. Sr. Guarde la importante vida de V. E. para Ntro. consuelo y bien público, como se lo suplicamos a Su Majestad soberana, en este puerto de S. Francisco de Ojatutira, y enero 28 de 1775. Exmo. Sr. B. L. M. D. V. E. rendidos y afectos capellanes.—Fr. Gerónimo Clota—Fr. Narciso González.

CARTA RELACION

de la vuelta a Lima del capitán Lángara trayendo a los misioneros Clota y González.—Febrero de 1776.

Excelentísimo Señor: Muy Señor mío:

En consecuencia de las superiores providencias de V. E.

me hice a la vela la tarde del 27 de Setiembre próximo pasado; protegido de los vientos favorables dí vista a la primera isla nombrada San Narciso al salir el sol de día 23 de Octubre: a las 8 de la mañana del 25 a la de S. Simón y Judas: a las 6 del día 26 a la de los Mártires: a la 1 del propio avisté al nornoroeste distancia como de 4 leguas, otra tierra no conocida que se representaba al parecer una isla, tan ridícula de clase y figura, como las que llevo referidas; la cual no determiné reconocer, porque el resto del día lo necesitaba para ver la de S. Quintín y navegar con seguridad la noche sin desperdiciar tiempo, en un sitio que en los tres viajes siempre se hallaron nuevas descubiertas; u donde toda precaución no es suficiente resguardo, pues a mas de las corrientes que se experimentan, suelen faltar las observaciones de latitud, y siendo estas islas unos corales o arrecifes de piedras, sin sonda en sus cercanías, ni elevación en sus cortas fajas de tierra, de suerte que lo más visible son tal cual esparcida palma de coco; distará muy poco de advertir el inmediato peligro o la pérdida irremediable. Efectivamente al ponerse el sol quedé con ella a distancia regular, la tarde del 27 con la de Todos Santos, y la del 29 con la de San Cristobal, a quien largando las insignias españolas, me atravesé a esperar algunas canoas de sus benignos naturales, con ánimo de adquirir noticias de los religiosos, y de las embarcaciones extrangeras que pudieran haber pasado, a fin de prepararme con aquellas sobresalientes preparaciones militares, que las circunstancias exigiesen. Informado de ser esta fragata la única avistada en este año, y que los RR. PP. y demas indivíduos estaban buenos, continué por la de Amat, y al amanecer del 30 siguiente, lo conseguí hallándola cinco grados al Oeste que el anterior viaje, a distancia de 3 leguas de la punta Ojatutira, o de Puerto, me quedé en calma con ventolinas del Sur por dos días; al tercero que fué primero de Noviembre se entabló y aunque contrario, haciendo diligencias de uno y otro bordo logré al rayar el día estar bien inmediato a tierra, con intencion de dejar las canoas aparcadas en que llegaron, el día que se avistó la isla, el natural Titorea padrastro del Heri de

este partido y el intérprete; me fuí a la punta de los arrecifes a buscar abrigo al viento fresco, que con marejada impedían su regreso; cuando llegué que serían las 7 de la mañana calmó enteramente el viento, y previniéndoles se fuesen a enviarme canoas, grandes que me ayudasen al remolque, cargué toda vela, y con auxilio del bote y lancha que heché prontamente al agua, iba entrando entre los arrecifes; a este tiempo llegaron un gran número de canoas, de las cuales algunas de las mayores tomaron remolque, pero a breve rato, no pudieron sufrir el trabajo que les ocasionaba la boga del canalote, y abandonaron el intento. En esta situación y hallándome muy cerca del fondeadero, con ventolina contraria, que no se extendía fuera de los bajos, y que las embarcaciones menores nada me adelantaban, tendí varias espías con las que al poder de un inagotable trabajo quedó la tarde del 3 de Noviembre la fragata en el puerto de Santa Cruz de Ojatutira, con la pérdida de un anclote de espía que faltó, por el principio del segundo calabrote, estando ya debajo del castillo, y ahogada su boya, la que hice despues rastrear, y sin embargo que apliqué las mas activas y eficaces deligencias, no conseguí encontrarla; esta faena no era practicable a el calabrote porque a mas de haber muchas brazas de agua, la mala calidad de su fondo que es de piedras mucaras exponía a inutilizar los medios y lo mas probable a perderlos, sin esperanza de recuperar ni uno ni otro; el resto de la tarde y parte de la noche se empleó aprontando las demás anclas para ocurrir con prontitud, a precaucionar los estragos que suelen producir un mal tiempo y distribuir las correspondientes órdenes, a fin de que al romper el nombre, se diese principio a las distintas ocupaciones de aguada, conservación del buque, y recorrida del aparejo.

Por la mañana pasé a los RR. PP. franciscanos el primer oficio, como verá V. E. en las copias de tres distintos, que con las dos respuestas originales le incluyo; en él hallará V. E. que los motivos que me hicieron resolver a no desembarcar los víveres y recoger los cuatro individuos que estaban allí desde la expedición pasada, son los precisamente ex-

presos en la instrucción de 27 de Setiembre último, y para mi observancia y gobierno me dirigió V. E.

Remito así mismo a V. E. las dos providencias que dí dirijidas a la averiguación de Orayatea la una y la otra relativa a la habitación de madera que sirvió de hospicio, a fin de que quedase cuidada y en disposición de usar de ella si se hallase por conveniente, cuyas resultas están a continuación para la más fácil inteligencia.

Por si pudiese contribuir a conocer las intenciones con que frecuentan y reconocen prolijamente todas estas islas algunas fragatas inglesas, paso a manos de V. E. dos medallas de las que distribuyeron y he podido adquirir, para que les dé el destino que juzgue sean acreedoras.

No obstante que las disposiciones interiores de las embarcaciones de guerra, no admiten mucha carga, y menos las que tienen precisión de conducirse con víveres y aguada, para un dilatado viaje, habría traído algunas piezas de madera en entrepuentes, y combes que pudieren servir para los navíos, pero no hallando palos correspondientes, fuera de los imaraes, sitios privilegiados por los naturales, y uno de los adornos principales de su único respetable lugar, me pareció justo no violentar su repugnancia, y dirigiendo el corte al cerro de las palmas y a la punta, traigo la que allí se encontró con las aplicaciones que se expresan en la adjunta noticia.

Las dos reses mayores y diez menores de cerda, entre chicos y grandes, que tenían de S. M. los religiosos, se embarcaron por las razones expuestas en mis oficios, y se han suministrado en los que gozan ración de armada, con arreglo a las reales órdenes.

Recogí igualmente el sobrante de los víveres que me remitieron los Padres, y todos los demás efectos de utensilios, herramientas, cajas de armas y capilla, quedándose únicamente la casa, con bancos, mesas, catres de cuarto y los embases inútiles.

El día 11, aunque estuve pronto, no me permitió el tiempo salir; con cuyo motivo respiró la gente de guerra y mar de la extraordinaria fatiga, que en la entrada y estada

habían sufrido, pero al siguiente día 12 de Noviembre, sin embargo de un viento poco aparente, conseguí a las doce y media (1) salir, y en la primera singladura montar la isla por la parte del Este, desde donde aprovechando los vientos que fueron favorables y haciendo las posibles diligencias con los opuestos, continué mi navegación y hallé que al Sureste, corregido de la de Amat, desde la distancia de 180 leguas, hasta 230, se dejaban ver señales de tierra como sargazo grande, yervicita, de las que crían las peñas que baña el mar, ojas del fruto Euro, y un tronco de raíz de árbol; con este motivo fué indispensable capear varias noches, y aun navegar toda una mañana al reconocimiento de cierta arrumazón al Sur que figuraba tierra de mucha elevación al Sur y muy distante, pero desengañado proseguí mi dirección.......

....

Los víveres se han experimentado de muy buena calidad y correspondieron a su prolijo examen. Esto ha sido motivo para no haber padecido enfermedades epidémicas. Anticipo a V. E. estas noticias en cumplimiento de la obligación que me asiste y a fin de que se digne imponerme las que nuevamente tenga a bien dirigir, y confiarme su ejecución.

Nuestro Señor guarde la importante vida de V. E. muchos años.—Abordo de la Fragata el Aguila a 16 de Febrero de 1776.—Exmo. Señor.—De Vuestra Excelencia su más atento y seguro servidor.—Cayetano de Lángara.

CARTA DEL COMANDANTE DE LA FRAGATA A LOS PADRES MISIONEROS

RR. PP. Fr. Jerónimo Clota y Fr. Narciso González. Muy Señores míos.

Por disposición del Sr. Exmo. Dn. Manuel de Amat, Virrey de estos dominios, he conducido los víveres para ali-

(1) Este día se embarcaron con rumbo al Callao los padres Clota y González.

mento de Vuestras Mercedes y de los sujetos que con ese motivo se quedaron igualmente en el viaje anterior, y debiéndome hacer a la vela, luego que me redondee de los reparos que necesito, se servirán Vuestras Mercedes avisarme cuando podrán recibir los efectos que les son destinados, para facilitarme el regreso.

Nuestro Señor guarde a Vuestras Mercedes muchos años.—Abordo de la Fragata de S. M. el Aguila, en el puerto de la Sma. Cruz de Ojatutira, a 4 de Noviembre de 1785.—B. L. M. de Vms. Su muy afecto servidor CAYETANO DE LÁNGARA.

OTRA A LOS MISMOS PADRES

RR. PP. Fr. Jerónimo Clota y Fr. Narciso González. Muy señores míos.—En atención a lo que representan Vms. con fha. del 6 de este en respuesta de mi oficio de 5 del propio, ciñéndome a las instrucciones que me dirigen, he resuelto no pasar al desembarco de los víveres, y recoger a Vms. con los dos indivíduos que les asisten en calidad de intérprete el uno y en la de sirviente el otro, a fin de que todos regresen a Lima donde puedan Vms. responder más largamente al superior gobierno. Cuando finalice la aguada que a toda prisa estoy haciendo, recojo una lanchada de leña que tengo en la playa, y acabe de preparar la fragata para presentarme en la altura con las precauciones que corresponde, me haré a la vela. En esta inteligencia estarán Vms. dispuestas al primer aviso que seguirá a pocos días de este.

Me parece que el mejor servicio de N. Soberano y bien de su estado, será de graves inconvenientes dejar ganado mayor y menor, que con el tiempo, buen pasto y poco consumo de los habitantes de la isla pueden los extranjeros abastecerse y reparar las necesidades a que las distancias les constituyen, con perjuicio a lo menos de que embarcación de corso, o comercio intente introducir efectos en las costas del Sur o interrumpir el tráfico de su navegación· Con presencia de este daño que tal vez se originaría y para precaberlo se

deberá embarcar todo él para distribuirlo en la gente que goza ración, y refrescar las dietas, dejando a Vms. la libertad de aplicar las gallinas en regalar a Opo, su hijo el Heri de Vegiatua, a su padrastro Titorea, y a otros de quienes Vms. hayan recibido auxilio o estén en buena amistad, contribuyendo este presente y los demás que pueden agregar de herramientas si hay existentes, o de las que haya a bordo, para que conserven con cuidado el hospicio, por si S. M. halla acertado continuar esta expedición. Quedo a la obediencia de Vms., deseando que N. Sr. los guarde muchos años.—A bordo de la Fragata Aguila, en el puerto de S. Cruz de Ojatutira, a 7 de Noviembre de 1775.—B. L. M. de Vms.—CAYETANO DE LÁNGARA.

OTRA A LOS MISMOS PP.

Muy señores míos. Por la carta que recibí de Vms. de 4 de Noviembre, en respuesta de la que les dirigí con motivo de saber cuando querían que pasase al desembarco de los víveres, quedo enterado de los fundamentos en que apoyan la resolución de abandonar el encargo a que se dirigieron.

Para arreglarme a las instrucciones que tengo del Exmo. Sr. Virrey, es preciso que se sirvan Vms. expresarme con claridad los progresos que se esperan en punto a religión y vasallaje, a Dios y a nuestro soberano o la ninguna esperanza de su reducción. Como tal vez de este informe depende la felicidad, o infelicidad de las almas de estos naturales, privando a la Sta. Iglesia de Dios el fruto y propagación de sus fieles que con la extensión del Evangelio debemos creer felices a muchos, me persuado lo harán Vms, con la madurez y cristiandad que tienen acreditado, cuando estas y otras muchas circunstancias los recomendaron justamente para elección de este destino, pues cualquiera determinación que siga a lo expuesto por Vms. estará cimentada en sus dictámenes. S. M. que Dios guarde ha consumido un caudal inmenso en las tres expediciones, y sus reales y piadosas intenciones extenderían los gastos siempre que por los medios que ha puesto ase-

guren el buen éxito deseado, o propongan los que con mejor conocimiento podrían aplicarse para lograr el intento.

Espero que Vms. lo expondrán distintamente, a fin que pueda tomar las providencias oportunas para desempeñar mi encargo exactamente, como lo requiere un asunto de tanta gravedad, libertándome de las resultas que se originen en la exposición de Vms.

Estoy a la obediencia de Vms., con finísimos deseos de servirles, y de que N. S. los guarde por muchos años. A bordo de la fragata Aguila, en el puerto de Santa Cruz de Ojatutira, a 5 de Noviembre de 1775.—B. L. M. Su muy afemo. servidor, CAYETANO DE LÁNGARA.

CARTA DE LOS PP. AL CAPITAN DE LA FRAGATA

Sr. Comandante del Aguila, Dn. Cayetano de Lángara. Muy Sr. mío. Recibimos la de Vmd. de 5 de Noviembre y enterados de su contenido respondemos con el debido respeto a lo que nos pide, es a saber; que es preciso expresemos con claridad los progresos que se esperan en punto de religión, y vasallaje a Dios y a nuestro soberano, o la ninguna esperanza de la reducción de los gentiles de esta isla de Amat. Decimos claramente según lo que hemos visto y experimentado, en el discurso de un año, que vivimos entre ellos; que en la presente ocasión y estado en que se hallan estos infieles, ningún progreso se puede esperar en punto de religión y vasallaje a Dios y nuestro soberano, ni esperanza alguna de su reducción, porque habitan estas bárbaras gentes dispersas, sin tener pueblo alguno formado, viviendo sin subordinación. No conocen justicia ni sujeción, son ladrones y atrevidos, están muy arraigados en su falso dios que llaman Teatua, en sus errores muy ciegos de entendimiento, en sus costumbres inhumanos, y sus sacrificios execrables: esta es una gente que no castiga los delitos, y quita a los inocentes la vida. En este infeliz estado, se hallan estas almas redimidas con la preciosa sangre de N. S. Jesucristo, y para sacarlos de tan lamentable estado y ponerlos en vía de salvación, no

considerando otro medio ni remedio que sujetarlos a vivir en pueblos y subordinarles a justicia, para que los ministros evangélicos pudiesen con la luz de la predicación sacarlos de las tinieblas de los errores en que están metidos, y para esto consideramos han de pasar y se necesitan algunos años antes de poder hacer los Misioneros algún fruto; porque es condición necesaria que los conversores aprendan perfectísimamente el idioma de estos infelices para poderles predicar y formar y escribir en su idioma catecismos. Y por último la apostasía en que se hallan de Nta. S. Fe católica, los dos naturales Tomás Pautu y Manuel de Amat, después de tantos beneficios como recibieron de N. Soberano, suponiendo también los auxilios que tendrían de la gracia de Dios, que a ninguno los niega, para permanecer en el estado de cristiano, y profesar nuestra S. Fe, no nos da esperanza alguna de la reducción de estos gentiles, no podemos esperar progreso alguno en punto de religión y vasallaje a Dios y a nuestro sobe rano, no habiendo los beneficios de aquellos ni haber recibido la gracia de Dios por el bautismo. Por tanto, si V md. nos hace el favor que pedimos de llevarnos a Lima, informaremos al Sr. Virrey de algunas cosas pertenecientes a esta isla.

Dios Guarde muchos años la importante vida de V md. como se lo suplicamos, en este hospicio de Ojatutira, a 6 de Noviembre de 1775.—Sus más humildes capellanes Fr. Jerónimo Clota.—Fr. Narciso González.

CARTA ORDEN

del Capitán Lángara y Duarte para que los religiosos vuelvan a Lima.—Noviembre de 1775.

CARTA ORDEN

DEL CAPITAN A DON NICOLAS TOLEDO para practicar las diligencias que se expresan.

Sr. Dn. Nicolás Toledo, Teniente de Fragata de la real

Armada.

En consecuencia de los informes que me han dado los dos religiosos que en el viaje anterior con el intérprete y un asistente, y arreglándome a las instrucciones que el Exmo. Sr. Virrey del Perú, Dn. Manuel de Amat, he resuelto que se embarquen todos, y regresen a Lima donde con más espacio informen largamente al superior gobierno, y debiendo permanecer la habitación con el mayor resguardo que sea dable, por si S. M. hallase conveniente la continuación de este asunto, conformándome con la elección de los PP., pasará Vmd. a tomar juramento al intérprete y constituyéndose en la obligación de lealmente traducir, enterará vmd. a Opo, su hijo pequeño del Heri Begiatua, y al padrastro Titorea, como a su cuidado se deja la casa de madera, porque los religiosos y demás se retiran para informar al rey, y volver con más prevenciones el año que viene, o al siguiente, asegurándoles que todos van satisfechos del buen trato, y correspondencia que han mantenido con los vasallos de S. M., cuyo mérito en todas las ocasiones le tendrá presente, y lo remunerará a proporción del que contraigan nuevamente.

A bordo de la Fragata de S. M. Aguila, en el puerto de la Sma. Cruz de Ojatutira, en la isla de Otaheti, a 9 de Noviembre de 1775.

Cayetano de Lángara y Duarte.

DILIGENCIA
practicada en virtud de la orden antecedente.

En virtud de lo que Vmd. me expresa en la que antecede, pasé a tierra, y habiendo manifestado por medio del intérprete Máximo Rodríguez al Heri Tetaunaona, a su madre Opo y padrastro Titorea, que el motivo de regresarse a Lima los religiosos era para informar al rey de la buena correspondencia y amistad que han conservado con ellos todos los habitantes de la isla, y con particularidad los nombrados, con respecto a que debíamos frecuentar la isla dentro de

diez meses, o a lo más veinte, trayendo más religiosos, y gente para quedarse con ella, se les dejaba a su disposición la habitación, y recomendada con particularidad su conservación; no son esplicables las demostraciones de sentimiento que manifestaron los tres nombrados, como los demás asistentes; en prueba de su fidelidad, ofrecieron reparar la habitación de cualesquiera avería que les sobreviniese por lo mal acondicionado de sus maderas; el Heri Tetaunaona pidió quedase en su familia el natural Pujoro y quedando consolados con la seguridad que les dí de nuestro regreso, no conocí en ellos el menor recelo de desconfianza.

A todo lo referido precedió el juramento de verdadera traducción del intérprete Máximo Rodríguez, que actué, en Santa Cruz de Ojatutira, a 10 de Noviembre de 1775.—NICOLÁS DE TOLEDO.

LA CORTE DE MADRID INSISTE EN QUE SE PROCURE LA POSESION DE OTAHITI

-1782-

A pesar de las reiteradas providencias que ha tenido el Rey por conveniente expedir en distintos tiempos, para formalizar algún establecimiento fijo en la isla de Otaheti o de Amat, y promover la propagación del S. Evangelio entre aquellos isleños, y los caudales que se han consumido en tres expediciones que se ejecutaron a este fin, se han visto frustradas las ideas de este fundado proyecto, según el último aviso que comunicó el Sr. Virrey de esos reinos Dn. Manuel de Amat en carta de 25 de Febrero de 1776 Nº 1183, en que dió cuenta de las noticias que tuvo por la Fragata de S. M. el Aguila, que acababa de regresar de aquella isla, conduciendo a su bordo los dos religiosos Misioneros Franciscanos, y otros individuos que estaban en aquel paraje; bien que expuso el mismo Virrey entonces no perdía las esperanzas del deseado objeto de S. M. mediante las buenas disposiciones que reconocía en aquellos naturales, y no obstante los

informes que dieron los citados Misioneros de su indocilidad, idolatría, y desapego que habían mostrado a la religión católica, siempre que pudieran enviarse otros religiosos de más ardiente espíritu que fuesen capaces de aprovechar lo que los otros malograron a causa de sus temores; sin dar lugar tan poco a que entibiados los ánimos de aquellos naturales, por un largo intermedio de volver por nuestra parte a aquella isla, como se les ofreció a la partida de la dicha fragata, se olvidasen del buen trato que habían recibido de los españoles, y se diese margen a que la nación inglesa, repitiese sus viajes como anteriormente lo había hecho para publicar su acción y derecho a aquellos parajes.

Quando S. M. estaba persuadido a que se hubiese vuelto a intentar la verificación de este proyecto con la moderación encargada, ninguna noticia se ha recibido por parte de V. E. ni de su antecesor, después de lo comunicado por Dn. Manuel de Amat en su referida carta, cuya inacción ha sido a S. M. muy reparable, tratándose de un asunto en que tanto interesaba su católico celo y el deseo de oviar para que en lo sucesivo las consecuencias que se seguirían de haber de establecerse los ingleses, cuyo inconveniente ha procurado evitar con las disposiciones que de hecho se pongan en práctica desde ahí, y que con tan poco tesón se ha mirado en estos últimos años. Este total abandono le ha sido tanto más sensible, después de haber entendido la noticia que se expresa en la adjunta papeleta, que ha comunicado su ministro en Dresde relativa a que el Capitán Cook llegó el 12 de Agosto de 1777 a la isla de Otaheiti, donde halló una casa de madera construída por españoles y en una cruz de la misma materia grabados el día y año en que estos habían tomado posesión de la isla, en nombre del Rey N. S. Y que el capitán Cook había hecho borrar de la cruz la inscripción española y puesto en su lugar otra en que se decía que la isla de Otaheti había sido descubierta por la primera vez el año de 1767 por el Capitán Walis, que había tomado posesión de ella en nombre del Rey de Inglaterra.

A vista pues de estos hechos, que no conviene queden

autorizados con el descuido de ese Gobierno, quiere el Rey que cuando sea posible, y sin sepultar con el olvido este asunto, envíe V. E. un sujeto de toda confianza e inteligencia a aquella isla, para que se establezca la inscripción española y borre la inglesa que puso Cook. Y que además en esto prócure V. E. volver a exijir allí la misión que huvo antes, si fuese factible como dió a entender Amat, buscando con este objeto unos religiosos que tengan sagacidad y espíritu para contrarrestar los temores de que estubieron poseídos los anteriores; pues sería lástima dejar de intentar la premeditada idea de catequizar aquellos naturales, que no se duda vengan al verdadero conocimiento de la Fe católica, siempre que los ministros que se destinen tengan el valor, dulzura y agrado que requiere su constitución, y se les presenten con prudencia para hacerles ver sus errores, y lás ventajas que conseguirían en abrazar la Religión cristiana y prestar su obediencia al Rey de España. Así espera S. M. lo ejecute V. E. y de ello y de cuanto ocurra para su verificación con arreglo a las repetidas órdenes que están expedidas sobre este asunto me dará V. E. puntuales avisos para noticia de S. M.—Dios gde. etc.—6 de Marzo de 1782.—Sr. Virrey del Perú.

Solicitud para entrar a Otaheiti del padre Hilario Martínez.

Excelentísimo Señor.

Bien pudiera V. E. calificar de inconsiderada mi resolución en el hecho de molestar la atención de V. E. si no me disculpase la gravedad del asunto y la reflexión a las obligaciones del ministerio de V. E. y a las de mi estado. V. E. es el único ministro a quien ha confiado el Soberano el cuidado de los asuntos más graves de la América. Yo soy uno de los Misioneros que S. M. destinó para la propagación del Evangelio en estas partes el año de 67; desde cuyo tiempo he visto en estos reinos la imponderable necesidad de operarios eficaces que padecen estos infieles y el cristianismo: los primeros

que no conocen al verdadero Dios, son innumerables en todo el reino. Los segundos manifiestan sin diferencia de estados, edades, sexos y clases una relajación universal y un vivir nada cristiano. El hacer un puntual estado de la observancia de la religión en estas partes sería fácil, atendiendo a la práctica noticia que de todo tengo adquirida, pero sería demasiadamente prolija mi descripción, ofendería a la honestidad, faltaría a la caridad y no se creerían mis expresiones. Solamente digo que careado el vivir de todas estas gentes con la pureza del Evangelio, parece que no hay cristiandad en las Indias. Ojalá fuese falsa y excesiva esta expresión! Pero ella es tan cierta como suena. Dejo el remedio de tanto daño al celo de los muchos prelados y ministros que tienen a su cargo el cultivo de esta viña; y solo convierto mis sentimientos a la conmiseración de los infieles de las islas de Otaheti y de Chiloé.

Si se leen los Diarios domésticos y extranjeros de Otaheti, no se necesita más para aplicarse con esfuerzo a la conquista de aquellos miserables: esta noticia y la que he adquirido de los muchos que navegaron a estas islas, me tiene en una continua inquietud y compasión. Sé que es un Archipiélago hasta ahora interminable: sé que son islas muy fértiles y sanas. Que sus gentes son innumerables muy dóciles y humanas: que desde el descubrimiento de ellas no se ha solicitado su conquista con la exigencia y formalidad debida, y no comprendo por qué motivos se ha hecho abandono de una empresa tan alta, tan justa, tan del agrado de Dios e interesante a la corona; pues aun cuando quisiese despreciarse la utilidad espiritual de tantas almas, debería reflexionarse que estas islas distan muy poco de Lima, y que ocupadas de alguna otra potencia sería tener en casa al enemigo, y cuando se quisiese desalojarle de ellas costaría mucho, o no se conseguiría. Y por lo que hace a utilidades temporales, nadie asegurará si las hay o no las hay, porque de las 22 islas que allí se han reconocido, solo han hecho pie en la última, pero sin empeño, ni proporciones de haber reconocimiento particular de sus productos, sin embargo algunos se leen en un diario fran-

cés. Yo he escrito tres veces al Sr. Virrey de Lima proponiendo esta conquista en los precisos términos de haber de formalizarse con tropa, y pobladores, uno y otro extraídos de Chiloé, menos los oficiales que deberían ser Europeos, y para ello me ofrecía yo a pasar a Chiloé a solicitar, escoger y conducir la dicha tropa y pobladores con algunos pobladores oficiales de carpinteros, herreros, zapateros, sastres, &. En lo que no hallo dificultad, respecto del mucho conocimiento que poseo de todos aquellos isleños y el amor que les debo, y que aquellos españoles se hallan bastante instruídos en el manejo de las armas, y en el servicio. Mientras se proporcionaba la respuesta del Exmo, escribí al Sargento mayor de la plaza de Valdivia, Dn. Lucas de Molina, solicitando su disposición para la formación de esta expedición en caso de concederme, cuya respuesta e instrucción incluyo para la inteligencia de V. E. Pero, hasta la fecha de ésta, aun no he recibido la respuesta del Exmo que deseo; y considerando yo que los años de poder trabajar se me van pasando, y que la necesidad extrema de aquellos miserables no se remedia, me he propuesto escribir a V. E. mis deseos.

De igual utilidad considero la expedición que desde las islas de Chiloé puede hacerse a Guayaneco, de donde en los años 78 y 79 se sacaron para nosotros algunos gentiles, a que bautizaron inmediatamente y se volvieron luego a sus tierras, acosados de la imprudencia con que se les miraba. Con esta anual expedición, no solo puede aumentarse el número de los creyentes y de los vasallos del soberano, sino también podremos desengañarnos de la sospecha muy fundada en que vivimos de que en las inmediaciones al Cabo de Hornos habita gente blanca o sea los que llaman Cesares o sea otra. Ella es de mucho trabajo, pero no muy costosa, pues nosotros hicimos las dos dichas, sin pensiones a las reales cajas, y por eso se adelantó tan poco en ellas.

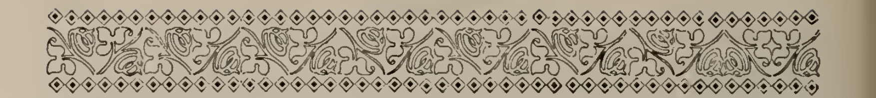
El camino que repetidas veces se ha mandado abrir desde Valdivia a Chiloé, y nunca ha tenido efecto, es uno de los arbitrios necesarios y útiles que deben mediarse en este reino; y por otra parte juzgo esta empresa no tan costosa,

como se pondera, si se dirigiese a esta forma. Suponiendo que para el intento se necesitan hombres de trabajo y tropa, y que en Valdivia solo hay tropa, y la gente de Chiloé toda es trabajadora; suponiendo también que en Valdivia no hay comida y que en Chiloé la hay con abundancia, destínense 200 hombres de armas y algunos artilleros con cañones de campaña, por la parte de Valdivia, que pueden pasar a Chiloé en un barco de la tierra, y por la parte de Chiloé prepárense los trabajadores que pueden ser indios de Calbuco, que son libres y españoles de la Provincia, previniéndolos a todos por medio de una real cédula suplicatoria, en la que se les ofrezca el real agrado, y alguna graduación o regalía ideal, (a cuyos honores son ellos muy adictos); y se conseguirá la gente que se quiera, harán la cosa bien hecha, con buena voluntad y en poco tiempo; pues no he visto en todo el Perú amor y vasallaje al soberano como en los isleños de Chiloé. Pero para mover, solicitar y comandar esta gente, es necesario un sujeto prudente, exigente, celoso y práctico, que con independencia de la tropa dirija y maneje los trabajadores que con amor y paciencia, cual juzgo a Dn. Casimiro de Vera, teniente de infantería y natural de aquellas islas, quien se ha empleado siempre en aquellas faenas, y expediciones del rey; con agrado y aprobación de todos; a este oficial puede S. M. conferir una de las capitanías de aquellas islas en primera vacante, en premio de su mérito. Para la realización tiene el Rey en Chiloé un ingeniero y un albañil. Las muchas utilidades que resultan de esta empresa son: la primera el tener Chiloé paso franco en todo tiempo para dar parte de cualquier invasión del enemigo, lo que en el día es impracticable. La segunda, la conquista de los indios Juncos y Huilinches, que están entre Valdivia y Chiloé. La tercera facilitar el paso para hacer averiguación de los Césares, que se dice que se habitan en aquellas pampas interminables. La cuarta el unir las Misiones de Valdivia y Chiloé, y poder surtirlas todas el colegio de Chillán con más fácil disciplina y arreglo, que la que tienen en el día. La quinta el tener el Illmo. de Penco paso para visitar sus islas, y pro-

veerlas de lo necesario. La sexta el descubrimiento de las minas que hay en aquel tránsito y extremo de la cordillera. Esto Señor es cuanto considero útil, y necesario para gloria de Dios, felicidad de nuestro monarca, y alivio de estos miserables. Y por lo que a mí toca, haga V. E. si es de su agrado, elección de mi corto talento para cualquiera de los tres sistemas referidos. En esta inteligencia, aunque me he separado de mi Colegio de Ocopa, no resuelvo mi último destino, mientras no conozca la mente de S. E. y lo que me ordena, cuya resolución aguarda en este convento de Valparaíso, en el reino de Chile, por mano del Sr. Gobernador de este puerto. Dios N. Señor gde. la importante vida de V. E. en toda felicidad.—Valparaíso y Enero 2 de 1884.—Exmo. Sr. B. L. M. D. V. E.—Su rendido servidor y humilde capellán.—Fray Hilario Martínez (1).



(1) El padre Hilario Martínez es uno de los quince misioneros que en 1771 pasaron de Ocopa a las misiones de Chiloé.



CONCLUSION

Las expediciones que con caracter religioso se realizaron desde el Callao a los lejanos mares de la Oceanía, siguiendo las indicaciones del rey de España y bajo la poderosa dirección del Virrey Amat, no tuvieron el éxito deseado de la conversión de los isleños a la Religión católica, y después del retiro de los padres Clota y González, quedaron aquellos indígenas sin misioneros que se interesaran por su bien espiritual y por su regeneración.

En cambio, los conocimientos geográficos obtenidos acerca del archipiélago de Otahití o de las Islas de la Sociedad, en cuyo punto realizó papel muy importante nuestro padre fray José Amich, no fueron escasos; y el padre fray Pedro González de Agüeros, en su *Colección General de las Expediciones practicadas por los Religiosos Misioneros de Ocopa*, presentada en Madrid al rey en 1786 en su caracter de procurador de Misiones, pudo incluir un mapa del archipiélago de Otahití, levantado por el padre fray José Amich.

El mapa en referencia es el sétimo de los que presentó Agüeros al monarca, y lleva el título de *Plan Geográfico de las Islas de Otahetí, situadas en el Mar Pacífico, o del Sur, en Longitud Meridional, supuesto el meridiano de Tenerife. La variación de la aguja es de 8 grados al N. E. segun la observación, y demarcación de fray José Amich.* En el mapa figuran esmeradamente demarcadas las islas: S. Simón, S. Quintín, Matutarua, Todos Santos, S. Cristóbal, Otahetí, Genuá, Guayopé Avayó, Morea, Oaginé, Mavavá, Tapuamanú, Tu-

pá, Oiatea, Aiauyú, Atiú, Tautipá, Quenuaura, Opijá, Paraporrá y Tajaá.

De este mapa y de la mano que puso en él, dice el padre Agüeros: "El año de 1772 fué comisionado el ya dicho fray Josef Amich por particular orden del Virrey de Lima Dn. Manuel de Amat, para el reconocimiento y demarcación de las nombradas de *Otahetí*, situadas en el Mar del Sur, verificólo así, puntualmente, y formó los referidos mapas con expresión de las Islas que reconocieron; y por ellos he formado éste, reduciéndole con las precisas reglas de reducción, al punto en que se halla, y graduación que se numera; y tengo tambien en mi poder el *Plan* que de los dichos formé de sola la Isla de Otahití. Los que formó el citado Religioso, me los franquearon de la Secretaría de esta Comisaría General de Indias".

Agrega el padre Agüeros que siete de estas islas fueron observadas a satisfacción por los exploradores, no así las demás; y que todas se hallan muy pobladas.

Pasa luego a narrar la ida a Otahití de los padres Jerónimo Clota y Narciso González, en 1774, su establecimiento en la mencionada isla, y las fieras costumbres de los isleños, sobre todo la de sacrificios humanos, especialmente de varones.

"Vista esta crueldad, continua el padre Agüeros, con otras muchas supersticiones, idolatrías y abusos extraordinarios; y mirándose, por otra parte solo los pobres Religiosos, entre tanta multitud de bárbaros; puede considerarse como estarían dos solos frailes sin defensa y sin amparo en lo humano. Ellos no tenían otro refugio que poner en Dios su confianza".

"El *Diario* que formaron, y presentaron a vuestro Virrey, manifiesta todo lo que vieron en aquellos gentiles, y lo que padecieron allí, viéndose precisados de estarse retirados en su habitación por los peligros en que se hallaban de perder la vida".

"El día 3 de noviembre de 1775, llegó a la referida Isla la Fragata de Vuestra Magestad nombrada la Aguila, bajo

el mando de don Cayetano de Lángara. Avisó este a dichos Religiosos, con oficio de 4 del mismo mes, que conducía en aquella ocasión los víveres para su manutención, y que le avisasen quando podrían recibirlos, para facilitar él su regreso. Contestaron los religiosos no poder recibir eosa alguna, por euanto no les era posible subsistir sin la escolta que pidieron y les ofreció Vuestro Virrey, y que no veían se lo enviase. El Comandante, vista esta respuesta, repitióles con toda atención otro oficio con fecha del día 6, y en virtud de las órdenes que llevaba, les encargó que informasen los progresos que habían hecho, así en punto de Religión como de vasallage a Vuestra Magestad, y qué esperanza habían concebido de aquellos Gentiles. Respondieron los Religiosos en el mismo día sobre todo: y al siguiente les avisó el Comandante que se aprontase para embarcarse; y el día doce se dieron a la vela para el puerto de Callao".

"Llegaron a Lima, presentáronse a Vuestro Virrey, entregáronle el *diario*, las cartas del Comandante, y sus respuestas; pero, con todo se tuvo muy a mal su retirada y que no huviesen bautizado ni a un gentil.

Mendiburu en su *Diccionario*, artículo Amat, se hace eco del disgusto habido en Lima con el retiro de los Misioneros de que vamos hablando; pues dice: «Fr. José Amich que estuvo en estas incursiones, promovió un posterior viaje que con la protección del Virrey hicieron a Otahití en 1774, los misioneros Franciscanos Gerónimo Clota y Narciso González, quienes abandonaron después la conquista espiritual, alegando pretextos, sin haber sufrido persecución alguna.»

Con todo, parece innegable que la razón estuvo de parte de los misioneros, no obstante de ser justificable también la extrañeza producida en Lima como primera impresión, en punto que tanto halagaba a esta metrópoli del virreinato, al convertirse en conquistadora y civilizadora de tan remotas regiones.

El padre Agüeros no duda en dar la razón a sus hermanos, agregando: «A la verdad, Señor, ¿qué más pudieron hacer aquellos dos Religiosos que condescender por servicio

de Dios y de Vuestra Majestad, y pasar solos a vivir en tan distante archipiélago, y cercados de tantos bárbaros, sin inteligencia de su idioma? ¿Cómo pudieran defenderse dos pobres Frailes en caso de aver tenido alguna invasión? Las esperanzas en lo humano las llevaban en los dos Neófitos; que ya dixe se bautizaron en Lima; pero éstos al punto que pusieron el pié en su tierra, se fueron con los suios, y tal qual vez venían a visitar a los Religiosos: ¿en quién, pues, podrían fiar en aquel verdadero destierro, cercados de enemigos y distantes de nuestras costas más de novecientas leguas? ¿Cómo podrían continuar sin auxilio de cristianos para que les acompañasen? Y cómo habían de administrar el Santo Bautismo a quienes no estaban catequizados; y quando ignoraban si continuarían allí? Más laudable parece deve ser que los dexasen Infieles, que no exponerlos a una evidente apostasía de la Fe.»

Prosiguiendo el padre Agüeros la defensa de los misioneros en esta coyuntura, va demostrando que no podían fiarse tampoco de la amistad con que les brindaba la mujer del Eri, siendo así que estas amistades duran lo que duran los regalos; que eran temibles los sacerdotes del lugar que habían cobrado gran odio a los misioneros como émulos suyos, etc.

Si los misioneros Clota y González hubieran tenido el temple de los grandes héroes, para quienes morir es felicidad, tal vez habrían podido permanecer en Otahití; pero ésto no era lo que se podía exigir de ellos, mirando las cosas con las reglas de la prudencia ordinaria.

El padre Agüeros concluye este punto diciendo: «Con todo ésto, no ha estado el citado colegio de Ocopa en ánimo de que quedasen abandonadas tantas almas en dichas islas, y por tanto, el año de 1777, escribió el Guardián de él Fr. Joséf Sánchez, al Prelado Comisario General de Indias, para que hiciese presente a Vuestra Majestad que por nuestra parte havían Religiosos que estavan prontos a pasar a ellas, si así se mandase, y fuese Vuestro Real agrado.»

«Dignas son de compasión tantas almas, expuestas al

peligro de la condenación eterna, y más quando ya han sido rcconocidas. Si allí pasara una pequeña guarnición, y éstos fueran hombres casados que llevaran sus mujeres, para que al mismo tiempo que sirvieran de pobladores, y enseñaran a los Gentiles el cultivo de las tierras, estuvieran también para defensa en caso de alguna rebelión: no dudamos se establecería reducción. Sabemos la fertilidad de aquellas Islas, el ingenio y abilidad de sus naturales, pues hemos visto sus texidos tan prolijos, y otras obras curiosas de sus manos, que de todo ello se ve también en esta Corte en vuestro Real Gabinete de la Historia natural.»

Años más tarde aquel archipiélago quedó bajo la soberanía de Francia; y nuestro ilustre padre ecuatoriano fray Vicente Solano, entre los preciosos artículos saturados de singular ingenio que contienen los cuatro volúmenes de sus obras, consagra uno a *La Isla de Otaiti*. Recuerda con palabras de Chateaubriand su primitiva molicie, describiendo a los otaitianos vestidos con una tela de la corteza de higuera, viviendo en casas fabricadas de hojas de moral, sostenidas por pilares de maderas fragantes, navegando en canoas dobles con velas de junco y banderillas de flores y plantas: donde había sociedades y bailes dedicados a los placeres y canciones y dramas que celebraban el amor, y todo manifestaba la molicie de la vida, acostándose cerca de los arroyos, para aprender en sus ondas la pereza, y hallando leche y pan en las ramas de los árboles, que les eximían de afanes para vivir.

Pero agrega el padre Solano de su propia cosecha: «¿Quién habría creído que esta isla, donde ha reinado la molicie, se transformase en un país virtuoso y lleno de una tranquilidad religiosa? Los trabajos de los evangelizantes han tenido allí un resultado muy feliz, según la relación que hizo el ministro de la marina de Francia, el almirante Duperray. Cuando llegó éste a la isla de Otaiti en el mes de Mayo de 1823, se sorprendió por no ver ninguna de aquellas muchas canoas llenas de mujeres que salieron a recibir los buques de Willis, Bougainville, Cook y Vancouver. Era el caso

que toda la población, compuesta de más de 700 almas, se hallaba reunida cerca de la iglesia, con el objeto de asistir a los oficios divinos y deliberar sobre un código de leyes...... La idolatría estaba arruinada, su religión era la cristiana, y por consiguiente las mujeres habían abandonado el vil tráfico de ofrecerse a los extranjeros. La poligamia, que antes era tan dominante, llegó a abolirse; el rey fué el primero que se limitó a no tener más que una mujer. En suma, ya no se veían los sacrificios humanos, y ciertas abominables sociedades que hacían estremecer al pudor y la humanidad.—¡Oh religión, ¡cuánta felicidad proporcionas a los hombres! (1)



(1) *Obras del Padre Fray Vicente Solano*, por Antonio Borrero, T. II. pág. 292.

SEGUNDA PARTE

Lo que hicieron y padecieron Fray Francisco del Pilar, del Colegio de Ocopa, y otros misioneros en la fundación de numerosas conversiones en Bolivia

COLEGIO DE LA PROPAGANDA FIDE

—DE—

Los Padres Menores Observantes de Tarija

NOTICIAS HISTORICAS

POR EL P. CEFERINO MUSSANI

MINIMO OBSERVANTE, MISIONERO APOSTOLICO,

(Tomadas de un manuscrito del Padre Antonio Camajuncosa)

1755-1810



PROLOGO

A LA SEGUNDA PARTE

Llevamos dicho en el capítulo vigésimo octavo del tomo segundo, que el padre Alejandro Corrado, misionero de Bolivia, publicó en 1884 una relación histórica de las misiones de Tarija con el título: «El Colegio Franciscano de Tarija y sus Misiones, noticias históricas recogidas por dos misioneros del mismo Colegio.» Que estos dos misioneros eran el padre Antonio Camajuncosa y el mismo padre Corrado.

Del padre Camajuncosa dice el mencionado historiador que «escribió en 1810 y tenía destinado para la prensa un *Manifiesto histórico de lo que han trabajado los misioneros del Colegio de Tarija* etc.; que el *Manifiesto* abarca solo un período de 55 años, es decir desde 1755 hasta 1810; y que para dar una historia completa del Colegio de Tarija era preciso continuarla, etc.

Del citado *Manifiesto* agrega el padre Corrado que «quedó escondido y casi olvidado entre los papeles del archivo del Convento. Hoy finalmente después de 73 años, se pensó en sacarle a luz (1).»

De estas palabras del padre Corrado debería deducirse,

---

(1) Al que leyere.

aunque no es creible, que no llegó a conocer las *Noticias históricas por el padre Ceferino Mussani, mínimo observante, misionero apostólico*, juntamente con el *Compendio Histórico* de nuestro padre Amich, formando un volumen, editadas en París, librería de Rosa y Bouret, 1854. Y digo debería deducirse que no las llegó a conocer, porque de las *Noticias* del padre Mussani son el *Manifiesto* del padre Cajamuncosa, aunque *cercenado*, mediante la omisión de las ampliaciones del manifiesto original. Esto no lo confiesa el padre Mussani, aunque debía haberlo hecho; y solo de nuestra cuenta se han agregado en la portada de las *Noticias* aquellas palabras: *Tomadas de un manuscrito del padre Antonio Camajuncosa.*

El padre Ceferino Mussani de quien hablamos es sin duda alguna el padre Zeferino Muzzani de quien hace mención el padre Corrado en la página 383 de su obra colocándolo en el número de los prefectos de misiones.

Al insertar en nuestro trabajo estas *Noticias*, que tanto glorifican a fray Francisco del Pilar, creemos seguir una corriente justa y tradicional, imitando el ejemplo de los editores del padre José Amich en 1854.

Dice el padre Corrado que el manuscrito del padre Camajuncosa comprende los años que van desde 1755 hasta 1810: ese período corresponde también a las *Noticias* publicadas por el padre Mussani, y coincide con la actuación en Bolivia de nuestro hermano fray Francisco, que empezado en 1755, se prolonga hasta su santa muerte en 1803.

El colegio de Ocopa tuvo la gloria de haber dado comienzo a las misiones tan benéficas de Tarija, enviando allá un personal selecto, señaladamente al padre Manuel Gil, que miró siempre con grande predilección aquellas misiones. El padre Gil, que obtuvo entre nosotros el mérito del martirio, al emprender viajes a los alzados indígenas con peligro inminente de la vida, sostuvo una labor análoga en las misiones de Tarija.

La parte que en este punto corresponde a Ocopa, lo siente y describe con entusiasmo el padre Corrado en los párrafos siguientes:

«En el valle de Jauja, diócesis de Lima (1), junto a una aldehuela de indios llamada Ocopa (2), habíase establecido desde 1724 un Hospicio de Misioneros bajo la advocación de Santa Rosa. En él hallábase a la sazón reunido un crecido número de fervorosos frailes, que acababan de llegar de España con el santo anhelo de ganar almas y propagar el Evangelio. De ese semillero de héroes escogió el mencionado Comisario (Soto y Marne) diez y nueve religiosos, que viniendo a Tarija iniciasen en este convento aquella vida apostólica y rígida disciplina, que para los Colegios de Misioneros prescriben las Constituciones Pontificias.»

«Entre los destinados a la ardua empresa distinguíanse en virtud y celo el aragonés Manuel Gil, el catalán Alejo Forcadell, sacerdotes, y el humilde lego fray Francisco del Pilar, que después se hizo tan insigne por sus evangélicas conquistas entre los Chiriguanos. A los electos por el Comisario agregáronse otros religiosos más, hasta completar el número de veintiseis. Jefe de todos venía el padre fray Francisco Escribano, natural de Castilblanco en Extremadura, maestro en Teología, varón dotado de eximia piedad, y celosísimo de la más severa observancia.»

«Gozosos salieron de Ocopa los nuevos Apóstoles, y llegados por el mes de julio al Cuzco, presentáronse al Ministro de la Provincia P. Pedro Domínguez, pidiendo su beneplácito y bendición para pasarse a este convento. Luego, seis de ellos marcharon desde allí a las Misiones de Apolobamba, distantes unas doscientas y cincuenta leguas, donde con celo apostólico trabajaron tres años enteros para hacer felices a aquellos pobres indios con el beneficio de la civilización cristiana. Fueron estos como las primicias de tantos misioneros, que después salieron de este Colegio, llevando la luz del

(1) Jauja pertenece a la diócesis de Huánuco y no a la arquidiócesis de Lima.

(2) Hoy Santa Rosa de Ocopa es cabeza de distrito (1923).

Evangelio a las naciones bárbaras, que habitan estas fronteras.»

«Desde el Cuzco dirigióse el P. Guardián Escribano a Chuquisaca para besar las manos al Ilmo. Prelado de la Arquidiócesis y cumplimentar a los Srs. de la Real Audiencia. Los demás siguieron su marcha; y a últimos de Setiembre, cuatro de ellos llegaron finalmente a Tarija.»

«¡Cuál sería la sorpresa y aflicción del P. Gil y sus compañeros, cuando poniendo el pie en este convento, le vieron tan ruinoso y descubierto! Casi desmayaron. Pobres, sin recursos, sin relaciones, en un convento medio destruído y cargado de deudas, ¿qué partido debían tomar......? Estuvieron vacilantes por algunos días; hasta que, reunidos en consulta, deliberaron arrojar sus esperanzas en Dios, y entrar en posesión de esta pobrísima casa. Era el día 14 de Octubre de 1755.»

«Por noviembre el estrechísimo y pobre convento de Tarija abrigaba a veinte religiosos, y tan abundantemente provistos, que del alimento diario sobraba para repartir a los pobres en la portería (1).»

Como ya lo hemos insinuado, a la fundación de Tarija concurrieron en aquella coyuntura religiosos de esforzado espíritu, acostumbrados a unir las obras de celo con la más severa observancia de la vida regular; pero entre ellos hubo uno especialmente escogido por Dios para esparcir el perfume de una extraordinaria santidad entre los fieles y para ejercer un atractivo más vivo y eficaz entre los salvajes: este era el hermano lego fray Francisco del Pilar.

La necrología del colegio de Tarija (2) dice de él: «En el año del Señor de mil, ochocientos tres, en el día diez y nueve del mes de Marzo, a las dos de la mañana, murió en la co-

---

(1) La obra citada, pág. 29 y sig.

(2) Padre Corrado, obra citada, pág. 551.



TARIJA—Panorama céntrico de la ciudad.





TARIJA—Escuela franciscana





munión de la S. M. Iglesia, y después de haber recibido los SS. Sacramentos de Penitencia, Viático y Extrema Unción, el ejemplar religioso lego Fr. Francisco de la Virgen del Pilar y Zapater, en la reducción de N. P. S. Domingo de Tapuitá de indios Chirignanos; y el mismo día, por la tarde, fué enterrado su cuerpo, puesto en una caja o ataúd de madera, en la capilla de dicho pueblo, en medio, al pie del presbiterio; siendo de edad de setenta años, siete meses y diez días. Eran sus padres vecinos de Epila, siete leguas distante de la ciudad de Zaragoza en el reino de Aragón, y por haber venido su madre a esta ciudad, lo dió a luz en ella, en el día veintinueve de Agosto, de mil, setecientos y treinta y dos; y luego volvieron a Epila, donde vivían. El año de mil, setecientos cincuenta y uno se embarcó, y vino de España en hábito de donado para el colegio de Santa Rosa de Ocopa, donde recibió el hábito y capilla para religioso lego, el día 24 de Agosto de 1753; y profesó el día 25 de Agosto del año inmediato de cincuenta y cuatro. Y nombrado para venir a este colegio de Ntra. Sra. de los Angeles de Tarija con sus PP. fundadores, llegó a él el año de cincuenta y cinco: y destinado a las misiones y conquista de los indios Chirignanos y Chaneses de la cordillera de Sauces, hizo tantos progresos, que fundó diez y siete misiones; es a saber, Pilipili, Acero, Abapo, Florida, Mazaví, Igmiri, Tacurú, Zaypurú, Parapiti, Obaig, Piriri, Igüirapucuti, Tacuaremboti, Tapuitá, Tayarcuda, Yti y la Tapera. La grande caridad, paciencia, celo y afán contínuo que ejercitó para el bien de los indios, y el raro ejemplo, que dió en la villa de Potosí, ciudad de la Plata y otros lugares, le mereció la fama de varón santo. El había hecho voto de morir entre los indios, y Dios se lo cumplió para su mayor mérito.»

Por sus acrisoladas virtudes mereció fray Francisco del Pilar el renombre de *el Padre Santo* entre los indígenas a cuya conversión dedicó su vida, y aún en las ciudades de Santa Cruz, Potosí, Chuquisaca y Tarija.

Por lo que dejamos consignado trascribiendo la necrología de este varón portentoso, y teniendo en cuenta las diez y siete misiones que fundó, se vé que la historia de las misio-

nes de Tarija en la mitad de su primera centuria se desenvuelve al rededor de las iniciativas de fray Francisco del Pilar. Por lo mismo, el trasunto que el padre Mussani hace del padre Camajuncosa y que a continuación verá el lector, no es en buena cuenta sino la narración de los hechos apostólicos de este religioso y misionero.





TARIJA—Iglesia de San Roque





CAPITULO PRIMERO (1)

PRIMERAS MISIONES DE INFIELES

En los países en que los infieles se han visto mezclados con los cristianos, o próximos a ellos, nada se oponía tanto a la conversión de los primeros, como la mala vida de los segundos. Por eso nuestros misioneros obraron prudentemente comenzando a reformar por medio de la predicación la vida de los cristianos, antes de enseñar la doctrina de Jesucristo a aquellos que no habían entrado todavía en el gremio de la Iglesia.

Entre estos la principal y la más esparcida es la nación Chirignana, puesto que se estiende desde la villa de Santa Rosa, paralela con la primera misión de Chiquitos, hasta mas allá de Santa Cruz de la Sierra por el norte, hasta el río Vermejo al sud; y desde las cercanías de la ciudad de Laguna al oeste, hasta los arenales confinantes con la misión de San José de Chiquitos al este: esto es, desde los 17°, 13 m. a los 22°, 18 m. de latitud, y desde los 314°, 12 m. a los 317°, 55 m. de longitud. Hállanse entre los Chirignanos, poco diferentes de ellos, los Chanesos. Las tribus que confinan con las nombradas son: al medio día los Motacos y los Mataguayos (aquellos tienen una sola misión cerca de la Nueva Oran: algunas familias de los últimos se encuentran en la misión de Salinas); al sudeste estan los Tobas; al este con otras gentes

---

(1) Divídense en capítulos los párrafos no numerados del padre Mussani.

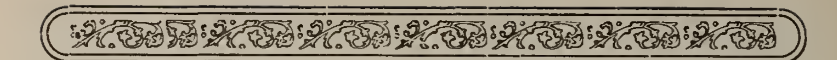
diversas, los Guaycuros; al nordeste la provincia de Chiquitos; al norte los Sironos y los Yuracares; al oeste los antiguos cristianos del arzobispado de la Plata y del obispado de Santa Cruz de la Sierra, de Salta y de Tucumán.

Todos estos bárbaros inspiraban la más profunda piedad en el ánimo de los misioneros; por lo cual, sin que pudiera contenerlos ni la ferocidad, ni el odio excesivo que aquellos infelices abrigaban contra el cristianismo, como tampoco las vanas e infructuosas tentativas hechas por estos para convertirlos, se consagraron con toda su alma a la árdua empresa de enseñarles la única fe de guía al cielo. Antes de entrar en el colegio de Tarija sus primeros habitadores, pasando por Cuzco, se dirigieron a Apolobamba, a siete leguas de distancia, donde algunos de ellos catequizaron a aquellos bárbaros durante tres años; y en el de 1757 fueron a Tarichea, a treinta leguas de Tarija (misión fundada por los jesuitas en 1690, y destruída por los bárbaros en 1727) lugar habitado por los Chiriguanos; a donde llegando por ásperos caminos con una lluvia incesante y suma escasez de víveres, se vieron repentinamente consolados por una benévola e inesperada acogida, por el permiso de construir una capilla y de bautizar a los niños, y finalmente por el vivo deseo que mostraron aquellos infelices de ser instruídos en nuestra fe. Pero la inconstancia de su caracter, y las seducciones de otros indios hicieron desvanecer las halagüeñas esperanzas concebidas. Lo mismo sucedió con los Garapatos a siete leguas de Tarichea, los cuales pidieron un misionero; le permitieron bauti- a algunos niños moribundos, y poco despues le obligaron a marcharse en 1757. Finalmente, la caridad de los generosos ministros de Dios se vió coronada del éxito mas feliz. Pero para poder comprender cómo penetraron estos entre los Chiriguanos y Chanesos de la cordillera de Sauces, y cómo por obra suya progresó la fé hasta cerca de Santa Cruz de la Sierra y del río Paraguay, es menester ante todo ver cuánto habían trabajado otros antes que los nuestros arribaran a aquellas comarcas.

La cordillera de Sauces está al este de la ciudad de la

ciudad de la Plata, a distancia de setenta leguas. El arzobispo don Juan Queipo de Llamos y Valdés, deseoso de convertirlos, ordenó a don Cristóbal Nuñez a título de misionero de la citada cordillera. Este trabajó allí veintiocho años; pero en el de 1728 los indios entraron en el pueblo que el celoso sacerdote había edificado, destruyendo, matando y aprisionando. El sacerdote huyó y todo su trabajo fue perdido. En 1745 de la parte de Santa Cruz vinieron algunos Chanesos a Laguna, residencia del corregidor de Tomina, a pedirle protección contra los Chiriguanos que los molestaban y los amenazaban, y la obtuvieron a condición de que se convertirían al cristianismo. Libertados por el auxilio de los Laguneses, alcanzaron para su residencia el lugar de Pilipili. Establecidos, allí hubieran formado con el tiempo una colonia cristiana, si sacerdotes de Cristo los hubiesen cultivado como era debido. Pero se hizo poco al principio. nada en lo sucesivo, y se acabó por no ocuparse de ellos más que para cobrar anualmente los diezmos para aquel que solo alegaba los derechos de pastor para esquilar a las ovejas sin cumplir su deber de apacentar el rebaño. Aconteció de esta suerte que aquellos bárbaros en vez de amor, alimentaron en sus pechos odio contra los cristianos, llegando a amenazarlos mucho tiempo con exterminarlos. El peligro se acrecentó con la llegada de muchos indios capitaneados por el feroz Chiudica; visto lo cual, el corregidor de Tomina recurrió (1757) a la real audiencia para que proveyese a la seguridad de los habitantes de Laguna, Villar y Sopancos. Al mismo tiempo el síndico apostólico del colegio de Tarija pedía para nosotros el puesto peligroso de Pilipili, para poder predicar en él el Evangelio. Así creyó aquel magistrado que satisfacía dos necesidades, autorizando, como lo verificó (1758), al guardián del nuevo colegio de Tarija a enviar a sus religiosos, los cuales, convirtiendo a los bárbaros, los amansaron y redujeron a la sumisión civil.





CAPITULO II

LA MISION DE PILIPILI

En 1758 partieron para Pilipili dos de nuestros sacerdotes y un hermano convertido; pero al llegar a Laguna tuvieron noticia de la porfiada obstinación de Chiudica, y volvieron camino atrás. Tres veces más en los años subsiguientes volvieron al asalto los buenos padres de Tarija, y otras tantas inutilizaron las tentativas de su inextinguible caridad la resistencia tenaz y la dureza de aquellos bárbaros. Pero no por eso desmayaron; y para abrirles las puertas de aquella ciudadela inespugnable de felicidad, Dios quiso servirse, no de la sabiduría de un sacerdote, sino de la humildad de un converso, del hermano Francisco del Pilar.

Entro éste en Pilipili en agosto de 1765, y permaneció allí hasta junio del 66. Cuánto sufrió en los diez meses, ni se puede referir ni siquiera imaginar. Empeñóse a todo trance en gozar del consuelo inefable que sienten las almas santas con la salvación de los hombres; quiso permanecer allí para tentar todo medio de iluminar con la antorcha de la fe aquellas inteligencias sumidas en las tinieblas, y ablandar aquellos corazones empedernidos con la unción de la caridad. Y habitó aquel lugar sin que le quedara más esperanza que la que viene de Dios: allí permaneció solo e inerme en medio de salvajes furibundos, como cordero errante en el bosque, aturdido con los aullidos de las fieras; allí permaneció a la vista de los trabajos, objeto de las injurias, que le prometían quizá una trágica catástrofe. No tenía para alimentarse más que un poco de grano; una mal construída cabaña, ¿qué di-

go? un simple albergue que apenas lo defendía del rocío, era su vivienda; por lecho la desnuda tierra con una poca paja. Acomodado tan pobremente le asaltaron las tercianas sin tener quien le asistiera ni curara, y él en los intervalos de la fiebre pasaba a vado el vecino río, visitaba los enfermos, servía como un liberto o un esclavo a los sanos, llevándoles agua y leña, y ayudándolos en las faenas domésticas, aun las más humildes. Estos servicios eran pagados con violentos insultos o mandatos ásperos llegando a veces hasta el punto de espelerlo. Hubo vez que corrió peligro de perder la vida, debiendo su salvación a inexperado auxilio de gentes menos duras. Uno, por desahogar su cólera, lo hirió un día gravemente en la cabeza; pero él desarmaba la ferocidad de los unos y los otros con la mansedumbre y la resignación cristiana. Algunos meses después de haber llegado a la brutal colonia, le vendieron en cambio de frutas que se había hecho traer, una ruinosa cabaña, abandonada por aquellas gentes por haber enterrado en ella algunos muertos. Apenas se había acomodado en ella, comenzaron a molestarlo sus antiguos poseedores, hasta que se hacían pagar nuevamente el precio de ella. Después de sufrir tantas molestias, logró de algunos capataces que le permitieran fabricarse una casilla. Cuando la tenía medio hecha, los malvados le intimaron que la abandonara y partiera inmediatamente, diciéndole que de ningún modo se harían ellos cristianos. A lo cual respondió el santo fraile: «Si no queréis haceros cristianos, ¿quién os obliga a ello? ¿Por qué os irritáis conmigo? ¿Por qué me echáis de aquí? ¿No he asistido yo a vuestros enfermos? ¿No os he servido siempre y fielmente a vosotros mismos? ¿No me disteis vosotros mismos licencia para fabricar esta humilde morada?» Palidecieron los bárbaros y le permitieron que se quedara. Pero ¡ay! las fatigas y los malos tratamientos lo postraron, y volvió a caer enfermo más gravemente que la vez primera.

Dios prueba a sus siervos, pero no los abandona. Supo el estado del pobre lego el padre Forcadell; fué a visitarlo, y permaneció con él ocho días. Partió y envió al padre Tomás

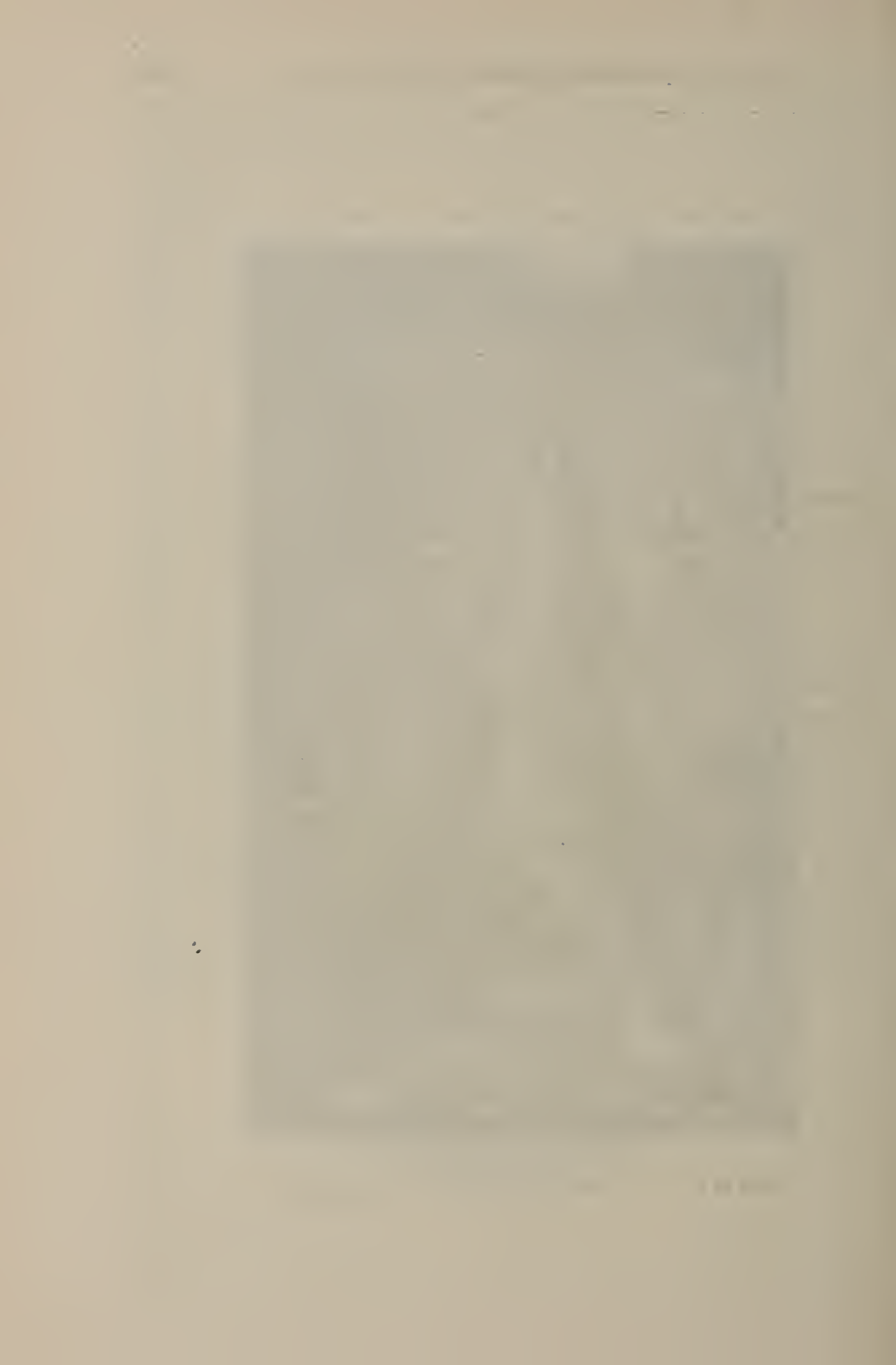
Anaza, con el cual el hermano Francisco del Pilar, ya convaleciente, dió principio a la misión; y tanto hicieron, y tanto soportaron, que por de pronto lograron bautizar algunos niños; luego vieron aquellos pechos de bronce palpitar agradecidos a los servicios y buenos oficios que pródigamente les prestaban los buenos frailes; de suerte que deseando en cierto modo congraciarse con ellos, les presentaron un día dos jóvenes de las primeras familias para que se casaran con ellas. La propuesta era como de bárbaros; pero inspirada por la gratitud, los religiosos respondieron que ellos no pensaban en otra cosa que en salvarlos, y que su mismo ministerio les impedía el conocer mujeres. Semejante respuesta sorprendió tanto a los bárbaros, que enmudecieron maravillados, pero al mismo tiempo comenzaron a creer en sus palabras, y se dispusieron a recibirlos como maestros de la vida eterna.

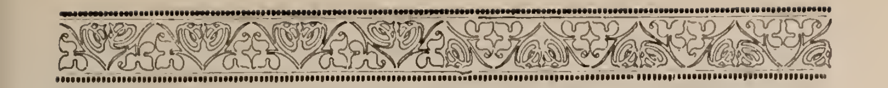
Informado de esto don Pablo de la Parra, corregidor de Tomina, vino a conferenciar con los misioneros acerca del modo de hacer progresar la misión de Pilipili, y fué resuelto de común acuerdo el fabricar una capilla para la celebración de los misterios divinos, con el objeto de que nuestro sublime culto hiriese los sentidos de los toscos salvajes, y el divino Redentor bajando a aquella inculta tierra, difundiese en ella el omnipotente socorro de su gracia. Así se hizo; y después de diez años de constantes trabajos y fatigas, Pilipili se convirtió en la agregación más numerosa de infieles que hayan alistado jamás nuestros misioneros bajo la bandera del Crucificado.





TARIJA—Caída de agua en Jurina





CAPITULO III

MISIONES DE AZERO

El pueblo de Azero se había formado en 1752 con indios Chanesos, separados de los de Pilipili a consecuencia de la ruina que había producido el desbordamiento del cercano río. Hállase situado Azero a los 19° 16 m. de latitud, y a los 314°, 45 m. de longitud en una risueña y espaciosa llanura, sombreada por antiguas selvas y bañada por un río de abundante pesca, que engrosándose con muchos afluentes, y uniéndose después con el Guapay y el Mamoré, va por fin a desembocar en el mayor de los ríos, que es el río de las Amazonas. El clima es dulce: en los bosques se encuentra la quinina y la quina blanca, el cedro y otros árboles preciosos; además ciervos, tigres y otras fieras, con mucha variedad de aves. La tierra produce grano, arroz, legumbres y hortalizas. Pero ¿para qué tanta benignidad de la naturaleza, donde faltaba el principio de la verdadera felicidad, la religión de Cristo, que mejora al hombre aquí abajo, y lo lleva luego a la vida eterna?

El padre Tomás Anaza, el hermano Francisco del Pilar y el hermano Manuel Picoto, acompañados por un neófito, jefe de bárbaros, Pedro Romi, resolvieron tentar la conversión de Azero, y llegados allí trataron de erigir una capilla y una casita, esperando saber entre tanto lo que los bárbaros dirían y harían con ellos en este intermedio. Pero apenas habían puesto manos a la obra, los bárbaros lo destruyeron todo, insultándolos a ellos mismos con aspereza, y echándoles la culpa de la sequía que sufrían. Volvióse Romi a Pilipili:

los religiosos se quedaron. Con obras de caridad y con insigne mansedumbre apaciguaron primero la furia de los bárbaros; volvieron a emprender la fábrica de la casita y del oratorio, el cual fué inaugurado solemnemente por el padre Tomás Anaza en noviembre de 1767. El caudillo Chiudica, molesto hasta entonces a los nuestros, e indomable, de repente (¡cosa milagrosa!) de león convertido en cordero, comenzó a asistir diariamente a misa, exhortando a los demás a que lo imitaran, hasta que llegando a su extrema hora, y después de pedir con mucho fervor el bautismo, espiraba con la tranquilidad del inocente el 24 de agosto de 1768.

Sucediendo Guaricaya en la autoridad a Chiudica, heredó también la primitiva ferocidad de éste. El odio que profesó, y las persecuciones que desplegó contra los misioneros fueron tales, que indefectiblemente hubieran sucumbido a sus rigores, si el amparo manifiesto del cielo no los hubiera salvado. Pero los crueles propósitos del bárbaro fueron vencidos por la virtud de los nuestros: hasta que vencido todo obstáculo, y amansada la dura índole de aquel pueblo, la caridad cristiana recogió el fruto de sus largos padecimientos. Desde 1767 a 1810 recibieron el bautismo mil novecientos noventa y siete infieles, y murieron en la comunión de la Iglesia de Cristo ochocientos adultos y setecientos niños.

Mientras que se trabajaba con tan buen éxito en Pilipili y Azero, el padre Baltasar penetraba hasta el centro de los Chiriguanos. Así recorrió el valle habitado de Ingre, predicando la doctrina cristiana, aunque sin otro resultado que bautizar a muchos párvulos y dos adultos moribundos, instruídos apresuradamente en la ley de Cristo. No sucedió lo mismo en el gran valle de Guacaya, situado al levante, a distancia de setenta leguas del colegio. Fué su apóstol el padre Gerónimo de la Peña, natural del Paraguay, hombre muy versado en el dialecto Guarani, que es el de los Chiriguanos. Fue allí en 1765 con algunos naturales del país que se hallaban por acaso en Tarija. Entrado en el valle de Vacharetig, penetró hasta su capital, y residió en ella diez y nueve días. Llevado a la presencia del caudillo, y diciéndole a éste que

los indios del Paraguay eran sus parientes, y que vivían bajo la religión de Jesucristo muy contentos, despertó tanto deseo de verlos en su auditorio, que lo condujeron al río Pilmucayo para examinar si era navegable. Él dijo que la navegación era posible, pero que debían atravesar por pueblos feroces que se opondrían a su pasaje. Volviendo atrás corrió mucho peligro de perder la vida: he aquí como. Encontróse casualmente con una india, presunta hechicera, y desfacedora de males, llamada Algharsobal, a la cual fueron a pedirle que hiciese de modo que lloviera, pues sufríase una sequía que atribuían ellos a algún encanto de los Españoles. Preguntaron los paisanos al religioso que cuando llovería. Y él sonriendo contestó: preguntádselo a esa; y si ella no lo sabe, preguntádselo a vuestros dioses. Por mi parte puedo deciros, que vosotros despreciáis a mi Dios, porque dais crédito a las extravagancias de esa astuta mujer. Y aprovechó la ocasión de probarles que querían ser engañados, porque escuchaban las imposturas de la hechicera.—¿No nos tienes miedo?: le preguntaron los partidarios de la bruja.—Yo solo temo a Dios, replicó el misionero, pero no a vosotros; pues como véis, he venido con seguridad hasta aquí sin que nadie me haya tocado un cabello de la cabeza. Dicho esto se retiró. Pero entrada la noche, trataron de asesinarlo. El jefe que le había dado hospitalidad, tuvo noticias vagas de la trama, y se entristeció sobre manera; los de su casa lloraban; su hermano, hombre resuelto, reunió gente para resistir a los asesinos, pero fuese temor de ser escarmentados, o particular favor del cielo, los enemigos se tranquilizaron, y no hicieron ninguna tentativa.

Preguntó un día el capitán al misionero quién era su Dios; y él se aprovechó de esta ocasión para explicarle algunos puntos de las creencias católicas; oído lo cual, el capitán añadió que quería ver el Dios de los cristianos que era tan grande y tan amante de los hombres. Replicóle el religioso que no era posible ver a Dios con los ojos corporales, pero que se podía ver cierta imagen representativa de lo que El es, y de lo que El hizo: insta el bárbaro que por lo menos se

le manifieste semejante imagen. Y el fraile entonces sacando un cuadrito de la Virgen: «vé, le dijo, a esta señora con este niño en sus brazos: esta es la Madre de nuestro Dios, que se hizo hombre por amor de los hombres»: A tales palabras el buen indio se prosterna, y con todo su grosería pidió a María larga vida, robustez, prosperidad y buena cosecha. Luego entró en casa, trajo el bastón de mando, y poniéndolo a los pies de la santa imagen, le dice que ella debe ser de allí en adelante la capitana de toda su gente, pero que quería guardarla en su propia casa.—No, respondió el misionero; éste ahumado tugurio no es digno de tan excelsa Señora. Entonces todos los circunstantes resolvieron unánimemente que le edificarían una morada mejor, obligándose, los unos a cortar la madera, los otros a traer las cañas, los niños a hacer cuanto les fuera mandado, las muchachas a hacer la provisión necesaria de agua para la obra. Entre tanto, daban mucha prisa al franciscano para que las cosas fueran ejecutadas con la mayor prontitud. Pero él, conociendo la índole variable de los bárbaros, prometió que les prestaría auxilio en tiempo oportuno. Contentóse pues por el momento con bautizar algunos niños que se le presentaron con este objeto, aunque no sin recibir la promesa de que los padres les enviarían a la misión próxima para que se instruyeran en los deberes cristianos.

Catorce de ellos murieron de allí a poco, y lo mismo sucedió a un anciano, quien apenas recibió la vida de gracia, pasó súbitamente a gozar de ella en la gloria eterna.

Despidiéndose de ellos, tomó el camino que guía al valle de Abativa, poblado de mucho número de infieles, que le salían al encuentro presentándole sus hijos para que los bautizara. Setenta y siete de estos bautizó. Rogáronle que hiciera llover, y él les dijo que se lo pidieran a Dios y a la santa Virgen su Madre por intercesión de aquellos inocentes que se habían convertido en sus hijos carísimos. Así lo hicieron, y la noche próxima llovió abundantemente. Siguió su camino hasta Sauces, hasta que después de muchas fatigas, trabajos y dificultades vencidas, entró en Chuquisaca para poner en

conocimiento de la real audiencia la buena disposición en que para hacerse cristianos estaban las poblaciones que había recorrido. Y ya se preparaba a volver al punto de donde había venido, cuando una fiebre aguda lo privó en poco tiempo de la vida en 1767, estinguiendo por entonces las esperanzas concebidas de convertir a los indios de Guacaza, de Vacharetig, de Tareiza y otras muchas gentes.

Si la relación de estos hechos es consoladora para un lector cristiano por su sencillez, lo que sigue es doloroso, aunque no sin gloria para la caridad de los misioneros. Enternecido el guardián de Tarija por la buena disposición de los bárbaros, envió el 11 de julio de 1790 a dos religiosos de particular bondad, los padres Joaquín Beltrán y Francisco Mendiola, los cuales tomaron la vía de Salinas con intención de pasar al valle Guacaza, ignorando que no era aquella sazón buena para ir a aquel país. Había tenido lugar una escaramuza entre indios y cristianos establecidos cerca de allí, en la cual los primeros habían muerto a dos adversarios suyos, y recogido algún botín. Noticioso tardíamente el guardián de este suceso, les despachó un mensajero para que retrocedieran; pero los padres, deseosos de llegar pronto, estaban ya a mucha distancia. Haciendo largas jornadas hasta fines del mismo mes, llegaron a la tierra de Ticazia, situada en el citado valle de Guacaza, y se vieron acogidos humanamente. Al día siguiente fueron visitados por algunos jefes de la tribu, que les prometieron oir la misión, y fabricar una casa con una capilla; pero bajo las dulces apariencias se ocultaba la pérfida traición. En la mañana del inmediato día, aquellos verdaderos bárbaros, convertidos de huéspedes en asesinos, asaltaron a los descuidados misioneros, despojáronles de cuanto tenían, y hubieran perecido en sus manos, si no hubieran evitado la muerte con la fuga. Vacilantes, inseguros, fatigados, enfermos, después de errar largo tiempo por tierras desconocidas, confiaron en que hallarían un poco de reposo en un pueblo que descubrieron en frente de ellos; pero una milla antes de llegar a él, aparecen repentinamente dos indios, los cuales los desnudan del todo, y tiran una lanzada

al padre Mendiola que se libró del golpe como por milagro. Huyen de nuevo, sufren nuevos trabajos, hasta que agotados de cansancio, afligidos por el calor, el frío, el hambre y la sed, llegaron al cabo de sietc días a la misión de Salinas, desde donde regresaron a su colegio el 20 de agosto del mismo año.





TARIJA—Río Guadalquivir







CAPITULO IV

MISIONES DE SALINAS

Hasta fines del año 1690 habían trabajado los jesuitas para fundar la misión del Rosario, establecida en el valle inferior de Salinas; misión que a causa de la inconstancia de los salvajes de que estaba compuesta, tuvo variadas y no siempre felices fases; tan pronto avanzando como retrocediendo, cuando cesó del todo, y se compuso de solos Mataguayos, a los cuales se asociaron después los Chiriguanos. Hasta que en 1767, por la expulsión de los jesuitas, fué confiado aquel campo evangélico al cuidado de nuestro colegio por don Tomás José Herrera, corregidor de la provincia de Chichas.

Hállase situada esta misión a la extremidad del valle inferior de Salinas; a 21°, 37 m. de latitud al mediodía, y a los 313°, 5 m. de longitud, a treinta leguas de Tarija. Los tres valles en que se divide esta llanura están circundados de selvas pobladas de árboles de excelente calidad. Baja de la más elevada de todas un río, que pasando a distancia de un cuarto de legua de la misión, se vierte en el de Tarija y el Vermejo. Las tierras, ricas de pastos, contienen espaciosas minas de sal. El clima es saludable, a pesar de ser ardiente en verano y muy frío en invierno. Había establecidos en él muchos Españoles, para cuya asistencia, diseminados como se hallaban, tenía el párroco de Tarija un vicario, al cual sustituían en caso de necesidad con la mayor presteza y mejor voluntad los celosos misioneros. Cuando nosotros reemplazamos a los jesuitas en la misión, tenía ésta trescientas

veinte y cuatro almas, la cuarta parte de Mataguazos, las tres restantes de Chiriguanos. Los primeros eran laboriosos y se vestían con decencia; los otros holgazanes, y tenaces siempre en conservar su modo de vestir, que consiste en la simple y tosca camisa sin mangas, llamada poncho en los hombres, y tipoy en las mujeres, no sin andar a veces completamente desnudos.

Cuánta prudencia, longanimidad y dulzura se vieron obligados a usar los nuestros, en particular con los Chiriguanos, es cosa que se comprende fácilmente y que no necesita ninguna explicación. Baste decir que fué menester que se armaran de de mucha y muy constante paciencia para enseñarles la vida racional y la diferencia entre el bien y el mal; de tal suerte estaban embrutecidos aquellos infelices. Esto no obstante, en 1810 contábanse ya mil ciento ochenta y cuatro bautizados, de los cuales habían fallecido doscientos setenta y siete adultos, y cuatrocientos cuarenta y ocho niños, sobreviviendo setecientos cincuenta y dos. Pero es preciso advertir que desde el año 1767 al 1810 sufrió aquella población varias calamidades epidémicas, las viruelas (de las cuales murieron ciento treinta en seis meses), violentas pleuresias y el tabardillo, que es una enfermedad de cabeza que se contrae por una insolación, y que suele matar a veces en veinticuatro horas. Estas y otras enfermedades producidas por la escasez de agua y las frecuentes variaciones de la atmósfera impidieron que floreciera y progresara aquella colonia cristiana.





CAPITULO V

MISION DE ABAPO

Abapó está situado en un collado cerca del Guapay, a la distancia de cuarenta y cuatro leguas de Santa Cruz de la Sierra hacia el norte, y a ciento diez y ocho de nuestro colegio hacia el sud, a 12°, de latitud, y 316° de longitud, en un valle selvoso y ancho, del cual saliendo el mencionado río, abundante de aguas procedentes de la provincia de Cazanta, desemboca en el de las Amazonas cerca de Moxos. El terreno es fértil en arroz, maíz, higos y otros frutos que se ven atacados continuamente por una innumerable cantidad de hormigas. Así también los bosques llenos de plantas preciosas, gomosas y medicinales, dan abrigo a muchos tigres y bestias feroces, muchas serpientes y otros animales venenosos. Los habitantes son Chiriguanos de origen, y al principio eran de la peor condición imaginable. Habitaban cabañas, llamadas por ellos *Taperas*, y no querían oir hablar de la menor sujeción. En 1771 partía de allí el indio Domingo Macangua, y dirigíase a Azero, donde encontrándose con el hermano Francisco del Pilar, que con otros dos de los nuestros trabajabacon poco fruto en la cultura de aquellos bárbaros: «abandona le decía, esta mala raza, y vente conmigo a Abapó, donde sacarás mucho mejor partido.» Rindióse el fraile a sus instancias, y trasladado a dicho punto, se vió recibido con muchas demostraciones de alegría, le dieron permiso para edificar una capilla y una casita para los misioneros, ayudándole a la codstrucción los mismos salvajes. Advertido minuciosamente de esto el padre Manuel Gil, residente en Azero, co-

gió consigo tres compañeros, fuése allí, y recibido tan perfectamente como los otros, inauguró en noviembre de 1771 la pequeña iglesia, colocando en ella un cuadro de la Santísima Trinidad, por cuya razón la nueva colonia fué conocida después con el nombre de Santísima Trinidad de Abapó.

Los posteriores acontecimientos de la misión guardaron consonancia con los primeros; y la docilidad de aquella población fué igual al celo desplegado por los misioneros. Los adultos se esforzaban cuanto podían por ponerse cuanto antes en disposición de recibir el Bautismo, al paso que ofrecían espontáneamente a los recién nacidos, para que fueran bañados en las saludables aguas de la Iglesia de Cristo. Pero el consuelo de los buenos religiosos iba a verse muy pronto perturbado. Capitaneaba por allí en noviembre del año siguiente un aventurero procedente de Mazaví, el cual engañando a aquella gente sencilla con imposturas, y maldiciendo de Dios, les intimaba que abandonaran a los misioneros, y que lo adoraran a él solo, so pena, si no lo hacían, de sufrir horribles calamidades. La intención de este y de muchos Chiriguanos era la de poder robar gran cantidad de ganado, que la real audiencia había destinado a la nueva misión; logró pues, a fuerza de astucia, llevarse consigo a Mazaví ochocientos de aquellos neófitos, quedándose ciento ochenta preparados a seguirlo. Pero no duró mucho su artificio; antes bien descubierta la trama, y conocidas sus malvadas intenciones, él mismo se vió forzado a huir, y los seducidos incautos volvieron confusos y arrepentidos al blando yugo de los sacerdotes de Cristo. Pero no se dió por vencido el impostor, y en junio de 1779 volvió de nuevo al asalto. Reunida numerosa hueste de bárbaros, se acampó a lo largo de la orilla opuesta del Guapay, probando a vadearlo para saquear las casas y pillar los bienes de los Abapoanos. El desprecio con que fué acogido esta vez, fué mayor que el primero, puesto que los cristianos neófitos y los catecúmenos lo persiguieron muy lejos dentro de sus tierras, con lo cual quedaron seguros y en paz. Pero no obstante, la deserción de los engañados Abapoanos produjo un funesto e irremediable



Recuerdo de Tarija - Cascada en el Río Guadalquivir

TARIJA—Cascada en el Río Guadalquivir

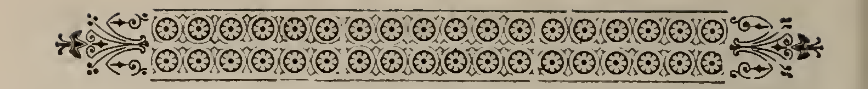




resultado, pues el misionero fray Cristobal Luengo se afligió tanto, que le acometió una melancolía que lo llevó al sepulcro en enero del año 1779.

Para reemplazarlo fueron enviados el padre Fernando Senderes y Francisco Mendiola; estos fueron sustituídos por Narciso Vesga y León de Santiago; y por último en lugar de estos vinieron Fernando Caro e Ignacio Tuban, ambos sacerdotes de mucha piedad, los cuales en el trascurso del tiempo fabricaron una hermosa iglesia con dos torres de frente y otra para el reloj, obra de Senderos; además diferentes oficinas y talleres para varios oficios y artes, y habiéndose incendiado casi todo el nuevo país, ellos lo reedificaron con más ostentación, dejando a su partida un crecido número de útiles artesanos para fomento y prosperidad del pueblo, como tejedores, sastres, zapateros, albañiles, herreros, carpinteros, etc. Respecto de sus mencionados sucesores, todos trabajaron con emulación por hacer progresar al mismo tiempo la sociedad civil y la comunidad cristiana, de tal suerte que desde la fundación hasta 1810 lograron bautizar tres mil ochocientos siete, y del estado que en la citada última época se expidió al supremo consejo de Indias de Madrid, resulta que la población se componía de dos mil cincuenta y dos almas con cuatrocientos nueve matrimonios católicos.





CAPITULO VI

MISIONES DE PIRAY

En 1728 pasaron los jesuitas al Piray y fundaron junto a una laguna una misión que llamaron misión de Santa Rosa. Durante siete años de trabajo caminaba prósperamente bajo la dirección del padre Juan José Torres y Juan Bautista Bacas, hasta el de 1735 en que los indios se amotinaron contra los padres con ánimo de matarlos, si no se hubieran retirado con presteza a Santa Cruz. Saqueada y destruída la capilla y la casa de los misioneros, arrojadas a la laguna las campanas y la imagen de Santa Rosa, volvieron aquellas gentes a su primera barbarie. Después de vivir así durante treinta y tres años, acudieron por último al obispo de Santa Cruz, Francisco Ramón Herboso, suplicándole que les enviara un sacerdote, que les enseñara la ley y la fe de Jesucristo. El celoso prelado, aunque sabedor de la rebelión ocurrida, les dió no obstante a don Lorenzo Ortiz, el cual, resucitada la misión, la intituló Reina de los Angeles, María de la Asunción, inaugurándola el 10 de mayo de 1768. Fué tan eficaz y caritativo el sacerdote, que para edificar la capilla, reparar lo pasado, y contentar a los indios, gastó todo su peculio, sin exceptuar la limosna que tenía por la misa. Y ya había logrado dar a las cosas un aspecto regular, que prometía otro mejor para lo sucesivo, cuando en el mes de agosto de 1772 lo llamó Dios a otra vida, siendo después encomendada a nuestro cuidado aquella viña evangélica.

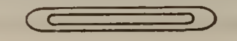
Esta misión era la más distante de nuestro colegio; hallándose situada a los 17°, 44 m. de latitud, y a los 315°,

57 m. de longitud. Tenía por tramontana a Santa Cruz, distante treinta leguas; al austro la misión de Abapó, distante doce leguas; y nuestro colegio que distaba de allí ciento treinta leguas. Yacía en una llanura arbolada, con un plácido riachuelo a un lado, y al otro muchos surtidores de agua y verdosas quintas; luego, dos leguas más allá la laguna, donde los insurreccionados indios habían cometido la sacrílega inmersión. El clima del país, ardiente en estío, algo frío a veces en junio y julio, con contínuas variaciones producidas por nocivos vientos, era ocasionado a muchas enfermedades; pero el terreno era fértil, y los bosques tan infestados de tigres, jabalíes, jimios y otras muchas fieras semejantes, así como también llenos de mucha variedad de aves, plantas exquisitas, miel, cera, resinas diversas y frutos silvestres. A pesar de que el justamenee alabado Ortız ocupó a todo hombre hábil en las construcciones, sin embargo, las casas estaban mal hechas. y más que casas parecían toscas cabañas.

A los cuatro años de habernos sido encomendada la misión, el miserable pueblecillo fué devorado por un incendio. Debiéndose pensar en reconstruirlo, en solo un año fué tanto lo que trabajaron los pobres franciscanos, que en el año 77 una iglesia bastante capaz estaba concluída, hecha toda de travesaños unidos entre sí con betumen, enjalbegados por dentro y por fuera, con diez y seis columnas de maderas gruesas y bien trabajadas para sostener la bóveda. Para reedificar el pueblo dieron mejores disposiciones reuniendo fondos del erario regio y de los que suministró la caridad de muchos caballeros españoles. En medio de él levantóse una plaza cuadrilátera, teniendo a la cabeza la iglesia, a la derecha la casa de los misioneros, y la escuela y varias oficinas a la izquierda, con un cobertizo en el centro para que sirviera de mercado. Después de haber así provisto al alojamiento, pensaron los misioneros en la manera de sustentar la nueva colonia. Por ellos, se hicieron diligentes, activos e industriosos aquellos semibárbaros; por ellos se establecieron animales que suministraran carne para el alimento, y que sirvieran para el cultivo de las tierras; por ellos se descuajaron terre-

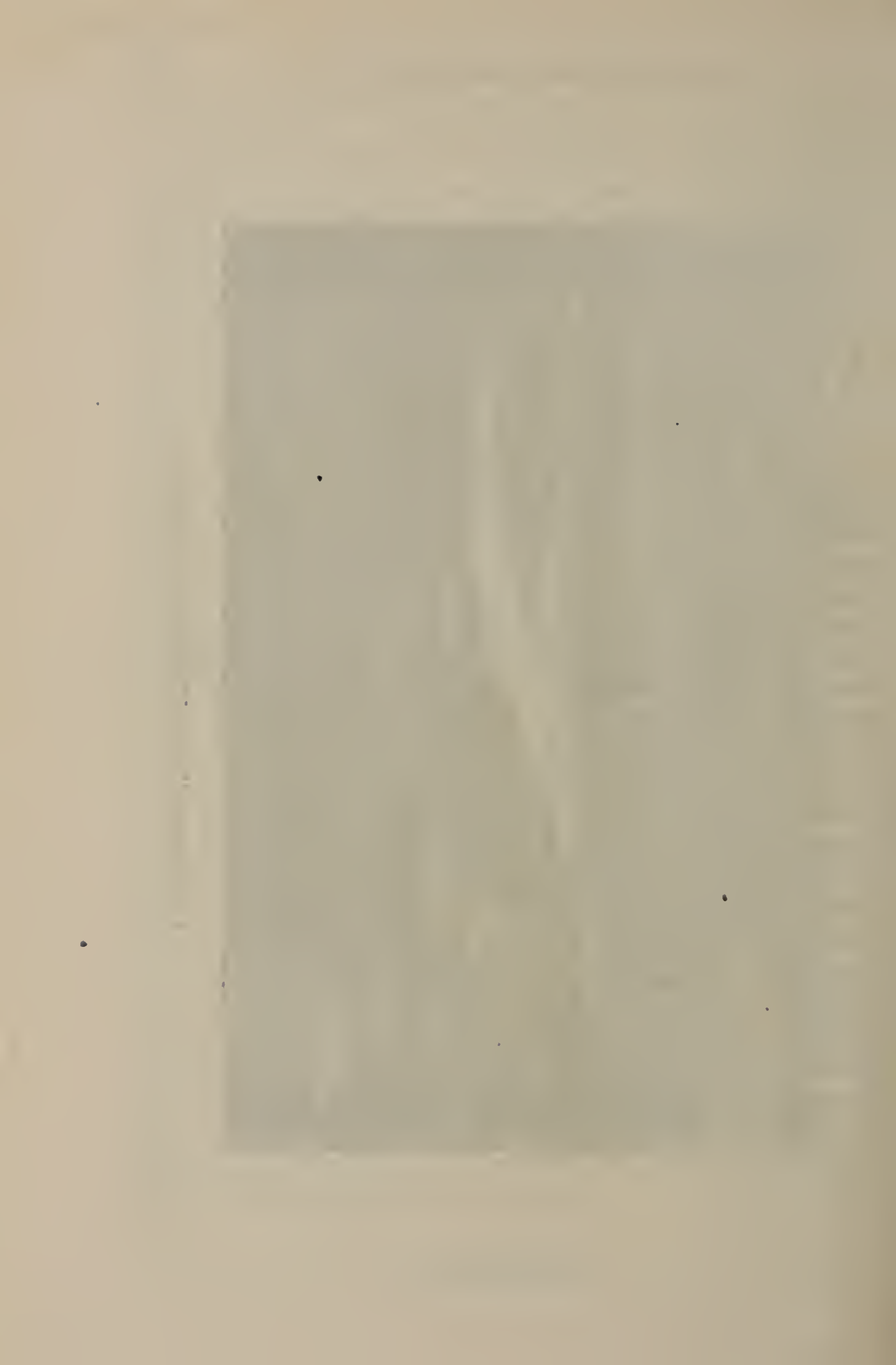
nos eriales, se desecó la vasta llanura, se hicieron muchos sembrados y plantaciones de caña dulce; por ellos finalmente las artes más necesarias y los oficios más útiles fueron perfeccionados; por todo lo cual, una comarca ya esterilizada y malsana se hizo rica y floreciente. Cuando entraron en ella los misioneros, la población se componía de mil cuatrocientas almas, de las cuales cuatrocientas veinte y dos estaban bautizadas. En 1810 habían recibido el bautismo cinco mil cuatrocientas cuarenta y seis, y se habían celebrado ante la iglesia trescientos matrimonios.

Los Chiriguanos de esta misión tienen una naturaleza perezosa al principio de su desarrollo, pero después llegan a buena, o si se quiere elevada estatura, robustos de cuerpo y hermosos con color moreno pálido; visten una camisa con calzones de algodón, muchos a la española; las mujeres comparativamente de la misma estatura, color y robustez, se cubren por lo común con el *tipoy* solamente; en la cabeza no llevan más adorno que el de su larga cabellera, tendida por la espalda, en particular cuando van a la iglesia; el calzado no es conocido de aquellas gentes. La calidad cenagosa del terreno y las aguas estancadas habían producido entre aquella hermosa tribu muchos buches en la garganta, y en algunos eran tan desmedidos, que casi se sofocaban. Aunque la misión contase ya con cuarenta y dos años de existencia, y aunque los neófitos se encontrasen ya bien instruídos y civilizados, sin embargo, aun permanecían muchos atrasados en la práctica de la vida cristiana, a causa del contínuo embriagarse, que aquí, como en todas partes, engendra y fomenta todo género de vicios y de excesos, de manera que nunca se obtendrán buenos resultados, nunca se formarán buenos cristianos ni buenos ciudadanos, si no se logra extirpar la embriaguez. *Indi frustra decentur christianam religionem, si ab eis ebrietatis vitium non removeatur.* (Costa, lib. 3, de Procur, Indor. salute, cap. 21. in fine.)





Confluencia de Tolomezo y Tarija





CAPITULO VII

MISION DE CABEZAS

A nueve leguas hacia el sud de Piray, y a cuatro leguas de Abapó hacia el norte, a 18°, 58 m. de latitud, y 316°, 5 m. de longitud, se hallaba el pueblo de Cabezas, llamado anteriormente Catocha, en un valle espacioso, que baña el caudaloso río de Yupayay. Habitaban allí varias hordas de bárbaros Chiriguanos. El sacerdote José Melchor Mariscal, conmovido por la ciega ignorancia de aquellos desgraciados, logró persuadir a algunos para que le permitieran el fundar entre ellos una misión; y obtenido el beneplácito del señor obispo de Santa Cruz, fuése a edificar en aquel punto una humilde y poco bien acondicionada casa con troncos de árboles, y con una capillita, que dedicó en el año 1769 a Virgen del Carmen. Dejándola después al cuidado de su compañero don Domingo Baca, pasó él a la ciudad imperial de Potosí y a la Plata en busca de auxilios; hallados los cuales, volvió a Cabezas con vestidos para cubrir la desnudez de sus nuevos hijos, y dinero para comprar un rebaño. Al cabo de dos años, trabajado por graves padecimientos debió trasladarse a Chuquisaca para curarse, y como su compañero vivía melancólicamente en aquella triste soledad, el obispo nos confió a nosotros aquella misión, de la cual nos encargamos el 25 de diciembre de 1772, destinando para convertir a sus habitantes al padre José Tadeo, y a su hermano el padre Francisco León. Aplicáronse estos industriosos operarios a darle incremento, no solo en las cosas de la fe, sino también en las ventajas de la vida civil. Uniendo su propia

industria, y con los productos espontáneos de la caridad y la asignación que recibían ellos del tesoro real, llevaron a buen cabo la iglesia en un solo año. En seguida se dedicaron a fabricar una escuela para los tiernos neófitos y una casa para ellos. Procuraron después atraer a los indios que andaban dispersos por los campos, y formaron así un lugarcillo de mediana extensión, con una plaza, y con sanas casas dispuestas en buen orden. Luego se pusieron a cultivar los campos, y a enseñar la agricultura a los de su colonia; procuráronse simiente de arroz, maíz, guisantes y otras legumbres; plantaron buena cantidad de cañas de azucar, todo esto sin dejar de enseñar las costumbres cristianas y los hábitos de la vida social. Gran trabajo les costó ciertamente el sostener aquello; pero no debilitándose en ellos el sentimiento fervoroso de que se hallaban animados, de tal suerte creció la misión en pocos años, que no teniendo la primera iglesia bastante capacidad para contener el número crecido de fieles, fué necesario fabricar otra de mayores dimensiones. Construyóse esta de cuarenta y ocho varas de longitud y diez y seis de anchura, con madera gruesa y bien labrada, con diez y seis columnas que sostenían el techo formado de palmas, con cinco altares, espacioso coro, sacristía proporcionada y cinco campanas; y el año 1785, el día consagrado a la festividad de Nuestra Señora del Carmen le fué dedicado aquel templo como a su patrona. La población de mil ochocientas personas, en el año 1810 no contaba ya más que dos paganas, que esperaban ser instruídas para poder entrar en la congregación de los fieles cristianos por medio del Bautismo. Contando desde la época en que fué formada la misión hasta 1810, el número de bautizados subía a dos mil cuatrocientos trece. Habiendo desertado de estos seiscientos catorce, movidos por su natural inconstante y por su amor a la primitiva libertad, quedaban en el último cómputo mil ochocientas una almas, con trescientos ochenta matrimonios celebrados según el rito cristiano.



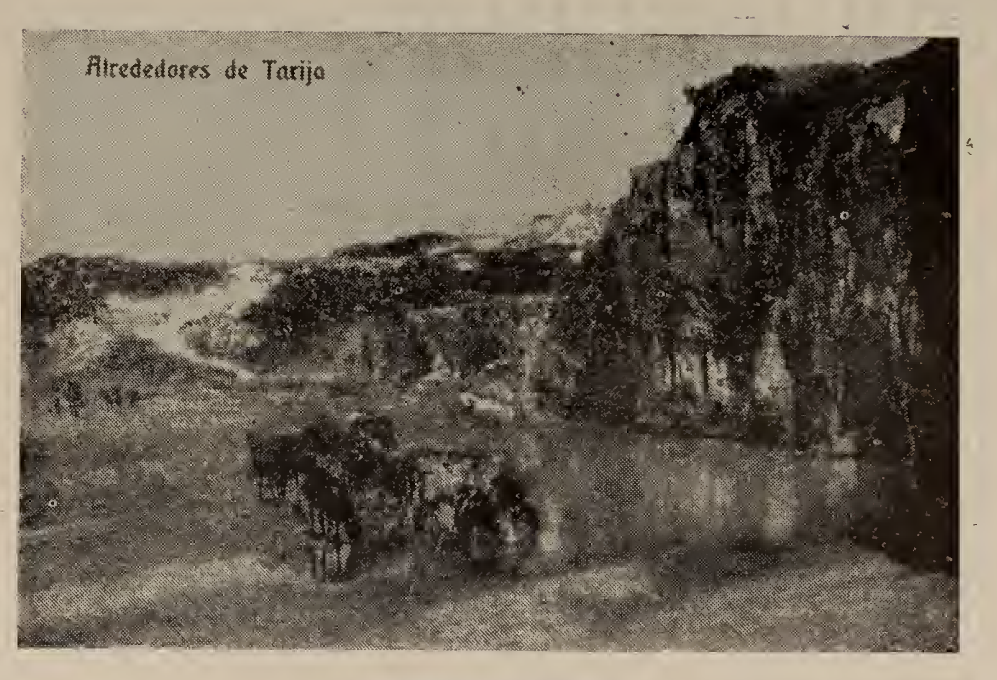
CAPITULO VIII

MISIONES DEL PILAR

Para no apartarme del río Guapay, antepongo la relación de la misión de la Florida a la de otras más antiguas, aunque como se verá después, los indios que habitaban aquel país profesaron desde muy temprano la religión de Jesucristo. El lugar en que fué fundada esta misión se llamaba Cangua, o según otros decían Cueiga o Caaigua, tomando el nombre de un sitio poco distante. Hallábase a 18°, y 42 m. de latitud, y a 316°, de longitud, a dos leguas de Piray por levante en amena y florida llanura. No lejos de allí corría un riachuelo que tenía a sus márgenes algunas graciosas quintas. Allí también se fundó una misión, consagrada a la virgen de las Flores, llamada por eso de la Florida; y fué poblada en primer lugar por los Chiriguanos procedentes de Mazaví, Igmiri y Tucurú, de la parte meridional del río Guapay. La causa de tal emigración era el azote del hambre y de la guerra que los castigaba horriblemente el año 79, mirado por ellos como un castigo del *Dios grande* (según llaman ellos a nuestro Dios) por haberse negado a recibir su santa ley. Saliendo pues de su nativa tierra habían dispuesto ir a establecerse en las misiones de Abapó, Piray y Cabezas. Pero habiendo llegado tal intento a noticias del capitán que mandaba la tropa en Abapó, se opuso a ello, no se sabe por qué, y trató de llevarlos a Santa Cruz de la Sierra con el pretexto de formar allí un lugar inmediato a la ciudad. Resistiéronle fuertemente los emigrados, temiendo que se quisiera por aquel medio reducirlos a esclavitud. Pero nada lograron

contra la prepotencia militar. El padre Manuel Gil, superior de aquellas misiones, llevando a mal aquella violenta expulsión, patrocinó la libertad de los bárbaros ante el gobierno de la provincia, de donde emanó una orden para que se les dejase libres de escoger la residencia que les acomodara más a aquellos bárbaros. Retrocedieron pues, y se incorporaron en la misión del Piray, y los que se andaban reuniendo todavía, fueron distribuídos entre Cabezas y Abapó, en donde se establecieron por espacio de un año, más de quinientas personas. Temiendo los misioneros que aquella agregación de varias tribus produjera funestas consecuencias, juzgaron que era más discreto formar para estos una misión separada; y comunicado este pensamiento al gobernador, obtuvieron permiso de fundar un nuevo lugar donde pudieran los recién venidos vivir tranquilos, apartados de los otros. Así lo verificaron, edificando en la campiña de Cangua el pueblecillo llamado la Florida por la amenidad del país. Este proyecto fué planteado por el hermano Francisco del Pilar, el cual comenzó su empresa en noviembre de 1781 sin más medios que cincuenta escudos concedidos por el arzobispo Ramón con cargo de misas, y otros doscientos que dió el canónigo Manuel García. Más tarde la junta de la real hacienda le envió mil escudos, y posteriormente otros doscientos cincuenta para el mantenimiento de los misioneros, la compra de animales, utensilios de agricultura e instrumentos de artes mecánicas, desembolsando cien escudos para el trasporte de estas provisiones. Con estos auxilios se fabricó la iglesia y ochenta casas, que en agosto de 1783 recibían ya noventa familias que componían el número de cuatrocientas y ocho personas, de las cuales ciento cuarenta y siete estaban ya bautizadas, y las restantes en la clase de catecúmenos.

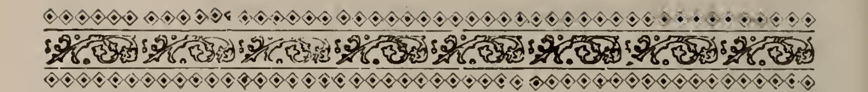
Ocurrió en este intermedio que fray Francisco del Pilar debía ir a Mazaví, Igmiri y Tacurú para traer algún socorro a los neófitos. Sabido lo cual por los Floridanos, disgustados ya de vivir lejos de la tierra natal, y seguros de hallar en otra parte quien los instruyera en la religión, resolvieron abandonar la Florida, y sin decir la menor cosa a persona



Alrededores de Tarija

alguna, pusiéronse en camino, los unos para Tacurú, los otros para Mazaví y para Igmiri, quedándose solo el sacristán en el pueblo. En vista de todo esto, y para no malograr tantas fatigas y trabajos, el padre Joaquín Beltrán fué a la Plata a dar cuenta del suceso a la real audiencia, la cual le concedió que fuese la Florida repoblada por dos capitanes del Piray con su gente, como ellos mismos lo habían solicitado, con todos los demás que quisieran trasladar allí su residencia. Con estos indios ya acristianados, y con otros que vinieron después, se repuso de nuevo la misión compuesta en 1788 de trescientas setenta y seis personas. Y creciendo este número en lo sucesivo, se edificó una nueva iglesia de cuarenta y tres varas de largo y veinte de ancho; además la casa de los misioneros, una sala mayor para la enseñanza pública, dándose a todo el pueblo mejor disposición y aspecto más agradable. Cada neófito tenía su tierra donde sembraba grano y legumbres, cultivaba el algodón y recogía miel, con otros productos naturales, como los practicaban los del Piray. En 1800 el número de bautizados, desde la época en que se fundó la misión, ascendía a mil doscientos veinte y siete, de los cuales sobrevivían quinientos setenta.





CAPITULO IX

MISIONES DE CEUTA

Bajando de la cordillera que divide el Gran Chaco del Perú, a treinta leguas de distancia del colegio, por la parte del sud, a los 23°, y 14 m. de latitud, y 315° y 45 m. de longitud, se fundó una misión con el nombre de Nuestra Señora de los Dolores de Ceuta, a petición de los indios Mataguayos y Veiosos, por orden de don Andres Mastre, gobernador de la ciudad y provincia de Salta. Destinados para llevar a cabo esta obra los padres Manuel Chonca y José Ocaña, se trasladaron allí hácia mediados de setiembre de 1779. Por de pronto se construyó una sencilla y pequeña iglesia con troncos y ramas, arreglada del mejor modo posible, en la cual el 21 del mismo mes, día consagrado a la conmemoración y al culto de San Mateo apóstol, se celebró por la primera vez el augusto sacrificio de la misa. Al mismo tiempo se trató de hacer una casita con palos y ramas, embadurnados con lodo para que se alojaran en ella los misioneros. Creció bastante la misión con la continua afluencia de indios que diariamente llegaban, de manera que al poco tiempo no tenía la pobre capilla capacidad suficiente para contenerlos. Pero faltaban los recursos para fabricar una nueva, porque los misioneros eran sumamente pobres. Pero sin embargo a fuerza de economizar del leve socorro que se les enviaba de Salta para su manutención, lograron construirla de cuarenta varas de largo y veinte de ancho, con la fachada de machones, y las otras partes de travesaños y maderos toscos, enjalbegados por dentro y por fuera con lodo, y cubiertos de

paja. En 1785 se hallaba concluída. A estas primeras construcciones se agregaron los trabajos de los soldados acantonados allí para la defensa del país cristiano contra las correrías de los bárbaros limítrofes, porque aquellos desgraciados no tenían más abrigo que el que les ofrecían algunas cabañas mal formadas y estropeadas: verdaderos peregrinos en el corto viaje de esta vida.

Hallábase esta misión a treinta leguas de Humaguaca, y a setenta de Iviri; al norte tenía un río llamado de Ceuta, en el cual entraban los de Iruia, San Ignacio y San Andrés; al sud, y a distancia de seis leguas, corría otro río llamado Vermejo o río de Tarija, que recibe las aguas de los otros, y el cual, además de contener mucha cantidad de pescados, tenía también lobos marinos y caimanes. Extendíanse por el oeste espaciosas llanuras cubiertas de árboles diversos; nogales, cedros, quebrecos, quinaquina, lapacos, palo blanco y amarillo, entre cuya espesura, había tigres, jabalíes y otras fieras. El terreno era fértil, el clima caloroso, pero húmedo, por consiguiente malsano, con tábanos, culebras, escorpiones y otros animales venenosos y nocivos. Por tres partes confinaba esta ciudad con los infieles; al norte tenía a los Chiriguanos, al sud a los Chatacos, al este a los Tobas, solo al poniente se encontraban los cristianos de Humaguaca. Los indios que habitaban a Ceuta en la época de su fundación llegaban escasamente al número de cuatrocientos. Tan aficionados eran a la vida nómade, que ni siquiera deseaban vivir bajo las tiendas erigidas por los soldados, y en 1795 se pudo conseguir a duras penas que hicieran sus casas un poco más cómodas, fabricándolas alrededor de la plaza. Pocos años después dejaron que se arruinaran completamente, volviéndose a su antiguo modo de vivir a cielo abierto por pura holgazanería.

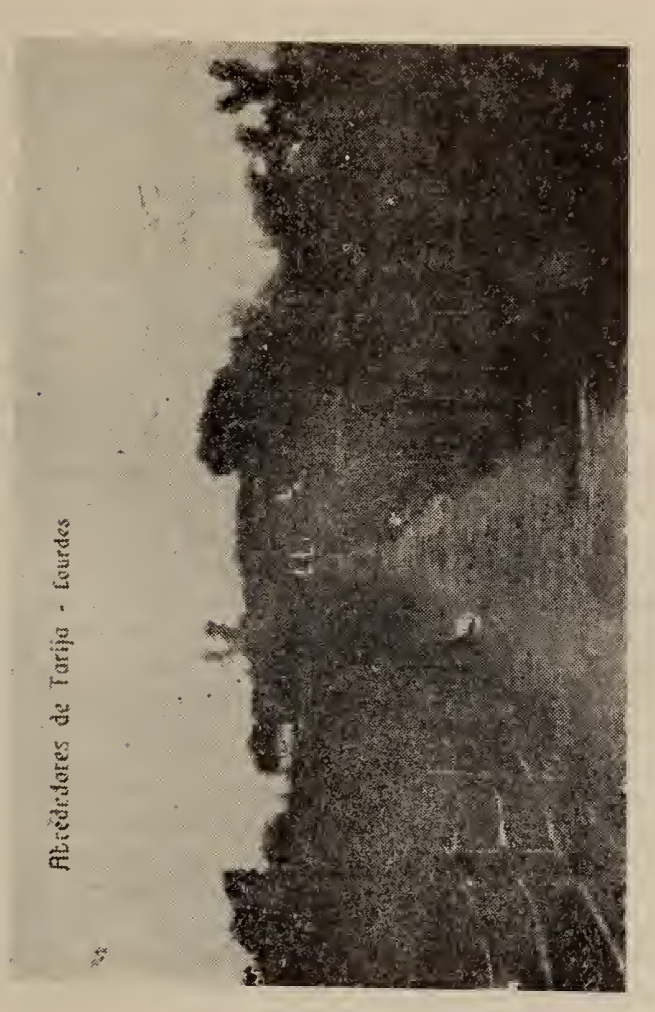
Era su genio tan rudo y perezoso, que no se les podía hacer trabajar sino hartándoles de comida. La religión era cosa desconocida, y sin embargo eran superticiosos. En las enfermedades recurrían a los hechizos y adivinaciones. No había entre ellos consorcio; hoy cogían una mujer para des-

pedirla mañana. Pero no admitían la poligamia; y cuando llegaban a tener hijos con una mujer, difícilmente la abandonaban. Si lo hacían los niños corrían peligro de la vida, porque las madres abandonadas vengaban su ultraje con la muerte de sus hijos. Todas estas causas disminuían la población. La ciudad de la Nueva Oran fundada en 1794 por el gobernador don Ramón García Pizarro fué ocasión de muchas discordias y de la ruina del pueblo de Ceuta. También los indios Tobas que en ciento trece años no habían inquietado a sus vecinos, comenzaron a hacer excursiones y correrías impetuosas, robando y arrollando cuanto les hacía frente y salía al encuentro. Los nuevos habitantes de Oran no se cansaban de molestar a los neófitos de Ceuta, los cuales se volvieron por última vez a sus bosques con ánimo de no salir de ellos. Los misioneros trataron de hacerles renunciar a este propósito, y solo lo consiguieron ofreciéndoles a instancias suyas trasladar la misión a seis leguas de distancia de los Españoles de Oran, como se verificó. Pero allí se originaron nuevas dificultades. Los Veiosos se acomodaban espontáneamente porque se hallaban próximos a sus compatriotas; pero los Mataguaios soportaban con mucho trabajo la residencia, porque no tenían a ninguno que los favoreciese. Empeñáronse pues en vivir en Ceuta. Por lo tanto fué menester dividir la misión, quedándose con estos un misionero, y yendo el otro a la nueva tierra de los Veiosos, todo esto por culpa de los habitantes de la Nueva Oran. El sitio escogido para la nueva colonia se extendía al sud entre el río de Santa María y el de Ivivi, a las márgenes del Vermejo a los 23°, 19 m. de de latitud, y 315°, 53 m. de longitud en un campo llamado Zaldua, terreno tan fértil como el de Ceuta y la Nueva Oran. Los Veiosos trasladados a Zaldua eran cuatrocientos veinte y siete, y se habían puesto a sembrar sus campos, cuando habiendo desbordado el río, los cultivos fueron perdidos, y el nuevo pueblo se dispersó y regresó a Ceuta. Volviéndose de esta suerte a reunir los Veiosos y los Mataguayos, estos que no simpatizaban lo más mínimo ni con los Veiosos, ni con los moradores de Oran, declararon que

que querían irse a Rioseco, donde se encontraban sus paisanos. Esta población se hallaba situada al otro lado de la cordillera de Caiza en la llanura de Manzo, separado seis leguas de la montaña al este, y diez del Vermejo, a los 22°, 44 m. de latitud, y 315°, y 37 m. de longitud en un terreno fértil, teniendo a cuatro leguas de distancia en dirección de levante a los Chiriguanos, mandados por su capitán Ocaziques. Allí fué forzoso establecer la misión, intitulándola misión de San Esteban, el día 1º de Marzo de 1802. Adonde fueron todos los Mataguaios de Ceuta en número de cuatrocientos repartidos en cuarenta familias. El padre Esteban Primo Ayala fué su fundador sin más recursos que el producto de su trabajo y el auxilio de las almas caritativas. Erigióse un oratorio, una casita para él y la escuela para los niños, procurándose además los animales necesarios para el cultivo del campo y el sustento de los enfermos, de los ancianos y de los párvulos. Habiendo provisto de esta manera a las necesidades materiales de la vida, instruíalos diariamente en la ley de Dios y en la civil; pero poco progresaban aquellos bárbaros acostumbrados a pagar con villanías los favores que recibían. Movidos por su carácter voluble y su ingratitud, se amotinaron en los primeros días de febrero de 1804, tratando de matar al padre Andrés Carlos y a su compañero fray Martín Romero; y si no lo hicieron, fué porque los religiosos se sustrajeron a tiempo a su furia. Calmado su enojo y pasado su delirio, volvieron a su antigua sujeción, pero siempre suspiraban por la vida libre y licenciosa, mas también por la cristiana. Creciendo cada día su insolencia y rebeldía, los misioneros no vieron más remedio que volverlos a trasladar a Ceuta, como lo verificaron en setiembre del mismo año. Y he aquí de que modo se desvanecieron como el humo las misiones de Zaldua y Rioseco con mucha pérdida y grande dolor de los solícitos misioneros. Si por fin hubieran concluído aquí las penalidades; pero las tribus reunidas parecía que trataban a porfía como hacer vanos los trabajos de los piadosos maestros, pues además de no hacer ningún progreso en la religión cristiana y los hábitos civiles,

todos los años en los meses de octubre, noviembre y diciembre, se desbandaban por los bosques con el pretexto de recoger frutos silvestres, y allí daban rienda suelta a las costumbres más desenfrenadas de la vida bárbara, llegando a las manos, y aun a matarse, ya por odios envejecidos, ya por celos amorosos, a veces por pura ostentación de vanagloria y valentonada. Al volver al lugar volvían completamente salvajes. Comenzaban los misioneros con nuevo ardor los ejercicios de la caridad, de la instrucción, tratando de impedir los escándalos, visitando diariamente a los enfermos y socorriéndoles, confortando a los moribundos en su extremo tránsito, exhortándolos a bautizarse, recomendándoles el trabajo, la templanza; pero ¡para qué tanta fatiga, para qué tanto celo, si no se corregían ellos, ni entraban a la iglesia! Después de las vicisitudes referidas, la misión de Ceuta tenía en 1810 doscientas veintiun almas.





TARIJA—Lourdes





CAPITULO X

MISIONES DE TACURU

Volvemos a la cordillera habitada por los Chiriguanos, donde el fervoroso fray Francisco del Pilar estaba ocupado en la conversión de los bárbaros que se encuentran establecidos a la parte de acá del Guapay, en el territorio de Mazaví, Igmiri y Tacurú. La empresa comenzada por este fué dificultada por la maldad de algunos perversos. Pero Aquel que se ríe de los hombres necios que creen poder desconcertar los designios de la eterna sabiduría, coronó sus deseos, y llenó sus votos.

El primero que aceptó la misión fué el capitán Tembero de Igmiri; y fue con el misionero a la Plata para recoger con el beneplácito de aquella corte lo que era necesario, y habiendo obtenido aun mas de lo que se prometían, partieron para Tacurú. Pero a poco mas de la mitad del camino, el inconstante capitán se dejó seducir por el malvado Guaricaia, indio de Iti, por el cual no solo faltó a su palabra empeñada, sino que ademas resolvió penetrar en las tribus salvajes, para llevar a saco y fuego la cosecha de sus parciales, para que no lo obligaran a cumplir su palabra. Esto tuvo lugar en setiembre de 1786. El caudillo principal de Tacurú, llamado Gurapadilla, compadecido de la triste situación de fray Francisco, tan pérfidamente engañado, le rogó que se acogiese a su tierra, y que fundase allí para él y sus habitantes una misión. Aceptando tan grata propuesta, lleno de gozo el padre Francisco, comenzó a edificar una capilla y una casa; pero otra tempestad terrible se desató; el capitán Chaque se

sublevó, y se opuso tenazmente a la empresa. Guaricaia atizaba la discordia; el pueblo se puso en movimiento; armados de arcos y flechas estaban los combatientes a punto de venir a las manos, cuando fray Francisco del Pilar se puso en medio de ellos, y con humildad y la eficacia de sus exhortaciones logró apaciguarlos, y depuestas las armas y tranquilos los ánimos, le dejaron continuar la obra comenzada. Y habiendo concluído sin mucha dificultad todo lo que se propuso y creyó indispensable, llamó al padre Francisco Mendiola del Piray, quien consagró la humilde iglesia, que dedicó al patrocinio de San José, celebrando la misa el 21 de setiembre de 1786 con verdadero júbilo de toda la vecindad.

Esta misión estaba situada a los 15°, y 28 m. de latitud, y a los 316°, 2 m. de longitud, distante diez y nueve leguas de Abapó al sud, y rodeada de selvas peligrosas habitadas por tigres, serpientes y otras fieras y reptiles venenosos, como acontece con casi todas las misiones del país. El clima era ardiente y seco; la tierra producía cereales, legumbres y algodón. Al principio solo se contaban doscientas cuatro personas de origen Chiriguano, todas gentiles, excepto ochenta y cinco párvulos bautizados por fray Francisco. Dos años después la misión había tenido un aumento de doscientos diez y seis individuos, contándose ya un centenar de adultos purificados en la fuente bautismal. En 1789 se acrecentó con veinte personas más, y así fué progresando poco a poco cada año; pero al mismo tiempo sufrió una gran disminución en 1790 a causa del hambre y de las viruelas, que ocasionaron la muerte de unos y la emigración de otros, dejando casi desierto el pueblo. Dos años consecutivos duró esta calamidad; pero en 1793, la gente que andaba dispersa por una y otra parte volvió a poblarlo en número de trescientas once personas. Multiplicándose estas, y perfeccionándose en las costumbres cristianas y civilizadas, a principios de este siglo ya se contaban cuatrocientas treinta y ocho personas, de las cuales solo sesenta y dos no estaban bautizadas. Desde 1786 a 1810 bautizaron allí nuestros misioneros a mil trescientos treinta y tres paganos, de los cuales

quinientos habían pagado ya el común tributo a la perecedera naturaleza.





CAPITULO XI

MISIONES DE IGMIRI

A seis leguas de Tacurú, al norte, se hallaba situado Igmiri a los 19°, y 16 m. de latitud, y a los 316°, de longitud, punto donde fray Francisco proyectaba fundar una misión, confiado en las promesas falaces del capitán Tembero. Pero habiendo destruído este hombre perverso las cabañas y la cosecha del año corriente, marchándose con sus secuaces para no abrazar el cristianismo, el buen fraile perdió toda esperanza de recoger su grey. De aquella población no veía más que media docena de casas deshabitadas y a media legua de distancia doce grutas desiertas. No tenía por de pronto medios para comenzar aquella obra, porque la fundación de Tacurú les había absorbido completamente. Pero no por eso desfalleció su ánimo; antes bien poniendo su confianza en la divina providencia, apenas hubo concluído la iglesia de Tacurú partió para Igmiri, y allí se dedicó en seguida a construir una capilla para el culto de la divinidad, y un tugurio para sí y los misioneros. Entre tanto la gente que había seguido a Tembero comenzaba a volver a sus antiguos hogares, arrepentida de haber escuchado los perversos consejos de aquel malvado. Agregábanse otras familias diseminadas en las cercanías, de tal manera, que en poco tiempo se formó una población considerable. El buen fray Francisco con su actividad y singular industria había recogido ya todo lo necesario para el culto; y llamando al padre Francisco Ricart, inauguró la capilla bajo la advocación de la Virgen de Guadalupe el 18 de setiembre de 1787. La posi-

ción de aquel país era bastante agradable; su espaciosa llanura se hallaba defendida por una cordillera de montañas, y embellecida por levante por suaves colinas, baluarte de las imponentes sierras de San José de Chiquitos que se alzaban a sus espaldas. El clima y la calidad del terreno no se diferenciaban de Tacurú; el agua solamente escaseaba, porque el único riachuelo que corría por aquel sitio estaba a media legua de distancia. Esta escasez de agua en las misiones de la parte oriental del Guapay era funesta a la prosperidad de las mismas. Por eso, nuestros misioneros se dedicaban no solo al bien espiritual de sus prosélitos, sino también a procurarles algunas ventajas temporales que pudieran hacer más llevadera la vida; con este fin trataban de que cada familia tuviese su campo, y ellos mismos hacían plantaciones de algodón o caña de azúcar para el aprovechamiento común, adquirían instrumentos rurales, y mendigaban de ciudad en ciudad, de villa en villa, y se dirigían al gobierno y a los fieles en favor de los indios. Y ya que tengo la pluma en la mano, séame lícito notar una vez por todas que los dignísimos ministros de Jesucristo, hijos de San Francisco, abrigaban en su pecho tanto amor hacia los desgraciados infieles que intentaban convertir, que el sueldo que el gobierno les señalaba, lo gastaban en provecho de sus catecúmenos, como lo han atestiguado muchas veces las mismas autoridades civiles. El mismo sendero se sigue hoy mismo; y yo puedo asegurar por mis compañeros sin temor de que nadie me desmienta, que ocupados en civilizar a los indios de la frontera de Tarija pasan una vida tan estrecha y miserable, que su descripción parecería seguramente exagerada. Desde por la mañana hasta por la noche están atareados para instruir a grandes y pequeños, arreglar sus diferencias, dirigir el cultivo de sus campos, velar por el aumento del ganado. Ellos defienden a sus pueblos de la avaricia de sus vecinos, emprenden largos viajes para resguardar las propiedades, asisten a los enfermos, enseñan la piedad, las artes y las letras a los niños, y hacen grandes jornadas para atraer a los desertores al seno de sus familias, devorando en paz los insultos y

afrentosos tratamientos, que suelen ser a veces la recompensa de su caritativo celo. Y en medio de tantas penurias, ¿cuál se figura el lector que es el sustento de los nuevos apóstoles? Un pan mal acondicionado, y por todo regalo un pedazo de carne salada, asada sobre ascuas, o hecha pedazos y cocida con harina de maíz.



CAPITULO XII

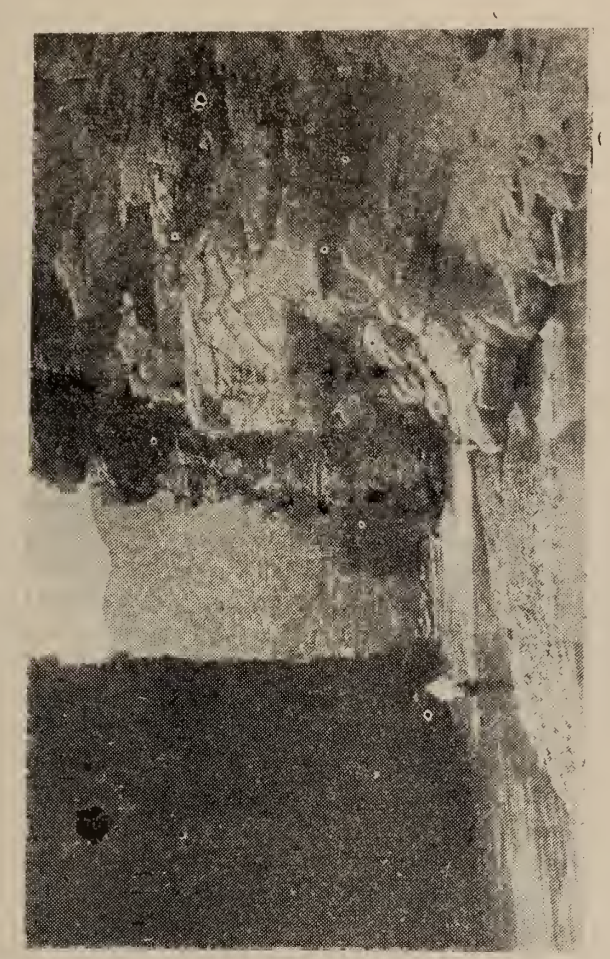
MISIONES DE ZAYPURU

PARTIENDO de Tacurú y caminando hacia el mediodía, a las siete leguas se encuentra Zaypuru a los 31°, de latitud y 316° de longitud, fundado por el benemérito y muchas veces alabado fray Francisco del Pilar, que le puso bajo la protección del Taumaturgo de Padua. Está situada esta misión en una llanura arbolada y bastante fértil. A cincuenta pasos por el occidente brota un raudal de agua, que si es potable cogida en el manantial, se corrompe después con la mezcla de otras aguas termales y de sustancias heterogéneas.

Los principios de esta misión fueron poco laudables. El gobernador de Cochabamba y de Santa Cruz de la Sierra Francisco Viedma hallándose en esta última ciudad, quiso salir a ver nuestras misiones. Habiendo llegado a la tierra de Zaypuru, el caudillo Maruama le salió al encuentro acompañado por sus soldados armados de arcos y flechas: esto por honrar al ilustre huésped. Aquel recibimiento armado fué acogido sospechosamente por el gobernador Viedma y su escolta. Pensando que los bárbaros salían a recibirlos con sentimientos hostiles, trató de aplacarlos con regalos que fueron rehusados. Temió él que hubieran urdido alguna trama aleve, y que quisieran vengarse del severo castigo que les había infligido su predecesor. Atemorizado pues y receloso, huyó precipitadamente con su acompañamiento, figurándose a cada instante que tenía los indios a la espalda, y aquellos infelices ni siquiera lo soñaban. Ni era razón de temer a Maruama, quien si aborrecía al principio el cristianismo, se ha-

bía después hecho su amigo, de tal suerte que habiendo llegado a su noticia el fundamento de la misión de Zaypuru, él mismo había llevado a sus hijos para que fuesen bautizados.

Preocupado pues el ánimo del señor Viedma, como y hemos dicho, fuése lleno de resentimiento, y en vez de su es casa y aterrada comitiva, expidió una partida numerosa de gente armada. Había ésta llegado a Obapuru, seis leguas distante de Zaypuru, cuando habiendo llegado la nueva a este último punto, Maruama, mandó a los suyos que prendieran fuego al país y que huyeran con él, como lo verificaron en octubre de 1787. Si no hubiera otras muchas, esta sería una prueba irrefragable de lo que sirven los soldados para defender una religión de caridad. Sin embargo Dios no permitió que aconteciese todo el mal que era de temer de semejante medida. Entre tanto fray Francisco del Pilar con los indios del capitán Canderugna, y con otros que pudo traer de Tacurú y de Mazavi dió principio a la construcción de la iglesia, en la que habiendo hecho venir al intento al padre Angel Agrimbau, se celebró la misa el 21 de abril de 1788. Aquella iglesia fué titulada la Virgen de la Capilla, a instancias del citado gobernador, que había ofrecido hacer traer un cuadro de Jaén, su patria, donde la Virgen María era venerada bajo esta advocación. Pero como este cuadro no llegaba nunca, habiendo fabricado después de tres años una iglesia nueva, llamóse esta iglesia de San Antonio de Padua, título que conservó siempre. Desengañado en este intervalo el gobernador, mandó a la soldadesca que retrocediera; y entonces los fugitivos comenzaron a aproximarse, reuniéndose por esta causa en aquel mismo año treinta y cuatro familias, entre ellos la del capitán Maruama. En 1810 el número de la población reunida en Zaypuru era de mil trescientas diez y ocho almas. No poco fruto se recogió en esta misión, supuesto que desde su origen hasta el año referido, se administró el bautismo a mil seiscientos veinte y cinco bárbaros, de los cuales vivían en aquel año novecientos cuarenta y cinco.



TARIJA—La Angostura



CAPITULO XIII

MISIONES DE MAZAVI

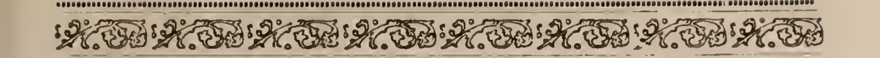
Aun estaba ocupado fray Francisco del Pilar en la misión poco ha descrita, y ya su ánimo ardentísimo corría a otro pueblo, distante de allí seis leguas. Este punto era Mazavi, a los 19°, 24 m. de latitud, y 316°, de longitud. Extendíase este lugar en un valle elevado entre los montes que se apoyan en la cordillera. Como era escaso de agua, teniendo solamente a una legua un arroyo casi seco en invierno, los pastos eran miserables, y apenas se podían mantener los ganados mayores. No dieron poco que hacer a los misioneros los indios de Mazavi, excitándoles su capitán Caburey a huir, diciéndoles que fray Francisco era un hechicero, un encantador, que les engañaría. Indiferente a tales calumnias, continuaba el fraile los cotidianos ejercicios de su caridad con los bárbaros, y esto con tanta suavidad, y al mismo tiempo tanta perseverancia, que por fin logró enarbolar allí el estandarte de la cruz. Finalmente, y a principios de 1787 el mismo capitán Caburey, con su hermano Andrés y con otros indios acompañó a fray Francisco a Tacurú, donde todos juntos rogaron al padre Manuel Ricard y al padre Francisco Mendiola se trasladaran a su tierra para fundar en ella una misión. Conseguido su objeto respecto de la oportuna facultad, fray Francisco comenzó la fábrica de la iglesia, de la casa de los misioneros y de la escuela, que se vieron concluídas el 3 de octubre. Partió en seguida la vuelta de la Plata en busca de los necesarios ornamentos, y provisto de ellos y de todo cuanto podía ser preciso, regresó en breve a Mazavi

acompañando a los dos sacerdotes poco ha citados. El día 24 de junio de 1788 fué consagrada felizmente la iglesia, asistiendo a la inauguración cinco jefes de las tribus comarcanas con sus secuaces, y casi todos los habitantes de Igmiri.

Si eran pocos al principio los habitantes de Mazavi, apenas había trascurrido un mes desde la solemne ceremonia que inauguraba allí el culto católico, cuando ya se habían reunido todos aquellos que habían desertado de la Florida, rogando ahora que se les instruyese en nuestra Fe en el mismo lugar en que habían respirado el aura primera de la vida. Dóciles y consecuentes vivían bajo la dirección del misionero, que, hubiera sido completamente feliz con el amor sincero que veía manifestarse en ellos hácia nuestra santa religión, si no le hubiera afligido profundamente el contínuo espectáculo de la miseria de sus queridos neófitos, que obligó muy a menudo a los buenos religiosos a ceder mucha parte de su asignación, contentándose con comer con excesiva frugalidad, y vistiendo muy miserablemente.

En esta misión fueron bautizados mil ochocientos sesenta y dos indios, de los cuales habían fallecido desde el tiempo de la fundación hasta 1810 novecientos cincuenta y cuatro. Contábanse últimamente mil setecientas veinte almas, acristianadas todas, excepto ciento noventa y cuatro que esperaban ser instruídas para recibir el Bautismo. La misión fué fundada y sostenida meramente por los auxilios de la caridad, y con las economías que en provecho de sus feligreses hacían los misioneros, los cuales llegaron con el progreso del tiempo a proveerla de todo lo necesario, si no para pasar una vida cómoda, a lo menos para pasarlo sin miseria.





CAPITULO XIV

MISIONES DE ITI

Volviendo a cada paso en estas memorias a mencionar las extraordinarias hazañas de fray Francisco del Pilar, y viendo con cuánto ardor emprendía, con cuanto cuidado planteaba, con cuánto celo establecía diversas misiones difíciles, que hubieran sido empresas no comunes para sacerdotes de prudencia y de caridad consumadas; al ver, digo, todo esto, y admirarlo, admiramos nosotros también al mismo tiempo, y tal vez nuestros lectores admirarán con nosotros, el antiguo poder jamás debilitado del cristianismo, el cual para dar a conocer todo su valor a aquellos que todavía no se hallan iniciados en su doctrina, escoge para difundirlo y fecundarlo en nuevo suelo a los agricultores que son al parecer los menos autorizados. Buen ejemplo de esto es el humilde converso, cuyo nombre, tan repetido en este escrito, va otra vez a salir a nuestra pluma.

En el año 1784 fray Francisco del Pilar deseaba ardientemente plantear una misión en las llanuras de Iti, población de gentiles entre los Chanesos y los Chiriguanos, todos de índole feroz. Habiendo por lo tanto encomendado la de Mazavi al padre Mateo García, partió para Chuquisaca con el objeto de conferenciar con el señor arzobispo y con la real audiencia. Andaban allí divididos los parceros acerca del modo de sojuzgar a aquellos bárbaros, proponiendo los unos que se empleara la fuerza en tanto que los otros aconsejaban el uso del consejo y la blandura. De estos era, por demás es decirlo, el celoso fraile, y venciendo su partido, el

esforzado varón no ciñó más arma que la confianza que tenía en el Señor.

Al entrar en Iti hácia fines del año 1788, por una fatal desgracia encontróse al acérrimo enemigo de los cristianos Guaricaia, aquel mismo que en Pilipili y en Azero le había dado tantos disgustos, siendo ahora capitán de toda la gente de Iti. El cual viendo llegar al fraile, ¿a qué vienes? le preguntó con altanero tono y faz iracunda. Vengo, le contestó fray Francisco, a fabricar una pobre iglesia adonde puedan refugiarse los cristianos que habitan en esta comarca, y todos aquellos que entre vosotros quieran cristianarse. Reprimió el bárbaro su indignación, y le señaló para que realizara su proyecto un sitio un poco apartado de la tribu. Pero mientras el buen fraile enarbolaba una cruz, todos aquellos salvajes se irritaron tanto, que derribadas sus cabañas, y cargados al hombro los palos y las hondas, se fueron a reconstruirlas al otro lado del río. El fraile continuó la fábrica de la capilla, y habiéndola terminado hacia los últimos de abril de 1780, el padre Tomás Ayala que lo había acompa. ñado a aquella expedición, la bendijo consagrándola a María de la Presentación en el templo después de su prodigioso parto.

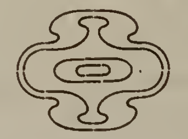
No dejaba el fiero Guaricaia de molestar a los Españoles, motivo por el cual fué encarcelado por estos juntamente con su hermano Chinanda y otros cuatro compañeros suyos. Movió esto a ira contra los cristianos a todos aquellos bárbaros, y capitaneados por Chiriú, tercer hermano de Guaricaia, quien rodeó la casa de los inocentes religiosos, amenazando con horrendos aullidos quemarlos vivos, y sepultar sus cenizas calientes bajo las ruinas del edificio. En el mayor ímpetu de su cólera se lanzó de improviso en medio de ellos el intrépido fray Francisco, y les habló con tanta dulzura y tan santa unción, que toda aquella turba irritada enmudeció en un instante. El padre Ayala pasó a la otra orilla del río y restableció la paz del mismo modo, logrando que los rebeldes indios volvieran a levantar sus tiendas al rededor de la nueva iglesia. Pero en aquel punto llegaba un

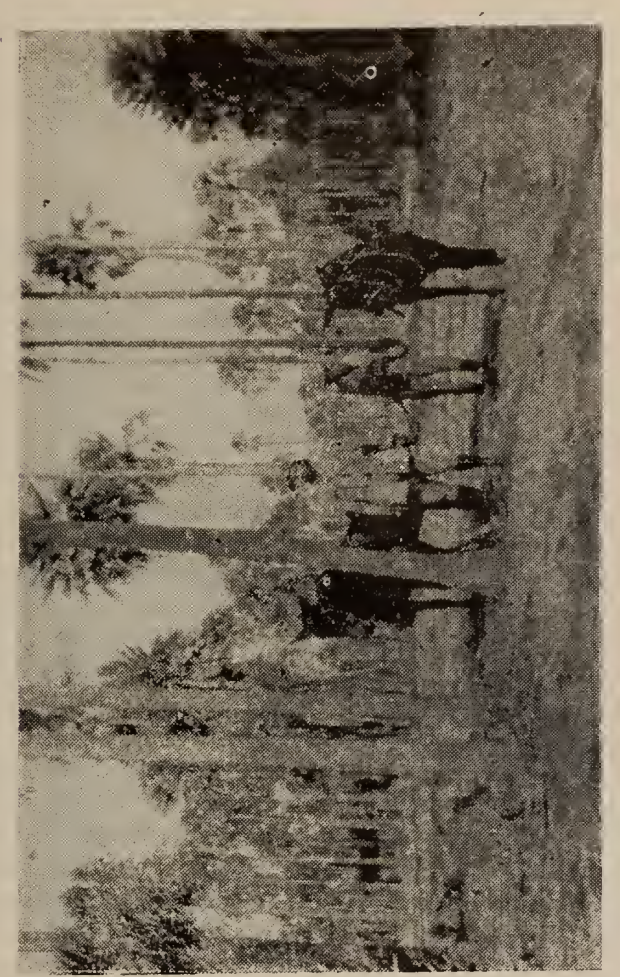
tal José Arredondo, subdelegado de la provincia de Laguna, conduciendo el cuadro para la capilla, escoltado por tropa. A tal vista se encendió el reprimido enojo, sospechando los bárbaros que los religiosos habían tramado contra ellos una pérfida traición. Y ya comenzaban de nuevo a mover las manos, cuando la inexhausta elocuencia de fray Francisco volvió a calmarlos. Tales fueron los principios de la misión de Iti, compuesta de Chanesos rebelados y perversos, suspirando siempre por la vida desenfrenada. Ni fueron tampoco mejores los que se agregaron en lo sucesivo. Todos, después de sembrar los campos, se entregaban a la holgazanería y a la satisfacción de sus brutales apetitos. Tan distantes estaban de convertirse al cristianismo, que ni aun en la hora de la muerte se lograba inducirlos a ello. Y cuando el misionero dirigía la palabra a alguno, otro lo distraía y apartaba; y cuando iban a visitar a los enfermos, los escondían, aun cuando fueran párvulos. Si se entrometía después a apaciguar sus disputas y a componerlos, dábanle de golpes y lo despedían con malas palabras. Este triste estado de vivir, ejercicio contínuo de paciencia heroica, duró años enteros, siendo por un lado el trabajo sumo, y por el otro, poco, muy poco el fruto recogido. Én 1795 contando la población ochocientas sesenta y nueve almas, escasamente habían recibido el bautismo diez adultos y cuarenta y cinco niños. Y en 1800 sobre mil catorce almas, ascendía el número de cristianos solo a ciento sesenta y siete.

Iti se hallaba situado a los 19°, 22 m. de latitud, y 315°, 15 m. de longitud, al levante de Zaypuru, y a distancia de veinte y cinco leguas, y por el poniente tenía la parroquia de Sauces a la distancia de doce leguas. Yacía Iti a la extremidad de un valle profundo, a lo largo del cual corría un río, que dejaba a mediados del año enjuta parte de su madre, infiltrándose el agua en la arena. El verano muy ardiente; en invierno fuertes escarchas que marchitaban y destruían el algodón. El terreno feraz y propio para todo género de cultivo.

Poco correspondieron siempre aquellos indios a la cari-

dad de los misioneros, pero no por eso se agostó o disminuyó esta; más bien se puede decir, que cuanto menos fructuosa era, tanto más se acrecentaba, aumentándose en razón directa de la ingratitud de aquella gente. El año de 1791 fué enviado el padre Martín Ortiz a reemplazar al padre Tomás Ayala. Llegando allí el nuevo sacerdote extremadamente pobre, vivió algún tiempo con mucha penuria, hasta que merced a la piedad de un canónigo de Chuquisaca, que le mandó cierta suma de dinero, pudo vivir menos miserablemente y comprar algunos animales. Después trató de adquirir con su industria unas cabezas de ganado lanar, que él mismo trajo de Laguna. En el entretanto, amenazando ruina en 1798 los edificios primitivamente construídos, el buen padre fabricó una nueva casa para los misioneros y la escuela, y más tarde una iglesia con buenos materiales. No contento con ser pastor y albañil, hizose labrador, enseñando la agricultura a los indios, y haciéndola progresar. Pero aquellas gentes indóciles no agradecieron el generoso amor de nuestros misioneros, y se acomodaron muy poco a nuestra religión, porque contrariaba la licenciosa vida del paganismo. El pérfido Guaricaia, aunque en paz con los religiosos, y muy aficionado al padre Martín, vivió y murió como un infiel obstinado. En el año de 1810 se contaban en Iti cuatrocientos noventa y siete adultos y trescientos ochenta y seis párvulos bautizados.





Hacienda Pilcomayo en el Chaco boliviano



CAPITULO XV

MISION DE TAYARENDA

A la distancia de tres cuartos de legua, a lo largo del río Iti, y en la misma llanura se hallaba la tierra y misión de San Pedro de Alcántara de Tayarenda, a los 19°, 20 m. de latitud y 315º, 15 m. de longitud, fundada por fray Francisco con limosnas de piadosos bienechores. El padre Mateo García, misionero de Azero, bendijo la capilla en mayo de 1790; y el padre Manuel Ruiz Galdeano se quedó a su cuidado. La calidad del terreno y el clima iguales a los de Iti; los bárbaros que vivían allí antes de fundar la misión eran Chiguanos, tan enemigos del cristianismo como lo eran los Chanesos de Iti. Desde el principio el fraile apóstol fabricó una capillita y un tugurio para sí y los misioneros que viniesen después; en seguida se fue a Chuquisaca con propósito de buscar recursos para esta misión y la de Iti.

La fama de que disfrutaba en aquella ciudad, y la veneración que se le tenía le valieron una buena acogida por parte de los ciudadanos; y la real audiencia le mandó dar ochocientos escudos para Iti, y setecientos para Tayarenda. Habiendo comprado con estos caudales lanas, ornamentos sagrados y otros utencillos necesarios, volvió a Tayarenda, donde encontró su casucha intacta, pero no halló allí a los indios, quienes echando por tierra sus propias cabañas y la iglesia, se habían ido a vivir a tierras lejanas, donde pudieran entregarse libremente a sus hábitos licenciosos. Aunque tal emigración lo hirió en lo más profundo de su alma, sin embargo, no por eso desmayó su celo. Púsose a construir un cobertizo para que le sirviera de capilla, que bendijo el cita-

do padre García, sin que le pusieran ostáculo ni lo distrajeran de su trabajo los indios montañosos que se habían reunido allí procedentes de los diferentes puntos. A la dedicación de la miserable iglesia, titulada de San Pedro de Alcántara, se habían encontrado presentes muchos indios de Ibuirapucuti con su caudillo Gurabaca. Rogó este a fray Francisco que fuera con él a su tierra para establecer allí aquella fé, cuyo culto había presenciado y admirado; y el fraile partió en seguida con él, dejando solo en Tayarenda a Ruiz Galdeano.

No es preciso repetir los trabajos y aflicciones sufridos por este buen sacerdote con la índole perversa de sus bárbaros, sin tener un compañero con quien pudiera dividir las penas, aflicciones y afanes, y sin tener tampoco el consuelo de ver coronada su piadosa obra con éxito feliz. Ocho meses después tuvo un coadjutor, el padre Zacarías Ortiz, y trató de hacerles tomar vecindad con la mayor insistencia. Empeñóse en persuadirles a que fabricaran casas al rededor de la capilla, y logró después de un año de predicaciones y de súplicas que se construyeran cuarenta en el sitio indicado. En 1792 se incorporaron otras familias de suerte que poco a poco comenzó a tomar aquello el aspecto de un país regularizado. Dedicábase él entre tanto a civilizar a aquellos bárbaros. Un año después edificó una nueva iglesia, decorándola lo mejor que pudo, y proveyéndola de todo lo necesario al culto divino. Dió tambien mejor distribución al pueblo; escogió a los más capaces para que se encargaran del gobierno y de la policía, y con esta y otras diligencias suavizó las costumbres de aquellos hombres groseros, los plegó a la sujeción, y los instruyó en los misterios de la religión cristiana. Para habituarlos al trabajo no desdeñó el misionero de trabajar él mismo, tanto en el cultivo del campo como en las obras de albañilería y herrería. En 1804 el número de almas era de seiscientas seis, de las cuales trescientas noventa y cuatro eran cristianas; y subiendo hasta la época de la fundación, ascendían a ochocientas nueve las personas bautizadas.



CAPITULO XVI

MISION DE IBUIRAPUCUTI

Pasó el fervoroso fray Francisco del Pilar de Tayaranda a Ibuirapucuti, estimulado, como se ha dicho un poco más arriba, por el caudillo Gurabaca. El pueblo que yacía allí, distaba cinco leguas de Zaypuru al sud, a los 19°, 39 m. de latitud, y 316°, 8 m de longitud, en medio de una campiña amena, cercada de frondosas colinas, en un suelo fértil, y fecundo en cuanto producía Zaypuru. Los habitantes eran de estatura y de índole igual al resto de la nación Chiriguana. Habíanse mantenido siempre hostiles al cristianismo; pero en 1790 hallándose afligidos por un hambre cruel, comenzaron a envidiar la suerte de aquellos compatriotas suyos que gobernaban nuestros sacerdotes, a quienes no dejaban carecer del alimento necesario en medio de tan terrible escasez. Muchos de estos mismos, acosados por el hambre, habían regresado a las misiones, confesando después que debían la vida a la caridad de los ministros del verdadero Dios. Por todo lo cual, habían estos pedido que se les enseñara la doctrina del Crucificado. Apenas llegó allí, fray Francisco comenzó a construir una iglesia, que los mismos indios ayudaron a terminar. Estando ocupado en esto, vinieron también a buscarlo los de Taqueremboti, y como a poderlo hacer hubiera deseado él convertir a todos los infieles, una vez concluída su fábrica, rogó al padre Fernando Sendero que le enviase un religioso para bendecir la capilla y tomar a su cargo el cuidado de los nuevos prosélitos. Enseguida, él partió.

El destinado fué el padre Antonio Pérez, que estaba en

Mazavi, el cual abrió el año siguiente la capilla al culto católico, poniendo la nueva misión bajo los auspicios del glorioso San Francisco Solano, solemnizando el día de la dedicación con tanta pompa, que trasportó de alegría el corazón de todos los indios que la presenciaron.

Habiéndose quedado solo para cultivar el nuevo campo el padre Pérez, tuvo que soportar grandes trabajos, y obligado en seguida a regresar a Mazavi, los neófitos se quedaron huérfanos, sin que nadie pudiera prestarles auxilio. Informado de esto fray Francisco, dividíase, por decirlo así, con estos, secundado también por el mismo padre Pérez. Los buenos misioneros recibían en cambio la gratitud de los Ibuirapucatanos que perseveraban en la promesa que habían hecho de abrazar el cristianismo, al paso que los de Iti· les enviaban decir que devastarían la tierra, y la arruinarían si no abandonaban a los misioneros. Fray Francisco fabricaba en el entretanto una capilla y una escuela en Taquaremboti. Estos misioneros se distinguieron a porfía por el celo con que desempeñaron la misión que se les había confiado, y para contentar a sus neófitos trabajaban con sus propias manos, y sacaban partido de su propia industria. La población de Ibuirapucuti era bastante crecida. Pero muchos habitantes se vieron forzados por el hambre del año 1792 a diseminarse por los bosques en busca de raíces y frutos silvestres: sin embargo, al cesar aquella calamidad, volvían a reunirse, haciendo progresos en la vida civil y la piedad cristiana. Tres años después se contaban ciento diez y ocho personas acristianadas sobre ochocientas ocho que componían el pueblo. El país se había embellecido: el lugar tenía una plaza cuadrada en el centro, la escuela bien acondicionada, la iglesia graciosa, y bastantemente adornada y provista. Un gobernador, un juez de paz y otros empleados velaban por la tranquilidad pública. Merced a una generosa limosna de un piadoso beneficiado en la catedral de la Plata, se compró un rebaño que se aumentó después maravillosamente. Con tales cuidados y con toda la actividad del misionero todas las cosas prosperaban mucho, hasta tanto que los indios robaron

Recuerdo de Tarija - Fiesta de San Roque



Danzantes disfrazados



miserablemente aquella floreciente colonia, como se dirá a su tiempo. Pudo después restablecerse, reuniendo la gente que se había dispersado, y en 1810 había mil ciento setenta y nueve almas, de las cuales setecientas cuarenta y cinco acristianadas; habiendo recibido el bautismo desde el principio hasta el fin mil cuatrocientas cincuenta y dos.





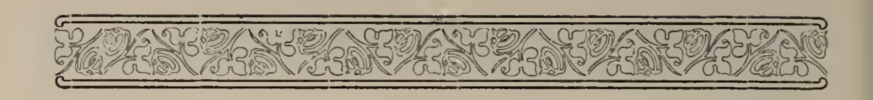
CAPITULO XVII

MISION DE TAQUAREMBOTI

Caminando desde Ibuirapucuti una legua hácia el setentrión, a los 19°, 38 m. de latitud y a los 316°, 2 m. de longitud, en una garganta un poco prolongada se halla la tierra de Taquaremboti. Próximo a la población corre un riachuelo de perennes aguas, que baja de la cordillera, y sirve para regar el terreno dividido en llanos, collados y florestas. Habitaban allí Chiriguanos iguales, por no decir peores, que los de Ibuirapucuti. Nunca manifestaron inclinación al cristianismo, aunque miraban con respeto grande una cruz plantada cerca del pueblo, confiando en que los libraría de desgracias temporales. Las calamidades que los afligieron en 1790 fueron causa de que ellos mismos pidieran la misión; y los nuestros los complacieron inmediatamente, esperando que con el tiempo se aficionarían al cristianismo, y que de los temporales beneficios de los misioneros sabrían pasar después a los espirituales y eternos. Trasladóse pues allí fray Francisco, y ayudado por ellos mismos llevó a cabo la construcción de una iglesia pequeña, que vino después a bendecir el padre Antonio Pérez, celebrando la primera misa el 29 de noviembre de 1791, y poniéndola bajo la protección de San Buenaventura, en presencia de los indios del pueblo y de las cercanías que asistieron con muestras de alegría a la augusta ceremonia. La población, numerosa al principio, se vió diezmada después por un hambre horrible; y por este motivo emigraron muchos indios, no quedando más que doscientas cuarenta y cinco personas. El misionero cuidó de estas con

la más tierna solicitud, de tal suerte, que pasado el azote, regresaron los emigrados a sus cabañas, y en 1795 ascendían los habitantes a mil cincuenta y dos. Como la población iba en aumento, crecía también el trabajo de los misioneros, siendo éstos afuerza de patrimonio y de industria, seguro patrimonio de aquellos infelices. Con la limosna de las misas que celebraban, con el anual estipendio de las misas que les pagaba el gobierno y con los productos de la caridad, no solo preveían al sostén del culto y a su propia manutención, sino que vestían además a los niños de ambos sexos que asistían a la escuela, alimentaban a los convalecientes e inválidos, y socorrían a toda clase de necesidades. La misión había llegado a un estado regular de prosperidad en el año de 1799, en el que fué invadida por los bárbaros. Contábanse mil cuatrocientas personas, de las cuales trescientas cuarenta y una se habían purificado en las fuentes bautismales. Las escuelas estaban en buen orden. Se había edificado una iglesia nueva, y una casa más comoda para los misioneros; los animales de toda especie se aumentaban, y lo mismo sucedía con los productos agrícolas. Se pensó en reconstruirlo en 1800, y en remediar los estragos hechos por los bárbaros en el año precedente; pero para esto fué indecible el trabajo que debió soportar el padre Buenaventura Villanueva, quien mientras pensaba en reparar aquel inmenso daño, no tenía casi de que sustentarse. Pero la providencia, en quien tenía puesta toda su confianza, no lo abandonó. La gente que había dispersado la ferocidad de los invasores, volvió a congregarse, y en 1810 había ya mil quinientos sesenta habitantes de los cuales ochocientos estaban bautizados, y contando todos los que habían participado de este beneficio desde la fundación, su número ascendía a mil ciento veinte y cuatro.





CAPITULO XVIII

MISION DE ITAU

Dejando a fray Francisco en las márgenes del Guapay, pasemos a las fronteras de Tarija, donde otros hermanos nuestros fundan una misión de Chiriguanos en el valle de Itaú, distante del colegio cincuenta leguas hácia levante, a los 21°, 18 m. de latitud y 315°, 20 m. de longitud. El clima de este valle que se extiende por la cordillera del norte al sud, es igual al de Salinas, aunque el calor es más fuerte. En los tiempos anteriores los indios de este valle vivían mezclados con los que habitaban las campiñas inmediatas, e hicieron mucho daño con frecuentes correrías a los Españoles limítrofes. Muchas veces saquearon sus casas, se llevaron los ganados, redujeron a la esclavitud a muchas personas de ambos sexos que condujeron al valle de Salinas; motivos que hicieran necesario el recurrir a las armas para refrenar su insolencia. Los soldados de Tarija sacaron de allí muchas familias con objeto de fundar una población donde pudieran vivir más cómoda y desahogadamente. Traídos pues a esta ciudad en 1790, y sostenidos con mucha dificultad, viendo después de trascurrir algunos meses que no se pensaba de ningún modo en cumplirles lo que se les había prometido, pasaron a Salinas, y desde allí pidieron que se fundase una misión de su propia tierra. Conociendo que la petición era sincera, se trasladaron a aquel punto los padres Lorenzo Ramos y Manuel Saturio Ruiz, los cuales escogieron para establecerse el lugar de Tunalcillo que habitaban algunas familias indígenas. Construídas a toda prisa dos cabañas, la

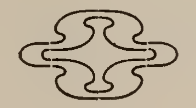
una para iglesia, y la otra para casa, el padre Ramos celebró la primera misa el 21 de setiembre de 1791. Poco tiempo después los dos sacerdotes fabricaban una iglesia y una casa más cómoda con una escuela; empresa que no se pudo llevar a cabo en este año, porque los indios habían ido a sembrar los campos. Quedóse solo por esta razón el padre Lorenzo, a quien le fué enviado para que lo secundara el padre Francisco Rodríguez.

Para terror de los dos abandonados misioneros corría la voz de que los belicosos y crueles bárbaros del Tobas, después de haber caído sobre el pueblo de Caitza, amenazaban entrar en el de Itaú para matar al famoso Anceravi, contra el cual tenían inveterada rabia; y que al misionero que había venido a propuesta suya, le cortarían la cabeza y beberían la chicha en su cráneo. Llegando a oídos de los padres tan espantosas noticias, y conociendo que no era aquella ocasión de intentar nuevas conquistas, juzgaron más prudente retirarse hasta tanto que se calmara aquella deshecha borrasca. Pero no habiendo acontecido nada de cuanto fuera anunciado, regresaron a su puesto con algunos indios que les hicieron compañía mientras les duraron las provisiones que llevaban consigo. Súpose después en el colegio de Tarija que habían vuelto a quedarse solos, y les enviaron por compañero a fray Martín Romero. Pero habiendo caído enfermos con tenaces tercianas este y el padre Rodríguez y viéndose por esta causa obligados a volver al colegio, se quedó solo el padre Ramos, sumergido en la más profunda melancolía. En este tiempo lo visitó el capitán Tubichamin, que vivía a cuatro leguas de distancia y lo invitó a pasar a su tierra con la seguridad de que allí podría levantar a su gusto una casa y un oratorio. Pareciéndole al padre aceptable la oferta, se trasladó allí en el mes de junio de 1792, llevándose la misión de Itaú. Reuniéronse los indios, volvió el padre Rodríguez curado de sus tercianas, y se dió principio a la construcción de la capilla y de la casa, trabajando los humildes sacerdotes con sus propias manos. Brillaba para ellos un rayo de esperanza, cuando habiendo sobrevenido un terrible

aguacero, abandonados por los indios fueron reducidos a la triste soledad de Itaú. Durante esta suspensión el padre Ramos había ido a Potosí a pedir auxilio al gobierno y a implorar la caridad de los fieles, y habiendo vuelto en 1793, mientras se hallaba con algunos jornaleros cristianos en Tunalcillo cortando madera para continuar la fábrica, fueron asaltados por los Chanesos de Zenanditi, y en su presencia mataron a un infeliz apóstata, e hicieron esclavos a otros hombres que se encontraban allí. Todos los demás huyeron, y el padre Ramos se ocultó en la selva, donde pasó la noche aterrorizado, porque cada movimiento de las hojas de los árboles, el más leve rumor temía que era producido por los bárbaros que venían a quitarle la vida. Pero éstos satisfechos con la venganza tomada, volvieron a entregarse a sus ocupaciones, y él volvió a la misión tan aterrado y melancólico, que fué preciso retirarlo. Fué a reemplazarlo el padre Juan Cabrera, quien con Rodríguez terminó la obra comenzada, e inanguró la misión en setiembre de 1793 bajo la protección del arcángel San Miguel. Concurrieron a aquella fundación, además del gobierno y muchas almas piadosas, los padres del colegio y los otros misioneros comarcanos, principalmente los de Salinas. Llevado a buen término lo material de la misión, los fervientes sacerdotes empezaron activamente a catequizar a aquellos bárbaros con el ejemplo de la oración pública, y con instruir sin descanso a la juventud, haciéndoles aprender aquellas artes y oficios más necesarios a la vida social; pero sobre todo amaestrándolos en la virtud cristiana, bien persuadidos aquellos santos profesores, de que la enseñanza profana no puede producir resultados buenos si no tiene por base una sólida virtud; y que por otra parte ni podría esperarse que las máximas cristianas pudieran arraigarse y fructificar en aquellas almas incultas, si no iban acompañadas del amor al trabajo y a la vida civil. Pero los indios, que al principio, bien fuese por mera curiosidad, o bien por deseo de instruirse, acudían a los ejercicios de los misioneros, se enfriaron en seguida, y poco a poco se retiraron. Circulaban los religiosos por el pueblo para ver si

había enfermos que quisieran bautizarse, pero estos, afables en el trato común, en punto de religión eran esquivos y pertinaces, de suerte que era raro que un adulto pidiera espontáneamente el Bautismo. El mismo capitán Tubicamini, cuya buena índole y sincera afección hácia los misioneros, había hecho concebir la esperanza de verlo convertido, al llegar a su extrema hora no consintió en hacerse cristiano, y murió en la incredulidad. ¡Inescrutables juicios de Dios!

El día 22 de febrero invadieron esta misión los Chanesos, robando, incendiando y aterrando. Cinco indios fueron asesinados: setenta y dos personas entre hombres y mujeres fueron reducidas a la esclavitud. Los misioneros estuvieron muy expuestos a perder la vida queriendo defender la de sus neófitos y catecúmenos. Sin embargo, es cierto que aquellos hombres feroces la respetaron. En muchos encuentros los había amansado su intervención; y en este mismo trance aún sirvió para amansarlos un poco. Esta irrupción, y el temor de que fuese repetida hizo que muchos emigraran a lejanas tierras, y que los progresos del cristianismo se redujeran a nada. Años después se repitieron aquellos estragos, siguiendo aquellos bárbaros molestando durante ocho años consecutivos a los pacíficos vecinos. Después de tan dolorosas vicisitudes, la misión tenía en 1804 cuatrocientas noventa y ocho personas con doscientos setenta y siete bautizados. Desde el principio hasta esa época el número de acristianados subía a trescientos cuarenta y nueve.





CAPITULO XIX

MISION DE PIRITI

Volviendo a cruzar la frontera de Santa Cruz, fray Francisco del Pilar renovaba los prodigios de su celo. Concluída la casa y la capilla de Taquaremboti, en tanto que se aguardaba el sacerdote que la debía de inaugurar, dirigióse a Piriti, llamado por Zaquarao, que pedía se fundara una misión entre sus gentes. Yacía Piriti a dos leguas de Ibuirapucuti hacia el norte, a los 18º, 42 m. de latitud, y a los 316º 9 m. de longitud en una espaciosa campiña tan fértil como las anteriormente descritas. La tierra era bañada por un torrente de excelentes aguas. Sus habitantes eran Chiriguanos de muy buena índole, pero semejantes en todo a los otros.

Apenas hubo llegado fray Francisco se dedicó, como tenía de costumbre, a edificar el oratorio y la casilla; siendo un espectáculo consolador el ver a aquellos indios, jóvenes y ancianos, hombres y mujeres, ejecutar las órdenes del pobre fraile, y a su ejemplo preparar una casa para el verdadero Dios, y otra para sus ministros. De tal suerte que en poco tiempo se vieron acabados los dos edificios. Después de este pasó a Oubaiz, a instancias de su capitán. Y como hallase también en este punto muy bien dispuesto el pueblo para recibir el cristianismo, plantó allí una cruz elevada, y dió principio a la construcción de una iglesia. Tan rico como era en caridad el dignísimo hijo de San Francisco, otro tanto era pobre de medios temporales. ¿Cómo pues subvenir a las necesidades de aquella doble misión? La caridad halla recursos para proveer a todo. En aquel conflicto, el buen Francisco

interrumpe sus trabajos, y se pone en camino para la Plata. Mendigando por el amor de Dios logró ornamentos sagrados, paños, telas y cuanto podía necesitar. Hecho esto, regresó a Piriti, donde residió hasta fines de Mayo de 1792, esto es, hasta que llegó allí el padre Salvador Trujillo para encargarse de la cura de almas. A mediados de mayo de 1792 se inauguró la misión en presencia del padre Francisco García que había venido al intento de Tacurú, y de varios capitanes seguidos de sus gentes, bajo la tutela del gran doctor de la iglesia San Jerónimo.

Tras la alegría los afanes. Despues que todos se diseminaron se quedó solo en la misión el padre Trujillo, desprovisto de todo auxilio, cuando comenzaba justamente a sentirse allí el hambre. Los habitantes recorrían los bosques en busca de yervas y de raíces para mantenerse; otros se refugiaban en otras misiones, quedando allí solas doscientas almas. El solitario misionero se dedicó entonces a estudiar el idioma Chiriguano, y logró hablarlo con mucha perfección. Y poniéndose después a explicar a sus prosélitos la ley de Cristo, a tranquilizar y atraer a los dispersos, llegó a contar en setiembre bajo su dulce imperio a cuatrocientas ocho personas, de las cuales ciento diez se habían lavado con las aguas saludables del Bautismo. No olvidando el progreso material de su pueblo, con las limosnas que recibía por su celebración, y el estipendio del gobierno, regularizó un poco la población, puso en buen pie la escuela, y adquirió bastante ganado para alimentar a los niños, los ancianos y los enfermos, y a todos aquellos que no podían procurarse el necesario sustento. Tanto se aplicó, que en 1798 contaba su pueblo setecientas noventa y ocho almas, entre ellas ciento setenta y tres bautizados. Los niños acudían voluntariamente a la escuela; todos asistían con asiduidad a los actos religiosos de la iglesia; en suma, todo caminaba con prosperidad. Pero una inesperada interrupción de bárbaros anubló la serenidad de Piriti, hasta el punto que aquellos pobres indios fueron reducidos a no tener que comer mas que del jornal diario que ganaban con sus manos. Era pues un triste espec-

táculo ver aquellos miserables, agarrándose al hábito del misionero pidiéndole pan, y al misionero bajando los ojos confundido por no tener para dárselo, o levantando los ojos al cielo como para pedírselo a la providencia que no olvida jamas a los pajarillos del aire. Supieron necesidad tan extrema los padres del colegio de Tarija, y mandaron inmediatamente cuantos recursos pudieron recoger, con lo que los misioneros del desolado pueblo no solo nutrieron a sus presentes hijos, sino que hicieron volver a los que había dispersado la terrible calamidad, y reconstruyeron las casas destruídas por el furor de los bárbaros, su propio alojamiento, la escuela y la iglesia. En el año 1804 habían desaparecido los vestigios de aquella tempestad, y tres años mas tarde la población subía a mil ochenta y dos almas, de las cuales setecientas treinta y siete eran cristianos, y los restantes catecúmenos.





Indígenas de Pilcomayo en el Chaco en una hacienda alemana





CAPITULO XX

MISION DE OUBAIZ

Al sud de Piriti, a legua y media de distancia, a los 19°, 40 m. de latitud, y a los 316°, 6 m. de longitud, se hallaba la misión de San Diego de Oubaiz en medio de una amena llanura circundada de selvas, con un torrente que lamía la margen extrema. El suelo fértil; los habitantes eran Chiriguanos. La tierra tenía ya más de mil trescientas personas, de las cuales un número crecido murió de viruelas, otras a manos del hambre de 1793, diseminándose algunas por las selvas para buscar algún sustento. Así quedaron reducidas a doce personas. Más arriba se ha dicho como fray Francisco del Pilar, llamado por el capitán de aquel pueblo, había partido de Piriti para fundar allí una misión. Las circunstancias eran tan calamitosas, que parecía una empresa temeraria el intentar reunir gente donde se perecía de hambre. Pero no se arredró por eso el valeroso fraile. Después de haber construído a toda prisa una capilla y un tugurio, partió para la Plata a buscar lo necesario. En su ausencia perecieron más de trescientas personas de la comarca, unas de fiebre, las otras de hambre. A su vuelta, verificada en febrero de 1793, habiendo llevado consigo cuanto necesitaba para la iglesia, para vestir y refocilar a aquellos desgraciados, se inauguró la misión en la domínica pascual, que correspondió aquel año al 31 de marzo, bendiciendo la iglesia el padre Trujillo, bajo la advocación de San Diego. Fué nombrado para la cura de almas el padre Manuel Avila, quien después de haber cesado el mal, y de haberse mostrado el cielo más

benigno, cumplía con todos los deberes de un buen misionero, siendo a la vez buen sacerdote, legislador, juez, padre afectuoso y solícito maestro. Cultivado con tanto celo aquel reducido campo, prosperó admirablemente, de tal manera, que en 1799 había ya ochocientas setenta y cuatro personas con trescientas sesenta y siete bautizadas. Pero aquí también se desató la tempestad de los bárbaros; y fué tanta la desolación que causó, que no quedó rastro de sus habitadores.

Pasada la tormenta trató de rehacerla. Los indios volvieron, y buscaron a su misionero que lo era entonces el padre Domingo Andrés. Hecha la estadística del reconstituído pueblo, se contaron cuatrocientos treinta y cuatro habitantes. No obstante la calamidad sufrida, la población volvió muy pronto a organizarse; la iglesia, la casa de los misioneros y las escuelas fueron reedificadas con las demás cosas de mayor urgencia. De este modo, en 1810 la misión se componía de mil doscientos veinte y seis habitantes, de los cuales eran quinientos ochenta cristianos, subiendo a mil cuarenta y cinco los bautismos administrados desde el principio del año citado. Las tierras se habían preparado para la sementera; los habitantes habían sido provistos de instrumentos agrícolas, las diferentes oficinas habían recibido el hierro necesario, se habían montado telares y multiplicado los animales para la labranza y para la manutención de los necesitados.





CAPITULO XXI

MISION DE PARAPITI

SALIENDO de Oubaiz, y caminando hácia el sud, se encuentra a las nueve leguas la misión de la Inmaculada Concepción de Parapiti, a orillas del río de este mismo nombre, a los 19°, 58 m. de latitud y 316°, 7 m. de longitud, en una campiña bastante deliciosa. El terreno es fértil, los pastos son abundantes, todo dispuesto para una floreciente agricultura y numerosa cría de ganado. Báñala un torrente impetuoso que causa daños en la llanura, pero cuyas aguas son muy saludables y ricas en peces. Los habitantes eran Chaneses, que no desmentían su nacional carácter, y que estaban muy afligidos, jurando que en tiempos prósperos no hubieran renegado jamás del paganismo. Pero Dios que dispone la suerte de las naciones como la de los indivíduos, les envió para atraerlos a sí, una hambre devastadora. Esto los obligó, no a recurrir al verdadero Dios, que todavía no conocían, sino a la caridad inexhausta de sus ministros, que daban testimonio de la divina providencia.

Hallándose fray Francisco ocupado en fundar las misiones más arriba citadas, se le presentaron en 1790 los capitanes de Parapiti Bayra y Garderay, suplicándole se dignara extender hasta su tierra el beneficio de las misiones. No podía por entonces el buen fraile satisfacer sus deseos; pero después que renovaron su pretensión por medio del capitán Tenecua, partió inmediatamente. Examinado todo con atención, les prometió que fundaría la misión a su vuelta de la

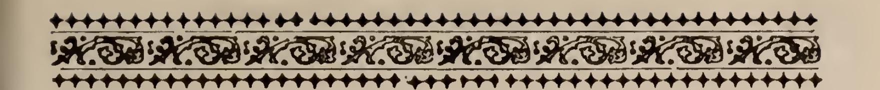
Plata. Hizo entre tanto una cabaña para el futuro misionero, y mientras los indios andaban preparando materiales para la construcción de una iglesia, él se contentó con plantar una cruz a toda prisa. En este intermedio bautizó sesenta personas, a quienes una fiebre epidémica había puesto a las puertas de la muerte. Obligado a partir, dejó en su lugar a otro religioso para que tomase a su cargo la dirección de aquellos bárbaros. Volviendo al cabo de dos años, vió que los tiempos habían cambiado mucho las cosas; que aquella población de unas dos mil almas estaba casi aniquilada, en parte por la ausencia de muchos, en parte por la mortandad que habían causado el hambre y la peste. Entre los muertos se contaban los capitanes Bayra, Tenacua, Iepue, y Abacuya, estrechamente relacionados con él; el primero bautizado ya, y los otros muy próximos a serlo. El dolor de tanta desgracia se le aumentaba con el ánimo contrario del capitán Guaguayai que andaba incitando a los bárbaros de Izoozoy, del Uruguay y otras comarcas a salirle al encuentro cuando viajara, despojarlo de cuanto trajera y después matarlo. Habiéndose negado los bárbaros a tanta atrocidad, él mismo fué en persona a derribar la cruz, y a hacerla pedazos. Encerrándose luego en su casa, se puso a hacer flechas y a preparar todo lo necesario para destruir la obra santa del religioso y matarlo a él mismo. Montando pues sobre un fogoso caballo, se dirigió en derechura hácia la designada víctima. Pero cuando su pensamiento iba abismado en el horror del delito, de repente el caballo se encabrita, saca al jinete de la silla, lo arrastra por el suelo, y a consecuencia de su caída se ve obligado a guardar cama mucho tiempo. No amansó el bárbaro al peligro pasado, antes bien lo enfureció; pero no teniendo él fuerzas para el atentado, manda a su hijo que consume el premeditado asesinato. Y acompañado éste por diez sicarios, se presenta al fraile y le dice: «¿Cómo te has atrevido a entrar en nuestra tierra? ¿Has creído acaso que nosotros queremos hacernos cristianos?» Y Francisco con admirable mansedumbre le replicó: «Vosotros sabéis que los capitanes Bayra y Tenacua me habían rogado y traído ellos

mismos para que fundara aquí una misión: por eso he venido. Pero yo no pretendo hacer cristianos por fuerza; el que quiera hacerse que se haga; el que no quiera, se estará tranquilo en su casa.» Era tanta la dulzura que revelaba su rostro, y la blandura de su palabra, que la ira del bárbaro se apaciguó. Y dándoles el religioso algunos regalos, los dejó satisfechos. Pero no se contentó con esto su benignidad, sino que con caridad cristiana fué a visitar al mismo Guaguayai, que se hallaba enfermo, le llevó carne, vendas y paños, y lo asistió hasta que se hubo curado con tierna solicitud.

Aprovechando en tanto un poco de bonanza, mientras que la gente que había dispersado el terror de la peste volvía al suelo natal, fabricó él la capilla, organizó en cierto modo la población, y dispuso las cosas para la inauguración del culto católico. A principios de 1795 (no habiendo sido posible antes) vino un sacerdote, el padre Santiago Lastra, que dedicó la capilla a la Inmaculada Concepción de María, y celebró la misa con la posible pompa y alegría universal. El Guaguayai desleal e injusto no dejó de causarle disgustos, incitando siempre a los indios a derramar la sangre del misionero; pero el sufrimiento de éste triunfó de su maldad, haciendo florecer notablemente la misión. En 1799 habitaban ya allí setecientos cincuenta y seis indios, de los cuales ciento cincuenta y cinco habían sido bautizados. A la escuela acudían muchos bárbaros. Hízole el rey un donativo de mil trescientos escudos, con los cuales compró ganado lanar y animales de labranza. Pero como fuera ésta la primera de las misiones invadida por los bárbaros, fué tanta la destrucción que le causaron, que ni siquiera quedaron las ruinas para atestiguarla. El padre Narciso salió de allí tan desnudo como el padre Adán del paraíso. Los indios que se habían librado del furor de los bárbaros andaban errantes de una a otra parte por las tierras y selvas circunvecinas, tan miserables, espantados y afligidos, que daban compasión a las mismas piedras. Sin embargo el ferviente celo del padre Llamedo, una vez disipada la borrasca, trató de hacer volver al aprisco sus pobres ovejas tan tristemente descarriadas. El

Señor, moviendo a compasión el corazón de los fieles, proveyó a la restauración de la misión mediante los socorros de la piedad cristiana, con los que, borradas las huellas de los estragos anteriores, volvió a florecer con más esplendor que antes. Sus habitantes eran en 1809 tres mil doscientos once, entre los cuales seiscientos eran cristianos, y los otros esperaban y se preparaban para serlo.





CAPITULO XXII

MISION DE TAPUITA: MUERTE DE FRAY FRANCISCO DEL PILAR

Entre Zaypuru y Taquaremboti, en una cuenca del valle que forman montes elevados, se halla situado Tapuitá a los 10°, 36 m. de latitud, y a los 316°, y 58 m. de longitud, embellecida por la cascada de un torrente. Habitaban allí Chiriguanos procedentes de varias partidas, y poco o nada inclinados al cristianismo. Acosados por el hambre pidieron socorro al hermano Francisco, prometiéndole que se convertirían a la religión de Cristo. Este, que los conocía muy bien, que tenía pruebas de su carácter voluble, y que penetraba la causa de su pretensión, les aconsejó que se incorporaran con los de Zaypuru, entre los cuales tenían muchos parientes suyos. No habiendo querido ellos hacer esto, sus deseos no tuvieron efecto. No obstante, el caritativo religioso no olvidaba su súplica, y solo aguardaba mejor ocasión para satisfacerla. Entre tanto fuese al Plata, donde cayó gravemente enfermo; pero apenas se restableció, pidió con empeño la oportuna facultad para poder fundar la misión de Tapuitá. Trasladado a este punto el 15 de julio de 1795 construyó, como era de costumbre, una capilla, que bendijo después en diciembre el padre Francisco Coll, titulándola de Santo Domingo. El mismo padre Coll se quedó de misionero, y desempeñó con tanto celo su empleo, y con tanto provecho de la religión que el comisario régio lo alabó mucho a su vuelta a Madrid, porque vió que se habían establecido ya cuatrocientos siete,

y de estos ciento diez bautizados, que fueron confirmados por él mismo. Quinientas cincuenta y tres almas, y doscientas cuarenta y cuatro acristianadas encontraron los bárbaros de la invasión del 99, que destruyeron la infortunada misión, pillando todo cuanto valía alguna cosa, excepto los ornamentos sagrados, que fueron de antemano salvados.

No se pensó en rehacer la misión, porque el sitio era malsano, y los indios muy turbulentos; pero fué menester ceder a las instancias repetidas del gobernador de Cochabamba don Francisco Viedma, y se trató de recoger y encontrar los dispersos. Brilló aquí más viva que nunca la caridad de Francisco del Pilar; pero ¡ay! aquel ardiente celo indicaba (¡quién hubiera podido preveer tan próximo suceso) el supremo esfuerzo de aquella alma grande sobre la tierra,

Como rostro al que falta el alimento,

Monti, *Maschoroniana.*

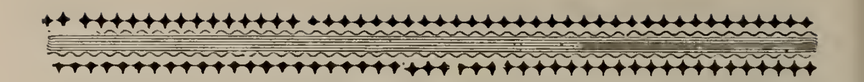
Los contínuos trabajos, la edad avanzada, la salud perdida, y la extrema dificultad de fundar y sostener tantas misiones, tantas fatigas inútiles y tantas esperanzas defraudadas lo habían consumido, y agotado la fuente de la vida. Agréguese a todo esto la pobreza extrema (aunque no molesta para él en que había vivido siempre pobremente por hábito y afecto), pero triste, porque le quitaba la esperanza de poder remediar muchas necesidades. Añádanse también las disputas entre los soldados españoles de Zaypuru y los misioneros, las inícuas pretensiones de aquellos y las funestas consecuencias que habían de engendrar. Todas estas angustias llegaron a postrarlo en un lecho con pocas esperanzas de volver a levantarse. Acudió presuroso el padre Julián Diez Canseco, que le administró los últimos auxilios de la religión, para encaminar aquella alma piadosa por el sendero de la eterna bienaventuranza. Esta dolorosa pérdida ocurrió el 8 de mayo de 1801 (1). Así la naturaleza y el siglo se renova-

(1) No deja de ser muy extraña la discrepancia entre la fecha que aquí se apunta y la señalada en la *necrología* que hemos citado en el prólogo.

ban, cuando el humilde hermano cambiaba una vida miserable, santificada por la caridad, por aquella en que reina la eterna alegría en el seno del Altísimo. Fueron sepultados sus despojos mortales en el rincón apartado de la América, que había sido el teatro de su heroica virtud; pero la olvidada tumba fué regada con las ardientes lágrimas de sus hermanos, de muchos cristianos, a quienes había enseñado el camino de mejor vida, y aun de muchos infieles que habían recibido de él muchos beneficios. Esta es la fúnebre pompa que Dios concede a sus elegidos, y que niega a la fastuosa vanidad de los soberbios. Ahora reposan las cenizas del magnánimo Francisco del Pilar en el colegio de Tarija. ¡Ojalá que bajo sus auspicios brillen días serenos para la difusión de la fe cristiana, y que sirvan de estímulo y de ejemplo sus sublimes virtudes al generoso apostolado de sus hermanos!

La misión de Tapuitá contaba a fines de 1810 seiscientas sesenta y siete personas, de las cuales trescientas cuarenta y cuatro habían entrado ya en el seno de la santa madre Iglesia.





CAPITULO XXIII

MISION DE TAPERA

Voy a referir la última conquista del llorado Francisco del Pilar, antes de la invasión de los bárbaros. Es esta la misión de Tapera, situada entre la parroquia de Sauces y la misión de Iti, a los 18°, y 28 m. de latitud, y 315°, 14 m. de longitud. Este pueblo pertenecía a Chiriguanos entre los cuales había un cristiano llamado Viri que había sido hecho esclavo por éstos en su juventud. Unido a una mujer infiel, que no quiso abandonar nunca, vivía él también infielmente. Por último, habiéndose convertido su mujer al cristianismo, éste rogó a fray Francisco que difundiera nuestra fe en aquel pueblo, manifestándole que se podrían recoger en él todos los indios diseminados en aquellas cercanías, y reunir así una población bastante crecida. Tal proyecto no pudo realizarse, porque se oponían a ello tanto la mala índole de aquellos indígenas, acérrimos adversarios de todo yugo, como por los pérfidos consejos de algunos renegados que vivían entre ellos. Pero sin embargo fray Francisco comenzó a fabricar una iglesia y una cabaña; luego construyó otras casillas para los indios residentes allí y para los que vinieran después formando con todos un lugarcito bien ordenado. Concluída esta obra, llamó al padre Pedro Regalado Rodríguez, misionero de Tayarenda; el cual, a fines de mayo de 1798 bendijo la iglesia, poniéndola bajo la protección del doctor de las gentes San Pablo. La situación de este pueblo no fué felizmente escogida, y habría podido levantarse en mejor sitio, si los indios lo hubieran consentido. Yacía en un hoyo cercado de

montes; corría en las cercanías un río, que uniéndose a otra corriente cerca de Loeyleche, formaba el río de Iti y de Tayarenda: A poca distancia de la población manaba una fuente perenne de agua purísima, que se bebía especialmente en verano. El clima y el suelo eran iguales a todos los demás descritos. Se principió la misión con una veintena de cristianos entre sesenta y siete almas; pero creció poco a poco y progresó de suerte que pudo servir al bien de la vida presente y futura. Las cosas marchaban con admirable armonía, cuando el enemigo de todo bien trató de destruir su bienestar, sirviéndose del malvado capitán Mandicuyo para realizar sus depravados intentos. Vivía este a poca distancia, y rugiendo de ira contra la misión establecida en Tapera, trató primero de seducir algunos descontentos que vivían en este pueblo. Siendo inútil esta tentativa, se confabuló con otros bárbaros de su calaña, pactando con ellos el perseguir de muerte a los misioneros, y arrancar de raíz las plantas que habían criado con tantos sudores y fatigas. Pero aquel que reina en los cielos rompió los hilos de la trama, enviando una horrorosa peste, que dispersaba la hueste enemiga, al paso que dejaba intacto a su pueblo, y lo libertaba de la persecución del bárbaro Mandicuyo. Prosperaba en el entretanto la misión; edificóse una nueva iglesia y una casa más espaciosa para los misioneros, se hicieron oficinas y escuelas más cómodas, se aumentó la dotación de los religiosos, consistente en ganado, progresó visiblemente la instrucción, la moral pública, religiosa y civil, y en el año 1807 se había conferido el bautismo a trescientas veinte y una almas, de las cuales sobrevivían doscientas diez.





CAPITULO XXIV

MISION DE CAYAMBURU

Los indios de Cayamburu habían vivido siempre en buena amistad con los cristianos: de tiempo en tiempo venían a Tarija a vender fruta y varios juguetes de madera; trataban con nosotros familiarmente; pero en punto a hacerse cristianos, jamás querían hablar de ello; o porque les pareciese mal perder aquella absoluta independencia en que habían nacido y se habían criado, o porque los cristianos que conocían, tuvieran vicios tan malos o peores que ellos mismos. Ocurrió pues que se encontraron un día estos con el padre Domingo Andrés, y después de infinitas cortesías se dejaron persuadir a aceptar en su tierra la misión. Fuése por de pronto a hablar al subdelegado real de Tarija, el cual conferenció sobre el asunto con el padre guardián del colegio; y estos enviaron inmediatamente al país al padre José Blanco el día 17 de mayo de 1804.

Hallábase Cayamburu a los 22°, 21 m. de latitud, y a los 314°, 40 m. de longitud, veintiocho leguas distante del colegio. El sitio que ocupaba era por la situación malsano, y por lo apartado incómodo. Estaba sepultado en un valle tristísimo, donde las abundantes y casi contínuas lluvias, con muchas corrientes de aguas hacían el territorio tan húmedo, y el aire tan pesado, que el habitarlo era funesto aún a los mismos indígenas. Prueba de ello es que de cuatro capitanes con muchos soldados que había poco antes de entrar allí nuestros misioneros, no encontraron allí más que cuarenta indios con sus familias. Pero apesar de que el pueblo

fuera poco a propósito para una misión, sin embargo, por complacer a aquellos infieles, se fabricó una capilla y una mezquina casa; y el mencionado padre José Blanco celebró la primera misa el 8 de julio del citado año, bajo la invocación de San Pedro Regalado. Grande, infausta cosecha de sufrimientos recogieron los misioneros en aquel punto; porque algunos indios perversos no saliendo de los desenfrenados hábitos de su vida gentilicia, andaban excitando a los otros para que rompieran con el religioso y lo echaran de allí. Otro manantial de disgustos eran los poseedores de las tierras vecinas, que deseaban extenderse, ocupando el terreno señalado a la misión. Agréguese a todo esto la índole maligna y rebelde de los indigenas, que repugnaban la misión que habían pedido, y que mezclándose con los malos se hacían peores, practicando a una con ellos todos sus vicios, viviendo en la holgazanería, vagabundeando, robando y cometiendo todo género de excesos. La insalubridad del país, más incómoda y perniciosa por los enjambres de mosquitos y otros molestos insectos que desazonaban a las personas e irritaban a los animales, obligó a los misioneros a trasladar a otra parte la misión. Eligióse a este fin la campiña de Tarique, llana, espaciosa y risueña, de aire enjuto y de clima benigno. con un riachuelo de agua dulce que corría cerca de allí. Distaba este lugar catorce leguas de Cayamburu, y quince de Salinas, a los 22°, 5 m. de latitud, y 314°, 48 m. de longitud. Comunicado este proyecto a los indios, lo aceptaron; y se llevó a ejecución en agosto de 1810. Plantóse la emigración en la pendiente de un ameno collado: distribuyóse con buen órden, y levantóse en el centro de la población una ancha plaza. Los que habían recibido el bautismo en 1810, eran doscientos dos, contándose aquel año mismo ciento ochenta y cuatro cristianos.





CAPITULO XXV

INVASION DE LOS BARBAROS

Habiendo aludido muchas veces a las invasiones de los bárbaros, y a los males que acarrearon éstas a nuestras misiones, antes de concluir estas memorias nos creemos en el deber de contar brevemente su historia. Y no solo lo hacemos por explicar lo que hemos dicho en los últimos capítulos precedentes, sino también para mostrar cuántos trabajos y aflicciones agobiaron a nuestros misioneros de Tarija, objeto principal de este escrito.

No buscaban siempre el cristianismo los pueblos Chiriguanos y Chaneses (de quienes hemos hablado tanto), por afecto que le tuvieran; sino que unas veces lo hacían por la seguridad personal en tiempo de guerra, y otras muchas por las ventajas temporales que se prometían de la caridad de los misioneros. De aquí la inconstancia de sus propósitos, y la facilidad con que se dejaban llevar de cualquier soplo de viento contrario. Por la misma razón se mantenían tranquilos y dóciles, mientras los misioneros les prodigaban subsidios y donativos, y les toleraban alguna intemperancia, o no perturbaban la muelle ociosidad en que vegetaban con tanto placer; pero apenas cesaba una de estas condiciones, al momento se despertaba la fiera ambición de su primitiva vida desenfrenada, rompiendo y atropellando por todo para volverse a ella. Así sucedió en las misiones de Parapiti, de Oubaiz, de Piriti, de Ibuirapucuti, de Taquaremboti y de Tapuitá, y otro tanto querían hacer en las de Tayarenda y de Iti. Comenzaron las del Piriti en febrero de

1796, diciendo con mucha desfachatez que no querían oir ya más de misiones ni de misioneros, y que querían hacer morir a estos y a todos los soldados acantonados en Zaypuru. Vino tropa y arrestó al cabecilla de la sublevación; pero pronto se vió esta obligada a ponerlo en libertad. Hasta tanto que con ruegos y con amenazas logró calmarlos el padre Rodríguez, aunque por poco tiempo; y cuando se encendió de nuevo la mal extinguida llama, fué para arder con más fuerza y más estrago. Uniéndose con los de Oubaiz, Ibuirapucuti, Taquaremboti y otros gentiles, decretaron la muerte de los misioneros y de todos los cristianos que vivían con ellos. Sabido esto por el comandante del fuerte de Zaypuru, llamó a los amenazados religiosos para resguardarlos de un golpe de mano, y estos hicieron su viaje por la noche sin llevar consigo nada en aquella precipitada fuga. Solo los misioneros de Parapiti no pudieron huir, porque ya les había interceptado toda comunicación el pérfido Guarey, que abrigaba en su corazón un odio verdaderamente diabólico contra el cristianismo. En vano envió el padre comisario al venerando fray Francisco del Pilar, de cuyo saludable influjo se esperaba un buen resultado. Corrió, veló, acudió a todas partes el santo fraile, rogó, prometió, hizo regalos, pero al fin tuvo que escribir a su superior que no había logrado nada. No teniendo otro remedio, se acudió al comandante militar para que resolviera lo mejor. Este mandó al punto un refuerzo de gente armada al subdelegado de Santa Cruz; viendo en el entretanto que los indios se acercaban, pidió auxilio a las misiones inmediatas; y las de Piray, Florida, Cabezas y Abapó le enviaron quinientos arqueros. Viniendo detrás de estos veinticinco soldados de Santa Cruz, los insurgentes acobardados se retiraron a sus tierras, teniendo los misioneros medios para volver a sus respectivos puestos sin sufrir el menor ultraje. Al propio tiempo se conmovieron las misiones de Iti y de Tayarenda, y el terror que sembraron fué tan grande, que Sauces, de donde podía venir algún socorro, se quedó casi desierto. Los misioneros que no habían querido moverse de sus puestos, dijeron e hicieron tanto, que lograron disipar

por entonces aquel nublado. Pero habiendo quedado impunes las fechorías de los jefes del anterior motín, no cesaban de atizar la tea de la discordia, y por desgracia no en vano. Los indios no querían ya oir la doctrina, ni permitir que sus hijos fuesen a la escuela, u oyeran las amonestaciones de los religiosos. De aquí provino un ocio completo, comilonas frecuentes, pueblos convidándose a banquetes tumultuosos, en los cuales la comida, el vino y las conversaciones licenciosas engendraban escandalosos y criminales propósitos. En Parapiti, donde capitaneaba el mencionado Gaurei, las cosas tomaban peor aspecto que en otras partes. Todos los que permanecían obedientes a los misioneros eran objeto de befa, y tratados como esclavos; muchos por eximirse de la santa influencia de la religión, trasladaban lejos sus tugurios, donde jamás se oía el sonido de la campana. En Piriti después de dos meses de aparente calma, el padre Lino Zabala, sacerdote benignísimo, estuvo a pique de ver derribar a su vista casa y capilla, y de perder la vida. Ya le andaban cerca las flechas de los rebeldes y desleales, y tuvo que encerrarse a toda prisa para librarse del peligro. Con mucha dificultad lograron algunos fieles generosos y valientes salvarle la vida. Este era el horrible estado de las misiones.

El año de 1799 comenzó bajo malos auspicios. No había una misión en donde un partido maligno no tratara de sembrar la cizaña contra los ministros del Evangelio, y de acabar con toda la buena semilla diseminada en la comarca. A los indios que vivían ya civilmente vinieron a darles la mano los salvajes, y a las colonias de Parapiti, Oubaiz, Ibuirapucuti, Taquaremboti y Tapuitá se juntaron más de treinta tribus bárbaras, y se podría decir que casi toda la turba Chiriguana de aquella parte. Robar, degollar reses, preparar dardos y pasar el tiempo en bacanales, era toda la ocupación de aquellos hombres feroces. En una gran reunión celebrada el 20 de octubre en Tapuitá, confraternizaron los malintencionados de las misiones insurrectas y de muchas hordas bárbaras, especialmente de las de Capiposendi, Taquarembotimiri y Muchirimiri. Llegada la noche, favorecedora

del delito, ejecutaron danzas descompuestas, prorrumpieron en gritos espantosos y cánticos fúnebres: después, el temeroso sacerdoee oyó una voz fuerte que decía: «¡Alerta! que los Españoles no nos sorprendan: quien tenga oídos que escuche».

Reunidos de esta suerte invadieron en primer lugar a Parapiti. Resistieron al choque violento, aunque por poco tiempo, los indios que habían permanecido fieles al misionero que los animaba, sin temor a las saetas que le llovían. El número y la ferocidad triunfaron. Entonces el misionero, que era Narciso Llamedo, retiróse a un sitio seguro, donde rompiendo en llanto contempló el destrozo del pueblo, que le había costado tantos sudores levantar. Pero cuando vió saqueada su pobre casa y la iglesia, y alzarse sobre ellas las llamas que las devoraban, faltóle el valor, y corrió a esconderse en lo más espeso de la selva. Los ébrios vencedores pasaron allí en Oubaiz. Aquí también se les opuso una leve resistencia. Al odio fanático de los invasores se juntaba una inveterada sed de venganza, porque los heroicos habitantes de Oubaiz habían destruído hasta seis pueblos de sus bárbaros enemigos, recobrando los caballos y mulas que estos les habían robado: por esta causa fue esta vez más terrible y feroz el ataque de aquellos salvajes. El padre Domingo Andrés no se resignaba a partir de allí, oprimiéndosele el corazón cada vez que pensaba en que iba a abandonar a sus queridos feligreses; pero estos mismos, viendo desvanecerse toda esperanza de resistir por mucho tiempo, con ardientes súplicas lo encaminaron hacia Zaypuru, a donde llegó por fin sin llevar consigo otra cosa que el hábito puesto y los sagrados ornamentos. El día 11 de marzo fue el último de Oubaiz. Desde aquí se dirigió la funesta turba a Piriti. Habiéndose muchos leales preparado a la defensa; pero los descontentos que no faltaban, sedujeron a muchos, y los demás huyeron para librarse de una muerte segura. También huyó el padre Manuel Ruiz Calzada, llevándose consigo los ornamentos sagrados y los libros parroquiales. Piriti era el 11 de noviembre un montón de ruinas.

Unicamente la misión de Ibuirapucuti resistió el choque y desvió el torrente desvastador, porque el capitán Gurabaca con sus fuertes soldados juró dejarse hacer pedazos antes que ceder. Habiéndo pues peleado como un héroe, obligó a los rebeldes a retirarse. Corrieron entonces a Taquaremboti, donde la empresa les ofrecía menos dificultad, porque los indios, poco afectos de por sí al cristianismo, los estaban esperando, y solo para disimular instaban a los misioneros a que huyeran. Estos permanecieron quietos hasta la llegada del enemigo; pero viendo imposible la resistencia, partieron para Zaypuru, llevándose consigo los ornamentos de la iglesia. Apenas habían salido de allí pillaron los mismos indios de Taquaremboti todo lo que habían dejado los religiosos. Vienen los bárbaros y completan con el incendio la destrucción de la iglesia y de la casa parroquial.

La sexta etapa de aquel viaje devastador fué Zaypuru. Había allí, si el lector no lo ha olvidado, una guarnición militar con un fuerte, llamado de San Carlos; pero desprovisto de armas y de municiones, y escaso de soldados. Si lo hubieran asaltado los bárbaros, la toma hubiera sido inevitable, y vencido aquel último baluarte de los establecimientos civiles y religiosos, nada hubiera contrabalanceado su furor, y las misiones hubieran desaparecido de aquel suelo americano hasta las márgenes del Guapay. A decir verdad, este era el intento de aquellos insurgentes. Pero Dios no consintió tanta ruina ni estrago. Mientras caminaban los bárbaros en dirección de Zaypuru en una noche oscura, de repente brilla en el cielo un meteoro, semejante a una aurora boreal de las más resplandecientes. De una faja de luz que se extendía sobre la enemiga caterva, se desprendían a intervalos chispas o rayos que parecía que venían a herirlos o abrasarlos. Aconteció esto en la noche siguiente al día 12 de noviembre, y duró hasta el alba. Mejor se puede imaginar que describir la impresión que hizo en el ánimo de los bárbaros aquel sorprendente espectáculo. El terror engendrado por el delito se apoderó de sus pechos consternados, y creyeron leer en caracteres de fuego la venganza del *Dios grande*, de aquel Dios

de los cristianos que temían e insultaban al mismo tiempo. Como un rebaño de animales nocturnos al aparecer de repente una llama, que primero se paran y se arremolinan, tomando luego precipitada fuga, así sucedió con aquella turba insensata y cruel. Corrieron a la desbandada a ocultarse entre los matorrales, en las grutas, en los barrancos, huyendo muchos hasta el lejano valle de Iugue. Tres días les duró el terror, y justamente en estos tres días el fuerte de San Carlos se aprovisionó de armas, municiones y soldados procedentes de Santa Cruz, a los cuales se unieron en gran número arqueros indígenas de Tacurú, Igmiri, Cabezas y Mazavi. En presencia de estos refuerzos los invasores se abstuvieron de atacar; pero rehaciéndose y recobrando el valor, corrieron a Ibuirapucuti, y el 19 del mismo mes lo redujeron a cenizas. Los padres misioneros Angel Villamarín y Fernando Garay se habían ido felizmente muy a tiempo, salvando los objetos del culto y parte de sus ropas, refugiándose a Zaypuru. Lo mismo hizo el padre Jerónimo Rodríguez en Tapuitá, donde el frío tratamiento y otros indicios claros le habían dado a conocer que sus indios estaban confabulados con los rebeldes. Estos llegaron el 29, y habiendo entrado sin resistencia, Tapuitá fué en seguida reducido a cenizas. Así dejaron de existir seis misiones una tras de otra. Quedaron otras cuatro que quisieron destruir, y la primera de todas y la más importante la de Zaypuru.

El último día de aquel mes infausto le pusieron sitio. Como sus huestes habían aumentado con el grueso contingente de Tapuitá, reuniéndose hasta cinco mil, juzgaron segura la victoria, y comenzaron el ataque más bien jugueteando que combatiendo. Los unos disparaban dardos, otros se burlaban de los sitiados, éstos daban horribles gritos, aquellos tocaban flautas. Pero como dice el proverbio: una cuenta saca el borracho y otra el tabernero. Había en el fuerte cien soldados de Santa Cruz y setecientos saeteros indios, muy inferior al de los enemigos; pero los cañones estaban preparados, los arcabuces y las municiones habían sido distribuídas con abundancia; todo el pueblo estaba además

cercado de estacadas para cerrar la entrada a los jinetes enemigos. Viendo aquellos preparativos, los bárbaros se dejaron de chanzas y principiaron el ataque con mucho furor. Peleóse desde por la mañana hasta la una de la tarde. Los asediados comenzaban a ceder, cuando recorriendo sus filas los misioneros, con ardientes palabras inflamaron sus pechos desalentados, de tal suerte que ganaron una completa victoria. El padre Bernardo Durán, que hacía veces de capellán militar con sus neófitos, se distinguió por su celo y su valor. Fué tanto lo que les dijo, que enronqueció, y cuando le faltó la voz, los animó con el gesto y con las manos. Los bárbaros huyeron en completa derrota, precipitada y desordenadamente; pero en medio de su fuga amenazaban aquellos pertinaces rebeldes con que no desistirían hasta que cogieran todos los animales y rebaños de aquellas misiones, devastaran todas sus poblaciones, y dispersaran y echaran de ellas a los cristianos que habitaban aquellas tierras hasta el río Guapay. En los primeros de diciembre llegó a Zaypuru el coronel Serrano con ciento veinte y cinco soldados y setenta y cinco arqueros, indios de la Florida y del Piray, el cual, en tanto que venía el gobernador Viedma con tropas para escarmentar a los rebeldes, los molestaba con frecuentes salidas, en una de las cuales, escaramuceanado con los insurrectos de Oubaiz y de Izoozoy, fué valientemente rechazado y corrió peligro de perder la vida. Vino por fin Viedma con dos mil hombres sacados de Santa Cruz, Vallegrandini, y muchos indios neófitos; y fué tal el terror que infundió a los enemigos, que todos trataron de volver a su propia misión, pidiendo a sus respectivos misioneros y haciendo protestas de fidelidad inalterable. Condescendió Viedma, y al punto envió al padre Andrés a restablecer la misión de Piriti, a Villamarín a la de Ibuirapucuti, y al padre Villanueva a la de Taquaremboti. Fray Francisco del Pilar, que estaba también en Zaypuru deplorando aquellas desgracias, oyó que los indios de Oubaiz y de Parapiti se restituían a su antiguo asilo, y se fué a reconstruir aquellas misiones. Y fué tanta la actividad desplegada por los misioneros para esta restauración, que en abril

de 1801 estaban ya en pie cinco misiones.

Mientras las cosas se iban arreglando de esta suerte, Viedma quiso hacer ostentación de un valor ridículo. El 5 de junio penetró con sus doce mil hombres en el interior del país bárbaro, mostrando con palabras y con actos que quería castigar ejemplarmente a los rebeldes. ¡Necio! No conocía la táctica, ni sus oficiales se mantuvieron unidos o se pusieron de acuerdo para usar de circunspección. Se incendió, se aprisionó, se triunfó en alguna escaramuza; pero cuando los capitanes Buzeta y Terrazas cayeron imprudentemente en manos del enemigo y perecieron en ellas, toda aquella tropa retrocedió asustada a refugiarse en Zaypuru, después de un mes escaso de expedición. Esto envalentonó al enemigo. Bailaban con mucha algazara, levantaban en las picas las cabezas de los dos oficiales, amenazaban con un ataque más furibundo, y con esto el Capitán general disolvió el ejército, dejando solo en el fuerte de San Carlos la guarnición acostumbrada de veinte y cinco soldados. En vano representó el padre comisario contra aquella indiscreta medida, y mostró el peligro de las poblaciones apaciguadas si se quedaban desguarnecidas; Viedma respondió que no tenía facultades para aumentar el presidio: pero no obstante lo haría, si los misioneros de Abapó, Cabezas, Florida y Piray, cedieran a los soldados el estipendio que recibían del gobieruo. Consintieron sin vacilar los buenos sacerdotes; se construyó un reducto en el nuevo pueblo de Piriti, que recibió otros veinte y cinco soldados para la defensa de aquel país.

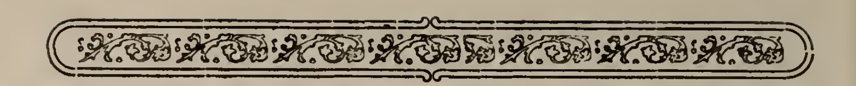
Después de haber restablecido las destruídas misiones, y de haberlas puesto en estado de defensa, pensaron los misioneros en restaurarlas y hacer de modo que pudieran durar. Pero todo era ruinas, y nada quedaba a los generosos apóstoles. Entonces más que nunca pusieron su confianza en la providencia, y la providencia los socorrió. Cuando el Capitán general tuvo bastante para sí y para sus soldados del botín cogido por su tropa les hizo algunos donativos, consistentes en vacas y otras bagatelas. Moría a la sazón en la ciudad de la Plata un don Carlos de San Martín, y legaba a

nuestras misiones dos mil trescientos cincuenta escudos. El solícito comisario, después de haber predicado la cuaresma en Potosí, aprovechándose del influjo que había alcanzado, fué de puerta en puerta, pidiendo para los desgraciados neófitos, y recogió seiscientos setenta y nueve escudos. Con estos recursos se repusieron las insurreccionadas colonias. La última que se restauró fué la de Tapuitá, en la cual terminó su gloriosa carrera fray Francisco del Pilar, como queda más arriba referido.

Nos hallamos al fin de nuestra narración, y como la comenzamos, así la debemos terminar refiriendo dolorosos acontecimientos. Las misiones de Parapiti y de Oubaiz volvieron en 1804 a ser otra vez invadidas por los bárbaros. Al acercarse el torbellino, el padre Narciso Llamedo, que gobernaba la primera, cogió a toda prisa los vasos sagrados, y con algunos de los suyos se retiró a Piriti, guarnesido por un destacamento militar. Vinieron los bárbaros, y en breves horas lo redujeron todo a cenizas. De allí pasaron a Oubaiz. Allí el mismo huir de los fieles, y el mismo destruir de los salvajes furibundos. Lo mismo hubiera acontecido con Piriti, si el presidio no hubiera puesto un dique al torrente devastador. Habiendo calmado la tempestad, el incansable celo del padre Llamedo emprendió de nuevo su obra, y la iglesia, las casas y los mismos campos volvieron a recobrar su antiguo aspecto, si no es que lo recobraron con ventaja. Lo propio sucedió en Oubaiz y en Parapiti cuando a mediados de julio se trasladó a este punto el padre Llamedo. Con la suavidad de trato que tenía este santo varón no solo reunió todos sus neófitos, sino que también atrajo a los bárbaros de Timboy. formando una población notable, como queda dicho anteriormente. Trascurrido algún tiempo, mejoró mucho la situación de su pueblo; fabricó una nueva iglesia, otra casa para los sacerdotes, escuelas y oficinas nuevas; todo con mejores condiciones que las que antes tenían. Además convirtió muchos terrenos en campos cultivados, en que la caña de azúcar y el algodón con mucha variedad de legumbres y de granos ejercitaban lucrativamente la industria de los colo-

nos. Pusieron el colmo a tantos beneficios ganados mayores y rebaños de ovejas que logró adquirir a fuerza de economía y de trabajo, secundado por su digno compañero el padre Julián Díez Canseco. A alejar después todo peligro de hostil insulto, contribuyó oportunamente el presidio militar, trasportado ya de Zaypuru a Piriti, y establecido finalmente en Parapiti.





CONCLUSION

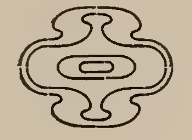
Y he aquí, benévolo lector, lo que los pobres franciscanos hicieron en una parte de la remota Bolivia durante la segunda mitad del siglo XVIII. Su voz apostólica resonó incesantemente en las provincias de Tucumán, Salta, Chichos, Santa Cruz de la Sierra, Paz, Chucuito, Arequipa y Tarija; y de este modo anunciando el ignorado nombre del Redentor a los Chiriguanos, Chaneses, Mataguazos y Veiosos, atrajeron a muchos pueblos de vida brutal a vida racional, y de feroces a humanas costumbres. Fueron estos religiosos para aquellas gentes legisladores y jueces, médicos y maestros, gobernadores y padres. Infinitos fueron los sinsabores, infinitas las fatigas, infinita la pugna que sostuvieron, pero jamás cansados, ni entibiado su celo; en poco más de medio siglo treinta y cinco mil almas regeneraron con la gracia de Cristo, veintidós poblaciones organizaron civilmente, y con una línea de defensa, tan extensa como es la de Santa Cruz a Ivivi, aseguraron los Estados Peruanos de las contínuas incursiones de los bárbaros. Si no eres, lector, indiferente a la propagación del cristianismo y a los progresos de la civilización, acompaña con tus votos la no acabada empresa, y yo, inculto pero genuino narrador de ella, ruego para que Dios te sea propicio en la vida y en la muerte.

ADVERTENCIA

A modo de advertencia final, agregaré aquí algunas palabras a la narración de los padres Camajuncosa y Mus-

sani, continuando su nota lúgubre, en consonancia con las grandes dificultades que siguieron y que no permitieron la restauración completa de las misiones que se han mencionado. La lectura de la segunda parte del padre Corrado, demuestra el generoso esfuerzo realizado por los misioneros franciscanos para proseguir aquellas misiones de Tarija; esfuerzo no interrumpido hasta hoy. Pero, si se lee el *Diario de la Visita a todas las misiones existentes en la República de Bolivia, practicada por el M. R. P. Sebastián Pifferi, Comisario General, escrito por su secretario y compañero de viaje Padre Zacarías Ducci, ambos Misioneros del Colegio Apostólico de Tarija* (1895), le queda al lector la convicción de que el hermoso y extenso campo cultivado un día por fray Francisco del Pilar, sigue aun en gran parte yermo y desolado.

Ya que hoy aquellas misiones forman una sección de un nuevo vicariato apostólico, donde no cesa el trabajo del misionero franciscano, quiera Dios que el cultivo evangélico transforme todas aquellas regiones en redil tranquilo del Buen Pastor. Ojalá que así sea, con verdadera gloria de la Orden y extensión efectiva de la Iglesia Católica.





INDICE

PRIMERA PARTE

Páginas

Expedición desde el Callao a las islas de Tahití o de la Sociedad en la Polinesia (Oceanía), en que intervienen los Misioneros de Ocopa, fray Joseph Amich, fray Juan Bonamó, fray Jerónimo Clota y fray Narciso González—1772—1776........................... 11

Prólogo—Las empresas del Virrey Amat—Las Islas de Tahití o de la Sociedad—Los Misioneros de Ocopa que intervinieron en las expediciones—Motivo de la conquista de Tahití... 13

Instrucción dada por el Virrey Amat a los RR. PP. Predicadores Apostólicos fray José Amich y fray Juan Bonamó para la expedición a las islas de O' tahití—1772... 23

Instrucción análoga al Capitán de Fragata Dn. Domingo Boenechea—1772... 31

Relación del viaje a la isla de Otahití en la embarcación de guerra «La Aguila» al comando del Capitán de Fragata Dn. Domingo Boenechea, por el padre fray José Amich—1772... 46

Continúa la Relación... 58

Relación diaria de Dn. Tomás Gayangos y del padre fray José Amich del viaje al rededor de la isla—1772 63

Descripción de la Isla de Otahití por el padre Amich—1772... 77

Páginas

Relación de los principales acontecimientos durante el viaje y permanencia en Otahití, escrita de común acuerdo por el piloto Dn. José Barela y los Misioneros Clota y González—1774—1775 92
Relación de lo sucedido en Otahití a los misioneros fray Jerónimo Clota y fray Narciso González......escrita por los mismos Padres—1775............................ 121
Documentos: los padres Clota y González desisten de la misión del Archipiélago de Otahití—1773—1784 147
Carta-relación de la vuelta a Lima del Capitán Lángara, trayendo a los Misioneros: 1776.................... 155
Relación del estado de Otahití y de Chiloé por los años de 1782.. 165
Solicitud del padre Hilario Martínez para entrar a Otahití—1784.. 167
Conclusión.. 172

SEGUNDA PARTE

Páginas

Fray Francisco del Pilar y sus compañeros en Bolivia—Colegio de la Propaganda Fide de los Padres Misioneros Observantes de Tarija—Noticias históricas por el padre Ceferino Mussani, Mínimo observante, misionero apostólico, tomadas de un manuscrito del padre Antonio Camajuncosa (1755) (1810).. 179
Prólogo a las Noticias Históricas del padre Mussani.... 181
CAPITULO I—Primeras misiones de infieles................ 193
,, II—La misión de Pilipili.............................. 196
,, III—Misiones de Azero........................ 201
,, IV—Misiones de Salinas............................ 209
,, V—Misiones de Abapó............................... 211
,, VI—Misiones de Piray............................... 216
,, VII—Misión de Cabeza............................... 221

Páginas

CAPITULO VIII—Misiones del Pilar........................... 223
,, IX—Misiones de Ceuta........................... 228
,, X—Misiones de Tacurú..................... 235
,, XI—Misiones de Igmiri........................... 238
,, XII—Misiones de Zaypuru..... 241
,, XIII—Misiones de Mazavi........................... 245
,, XIV—Misiones de Iti.......... 247
,, XV—Misión de Tayarenda........................... 253
,, XVI—Misiones de Ibuirapucuti................ 255
,, XVII—Misión de Taquaremboti................ 260
,, XVIII—Misión de Itaú........................... 262
,, XIX—Misión de Piriti........................ 266
,, XX—Misión de Oubaiz........................... 271
,, XXI—Misión de Parapiti........... 273
,, XXII—Misión de Tapuitá 277
,, XXIII—Misión de Tapera........................... 280
,, XXIV—Misión de Cayamburu................. 282
,, XXV—Invasión de los bárbaros............... 284
CONCLUSIÓN.. 294

INDICE DE LOS PLANOS Y FOTOGRABADOS

Planos:

Páginas

Descripción geográfica de las conversiones.................... 16
Mapa geográfico de las conversiones........................... 18
Plan Geográfico de las Islas de Otaheti........................ 64

Fotograbados:

Páginas

Firma del P. Amich.............. 11
Playas habitadas de Otahití—Isla Huaine.................... 15
Isla de Otahití—Aldea de Batcia.................................. 58
Valparaíso... 86
Muelle dársena del Callao 87

Páginas

Iglesia matriz del Callao ... 89
Sección de la Isla de San Lorenzo en el Callao ... 91
Cantera en la Isla de San Lorenzo ... 139
Reloj de la dársena del Callao ... 145
Tarija—Panorama céntrico de la ciudad ... 185
Tarija—Escuela franciscana ... 187
Tarija—Iglesia de San Roque ... 191
Tarija—Caída de agua en Jurina ... 199
Tarija—Río Guadalquivir ... 207
Tarija—Cascada en el río Guadalquivir ... 213
Confluencia de Tolomezo y Tarija ... 219
Alrededores de Tarija ... 225
Tarija—Lourdes ... 233
Tarija—La Angostura ... 243
Hacienda Pilcomayo en el Chaco boliviano ... 251
Danzantes disfrazados ... 257
Indígenas de Pilcomayo en el Chaco en una hacienda alemana ... 269

